



ÁNGELES
EN LLAMAS
Tawni O'Dell

Siruela Policiaca

Tawni O'Dell

Ángeles en llamas

Traducción del inglés
de Virginia Maza

Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

Edición en formato digital: mayo de 2017

Título original: *Angels Burning*

En cubierta: fotografía de © iStock.com / Jamie Carroll

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Tawni O'Dell, 2016

All rights reserved

Published by arrangement with the original publisher,

Gallery Books, a Division of Simon & Schuster, Inc.

© De la traducción, Virginia Maza

© Ediciones Siruela, S. A., 2017

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

www.siruela.com

ISBN: 978-84-17041-89-2

Conversión a formato digital: María Belloso

Para mi querida hermana, Molly Meghanr

Capítulo 1

La última vez que lo tuve así de cerca, Rudy Mayfield estaba echado sobre el asiento de la camioneta de su padre, intentando manosearme unos pechos que acababan de madurar.

Cierro los ojos y, por un instante, lo que huelo es el deseo calenturiento y sudoroso de un adolescente, apenas disimulado por el jabón Dial, en lugar del hedor ahumado y dulzón a carne quemada, entremezclado con el acre del azufre que siempre está presente en este emponzoñado pueblo fantasma.

—¿Quién haría algo así? —pregunta Rudy por décima vez en lo que va de minuto.

Se ha convertido en su mantra, un cántico aletargador con el que poder hacer frente a algo tan inconcebible como lo que ha encontrado esta mañana en su caminata diaria por esta carretera abandonada.

Su perro Buck, un cruce de pastor, blanco y peludo, levanta la cabeza mientras sigue echado a sus pies y lo mira comprensivo.

—¿Estás totalmente seguro de que no has visto a nadie? —vuelvo a preguntar.

Los dos echamos un vistazo alrededor, vemos los caminos de acceso serpenteantes que llevan a los cimientos asolados de una docena de casas derribadas y los árboles, retorcidos y deshojados, que escarban una tierra que se cuece a fuego lento, para salir de ella, como si fueran las gigantescas manos de unos muertos vivientes. El óxido naranja y brillante que cubre el guardabarros de una bicicleta de niño volcada es la única nota de color en todo el desolado paisaje.

—De los que se quedaron en Campbell's Run, mi abuelo es el único que sigue vivo. Si no vengo a verlo, por aquí no se acerca nadie. Ya lo sabes.

—Bueno, está claro que alguien vino —le hago notar—. Esa chica no llegó aquí sola y se prendió fuego.

La cara de Rudy se vuelve del mismo color gris que el descolorido asfalto que está pisando. Traga saliva y clava la mirada en su impactante barriga cervecera que tira de una vieja camiseta salpicada de manchas de diversos colores, como un enorme globo blanco con países pintados.

—Pasamos buenos ratos en el instituto —le digo en un tono tan desenfadado como puedo conseguir, dadas las circunstancias.

La distracción funciona y me sonrío con la boca un poco torcida, igual que hacía en educación sanitaria, cuando el profesor decía algo obvio o inútil, lo que, por otro lado, venía a ser lo habitual. Sigue teniendo esos preciosos ojos verdes a medio esconder entre la sombra que proyecta la visera de su gorra; los años no los han apagado.

—Sí —dice—. Nunca entendí por qué no salimos juntos. Me gustabas.

—Quizá deberías habérmelo dicho.

—Pensé que al hacerlo contigo en la camioneta de mi padre ya te decía bastante.

—Con eso solo me dijiste que te gustaba hacerlo en la camioneta de tu padre.

Aún recuerdo cómo se sorprendió cuando no lo paré. Seguramente pensaba que era mi primera vez, y debería haberlo sido. Acababa de cumplir los quince y era demasiado joven para andar liándome con gente, pero la intensa vida sexual de mi madre me había despertado la curiosidad desde muy temprano. Con mi hermana Neely había tenido el efecto contrario: ella tenía la sensación de saber todo lo que hacía falta saber sobre sexo, de tantas veces que no pudimos evitar oírlo y de las pocas veces que habíamos mirado a hurtadillas. Nunca pareció que tuviera el deseo de explorarlo por sí misma; yo, sin embargo, pensaba por error que mi madre lo hacía porque le gustaba, así que quería saber por qué revolcarse con hombres desnudos y jadeantes era tan fantástico que lo prefería a jugar con sus hijas o a darles de comer.

Oigo cómo se acerca un coche. Buck levanta la cabeza.

La carretera que atraviesa Campbell's Run lleva toda la vida cerrada, y está tan llena de baches y le han crecido tantos hierbajos que es imposible verla de

lejos. Habíamos dejado la puerta abierta para el forense, pero llegan antes un coche patrulla de la policía estatal y un vehículo de la secreta.

—He de volver al trabajo —le digo a Rudy mientras me agacho y le acaricio a Buck detrás de las orejas—. Pero no te vayas muy lejos. Puede que tengamos que hacerte más preguntas.

El cabo Nolan Greely viene caminando hacia mí. Parece uno de esos policías grandes, concienzudos y sin sentido del humor que hunden la moral de cualquier motorista que los ve aparecer por el retrovisor. En realidad, es inspector de la Brigada de Investigación Criminal y ya no lleva uniforme, pero tampoco le hace falta. Su corte rapado, de color hierro colado, y el ritmo lento, con toda la intención, de sus pasos dejan claro a todas luces que es un poli.

Se para justo delante de mí y me mira de arriba abajo con una expresión inmutable y los ojos ocultos tras unas gafas de espejo.

—¿Qué tal, comisaria? —me saluda—. ¿Has quedado a tomar el té con la reina?

Llevo una falda color azul lirio, un *blazer* y zapatos de salón, nuevos y de charol, de color gris topo, que me compré hace poco en Kohl's, con un vale de descuento del treinta por ciento. Mi blusa es de un colorido estampado floral, en honor a este soleado día de verano.

—A estas horas debería estar en un desayuno de la Cámara de Comercio en la VFW ¹.

Ni se inmuta. No sé decir si me admira, si le doy lástima o me envidia.

—Admito que me ha sorprendido que me llamas tan pronto —me dice—. En su día, habríamos tenido que quitarte el caso a la fuerza.

—He decidido no malgastar tiempo ni energía luchando contra lo inevitable —contesto.

—¿Te refieres a mí en concreto o al cuerpo de Policía al completo? —pregunta.

Dibujó una pequeña sonrisa.

—A ti, Nolan —bromeo—. Si fueras un superhéroe, te llamarías el Inevitable, y tu superpoder sería presentarte siempre, incluso cuando no eres bienvenido o no haces falta para nada.

—Yo siempre hago falta —dice sin sonreír.

—Bueno, esta vez no tengo ningún reparo en pedirte ayuda —le explico—. Tengo un buen grupo de hombres bajo mi mando, pero no están preparados para vérselas con esto.

—¿Tan malo es?

—Lo peor que he visto nunca. Es una adolescente.

Me agacho y me quito los zapatos.

—No puedo volver hasta ahí con tacones —le explico—, no llevo nada cómodo que ponerme.

Como antes, no sé si Nolan me admira, si le doy lástima o me envidia.

Echamos a andar hacia el lugar. Nolan les hace señas a los dos agentes de la Científica que han venido con él. Se dirigen hacia el cadáver con sus uniformes de trabajo, unos pantalones de bolsillos y camisetas con la placa de la Estatal bordada sobre el pecho, las cámaras y el equipo para el registro de pruebas. Yo les hago señas a Colby Singer y Brock Blonski, los dos agentes que me han acompañado al lugar de los hechos. Tras hacer un primer examen al cuerpo, se marcharon dando tumbos para vomitar, aguardé a que volvieran y los envié a buscar manchas de sangre, huellas o cualquier otra prueba.

Blonski y Singer son novatos en el trabajo policial y en la vida en general. Tienen veintipocos y todavía no se han ido de casa, aunque hace poco Blonski dio el gran paso de mudarse a un apartamento sobre el garaje de su madre. Los contraté hace más o menos un año. El único cadáver que Singer había visto antes del de esta chica era el de su abuela, que iba vestida de domingo y yacía plácidamente en su ataúd con forro de raso blanco. Blonski fue el primero en llegar a un accidente mortal de tráfico hace unos meses. No fue agradable, pero nada que ver con esto.

—¿Habías estado aquí alguna vez? —le pregunto a Nolan.

—De niño una vez, por un reto. —Nos detenemos junto a una maraña de alambre de púas que hay en el suelo—. No puedes pasar por ahí descalza —me dice.

—Ya lo hice antes.

Sin decir nada más, me coge por la cintura y me pasa en volandas al otro lado de la alambrada.

—Ha sido humillante —comento cuando vuelvo a estar en tierra.

—Habría hecho lo mismo por un hombre —me asegura Nolan—, solo que no suelo encontrarme con ninguno que esté de servicio sin zapatos.

Paso por alto la indirecta. Llevo toda mi vida adulta en una profesión dominada por hombres. He sufrido cualquier tipo de aislamiento, sabotaje y acoso que el cromosoma Y tiene que ofrecer. En su mayor parte no es sincero, sino tan solo lo que se espera. Me reservo la repulsión para los verdaderos misóginos.

El incendio de la mina que destruyó la ciudad de Campbell's Run comenzó varias millas bajo tierra hace más de cincuenta años, antes de manifestarse en la superficie diez años después; entonces, se abrió en un patio un socavón que liberó una nube de vapor con el hedor a huevos podridos del azufre. Resultó que el agujero tenía cien metros de profundidad y la temperatura del interior casi doblaba esa cifra. Poco después, el vacío engulló la jaula para conejos de una niña y, al poco, un bebedero para pájaros. Una mañana, encontraron el manillar de una Harley muy querida asomando de un tajo informe de tres metros que se había abierto en la entrada al garaje de su dueño.

Todos los habitantes de la ciudad fueron realojados, salvo unos pocos que se resistieron, como el abuelo de Rudy, que no quiso marcharse y se las ingenió para seguir viviendo aquí mientras, a su alrededor, echaban abajo las casas vacías de sus vecinos, cortaban las calles y plantaban letreros de aviso.

El único otro edificio que quedó en pie fue la iglesia de tablillas blancas. El gobierno no tuvo el valor de echarla abajo. Desde donde estoy ahora, queda escondida tras la curva de una calle y, aunque solo llego a entrever la deteriorada cruz gris que corona la torre, tengo una imagen clara del resto: un sencillo templo olvidado, la pintura en su día roja y brillante de las puertas delanteras casi completamente borrada, salvo por unas cuantas tiras obstinadas.

Estuve ahí hace unos doce años, cuando el abuelo de Rudy nos llamó para decir que habían robado las vidrieras de la iglesia. Trabajé duro en ese caso, aunque para todos los demás fuera una pérdida de tiempo. Tuve más éxito del que había imaginado. Descubrí que los ladrones eran buscadores profesionales de antigüedades que trabajaban desde Nueva York, pero no

pude llegar a detener a nadie ni di con los bienes robados. Aquí, esas ventanas eran milagrosas explosiones de color y fe en medio de la desolación sombría. Ahora estarán en la residencia de verano de algún ricachón, y no las apreciarán suficiente. Me siento ultrajada cada vez que lo pienso.

Camino con cuidado sobre la tierra quemada, consciente de todos y cada uno de los peligros que hay bajo mis pies, mientras Nolan pisotea con fuerza por detrás, retándome a que lo deje pasar.

Donde el fuego arde a más temperatura, se han abierto más de una docena de brechas ardientes. Los árboles muertos se han soltado del suelo emblandecido y han caído. Las raíces han quedado al aire y me recuerdan a las patas enredadas de las arañas reseca que Neely y yo solíamos encontrar en el armario del dormitorio.

Alguien ha metido a una chica muerta en uno de esos agujeros incandescentes del suelo.

Nolan y yo nos quedamos mirándola.

La parte superior de su cuerpo está prácticamente abrasada. Tiene los ojos abiertos y miran con sorpresa desde una cara que parece embadurnada con salsa barbacoa y tan requemada que ha comenzado a quebrarse y resquebrajarse. Le falta casi todo el pelo y tiene daños evidentes en el cráneo. Dudo mucho que sobreviviera a esos golpes. Espero que se los asestaran antes de echarla al fuego.

—Hemos inspeccionado la zona y la carretera. No hay rastro de sangre de esas heridas de la cabeza. La deben de haber matado en otro sitio y luego la habrán traído hasta aquí —le digo, porque necesito llenar el silencio—. Hace bastante que no llueve, así que, por desgracia, no hay ni pisadas ni huellas de neumáticos.

Nolan se agacha para mirar más de cerca.

—Creo que quien la metió allí pensó que se quemaría y se desintegraría —continúo— y, cuando no prendió fuego, la regaron con algún tipo de acelerador. Además, tenemos esto.

Señalo un edredón con manchas de sangre y quemaduras negras que hemos encontrado en unos arbustos.

—Estampado floral en tonos coral y naranja con medallas color turquesa

superpuestas. Estoy casi segura de que es de la colección Sherbet Lace de Jessica Simpson. Se puede comprar en Bed, Bath & Beyond.

Nolan levanta la vista para mirarme, con sus ojos brillantes e impenetrables.

—Hace poco compré ropa de cama —le explico—. No compré esa —sigo justificándome—. Parece que no la dejaron arder mucho tiempo. Quizá alguien intentara apagar el fuego con la manta.

—Puede que el asesino se arrepintiera o que hubiera alguien con él que no pudiera quedarse mirando —añade Nolan—. ¿Cómo la encontró Mayfield?

—Fue el perro.

No dice nada más. Mis hombres y yo nos quedamos ahí mientras él sigue examinando atentamente a la chica muerta tras el oscuro abismo de sus gafas.

Más inquietante aún que el paisaje es la ausencia de cualquier sonido. Es un día perfecto de junio y no canta ni un solo pájaro, no zumba ni una mosca, no ladran perros y no hay niños llamándose a voces. No hay nadie cortando el césped, ni escuchando la radio, ni usando herramientas eléctricas.

—¿Cómo vais a sacarla de ahí? —pregunta Nolan.

Está solo a poco más de un metro, pero no hay forma de saber lo frágil que es la tierra que la envuelve ni lo profunda que puede ser la sima por debajo de ella. Tampoco hay manera de saber hasta qué punto se ha quemado, ni el estado en que ha quedado su cuerpo. Si la sacamos tirando de ella, podría deshacerse en pedazos.

Nolan vuelve a levantarse por fin.

—Uno de nosotros tendrá que bajar ahí para subirla —dice—. Puede bajar atado con una cuerda. He venido con dos agentes, pero son demasiado grandes.

Estudia a Blonski, con la constitución de un levantador de pesas corpulento y sin cuello; luego pasa a Singer, alto y desgarbado; y luego, a mí.

—¿Pesas más que este? —me pregunta.

—No —respondo tajante.

—¿Seguro? Está más seco que un palo.

—Mide casi dos metros y es un hombre. Soy la que menos pesa. Lo haré yo.

—Lleva falda, jefa —se aventura a decir Singer, indeciso—. Y va descalza.

—Eso es. —Blonski se suma—. ¿No sería mejor esperar a alguien con la ropa y el equipo adecuados, y que sepa lo que hace?

—¿Que sepa lo que hace? —repito en un tono que pone punto y final al debate.

Me quito la chaqueta y me paso una cuerda bajo los brazos mientras los hombres la sujetan por el otro extremo. No me preocupa mi seguridad, pero sí mi blusa. Detesto que esto me haya pillado desprevenida y sin ir preparada para el trabajo, pero, siendo justa conmigo, este ya no es mi trabajo. Ahora tengo un despacho con una silla cómoda y una Keurig: soy coordinadora, planificadora, presentadora de informes, experta en relaciones públicas y la cara encargada de los apretones de manos. Soy la primera mujer comisaria del condado. Me aferro a esa certeza en un esfuerzo por conservar algo de dignidad mientras desciendo por un agujero fangoso para recuperar un cadáver.

Intento no pensar en la chica ni mirarla hasta que es totalmente indispensable. El agujero es húmedo y abrasador, y también intento no imaginar la tierra que me rodea desprendiéndose y dejando ver las agitadas llamas del infierno que hay a una milla bajo mis pies colgantes.

Apoyándome contra una de las paredes, tiendo el brazo para agarrar el cuerpo por el abdomen. Parece que el fuego no se extendió por debajo de las caderas.

La vista de sus dos piernas jóvenes y desnudas saliendo de unos *shorts* recortados me cierra la garganta. Milagrosamente, una de las sandalias sigue puesta en el pie. Lleva las uñas de los pies pintadas de rosa fosforito y en el tobillo, una pulsera hecha de brillantes corazones centellea entre la mugre negra.

Tiro suavemente de ella hacia mí, sin hacer caso del sonido, el olor y el tacto de la carne y los huesos chamuscados, intentando imaginar a la chica que fue antes de que su corazón dejara de latir y de que se le escapara el alma. ¿Le gustaba ir a clase? ¿Tenía muchos amigos? ¿Qué quería ser de mayor? ¿Alguna vez se lo montó en una camioneta?

Ninguno de nosotros habla cuando la tenemos echada sobre suelo. Estamos en pie a su alrededor, formando un círculo protector y compartiendo en

silencio la pena de cada uno. En situaciones así, se permiten unas lágrimas hasta los agentes más curtidos. Todos piensan en sus hermanas o hijas. Yo soy la única que se ve a sí misma.

Soy la primera en levantar la mirada y en apartarla de la chica muerta y de la ciudad muerta, para dirigirla hacia las exuberantes olas de colinas verdes que recortan en ondas el horizonte azul, y siento el dolor familiar que me invade siempre que me encuentro delante de la belleza malograda.

Uno a uno, los hombres también se apartan, dejando que sus penas particulares los asolen por un último instante antes de recuperar el habitual entumecimiento que les permite hacer su trabajo pero que, por desgracia, no los protege de sus sueños.

Esta noche, cuando durmamos, nos rondarán esas piernas que, incluso estando muertas, parece que podrían levantarse y salir corriendo de aquí.

¹ Se refiere a los Veterans of Foreign Wars (Veteranos de Guerras Extranjeras), una organización asistencial fundada a finales del siglo XIX y con sede en Kansas City. (*Todas las notas son de la traductora.*)

Capítulo 2

Singer y Blonski regresan mucho antes que yo al edificio municipal de ladrillo, color café claro, que alberga nuestro departamento. Tuve que quedarme a hablar con el forense y a organizarme con Nolan. Campbell's Run es tierra de nadie en cuanto a jurisdicción policial se refiere, dado que, para el estado de Pensilvania, la ciudad ya no existe, como tampoco existe la carretera que la atraviesa. Buchanan es la población más cercana con cuerpo de Policía propio, y yo llevo aquí diez años al mando.

Nolan dispone de todos los recursos de la Policía del estado, incluido el laboratorio forense. Tengo a seis agentes (dos de ellos de vacaciones), cuatro vehículos y una máquina expendedora que suele estar estropeada. La investigación es suya, pero nosotros ayudaremos. El acuerdo habría sido el mismo aunque la chica hubiera aparecido en la puerta de mi casa. El crimen es demasiado atroz para arriesgarnos a fallar por nuestra falta de experiencia en homicidios o por un presupuesto que casi no alcanza para llenar el depósito de los coches patrulla y para cambiar la tinta de la impresora.

No me afecta hasta que aparco en mi plaza y me doy cuenta de que sigo descalza porque no me he vuelto a poner los zapatos nuevos, y de que he olvidado ir a casa para ducharme y cambiarme. Me planteo dar la vuelta y marcharme, pero hay una ducha en el vestuario y tengo un par de chándales en el despacho. Hay mucho que hacer esta mañana. Volveré a casa para ponerme ropa de verdad a la hora del almuerzo.

Singer y Blonski están enfrascados en una conversación con Karla, la operadora, y Everhart y Dewey, los otros dos agentes en activo. Era su día libre, pero necesito que todos arrimen el hombro. Dewey tiene a sus cuatro hijos de vacaciones en casa y creo que se alegró cuando lo llamé para venir al

trabajo. La mujer de Everhart está embarazada de su primer hijo, acaba de salir de cuentas y le está volviendo loco; creo que él se alegró todavía más. Toda conversación se corta en seco en cuanto entro en el edificio.

—Ya sé que voy sucia —digo, mientras paso a toda velocidad, sin dejar que digan nada. Les hago una seña a Singer y Blonski—. Vosotros dos. Tenemos que hablar.

Me siguen al despacho. Este cubículo de tres por seis pintado de color caqui, con una ventana que da al aparcamiento y sin aire acondicionado, es lo más parecido a un nido que he llegado a tener; y la mezcla de cariño y vigilancia que me invade cuando mis hombres entran aquí, lo más parecido a un sentimiento maternal.

—¿Cuánto pesas? —le pregunto a Singer mientras abro la ventana y me siento en el alféizar, anhelando una brisa.

—Setenta y dos —dice.

—Pero ¿qué dices? —estalla Blonski, dejándose caer en una silla como si se tirara sobre el pecho de un amigote con el que estuviera jugando a pelear en el patio de casa—. ¿No mides 1,90? Estás mal hecho. Deberías engordar un poco.

—Por mucho que coma, no engordo —contesta Singer, mientras toma asiento en la otra silla.

—No me han gustado los comentarios que habéis hecho delante del cabo Greely —les digo.

—Queríamos protegerla —contesta Singer.

—Eres idiota —le reprende Blonski, sacudiendo la cabeza.

—Si fuera un hombre, ¿habríais sentido la necesidad de protegerme?

—Si fuera un hombre, no habría ido con falda y una...

—¿Sabes por qué voy vestida así? —interrumpo a Singer.

—Me gusta su blusa —dice.

—Porque me dirigía a comer unos insípidos huevos revueltos y beicon rancio con funcionarios locales y ciudadanos preocupados, para hablar sobre los baches de Jenner Pike y sobre la nueva sanción por ladridos de perro. La próxima vez que quieras protegerme, hazlo de eso.

—Sí, señora.

Blonski sonríe. La bronca iba para los dos, pero Singer ha asumido toda la culpa y eso le da la victoria a él.

La primera vez que vi BROCK BLONSKI escrito en el encabezado de una solicitud de empleo, me imaginé a un defensa del equipo de fútbol favorito de Pedro Picapiedra; cuando lo conocí, dejando a un lado que no era un personaje de dibujos animados y que no iba vestido con taparrabos, cumplía a rajatabla con el perfil: mandíbula cuadrada, hombros anchos, competitivo y con un paso simiesco, largo y engañosamente torpe. Solo hablaba a base de gruñidos y monosílabos, y comía pollos asados enteros para almorzar. Cuando ya pensaba que el que su nombre y la palabra «bloqueo»² solo se diferenciaban por la vocal era el perfecto resumen de su personalidad, lo oí por casualidad explicándole los últimos avances en nanotecnología neuronal a la madre de un chico que acababa de hacerse una brecha en la cabeza tras destrozarse su moto de trial. Solo se hace el tonto.

—Gracias por ofrecerse —me dice Singer—. Estaba temiendo que el inspector me lo dijera a mí.

—Quería hacerlo yo —dice Blonski.

Los miro ahí sentados, uno al lado del otro: el primero con el pelo oscuro y tupido con la raya escrupulosamente peinada a un lado, las largas extremidades replegadas sobre el cuerpo, como si fuera un paraguas, hecho un manojo de nervios, a punto de saltar; el otro, un todoterreno humano, con la cabeza rapada y recostado en la silla con los ojos a medio cerrar, como si fuera a quedarse dormido. Dos hombres jóvenes que, en apariencia, no podrían ser más distintos física y mentalmente; pero, para alguien de mi edad, lo único que importa es que los dos tienen veintitrés, y eso los hace exactamente iguales.

—¿Han notificado últimamente la desaparición de alguna adolescente?

—En el condado, ninguna —responde Blonski.

—Qué mala pata que sea verano y que no haya clases. Un listado de faltas del instituto sería un buen punto de partida.

—¿No estará haciendo esas cosas la estatal? —pregunta Singer.

—Siento darle trabajo, agente, ¿quiere tomarse el día libre?

Se sonroja.

—No, es solo que... —comienza.

—Vamos a llevar nuestra propia investigación. Conocemos la zona y a la gente que vive ahí mejor que ellos. El cabo Greely agradece nuestra ayuda.

—¿Que la agradece? —pregunta escéptico Blonski.

—Se siente obligado a aceptar nuestra ayuda —me corrijo—. Voy a darme una ducha. Cuando termine, pondremos en común nuestras ideas.

Singer se levanta de la silla y va hacia la puerta. Blonski no se mueve.

—Puede que la chica no fuera de por aquí —dice.

—Solo a alguien de por aquí se le ocurriría tirar un cuerpo en Run —le replica Singer.

—Tal vez el asesino sea de por aquí, pero la chica no, ¿eh?

—¿Y cómo se encontró con ella? ¿Alguna vez te has encontrado por aquí con alguien que no fuera de por aquí?

Blonski se marcha. Detengo a Singer cuando está saliendo por la puerta y le doy uno de mis zapatos nuevos.

—¿Puedes quitar esas marcas? —le digo por lo bajo.

—Claro, jefa —me dice.

Nunca vengo al vestuario. Me ha sorprendido ver lo limpio y ordenado que está. Nada más entrar, me doy cuenta de que no tengo toalla, ni jabón, tampoco peine. Hay una toalla de playa azul y descolorida, con el dibujo de un tiburón enseñando los dientes, doblada al final del banco. La cojo y la examino. Está seca y no huele. Metido dentro hay un gel.

Al pasar por delante del espejo, me paro y me quedo mirando embobada mi reflejo. No puedo creer que acabe de tener una conversación con dos de mis hombres con estas pintas y que hayan sido capaces de contener la risa. Parezco el deshollinador.

No puedo evitar pensar en mi madre y en cómo habría reaccionado ante mi aspecto. Estaba obsesionada por la higiene personal hasta el punto de ponerle a su primera hija el nombre de su jabón favorito. Todos los días se duchaba al menos dos veces, y todas las noches se reservaba religiosamente una hora

entera para tomar un baño de burbujas con sus velas, la música a bajo volumen por la radio, un poco de espumoso Mateus rosado, servido en un cáliz de plástico dorado de una feria renacentista, y una especie de altar armado con resplandecientes botellas de cristal, tubos y tarros de cerámica con tapas metálicas, y cajas de pintalabios plateadas y relucientes.

Pero su deseo de estar imaculada no iba más allá de su cuerpo. No recuerdo haber visto a mi madre pasando la aspiradora ni fregando un plato. Nuestra abuela solía pasarse por casa a «echar un fregado» hasta que fui lo bastante mayor como para encargarme yo, pero sus visitas no eran lo bastante frecuentes como para acabar con la mugre, las montañas de desorden y la ropa sucia que se amontonaba por todas partes.

Siempre quise que la abuela se enfadase algún día con mamá y le dijera que debía ser mejor madre y cuidar mejor de la casa, pero para ella su hija tenía perfecto derecho a no ocuparse de tareas domésticas tan prosaicas porque era guapa.

«Tu madre no tiene que preocuparse por estas cosas. Sería un delito que una chica tan bonita hiciera trabajo sucio», decía mientras se las veía con el linóleo pegajoso de la cocina, el pelo recogido en un pañuelo atado a la cabeza y vestida con una bata desteñida y unos enormes zapatos con la suela de goma.

Viéndola, nadie habría pensado que la abuela había tenido una hija demasiado hermosa para pasar la fregona.

Neely, siempre tan práctica, saltó por fin un día y le preguntó: «Si ser guapa es tan fantástico, ¿por qué no lo aprovecha mamá para ganar dinero? Podría hacerse estrella de cine o Miss América».

Parecía que la abuela iba a regañarla pero luego suavizó el gesto, como si fuera a decirle algo amable. Al final, no dijo nada.

Lo que no sabíamos era que mamá sí aprovechaba su aspecto para ganar dinero. Los novios que iba teniendo se encargaban de comprarle ropa, nos pagaban el alquiler y le daban para gastos. Cuando las cosas se ponían mal, trabaja un tiempo de camarera o de secretaria en la ciudad, pero cada trabajo le servía para agenciarse rápido un nuevo protector.

Me meto en la ducha y abro el grifo, lo más caliente que puedo soportar.

Observo cómo el agua se vuelve negra al entrar en contacto con la piel llena de barro y cómo me corre por el cuerpo antes de desaparecer en remolino por el desagüe del suelo. Por mucho que froto y restriego, no consigo sacarme la arenilla de debajo de las uñas.

Me pregunto si la chica muerta sería guapa. Seguramente. Casi todas las adolescentes lo son de alguna manera, ya solo por su juventud, aunque casi todas crean que son feas.

Abro aún más el agua caliente, hasta que no lo aguanto, sabiendo bien que la temperatura no se acerca ni por asomo a la de las llamas que habían comenzado a devorarle la cara a la chica.

He conseguido mantener a raya los pensamientos sobre ella, pero al estar aquí, desnuda y desprotegida sobre un suelo de hormigón, me abandona la determinación. La imagen me recorre entera a la vez que el agua ardiendo: pedazos de carne quemada del marrón ambarino del tabaco de pipa, crujientes y duros sobre su cara y los brazos desnudos; su cráneo, hundido por un lado, entremezclado con matas despeinadas de pelo chamuscado; las manos, agarradas a nada; los dedos, como si fueran tiras de cecina. De pronto, me doy cuenta de que las manos estaban más quemadas que el resto del cuerpo. Tomo nota mental; podría ser importante.

Sé que este es el momento en el que, por fin, debería llorar por ella, por la vida que no ha llegado a vivir y el espanto de sus últimos momentos, por su familia y el tormento del que no podrán escapar en lo que les quede de vida; pero las lágrimas solo llegan cuando mi mente abandona a la chica asesinada y empiezo a concentrarme en el monstruo que pudo hacer algo así. Ese es un terreno que conozco bien, y la rabia y la rectitud que siento allí me consuelan y me reconfortan. No son lágrimas de dolor, sino de liberación.

De vuelta al despacho, todavía descalza, con el pelo revuelto y recogido con una pinza sobre la cabeza, y vestida con unos pantalones de chándal grises de la YMCA y una sudadera rosa de una carrera benéfica contra el cáncer de mama, me siento en el escritorio y me pongo las gafas de lectura soltando un suspiro.

Empecé a llevarlas el año pasado. Al principio, casi me gustaban. Me convencí de que estaba triunfando con el *look* de bibliotecaria sexi. El

autoengaño se esfumó bastante rápido.

He cumplido cincuenta hace un par de semanas. El número en sí no me molesta. Ni siquiera me disgusté cuando Singer proclamó sin pensar y con admiración sincera: «¡Vaya, cincuenta! Eso es medio siglo».

Tengo buena salud. Salvo por algunas canas que disimulo, unas pocas arrugas en la cara y ciertas partes del cuerpo que empiezan a encorvarse, sigo siendo atractiva. Llevo bien mi edad pero los demás, no. Sobre todo los hombres.

Me enfurezco al recordar a Nolan pasándome en volandas por el alambre de púas en Campbell's Run esta mañana, como si fuera un saco de sal para la carretera. No hubiera hecho lo mismo cuando era más joven, porque ese mismo gesto habría tenido una connotación sexual, como si fuera el amante de una novela rosa ayudando a su amorcito a salvar un arroyo rumoroso.

Tampoco me habría preguntado por mi peso con el frío escrutinio de un granjero que estuviera echándole el ojo a un cerdo en la feria del condado.

Quizá es lo que he conseguido al dedicar tanta energía a lo largo de mi vida a que los hombres con los que comparto profesión no se fijaran ni en mi cara ni en mi figura, y me tomaran de verdad por una de ellos. No quería que me trataran como a una chica; y ahora que lo quiero, lo único que ven ellos es una masa informe y asexual.

Singer llama a la puerta aunque está abierta. Luego pasa y olisquea el aire.

—Huele a gel de ducha Axe —dice.

—Qué más da.

—Hay un tipo ahí fuera que insiste en verla.

—¿Tiene algo que ver con nuestra chica?

—No. No nos quiere dar su nombre, pero dice que mató a la madre de usted.

Singer deja que yo pueda asimilar todo el peso de la frase. Estoy segura de que espera alguna reacción por mi parte, pero no me sale ninguna.

—¿Está bien, jefa? ¿Cree que ese payaso lo dice en serio? ¿Pasamos a echar un ojo a su madre?

—Mi madre fue asesinada cuando yo tenía quince años.

Baja la mirada al suelo.

—Lo siento. No lo sabía.

—No pasa nada. Hazle pasar.

Estoy totalmente tranquila. No me hace falta forzarlo. Realmente no siento nada y, por un instante, me pregunto si eso significa que tengo algún tipo de problema.

Creía que no lo volvería a ver, pero tampoco descarté la posibilidad. Ahora es un anciano, pero sigue siendo presumido. No se le ha caído el pelo. Está totalmente gris, pero es abundante. Lo peina con una gomina aceitosa, echado hacia atrás desde la frente. Lleva una camisa de cuadros de manga corta, descolorida pero limpia, con botones de imitación de perla y, en el cinturón, una hebilla esmaltada con la bandera americana tan grande como su puño. Los brazos, al aire, están llenos de tatuajes en tinta negra. No tenía ninguno cuando entró ahí, así que serán obra de algún artista de la cárcel que parece haberlo garabateado y pinchado al azar. No logro descifrar ni una sola palabra o imagen.

—Hola, Dove. —Me sonrío. A sus dientes no les ha ido tan bien como al pelo. Están manchados y le faltan unos cuantos—. Te has hecho mayor. Bueno, más que mayor. Casi te has pasado de mayor.

—Ya lo pilló. Lo has dejado claro —digo.

—Aunque no eras exactamente una niña cuando me marché. Tenías buena delantera. Y un bonito trasero.

—Tan encantador como siempre, por lo que veo. —Cruzo las manos sobre la mesa—. ¿Qué quieres, Lucky? ¿O te han puesto un apodo más apropiado en la cárcel? ¿Ahora te llaman Fracasado Patético?

—No hace falta que ataques —responde, sentándose sin que se lo ofrezca—. Sigo siendo Lucky. Comparado con muchos de los tipos que he conocido en el sitio de donde vengo, he tenido suerte. Me han quitado unos cuantos años de condena por buen comportamiento. ¿Se podría ser más afortunado³?

—Me dijeron que te habían soltado.

Me mira de arriba abajo, con el mismo apetito con el que miraba a mamá, y a mí, y a Neely, y a las cajas de cerveza, y a la Trans-Am del vecino, y a nuestro televisor antes de encenderlo y de sentarse a ver un partido de béisbol. Tenía dos expresiones: un apagado mohín de tedio para las cosas que

no le interesaban o que no comprendía, y una mirada golosa y magreante para todo lo demás.

—¿Cómo va tu hermanita? Dicen que es lesbiana.

—No es lesbiana.

—No es lo que he oído. Me han dicho que siente verdadero odio hacia los hombres.

—Muchas mujeres heterosexuales odian a los hombres. Gracias a hombres como tú.

—*Toqué* —exclama, mientras me lanza otra sonrisa de color heno—. Dicen que entrena perros. Que es una especie de encantadora de perros o, siendo ella, asustadora de perros.

Se echa a reír, le ha hecho mucha gracia esa chispa centelleante de sus pocas luces.

—Te han dicho muchas cosas para haberte pasado los últimos treinta y cinco años entre rejas —digo.

De joven, me asombraba que mi madre tuviera algo que ver con él, pero esa era una idea recurrente en mí por aquel entonces. Que yo sepa, lo único que le pedía mi madre a un hombre es que pudiera permitírsela. Llegaban y se marchaban hombres de todo tipo: jóvenes, viejos, guapos, sin atractivo, musculosos, gordos, obreros, oficinistas, casados, solteros, con estudios o tontos y sucios.

Muy pocos nos gustaron a Neely y a mí, y los que lo hicieron al principio acabaron siendo unos gilipollas a la larga. Lucky fue un gilipollas desde el principio, aunque a las dos nos parecía de los guapos. Trabajaba en una fábrica que producía piezas para máquinas de mina y conducía una Harley negra, con una deslumbrante raya azul eléctrico. Bebía demasiado, aunque mamá también lo hacía; y nos trataba a mis hermanos y a mí como si fuéramos los empleados de hogar o unas mascotillas traviesas, según el humor del que estuviera, aunque mamá también lo hacía.

—Quizá me pase a verla.

—No te acerques a Neely.

—Ahí te duele —pregona mientras sonrío—. Venga. No seguirás enfada por ese azote que le di aquella vez que le contestó a tu madre, ¿no? Si hubierais

tenido padre, habría hecho lo mismo.

—¿Qué quieres? —repito.

—Creo que ya lo sabes.

—No tengo ni idea.

—¿Cómo está tu hermano? ¿Cómo se llamaba? ¿Spot? ¿Fido? ¿Bandit?

—Champ.

—Eso es, sí. Champ.

—Se marchó del estado cuando terminó el instituto.

—Huyendo de sus hermanas, ¿eh?

Huía de algo. Pero no de sus hermanas. Al menos, Neely y yo siempre hemos rogado que no fuera así.

No voy a dejar que la conversación pase a girar en torno a Champ.

Miro a Lucky por encima de las gafas.

—Tengo mucho que hacer hoy. Tienes que irte.

—¿Es que no vas a ser ni un poquito amable? ¿Ni siquiera después de tantos años?

—Adiós, Lucky.

—Nada de adiós. Te iré viendo por ahí. Y a tu hermana también.

Se pone en pie y se me queda mirando. Sé que quiere ponerme nerviosa, pero no tiene ni idea de a qué se enfrenta.

De pronto recuerdo la imagen clara de mi madre, tal y como la vi antes de marcharme a clase el día en que murió. Estaba de pie, frente a la gran ventana mirador de Gil, con su albornoz corto verde esmeralda, bebiendo a sorbos una taza de café y jugueteando con su melena a lo Farrah⁴. Estaba analizando la basura de los vecinos mientras los basureros echaban los cubos a la trituradora del camión. Decía que podías conocer muy bien a alguien por lo que tiraban a la basura.

Desde que se casó con Gil y por fin pasó a ser respetable al compartir con alguien un apellido y una casa grande en un barrio fino de la ciudad, había comenzado a espiar a los vecinos, un pasatiempo que nunca se habría permitido cuando éramos pobres. Entonces, se había contentado con ser el blanco de las miradas fisgonas de todos los demás. Para referirse a esa nueva costumbre, mi abuela decía que era una cotilla, hasta que Gil le enseñó la

palabra «voyerismo». Prefería decirlo así, porque sonaba con clase.

Los que conocían el pasado de mi madre solían decir que el que Cissy Carnahan muriera el día que pasaban a recoger la basura no podría haber sido más oportuno.

Lucky se gira para salir y yo empiezo a bajar la guardia, pero se detiene en el umbral.

—Lo único que quiero saber es por qué Neely y tú mentisteis, y dejasteis que fuera a la cárcel por algo que no había hecho.

Ni me inmuto. Lo miro fijamente sin decir nada hasta que abandona y se marcha.

Nunca le diré que yo también me he preguntado lo mismo muchas veces.

² En el original, *brick* (ladrillo).

³ La palabra *lucky* que le sirve de sobrenombre significa «afortunado» en inglés.

⁴ Farrah Fawcett (1947-2009), actriz estadounidense, modelo en los años setenta y que popularizó un inconfundible peinado decapado, creación de Allen Edwards.

Capítulo 3

Guardo escondido el asesinato de mi madre la mayor parte del tiempo; cuando tiene que salir a la luz, lo llevo como si fuera una corona o una soga, según cómo esté de ánimo. Después de hablar con Lucky, me lo he enfundado a modo de chaleco antibalas.

Su violento final la alcanzó hace treinta y cinco años y, aunque fue el crimen más atroz que esta ciudad haya visto hasta el día de hoy, lo han olvidado casi todos, salvo sus hijos, su madre y, por supuesto, el hombre que pagó por él injustamente.

Me gustaría pensar que el hombre con quien estaba casada en aquel momento también lo recuerda mientras sigue perdido por Europa, nadando en el dinero de su familia con el que se costea el exilio autoimpuesto. Entonces, quería tener a Gil lo más lejos posible de mí y de mis hermanos; ahora, creo que sería capaz de enfrentarme a él. No me importaría que volviera a casa.

Sin embargo, me doy cuenta de que no estoy preparada para enfrentarme a Lucky. Al hablar con él, puedo haber parecido dura e indiferente, pero mi conciencia se estaba tirando de los pelos por dentro. En aquel momento, lo que hice contra él me pareció tan necesario como indiscutible; ahora, no lo tengo tan claro. Una de las peores cosas de hacerse mayor es hasta dónde se extiende la mirada atrás. Con el tiempo, todo se hace más fino y transparente, y las cosas se ven mucho más claras.

Vuelvo a casa en coche a mediodía, para cambiarme de ropa. Sigo sin zapatos y, al sentir el acelerador bajo el pie descalzo, me vienen recuerdos de cuando Lucky me enseñó a conducir. Era verano. Él llegaba haciendo rugir su motocicleta, los sábados por la mañana, saboreando los ceños fruncidos de los vecinos de Gil que miraban a hurtadillas tras unas estrafalarias cortinas,

de la misma manera que mamá vigilaba su basura. Yo cogía las llaves del coche de Gil, salía corriendo a por Lucky y muchas veces olvidaba ponerme mis Dr. Scholl's.

La relación de Lucky y mamá había terminado cinco años antes. Cuando rompieron pasó por casa un desfile de hombres, hasta que ella acabó dando el paso con Gilbert Rankin. Ya pensaba que mamá no solo era demasiado guapa para limpiar la casa sino también para casarse. Imaginaba lo que diría la abuela: «Sería un delito que una chica tan bonita solamente pudiera manipular a un hombre el resto de su vida».

Mamá había entrado en la treintena sin mostrar el más mínimo interés por el compromiso, pero creo que Gil estaba demasiado forrado e interesado en ella como para renunciar al mismo.

Gil venía de una de las familias más ricas de Buchanan. En toda ciudad pequeña, hay unas cuantas cuyas fortunas nadie sabe a ciencia cierta de dónde provienen, pero, en Pensilvania, casi siempre se le puede seguir la pista hasta algo oscuro o invisible que sacaron del suelo excavando, haciéndolo volar o perforando. Su padre le había regalado unos grandes almacenes y dos restaurantes para que tuviera algo que hacer. También parecía tener una activa vida amorosa, pero, a pesar de los constantes rumores sobre posibles esposas, nunca se había casado ni había tenido hijos.

Un día, al llegar a casa después de clase, me encontré a Lucky recostado en el sofá de Gil, de cachemir amarillo girasol y verde aguacate, con las botas de motorista de punta de acero puestas sobre la mesa auxiliar de plexiglás, una que parecía un cubito gigante de limonada helada. Tenía una lata de cerveza en una mano y la otra en mamá, que reía por algo que acababa de decir él. No intentaron disimular nada cuando entré. Por un instante, se me pasó por la cabeza que podrían estar haciendo algo que no debían, pero hacía mucho que había aprendido a no juzgar lo que hacía mi madre, porque no me llevaba a nada productivo ni satisfactorio. Mamá era tan impermeable a la censura moral como el terrier de Gil, con sus permanentes ladridos, a los gritos de «¡Calla!».

Un día dio la casualidad de que Lucky se dejó caer por casa cuando le estaba pidiendo a mamá que me llevara a conducir. Estaba a punto de

sacarme el carné, pero no encontraba a nadie que me diera clases.

Lucky se ofreció. No sé si lo hizo pensando que ganaría puntos con mamá o por tener cerca mi bonito trasero y mi buena delantera, pero creo que sobre todo lo hizo porque, antes y después de las clases en el aparcamiento vacío del instituto, podía conducir el enorme y resplandeciente Buick Riviera color arándano de Gil; y lo conducía realmente rápido.

Aprender a conducir fue uno de esos contados momentos en los que eché de menos tener un padre. A mi entender, a nadie le hacía falta uno. No me sentía así porque Cissy hubiera sido una de esas excelentes madres solteras que lo dan todo y que hacen admirablemente de padre y madre; ella apenas se apañaba con su parte. Si lo sentía era porque mis hermanos y yo habíamos sobrevivido sin uno, y no podíamos echar de menos lo que no habíamos tenido.

Sin embargo, la sociedad dictaba que una hija debía tener un padre en momentos determinados de su vida. Un padre te enseñaba a montar en bici, te acompañaba en tu primera acampada, te llevaba al altar y te daba clases de conducir.

No conocí a mi padre, pero al menos sabía su nombre: Donny McMahon. Se negó a reconocermelo desde el momento en que mamá le dijo que estaba embarazada. Por aquel entonces todavía no había pruebas de sangre y ADN. No estaban casados y mi madre ya tenía su reputación. Fue imposible conseguir que él o su familia me aceptaran, aunque la abuela me decía que venía a verme cuando ella me estaba cuidando y estábamos solas. Por una cuestión de orgullo, mi madre no podía permitir que tuviera una relación con un hombre que la había rechazado y, lo que es más importante, que se negaba a pagar. La abuela insistía en que papá me quería, siempre que no hubiera nadie mirando.

Murió cuando yo tenía dos años, un día de marzo de aguanieve, con el primer Pontiac Sunbird que había aparecido por la ciudad. El accidente lo dejó tan desfigurado que el ataúd tuvo que estar cerrado, pero tengo dos fotos suyas: un retrato tamaño cartera del último curso del instituto, en el que mi parecido con él es dolorosamente claro, y una polaroid descolorida donde se le ve sonriendo y posando junto al coche que le causaría la muerte al mes de

comprarlo.

El padre de Neely era «uno de paso». Esa es toda la información que nos dieron de él. Inventábamos todo tipo de historias de por qué había venido y de cómo se conocieron mamá y él. En nuestra favorita, imaginábamos que era un héroe enmascarado, al estilo del Zorro, el Llanero Solitario o Batman. Una noche, se coló en el dormitorio de mamá, la dejó embarazada y siguió su camino antes de que ella pudiera descubrir su identidad.

El padre de Champ, por el contrario, era alguien a quien mamá conocía bien. Era un tipo respetable, con mujer e hijos, o eso es lo que nos contó mamá una noche en la que no había quedado con nadie, bebió y se quedó en casa compadeciéndose de sí misma. También dijo que nunca le podría decir a Champ quién era, porque le había prometido que su hijo ilegítimo nunca intentaría contactar con él.

A diferencia de Donny Donno y de Uno de Paso, el padre con principios de Champ le daba a mamá un fajo de billetes de diez dólares cada mes. Era un soborno, así que era más fiable que una pensión al estilo tradicional, porque jamás se le habría ocurrido saltarse ni un solo pago. Lo llamábamos el Sobre.

Siempre lamenté que Neely y Champ tuvieran que arrastrar una carga extra que a mí me habían ahorrado. Durante toda su infancia, estuvieron obligados a preguntarse por sus padres y sabían que podían cruzarse con ellos por la calle sin saberlo. Incluso podía sucederle a Neely. Si su padre había estado de paso una vez, podría pasarse otra.

Yo no tuve esas preocupaciones por el padre perdido. Tenía un nombre, dos fotos y sabía dónde estaba exactamente en todo momento: en el cementerio de la iglesia metodista de Buchanan.

Me cambio de ropa, me hago un sándwich y voy a ver a Neely antes de volver al trabajo. No sé por qué tengo tanta prisa. Aunque Lucky se pusiera a buscarla y la encontrara, no podría acercarse a ella a menos que se lo permitiera. No creo que se le ocurriera agredirla físicamente y, si lo intentara, supondría su final o, cuando menos, de sus pelotas. Tampoco me preocupa que pudiera hacerle daño emocional. Neely aparcó sus sentimientos hacia Lucky hace mucho tiempo. Envidio esa capacidad suya.

Tengo que decírselo ahora porque, si no lo hago, me pasaré el resto del día

pensando en lo mal que está saber algo importante que Neely desconoce.

Conducir hasta su casa me levanta el ánimo y me sirve para dejar de pensar por un momento en la chica muerta que yace sobre el frío acero inoxidable en el depósito del condado, esperando a que le pongamos nombre. El terreno de Neely está metido en el bosque, algo apartado de un camino de grava que atraviesa el parque estatal, más allá de la presa Laurel, un embalse alimentado por helados arroyos de montaña y con una playa de arena que, en esta época del año, estará llena de familias haciendo pícnic, de adolescentes indolentes echados sobre mantas y de niños chillones con los labios amoratados.

Sería imposible encontrar la casa de Neely si no fuera por el tótem hecho de letreros que hay al final de un camino de acceso que se adentra una milla más en el bosque hasta llegar a su casa y su oficina. No hay ningún anuncio de su negocio. Empezando por abajo, se lee: «NO PASAR», «NO PROSTITUIRSE», «NO CAZAR». Arriba del todo está el regalo de la agradecida dueña de un bichón frisé que vino a verla nada menos que desde Pittsburgh con un ladrador crónico, ridículo y taladrante, y que se marchó con un complemento tranquilo y callado que podía meter tranquilamente en su bolso de diseño; es un letrero hecho a mano que dice: «CUIDADO CON LOS PERROS Y A MÍ TEMEDME».

Las dos camionetas de Neely están aparcadas donde siempre, al lado de un coche que no conozco. Debe de estar con algún cliente.

Bajo del coche, cierro la puerta y espero a que el bosque cobre vida.

Estoy segura de que oyen todos los coches en cuanto se meten por el camino, pero esperan a que lleguen a la oficina de la cabaña de madera de Neely, a que aparquen y a que los ocupantes salgan, para aparecer. Neely no les ha entrenado para que lo hagan. Lo han aprendido ellos solos.

Por muchas veces que haya vivido su ritual de saludo, siempre se me acelera el corazón y la boca se me seca un poco por un miedo instintivo que se remonta a nuestros ancestros neandertales y, un poco también, por lo excitante que es ver a estos animales cuidar de su territorio.

En un momento, estoy sola. Al siguiente, estoy rodeada por cinco pastores alemanes. Se materializan sin hacer un solo ruido y se quedan parados, separados a distancias iguales, al borde de la línea de árboles.

Cuando un recién llegado ve a uno de estos perros, quizá sonría o lo llame.

Al fin y al cabo, no estaría en casa de Neely si no le gustaran los perros. Luego, divisa otro, y otro más. Los ojos comienzan a moverse nerviosos. Se da la vuelta para mirar tras de sí y ¿qué ve? Oh, sí. Otro más.

Los perros no ladran. No echan a correr. Están quietos, en silencio absoluto, y observan. Ahí están Kris y Kross, rojo y negro, idénticos y de la misma camada, con un pedigrí impecable salido de Alemania; el majestuoso Owen, un antiguo perro policía del Bronx; Quizá, un perro pastor negro como el carbón que rescató Neely; y su querido Smoke, un pura raza enorme y blanco de diez años que, estoy segura, no solo comprende el lenguaje humano, sino que también nos lee la mente.

Aparte de Neely y de Tiri, el chico que trabaja para ella, soy la humana que mejor conocen. Me reconocen al instante, pero se toman su tiempo en considerar también mi derecho a estar allí. El primero en dar un paso adelante y venir corriendo y meneando contento el rabo siempre es Quizá. Kris y Kross lo ven como una señal de vía libre y vienen a toda velocidad. Solo tienen tres años, son los más jóvenes de la manada y quieren jugar. Siempre llevo un par de pelotas de tenis en la guantera por este mismo motivo. Mientras se acercan, cojo una en cada mano. Los dos se paran a la vez, con los ojos clavados en su presa. Lanzo las pelotas al mismo tiempo en direcciones opuestas y se separan para ir a por ellas.

Owen es el siguiente en llegar, siempre da una vuelta de inspección alrededor de mi coche antes de dejar que lo acaricie. Smoke desaparece otra vez entre los árboles.

Kris y Kross ya han vuelto.

Les tiro las pelotas de nuevo.

La puerta de la oficina de Neely se abre y sale acompañada de un hombre y de una pit bull.

Hace calor pero va vestida con sus vaqueros de siempre, lleva botas de trabajo y una camisa de franela a cuadros por encima de una camiseta. Lleva su larga melena rubia, salpicada con mechones blancos, peinada en una coleta y recogida bajo una gorra de la Unidad Canina K-9 de la Policía estatal.

Con los años, he llegado a la teoría de que las mujeres extraordinariamente hermosas solo pueden manejar su desgracia siguiendo uno de estos dos

extremos: o la aceptan de forma incondicional y a expensas de todo lo que las rodea, o la niegan e intentan esconderse de ella.

Neely ha elegido el segundo camino. En mi opinión, no le ha funcionado. Puede ocultarse bajo ropas de hombre y evitar el maquillaje, las joyas, los secadores y todo lo que quiera pero, a menos que se pusiera una máscara como la que en nuestra imaginación llevaba su padre la fatídica noche de su concepción, su exquisito rostro está ahí, a la vista de todos.

Curiosamente, aunque es una mujer atractiva hija de otra mujer atractiva, el único parecido que había entre mamá y ella eran sus grandes ojos, de color azul topacio. Una vez, en un arranque fraternal levanta-egos, le dije que eran igual que el anillo con la piedra del mes de diciembre del mostrador de joyas de los grandes almacenes Woolworth que tanto le gustaba. Ella me dijo que mis ojos eran como caramelo fundido. Es uno de los cumplidos más bonitos que me han dicho nunca.

Los perros de Neely empiezan a moverse hacia la pit bull, que comienza a ladrar de modo amenazador y a tirar de la correa. Neely grita un «¡Quietos!» severo. No repite la orden. No suena a grito enfadado ni a ruego mimoso. Todos los perros hacen lo que les han dicho. Smoke se sienta. Los demás siguen en pie en guardia, jadeando.

La pit bull se vuelve loca.

Neely ladea la cabeza y mira al hombre, expectante.

Inmediatamente, este comienza a tirar hacia arriba de la correa de su perra y a gritar «¡Quieta! ¡Quieta! ¡Quieta! ¡Quieta!».

—Haz que se ponga a tu lado —dice Neely—. Dando la vuelta. Como te he enseñado.

—¡Junto! —grita el hombre—. ¡Junto!

—Díselo, no grites.

—Junto —dice.

Echa a andar trazando un pequeño círculo y sigue tirando de la cadena. La perra lo sigue, pero sin dejar de ladrar ni de hacer fuerza. Los brazos del hombre suben y bajan como pistones. Su cuello adopta un preocupante tono rojizo y le aparecen manchas de sudor bajo los brazos. Cuando comienzo a tener la sensación de que podría sufrir un infarto, la perra empieza por fin a

obedecer. Para cuando Neely les deja marchar y meterse en el coche, van caminando perfectamente una al lado del otro. La perra está concentrada en lo que tiene que hacer, y no en los demás perros.

—¿Era Lucy? —le pregunto a Neely cuando viene conmigo.

Asiente.

—¿Cómo va?

—Bien.

—¿Sobrevivió el gato?

—Sí. Vale —les dice a sus perros, que van hacia el último sitio donde ha estado Lucy, olisqueando el suelo.

—¿Puedes quitarte esa camisa de franela? Me estás dando calor.

Smoke se ha puesto silenciosamente al lado de Neely. Me mira con atención mientras ella se quita la prenda de la discordia sin decir una palabra y se la ata a la cintura. La camiseta que lleva debajo es de color gris.

—Estamos en verano, Neely. Disfrútalo. Voy a traerte unas cuantas camisetas de colores. Amarillas, naranjas, rosas, moradas...

—Genial —me dice—. Me vendrían bien unos trapitos nuevos. Voy a lavar las camionetas este fin de semana.

—Te alegrará saber que he echado a perder mi blusa nueva esta mañana.

—¿Esa de flores que parecía el cojín de los muebles de mimbre del porche de una anciana?

—Está de moda.

Me lanza una leve y fugaz sonrisa. Ha desaparecido casi antes de poder verla. Neely sonrío solo un poco más a menudo de lo que mamá limpiaba.

—¿Cómo se te ha estropeado?

—Metiéndome en un agujero en Campbell's Run para recuperar el cuerpo de una chica muerta.

La información no parece sorprenderla. No es que esté sacando cadáveres por ahí todo el tiempo, pero no hay muchas cosas que la sorprendan.

—Es terrible —dice—. ¿Sabéis quién es?

—Todavía no. No vas a creer quién ha encontrado el cuerpo. Buck, el perro.

—Conozco unos treinta Buck-el-perro.

—No creo que conozcas a este. Es de Rudy Mayfield.

Piensa en el nombre mientras ahuyenta a Kris y Kross, que acaban de aparecer para que les lance otra vez las pelotas de tenis. Me las quita y las guarda otra vez en el coche.

—Rudy Mayfield —comienza—. Tenía los ojos verdes, se sentaba a tu lado en educación sanitaria y siempre te estaba hablando de su último proyecto para el taller de metalurgia.

—Creo que era una especie de cortejo —añado a su descripción—. Qué buena memoria tienes.

—¿Qué aspecto tiene?

—Nada bueno. Ha engordado bastante.

Echamos a andar hacia su oficina para que coja una lata de cola de la máquina expendedora, el único capricho que se permite.

Smoke sigue a su lado. Los otros cuatro perros la siguen por detrás, como si fuera el flautista de Hamelín.

—Ya sabes —me dice—. En otras zonas deprimidas de los Apalaches hay mucha gente enganchada al cristal para poder afrontar que se han arruinado y su vida se ha echado a perder. Por aquí, la droga favorita parece que son los carbohidratos. Supongo que es el menor de los dos males.

—No se me había ocurrido verlo así.

Tiri aparece por detrás de la oficina antes de llegar nosotras. Lleva echado al hombro un enorme saco de comida para perros, me sorprende que no vaya dando tumbos por el peso. Es uno de los chicos de catorce años más raquíticos que he visto en mi vida; un muchacho hecho de alambres, con las manos y los pies demasiado grandes en proporción con el resto del cuerpo, como las enormes y torpes patas de un cachorro. Los pantalones cortos de camuflaje que lleva le están largos y anchos; apuesto a que van sujetos con un cinturón enroscado tres veces a su inexistente cintura.

Se para al ver a los perros. Quizá es el primero en lanzarse hacia él.

Tiri y Quizá entraron en la vida de Neely el mismo día. Recibió la llamada telefónica de un chico que no le dijo su nombre. Le preguntó si solo entrenaba perros o si también los rescataba.

Neely le recomendó que hablara con la ASPCA⁵ de la ciudad, con la

protectora o con la policía, pero el chico insistió en que era máximo secreto y que no podía implicar a ningún organismo oficial ya que, de lo contrario, le iban a «dar una paliza», dijo. La forma tan directa en que dejó claro su posible destino y el temblor que dejaba escapar su voz al hablar sobre el perro bastaron para convencer a Neely de que lo ayudara.

El perro había sido del tío de Tiri, que lo tenía encerrado y se pasaba días enteros sin darle de comer, porque creía que un perro hambriento sería un perro guardián mucho más feroz. A fecha de hoy, ni Neely ni yo hemos entendido qué tendría que guardar ese hombre.

Al tío de Tiri también le gustaba darle patadas al perro cuando se emborrachaba y dispararle al azar con el rifle mientras gritaba «Quizá te mate, quizá no».

Cuando lo conocimos mejor, Tiri nos contó que su tío le hacía lo mismo a su exmujer.

Ejecutar el plan fue muy sencillo; solo hacía falta la heroína adecuada con las habilidades adecuadas. Neely apareció con una correa, un bozal y una bolsa de premios a base de hígado mientras el tío de Tiri estaba en el trabajo, y se llevó al perro.

Tiri estaba con ella; cuando llegaron a su casa, mi hermana metió al recién bautizado Quizá en una de las casetas con un bol de comida y, cuando le prometió a Tiri que podría borrar todo el sufrimiento que había padecido y que pronto sería capaz de volver a amar, el chico rompió a llorar.

Le ofreció a Tiri un trabajo al segundo. Creo que se había tomado la misión de rescate como un todo incluido.

—Eh, jefa Carnahan —me dice como encogiéndose de hombros, con una falta de entusiasmo forzada propia de adolescente.

—Hola, Tiri. ¿Qué tal estás?

—Bien.

Sigue su camino, con los perros tras él, salvo Smoke, que espera a ver qué va a hacer Neely.

No puedo quedarme. Tengo que volver al trabajo. No va a haber una forma fácil de poner sobre la mesa lo que he venido a contarle, así que lo suelto sin más.

—He pasado por aquí para decirte que Lucky ha salido de la cárcel. Ha venido a verme esta mañana.

Neely muestra exactamente el mismo desinterés que esperaba de ella, pero sin darse cuenta se está frotando la mandíbula justo donde él la golpeó, tan fuerte que la tiró de la silla de la cocina donde estábamos haciendo los deberes mientras Champ se afanaba con un álbum de cromos.

Ninguno olvidaremos nunca la reacción de mamá. Se abalanzó sobre Neely y la alzó en brazos. Echó a Lucky de casa a patadas. Cuidó de Neely toda la noche, incluso fue al súper a por su helado favorito y al quiosco para comprarle una revista *Mad*, algo que nunca habría aprobado en circunstancias normales. Al día siguiente, a Neely le había salido un cardenal en la cara y el labio hinchado por donde se había mordido. Le chasqueaba la mandíbula al abrir y cerrar la boca. Mamá dejó que se quedara en casa sin ir a clase durante dos días y, esas dos noches, le dio cenas que pudiera tragar sin masticar: sopa de pollo con estrellas de Campbell, pudín de Snack Pack, puré de patatas con salsa de Kentucky Fried Chicken, compota de manzana y más helado con tropezones de Cool Whip. Después, bromeábamos diciendo que la forma de conseguir la atención de mamá era que alguien nos hiciera daño. Pero dejó de ser divertido cuando nos dimos cuenta de que lo pensábamos de verdad.

—¿Qué quería? —pregunta como de pasada.

—Creo que ponerme nerviosa, pero no lo ha conseguido. Dijo que lo veríamos por ahí. Las dos.

Neely resopla.

—Bueno, vale, puede venir a verme cuando quiera. Si mis perros le dejan pasar, hablaré con él.

—Es un anciano —le digo—. No va a dar problemas.

—¿Y qué hay de Champ? ¿Ha preguntado por él?

—Casi no recordaba ni su nombre.

Se calla, como siempre hace cuando surge el tema de Champ. Nuestro amor fraternal por él nos ha dejado en una especie de limbo infernal desde que no podemos formar parte de su vida adulta, que imaginamos como una especie de paraíso celestial; pero los lazos de la niñez terrenal que nos unen a él son tan fuertes que no podemos dejarlo ir del todo. Las nuevas tecnologías han

empeorado todavía más nuestra situación. Podríamos estar escribiéndole todos los días. Podríamos ser sus amigas en Facebook. Podríamos estar siguiendo sus tuits. Pero, en lugar de eso, recibimos noticias tuyas una vez al año, un día cualquiera: una de las dos recibe un SMS desde un número que no conocemos y con un prefijo aleatorio, a cientos de millas de distancia: «Estoy bien. Espero que vosotras también».

Da igual lo que respondamos; nunca contesta.

Cuando se marchó hace ya tantos años, yo tenía veinticuatro, ya era agente estatal y ya estaba buscando otro trabajo. Dos años después, quedó un puesto libre en el Departamento de Policía de mi ciudad y estoy aquí desde entonces.

Champ se había hecho un hombre como de la noche a la mañana. Había dejado de ser un adolescente desgarrado. Era alto. Tenía músculos y pelo en la cara. La voz risueña había pasado a ser grave y lenta. Tenía una buena mata de pelo negro y los ojos oscuros, del color del té que se ha dejado en infusión demasiado tiempo. Al parecer, se habían impuesto los genes del Sobre en los colores de Champ.

Estaba en pie junto al Chevette destartado con el que se disponía a cruzar el país. El total de sus pertenencias no ocupaba siquiera la mitad del maletero.

Aquel día, ni Neely ni yo hablamos con él con el corazón en la mano. El tema tabú desde hacía años seguía siendo tan inaccesible para todos como siempre; pero, por primera vez desde la muerte de nuestra madre, él había entreabierto la puerta lo suficiente para que el olor a rancio de un trauma mal guardado saliera llevado por el viento.

—No es culpa de nadie —dijo.

Yo sabía que sí era culpa de alguien, pero si él necesitaba pensar eso no iba a corregirle.

—¿En qué piensas? —pregunta Neely—. Tienes una expresión rara en la cara.

No quiero hablar de Champ.

—Estaba pensando que Singer y Blonski no sabían lo de mamá —contesto en su lugar—. Sucedió mucho antes de que nacieran, pero aun así... cuando te pasa algo así en la vida, crees que lo llevas escrito en la frente, que es lo único que ve la gente cuando te mira.

Me pongo las manos sobre la frente, como haciendo un paréntesis donde deberían estar escritas estas palabras:

—Mataron a mi madre —recito.

—Recuerdo que sentí lo mismo.

—Sobre todo en una ciudad pequeña como Buchanan. Nadie hablaba de otra cosa. Ahora va a empezar otra vez. La gente tardará mucho tiempo en olvidar este asesinato. Una adolescente. Y lo que le han hecho.

—¿No sabéis quién es?

—No llevaba ningún carné, y la cara y las manos... —decido no terminar esta parte de la descripción—. Llevaba las uñas de los pies pintadas de rosa y una tobillera de piedras brillantes.

Veo a Tiri de pie, detrás de Neely. Tiene la misma habilidad espectral que Smoke para acercarse sigilosamente a alguien sin ser advertido.

Se está tirando de la oreja izquierda, que le sobresale bajo la gorra. Esta costumbre le valió su sobrenombre, Tiri, de tirón⁶. Siempre se toquetea la oreja cuando está nervioso o tiene miedo; lo lleva haciendo desde que era un bebé.

—¿Qué pasa, Tiri? —le pregunto.

—Mi hermana, Camio, tiene una de esas tobilleras. Con corazones —contesta, mirando fijamente al suelo—. Nunca se la quita. Se la regaló su novio. —Sigue estirando frenéticamente del lóbulo y añade con la voz rota—: Anoche no volvió a casa. Nunca había faltado por la noche.

Smoke pasa revista a los tres humanos con la cabeza ladeada. Suelta un ladrido solitario y entrecortado. Sabe en qué estamos pensando.

⁵ Sociedad Americana para la Prevención de la Crueldad hacia los Animales (American Society for the Prevention of Cruelty to Animals).

6 En el original, *Tug*.

Capítulo 4

Nunca he prestado demasiada atención a la familia Truly. Es imposible ignorarlos del todo, porque son demasiado dañinos y están en demasiadas partes; pero, como con la colonia de hormigas rojas que se ha afincado en la grieta de la escalera de cemento de la puerta trasera de mi casa, he descubierto que puedo evitarlos casi siempre.

Miranda Truly, la matriarca del clan, tuvo ocho hijos fruto de su relación con Walt, diabético, fumador empedernido, bebedor insaciable y devorador de comida, que murió de forma trágica pero nada sorprendente en la cincuentena; le fallaron tantas partes del cuerpo que no merece la pena enumerarlas. De esos niños, seis llegaron a adultos, cinco se libraron de la cárcel, cuatro no cayeron en el *crack*, tres trabajaban de cuando en cuando, dos se mantenían sobrios y uno encontró a Jesús. Todos ellos se pasaban la vida procreando.

Clark Truly, el pequeño de la familia, consiguió evitar la cárcel, las drogas y la religión, pero no la botella. Tiene cuarenta y tantos, está casado con Shawna Ridge, trabaja en una empresa de transporte y es el padre de cinco hijos, entre los que están Tiri y Camio. Uno de sus hermanos mayores, Eddie, es el antiguo dueño de Quizá.

He llamado a Nolan y hemos hablado sobre la mejor manera de proceder con la víctima. Hemos acordado no llevar a los padres de la chica al depósito ni dejar que la identifiquen. En el estado en el que se encuentra su cara, no estamos seguros de que ni siquiera la madre pudiera reconocerla. No le quedan huellas dactilares. Yo visitaré a la familia y les pediré autorización para consultar la ficha dental de Camio.

Estoy segura de que hubo un día en que esta casa estuvo limpia y era

bonita, en que no tenía partes desvencijadas, descoloridas o retorcidas por negligencia o mal uso, y en que era el clásico símbolo americano de la esperanza y las oportunidades. Lo mismo podría decirse de Shawna Ridge Truly; su cara, reluciente y encantadora, sonríe sobre un cuerpo esbelto y envuelto en virginal encaje blanco en una foto de boda amarilleada que hay sobre un estante detrás de la mujer grande y apática que es desde que pasó a ser la persona que ocupa el centro del sofá, antes de pana azul y ahora cubierto por una pátina gris de hollín, brillante por el roce a la altura de las rodillas. Su cabello, largo y lacio, es color mondadura de patata, y tiene una mirada oscura y apagada que no para de pasar de mí al televisor de plasma que llena casi toda la pared que tengo a mi lado. No se ha ofrecido a apagarla, ni siquiera a quitar el sonido.

La mesa auxiliar que tiene delante está llena de pilas de revistas del corazón, latas de refresco volcadas, unos calcetines de deporte, pañuelos sucios, un táper de plástico transparente y vacío con manchas de glaseado azul, una fuente con espirales de ketchup reseco e incrustado, y un biberón a medio llenar de algo marrón y espumoso.

Las cortinas están echadas para tapar la brillante luz del sol. Hay una lámpara de techo encendida, pero apenas ilumina por la capa polvorienta de insectos muertos que se han acumulado en el fondo del plafón. La habitación tiene pegado el olor a fritanga, pañales sucios y trapos mojados. Al pasar sobre la moqueta, hace unos instantes, se ha hundido bajo mis pies como una babosa chapoteante. He tenido la sensación de estar pisando un campo de champiñones. No tuve ningún problema en quitarme los zapatos para caminar por Campbell's Run, pero nunca lo haría dentro de esta casa.

La hija mayor de Shawna, Jessyca, está de pie junto al sofá, con un bebé colgando en una cadera y manejando un iPhone con gran pericia con la otra mano. Un considerable michelín, con un agresivo bronceado, se desparrama entre la camiseta corta y los vaqueros recortados. Los diminutos deditos del bebé agarran la tela de la camiseta e intentan llevársela a la boca. Mira al bebé de reojo, llena de cariño maternal; es evidente el amor que se profesan la una a la otra.

Shawna no parece tener el más mínimo interés por saber a qué he venido.

Creo que Jessyca tampoco. La diferencia entre ellas es que a la primera le daría igual que me pasara aquí el resto del día, sentada con ella y viendo las sandeces de su día a día televisivo, mientras que la segunda quiere que me vaya. Jessy me mira atentamente, con la desconfianza relampagueando en sus ojos.

—¿Está su marido por aquí, señora Truly? —pregunto.

—Está trabajando. Lleva fuera dos días. Quedan dos más para que vuelva —responde Shawna sin despegar la vista del televisor.

—¿Para qué quiere a mi padre? —me dice Jessy. El recelo de su mirada se está endureciendo, para convertirse en abierta hostilidad—. ¿Se ha metido en algún lío?

—No. No vengo por él. Tengo unas preguntas sobre Camio.

—¿Camio? Menuda zorra. Más le vale no aparecer en un tiempo.

—Jessyca Lynn, cierra esa boca —le grita Shawna, como antes, sin apartar los ojos de su programa.

—Pero si tú también lo dices —le responde Jessy, que parece dolida.

—¿Hay algún problema? —pregunto.

—Ninguno —me dice Jessy con sorna—. Anoche no se presentó en casa y hoy tenía que hacernos un montón de cosas a mamá y a mí. Estamos cabreadas con ella, nada más.

Se inclina para dejar al bebé sobre el suelo.

—¡No hagas eso! —grito.

Me mira con una expresión extraña. Incluso Shawna mira hacia mí.

—Quiero decir: ¿puedo cogerla?

Extiendo los brazos.

Jessy me pasa al bebé. Al parecer, su aversión por mí no se traduce en una necesidad de proteger a su retoño de mí.

—¿Has hablado hoy con Camio? —pregunto a su hermana.

—Le he escrito. Pero no responde.

—Son casi las dos. ¿Puedes intentar contactar con ella otra vez?

Escribe rápido un mensaje.

—Igual podrías llamarla —añade Shawna.

Jessy se pone el teléfono junto a la oreja.

—Camio, chulita de mierda. ¿Dónde coño estás? Dijiste que le ibas a hacer un montón de cosas a mamá. Llámame cuando oigas esto.

—Está con el novio ese que tiene —aporta Shawna.

—¿Está segura?

Ninguna respuesta.

—¿Podríamos ponernos en contacto con el chico, o con su familia? —le pregunto a Jessy.

—Imposible. No tenemos trato con ellos.

—¿Por qué no?

Es incapaz de razonar el rencor que ha prendido en sus ojos en un instante, y eso me hace sospechar que es uno de esos odios infundados similares al racismo: un prejuicio sin argumentos y que no se fundamenta en nada concreto ni racional; tan solo en los insistentes murmullos de tu tribu, que te exige rechazar a determinados individuos para permanecer en ella.

Levanto al bebé algo más alto sobre el hombro y pruebo por otro camino.

—¿Es normal que Camio desaparezca así, sin decir nada, durante tanto tiempo?

—No —dice Jessy, abandonando su pose malhumorada por un instante—. No lo ha hecho nunca.

—¿Qué pasa aquí, Shawna?

Me doy la vuelta al oír una enérgica voz femenina y me sorprende descubrir que emana de una anciana que, a primera vista, parece que se la fuera a llevar el viento.

No es nada más que piel y huesos, pero en ella no hay nada que resulte remotamente frágil ni enfermizo. Por el contrario, su aspecto demacrado y su complexión esquelética le confieren una formidable aura de supervivencia imposible, como si se hubiera escapado del paisaje posapocalíptico de una película de ciencia ficción.

—Nada, Miranda —le contesta Shawna.

—¿Nada? —Su voz resuena y casi espero que el televisor se apague solo—. ¿La comisaria de policía está plantada en tu casa con tu nieta en brazos y dices que no pasa nada?

Repaso rápidamente mi directorio mental, intentando recordar si había

estado cara a cara con Miranda Truly. Aunque no importa si nos hemos encontrado alguna vez o no; las mujeres como ella conocen a todo el mundo y todas las historias familiares.

—Eres una chica de los Carnahan —me dice.

—Sí, señora.

—Estás sonriendo.

—¿En serio? Es que hacía mucho que no me llamaban «chica».

—¿Te gusta?

—No estoy segura.

—Tu hermana iba a clase de mi Marty.

Lo recuerdo. Martin James Truly, dieciséis años, cayó desde un puente abandonado del tren al arroyo Crooked como colofón de una noche de alcohol y broncas. Nunca se supo a ciencia cierta si estaba solo cuando sucedió o si lo ayudaron a darse el chapuzón.

Un par de años después, su hermano Ross murió al saltarse un semáforo en rojo con la moto. La Estatal supuso que, cuando vio que el tráiler se cruzaba en su camino, intentó evitarlo pasando por debajo, pero acabó bajo las ruedas traseras. A nadie le sorprendió saber que había sido un fan apasionado de *Los Dukes de Hazzard*.

Familias como los Truly me hacen pensar en las tortugas marinas que se ven en los documentales de animales y en las casi insuperables adversidades que se les presentan a sus crías antes de llegar a adultas. En la playa, cuando salen del cascarón desprotegidas, los pájaros se lanzan a por ellas y las que aun así consiguen llegar al mar son presa fácil para un sinfín de peces y criaturas acuáticas. En el caso de los Truly, su principal depredador es su inconsciencia.

—¿En qué te podemos ayudar? —me pregunta Miranda y siento el trasvase de poder en la habitación.

Ninguna de las dos mujeres que estaban conmigo me prestaba demasiada atención, así que no sería exacto decir que yo estaba al mando antes de que llegara ella, pero se sobreentendía de forma tácita que yo era una figura de autoridad. Ahora he quedado reducida a una intrusa bien vestida con traje de verano y zapatos de cuña que reparte un castigo ingrato.

Sería una pérdida de tiempo entrar en una conversación sobre una muerte brutal y sin sentido con esta mujer.

—Hemos encontrado el cuerpo de una adolescente —empiezo— y tenemos cierta información que nos hace pensar que podría ser su nieta, Camio. Siento hacerles pasar por esto, pero necesitamos comprobar todas las pistas.

—¿Por qué creéis que podría ser Camio? —pregunta Miranda.

Devuelvo el bebé a su madre y saco del bolso una foto de la escena del crimen.

—¿Reconocen esto?

Jessy y su abuela miran el primer plano de los pies de Camio, las uñas rosa fosforito y la sarta de corazones de diamantes falsos alrededor del esbelto tobillo.

—Ay Dios —dice Jessy, con la voz entrecortada. Instintivamente aprieta a su hija con fuerza contra el pecho—. Ay Dios —repite—. ¡Mamá!

Shawna ni siquiera mira hacia donde estamos.

Jessy me arranca la foto de la mano y corre hacia su madre. Su cara es un reguero de lágrimas.

—¡Mamá! ¡Mira! Es Camio.

Planta la foto delante de Shawna, que le echa un vistazo.

—Unos pies. ¿Y qué? ¿Sabes cuántas chicas se pintan las uñas de rosa y llevan tobilleras cutres? Y no empieces otra vez con eso de que el chico de los Massey la compró en Kay Jewelers. Es un pedazo de mierda que puedes comprarte en Walmart. La he visto.

—Es Camio. Mira la cicatriz que tiene en un lado del pie. ¿Recuerdas cuando pisó ese clavo de pequeña y le atravesó el pie? Se le infectó.

—¿Por qué cojones sabes tú tanto sobre los pies de tu hermana?

—¡Mamá! —grita Jessy, agitando la foto ante ella—. ¿Qué te pasa?

Shawna abofetea a su hija tan fuerte que el bebé echa a llorar por el ruido.

—No me hables así —le abronca.

Doy un paso adelante, pero Miranda me agarra por el brazo.

—¿Qué le ha pasado? —pregunta.

—Me temo que no puedo darles más información por ahora. Nos gustaría ver su ficha dental para confirmar que es ella.

—¿Dónde está?

—En el depósito.

Hace una seña a Jessy y Shawna.

—Venga. Nos vamos.

—Señora Truly —intento detenerla—. No creo que sea buena idea. Está en muy mal estado.

—¿Peor que si le hubiera arrancado la cabeza un tráiler o si hubiera pasado dos días muerta en el fondo de un río? Marty tenía cangrejos en las cuencas de los ojos.

No sé qué decir a eso.

—Shawna. Tu hija está muerta —le anuncia Miranda—. Levántate ahora mismo.

Shawna se levanta a cámara lenta y se sacude las migas de la camiseta.

Al pasar a mi lado, me apunta a la cara con el dedo y me espeta:

—A mí ni me hable. Guárdese los «señora» para Miranda; a mí no me venga con esas.

Me gustaría decirle que no soy el enemigo, que somos iguales, que sé lo que es ser pobre, vivir en la miseria y preguntarse por qué a otros les va mejor, pero que esa desagradable realidad no me llevó a encerrarme, ni a culpar u odiar al resto del mundo, sino que hizo que quisiera formar parte de él.

Salvo por la presencia de mis hermanos, la casa de mi madre me deprimía y desesperaba. Decidí que solo iría allí a comer y a dormir por pura necesidad, pero que pasaría el resto del tiempo en otra parte.

Me encantaba el colegio. Me encantaban las actividades y los eventos. Me encantaba tener amigos. Me encantaba tener novios. Me encantaba la ciudad. Me encantaba ser parte de la comunidad.

También me encantaba mi madre y por eso siempre la trataba de forma especial. Sabía que se le daba mal hacer de madre, pero nunca supe si eso era lo mismo que ser una mala madre. Neely y yo estábamos convencidas de que, en el fondo, mamá nos quería; si no fuera así, ¿por qué iba a haberse quedado con nosotras?

—Haré que un agente las reciba —les digo.

Ni Miranda ni Shawna se aseguran de que me marche antes que ellas. Se van mientras estoy junto a mi coche. Por un instante contemplo la idea de volver a la casa y husmear un poco, pero sé que no puedo.

Cuando estoy a punto de irme, veo que un niño sale a hurtadillas por una ventana del piso de arriba y se escurre por el tejado del porche delantero con la agilidad de una ardilla.

Se para haciendo equilibrio junto al canalón y se saca un Slim Jim del bolsillo de los vaqueros. Arranca un trozo con los dientes.

—¿Quién eres tú? —le grito.

—Derk Truly. ¿Y tú?

—Dove Carnahan.

—Qué nombre tan ridículo. Nosotros disparamos a las palomas⁷.

—No lo dudo. ¿Cuántos años tienes, Derk?

—Ocho.

—¿Puedes quedarte en casa solo?

—Siempre estoy solo.

Espero para ver si se atreve a acercarse un poco más. Estoy segura de que es asustadizo y de que podría echar a correr en cualquier momento, como el animalillo de los bosques al que me recuerda.

Vuelve a guardarse el palito de carne en el bolsillo, se tumba de lado, agarra el borde del tejadillo, rueda hacia abajo y se deja caer en el porche con un movimiento fluido. Cae perfectamente de pie, con un golpe seco.

No me muevo. Es un muchacho encantador: ojos grandes y marrones con largas pestañas, las mejillas salpicadas de pecas y unas orejas algo grandes para su cabeza. El pelo rapado lo aniña aún más, me gustaría agarrarlo y acariciar su tacto de seda.

—¿Conoces al novio de Camio? —pregunto al angelito.

—Es Zane Massey —me responde—. Es un chupapollas. Toda la familia es un atajo de chupapollas.

No me sorprende lo más mínimo su lenguaje, pero por su gesto desafiante y su postura, sé que es lo que espera.

—¿De verdad? ¿Sabes lo que es un chupapollas?

—Sí —responde con convicción.

—Los únicos Massey que conozco son Terry, Brie y sus hijos. Él es un contable en el ayuntamiento, y ella, secretaria en la consulta de un ortodoncista. Podrías decir que son un atajo de presbiterianos, un atajo de castaños, un atajo de amantes de los animales, un atajo de conductores de Ford Explorer o un atajo de fans de Taylor Swift que compran en Old Navy y cenan en el Olive Garden, pero dudo mucho que en esa familia se dediquen a chupar pollas todos juntos.

Me mira fijamente sin decir nada. Al menos, he captado su atención.

—Antes de abrir la boca, tienes que saber de qué hablas —le digo—. Es una buena regla.

—Yo no sigo reglas.

—Ya lo veo. ¿Qué te parece tu hermana, Camio?

—Es una puta.

—¿Por qué?

—Porque quiere irse.

—¿Con Zane?

—No lo sé. Quiere ir a la universidad.

—¿Te parece mala idea?

—La universidad es para chupapollas.

—Bueno, en parte tienes razón. ¿Y qué hay de tu hermano, Tiri?

—Él es guay.

—Trabaja para mi hermana, la entrenadora de perros.

—Dice Tiri que ella es guay.

Me meto en el coche.

—Ha sido muy interesante hablar contigo, Derk —le digo a través de la ventanilla abierta—. Que tengas un buen día.

Hago como que estoy muy ocupada, apuntando algo en una libreta.

Por el rabillo del ojo, veo que sale del porche y empieza a acercarse, disimulando.

Saco una chocolatina del bolso, parto un trozo y espero a que llegue a la ventana. Llega.

—¿No tienes más hermanos? —le pregunto.

—Shane está en la cárcel. Apuñaló a uno.

Le ofrezco el resto de la chocolatina. La coge sin dudar y se la mete en la boca.

—¿Algún chupapollas en la cárcel? —pregunto.

—No —dice con la boca llena de chocolate.

⁷ En inglés, *dove*.

Capítulo 5

Llamo a Nolan para decirle que estoy casi segura de que la chica es Camio Truly y que su familia va camino del depósito. Nolan no suele decir tacos, pero suelta unos cuantos que habrían hecho las delicias de Derk. No quería que la familia fuera al depósito todavía. Me dice que dejará lo que tiene entre manos y que se reunirá allí con ellas.

Decido no decirle cómo se llama el novio de Camio. Que el gallito lo averigüe él solo.

Nolan no aprobaría que fuera a hablar con Zane y con sus padres todavía. Querría que nos asegurásemos de que es ella antes de ir a verlos con la impactante noticia de la muerte de su novia; pero, si se confirma que es ella, estaríamos en una investigación por homicidio, Zane sería un posible sospechoso, porque los novios siempre lo son, y sus padres cerrarían filas sin pensarlo dos veces. Los conozco; no mucho, pero sí lo bastante como para suponer que no les gustaría que su hijo estuviera saliendo con una Truly y que, como la mayoría de los padres, harían cualquier cosa por protegerlo.

Como es sábado, quizá alguno de sus padres esté en casa. De pequeña, era impensable que un crío se quedara en casa un día como este, pero hoy, hay bastantes probabilidades de que esté en la sala de juegos del sótano jugando con la consola.

Terry Massey está cortando el césped. Levanta una mano para protegerse los ojos del sol y ver mejor quién se está metiendo por el camino de entrada

de su casa.

Voy en mi coche y llevo ropa de calle. Nadie debería alarmarse por mi presencia, pero sonrío radiante y lo saludo jovialmente al salir del coche, para dejarle claro que todo está bien.

Conozco a Terry porque ayudó a Neely con unos problemas de impuestos que tuvo en su negocio hace unos años. Es la antítesis del estereotipo enclenque de su oficio. Es un tipo grande y campechano, abierto y con vozarrón, que se levanta de la mesa y cruza enérgicamente la oficina para darte un buen apretón de manos, como si fuera un defensa a la caza de un balón suelto.

El rugido del cortacésped se apaga y él se acerca a través de la perfecta alfombra de hierba verde y brillante. Esto me recuerda que tengo que ocuparme de mi patio y, con tristeza, evoco también mi sueño de que este recuperase su estado natural, con maleza y flores silvestres entre las que animales y pájaros pudieran jugar con libertad... pero las normas para el mantenimiento del césped son muy estrictas en mi vecindario; fuera de sus fronteras, los residentes pueden dejar que la hierba crezca casi un metro de alta, anegar su propiedad con electrodomésticos averiados y vehículos estropeados puestos sobre bloques de hormigón, y deshacerse de todo lo que no quieren (desde cadáveres de ardillas hasta viejos sillones reclinables) prendiéndole fuego en el patio delantero. Por lo que pude ver antes, la familia Truly parece haber optado por este estilo con todo su entusiasmo.

—¿Cómo anda, comisaria Carnahan?

Terry se pasa el antebrazo por la cara, para secarse el sudor.

—Ya te dije que podías llamarme Dove.

—De acuerdo, Dove. ¿Te puedo ayudar en algo?

—Me gustaría hablar con Zane.

La cordial sonrisa se esfuma de su rostro bronceado.

—No se ha metido en ningún lío —le digo—. Solo quiero preguntarle un par de cosas. ¿Anda por casa?

Tarda un momento en decidir cómo va a responderme.

—No, pero está a una manzana de aquí, en casa de un amigo. Puedo mandarle un mensaje.

—Estaría muy bien. ¿Está tu mujer en casa?

—En el patio de atrás.

Lo acompaño alrededor de su casa de dos plantas, de color marrón café, con revestimiento de vinilo en las fachadas y marcos rojos de madera; me maravilla ver cómo hay gente que consigue tener más limpio el patio que yo mi cocina.

Una vez vi a su mujer al pasar por el Olive Garden. Lo que recuerdo de ella son cosas sueltas, pero no tengo una impresión de conjunto: pelo brillante y bamboleante con corte a lo paje, risa nerviosa y forzada, y un estridente collar de varias vueltas hecho de discos rojos de metal del tamaño de un dólar de plata. Su risa habría podido reconocerla en una rueda de identificación; a ella, no.

La encontramos arrodillada sobre una alfombrilla de plástico junto al macizo de flores. Estoy segura de que no se puso rápidamente cualquier cosa para hacer un agujero en el barro, sino que dedicó su tiempo a escoger la ropa. Lleva unos pantalones capri naranjas, Crocs a juego, una blusa amarilla sin mangas y una gorra de béisbol de un blanco cegador. Sus guantes de trabajo tienen un estampado de mariposas y están esplendorosamente limpios.

Se sienta sobre los talones y nos regala una cálida sonrisa a su marido y a mí.

—Querida, ¿te acuerdas de la comisaria Carnahan? Dove —añade guiñando el ojo.

Se saca un guante tirando uno a uno de los dedos, y me extiende la mano mientras Terry camina hacia una mesa de jardín y coge un teléfono móvil.

—Me alegra verte de nuevo —dice y se pone en pie de un salto.

—Quiere hablar con Zane —le explica su marido mientras escribe un mensaje.

—¿Con Zane? —Su sonrisa se abre y se reafirma—. ¿Por qué? Zane nunca se mete en líos. Casi es demasiado bueno.

Intento sonreír tanto como ella, pero los músculos de mi cara no dan para tanto.

—Da gusto oír eso de un chico de diecisiete años —digo—. No se ha

metido en ningún lío. Solo quiero hacerle unas preguntas sobre su novia.

Dejo la frase flotando en el aire, esperando a que ella diga un nombre.

—¿Camio?

—Sí. ¿Qué puedes decirme de ella?

—Es una buena chica. Educada. Solo saca sobresalientes, por lo que nos cuenta Zane. Algo retraída. No tenemos ningún problema con Camio.

Le lanza una mirada a su marido.

—Pero... —la animo.

—Es su familia.

—¿Los conocéis?

—No, la verdad. Pero no hace falta conocerlos para saber cómo son.

—¿A qué te refieres?

—La mitad están muertos o en la cárcel —dice.

—Pero la otra mitad, no —sugiero.

Terry se ríe. Su mujer le sonrío, insegura.

—Conocí a su madre —sigue.

—¿Y qué tal fue?

—No quiero que suene mal —baja la voz como si estuviéramos conspirando—. Entiendo que hay personas que no tienen fuerza de voluntad. Es una adicción, ya sabes. Lo de comer demasiado. Es como ser adicto a las drogas o al alcohol. La única diferencia es que sí se puede dejar de comer como un cerdo. No sé, paras y ya está. Dejas de tragar Twinkies. Es mucho más difícil dejar las drogas o el alcohol. Esto no lo digo por propia experiencia, claro está.

—Cuando conociste a la señora Truly, además de advertir que tiene sobrepeso, ¿tuviste algo más de trato con ella?

—Fue una maleducada. La vi en una obra del colegio. Me presenté. Le dije que era la madre de Zane y ella me dijo: «¿Quiere una medalla?».

Está a punto de escapárseme una risa y carraspeo para disimular.

—¿Camio y Zane van en serio?

—No —dice automáticamente, sacudiendo la cabeza mientras su marido, al mismo tiempo, asiente y añade—: Eso creo.

Sin que me dé tiempo a hacer más preguntas, Brie agarra a su marido, lo

pone a su lado, y le ataca al oído con pequeños siseos que no consigo descifrar.

—¿Estuvieron juntos anoche? —pruebo.

Otra vez me dan dos respuestas distintas: un «no» la madre de Zane, y otro «eso creo» su padre.

Brie clava la mirada en Terry, que se pone serio de golpe.

—¿Qué es lo que pasa? —me pregunta.

—Camio ha desaparecido. —Observo sus rostros atentamente: Terry parece afectado mientras que Brie casi está encantada—. Por lo que sabéis de ella, ¿pensáis que podría haberse escapado? —pregunto.

—Si se ha escapado, no sería un drama —contesta Brie—. Sé que suena horrible, pero no puedo contenerme.

Asiento con comprensión.

—Es casi como si fueras adicta a decir cosas horribles.

Terry suelta una risotada.

—Ya te dije que ella tenía un gran sentido del humor. Para ser poli.

—Pensaba que habías dicho que no teníais ningún problema con Camio —sigo.

—No lo tengo. Es una buena chica y le deseo lo mejor, pero no quiero que sea la madre de mis nietos.

—Creía que habías dicho que no iban en serio, ¿no?

Su frustración la supera y explota en una de esas risas chillonas que recuerdo del restaurante.

—Estás malinterpretando mis palabras —dice entre risas.

Su expresión cambia de golpe y sé que Zane ha llegado; el pánico crispado se funde con una vaga ternura, al tiempo que dos líneas marcadas de preocupación aparecen en su frente, cayendo hacia la nariz.

Al mirar hacia atrás veo acercarse a un adolescente, con el paso ágil y fluido de un atleta que estuviera saliendo de la pista después de un buen entrenamiento. Ha atajado por media docena de patios traseros para llegar a casa. Puede que Zane no sea demasiado bueno (como cree su madre), pero sí lo bastante como para ganarse la permisividad de sus vecinos.

Llega adonde estamos. Su madre le pasa inmediatamente el brazo por el

hombro. El chico lo deja ahí cinco segundos antes de sacudírselo de encima. Casi puedo oír a los dos marcando la cuenta atrás en la cabeza: la madre, pensando que es mejor que nada y el hijo, pensando que es lo mínimo que puede hacer.

Lleva unos pantalones cortos de baloncesto hasta las rodillas, de un rojo reluciente, una camiseta azul oscuro y un par de sandalias Nike de goma. Ningún *piercing*. Ningún tatuaje a la vista. Ninguna señal externa de rebeldía. Me impresiona lo rápido que ha respondido a la llamada de su padre.

Terry hace las presentaciones. Zane no parece intimidado ni sorprendido por mi presencia. Se ha tomado el que la comisaria de policía haya aparecido en su casa un sábado por la mañana para hablar con él como lo más normal del mundo. O es un chico realmente bueno y absolutamente inocente, o un sociópata absolutamente culpable.

—¿Puedo hablar con Zane a solas un momento?

Los padres se incomodan. No esperaría que un adolescente lo notara, pero se da cuenta. Zane les sonrío.

Son una familia guapa y sonriente. Aún no conozco a la hija, pero estoy segura de que encaja perfectamente con el resto, como la última pieza del puzle. Sé que hay un retrato de estudio de ellos, con los jerséis a juego y posando en un sendero campestre, colgado en una pared de su casa, junto con fotografías de los dos hijos debidamente representados en todas las edades.

Shawna Truly no tenía ni una sola foto de sus cinco hijos a la vista; tan solo la foto descolorida de su boda.

—¿Qué os pasa a vosotros dos? —pregunta Zane a sus padres, que se relajan al oír el tono jocosos de su voz—. Están paranoicos con que algún día voy a cag... a meter la pata a lo grande porque aún no lo he hecho —me dice y se ríe—. A veces tengo ganas de hacerlo solo porque pase de una vez.

—Solo será un minuto —les digo a todos.

Brie cierra la boca tensando la mandíbula. Terry me extiende las manos con las palmas hacia arriba, como si me entregara el recuerdo del bebé que su hijo dejó de ser hace mucho.

Me gustaría decirles que no voy a hacerle ningún daño, pero aún no puedo prometer eso.

—¿Dónde estuviste anoche, Zane? —pregunto cuando sus padres están seguros dentro de casa, observándonos aplastados contra una ventana cada uno.

—Salí con unos amigos. Luego, me vine a casa.

—¿Tienes novia pero no quedaste con ella?

—Íbamos a salir, pero me dejó plantado.

—¿Te dijo por qué?

—Se metió en un lío, o algo así. —Se saca el teléfono del bolsillo y empieza a buscar mensajes—. Íbamos a pillar una peli cuando me escribe para que nos veamos inmediatamente. Quería quedar en la presa Laurel. Solemos ir a pasar el rato por allí en verano, donde las hogueras. Total, que voy hasta allí con el coche, pero no está ni la ha visto nadie. Le escribo y me dice que tiene un problema y que no la dejan salir de casa. Ya no me respondió a más mensajes.

—¿Cuándo fue eso?

Vuelve a mirar el teléfono.

—A las 20:42 de la tarde.

—¿Era raro que dejara de contestar?

—Camio puede ser muy reservada. Al principio me molestaba bastante. Incluso me ponía celoso a veces. Luego decidí que era por lo rara que se ponía con su familia.

—¿Rara?, ¿en qué sentido?

—Se avergüenza de ellos, pero luego los defiende a muerte. Es difícil de explicar. Solo he estado allí dos veces, pero no volveré más. A ver, he visto familias que se dicen de todo cuando están enfadados, pero nunca había conocido a ninguna en la que se trataran mal todo el tiempo. Cuando Cam está con ellos, es como ellos. Casi no la reconozco.

—¿Tienes alguna foto suya en el teléfono?

Repasa las fotos hasta que encuentra la que quiere enseñarme.

Es una foto de verano. Una chica encantadora, con el pelo moreno y una cara ligeramente bronceada. Tiene un montón de pecas por las mejillas, como su hermano Derk. Sujeta una piruleta naranja ante los labios y sonrío.

No puedo dejar de pensar en cómo la hemos encontrado y estoy a punto de

vomitara. En mi cabeza, escucho la voz de Rudy Mayfield: «¿Quién haría algo así?».

—Se la hice este fin de semana —dice Zane.

Contempla la foto que lleva en la mano y se le ilumina la mirada. No se da cuenta de que tengo que apartar la mirada.

—Es muy guapa —digo, recomponiéndome.

—Sí, mucho.

—¿Se iría de casa?

—¿Cam? Jamás. Lo que más quiere en el mundo es ir a la universidad, así que tiene que terminar el instituto. Ya sacó un 2.350 en el examen⁸ esta primavera, pero quiere repetir las pruebas en otoño. Quiere sacar una puntuación perfecta. La gente así no se marcha de casa.

—¿Por qué se esfuerza tanto?

—No quiere acabar como su hermana o su hermano. Jessy se quedó embarazada en el instituto y Shane está en la cárcel. Quiere salir de aquí.

—¿Y qué hay de sus hermanos pequeños?

—Cree que, si les enseña otra forma de vida, igual querrán marcharse también.

—¿Y qué hay de ti, Zane? ¿Quieres salir de aquí?

—No tengo nada en contra de esta ciudad, pero seguramente me vaya cuando termine la universidad, aquí no hay buenos trabajos. Quiero ganar dinero.

—¿Haciendo qué?

—No lo sé. Algún negocio, seguramente. Voy a ir a Penn State⁹ y saldré de fiesta hasta hartarme, luego me iré con mi título a otro lado y me volveré una persona seria.

—No te ofendas, pero Camio parece muy centrada y motivada. Tú... no tanto.

Mis palabras no le molestan. Por el contrario, me regala una de esas sonrisas de perlas a lo Massey.

—No es que sea tonto ni nada. Creo que soy bastante normal; Cam sí que es algo fuera de lo normal.

Le devuelvo la sonrisa por decir eso.

—Está claro que no eres tonto —le digo—. ¿Y qué crees que ve en ti, además de lo guapo que eres?

Se sacude mi cumplido como antes se sacudió el gesto de cariño de su madre: lo acepta pero piensa que no le hace falta.

Sin embargo, se toma mi pregunta en serio. No todos los chicos de su edad harían lo mismo.

—No fuimos al baile de graduación —empieza—. Nunca me dijo por qué no quiso ir, pero yo sabía que tenía algo que ver con su familia. Al principio me cabré bastante. Era solo la graduación júnior¹⁰, lo sé, pero iban a ir todos nuestros amigos. Además, mi madre se puso hecha una furia. Quería hacerme un millón de fotos en esmoquin para publicarlas en Facebook. Le va toda esa mierda de madre sensiblera.

Los dos miramos hacia la casa y vemos a sus padres observándonos desde una ventana cada uno.

Brie empieza a saludar con la mano; entonces se da cuenta de que no quiere que la veamos y desaparece detrás de una cortina con volantes.

—Imaginé que, si no íbamos a ir, Cam me daría al menos una explicación, pero no lo hizo —sigue—. Discutimos y le dije que iba a buscarme a otra. Me dijo que no se enfadaría conmigo si lo hacía. Eso me hizo sentir aún peor, así que le dije que mejor lo olvidábamos y no íbamos a esa mierda de baile. Sonrió y me dijo que por eso me quiere, porque estoy a su lado.

Suena el teléfono. Es un mensaje de Nolan: «Identificación positiva. Camio Jane Truly, 17».

Cuando levanto la vista, toda esa indiferencia juvenil de Zane ha dado paso de repente a la tensión adulta que surge del presentimiento de una tragedia.

Cuando nuestra conversación se ha visto interrumpida, ha tenido tiempo para preguntarse qué es lo que pasa.

—¿Por qué me pregunta todas estas cosas? No sé nada de Cam desde anoche. Empiezo a preocuparme por ella. ¿Sabe dónde está?

—Sí —le digo.

El alivio que se dibuja en su cara me parte el corazón.

8 Zane se refiere al SAT, o Prueba de Aptitud Académica (Scholastic Aptitude Test), una prueba destinada a evaluar la preparación de los estudiantes de los últimos cursos de instituto para poder estudiar en la universidad, sin que los resultados se añaden a su expediente académico. Las pruebas se repiten varias veces al año y se estructuran en tres secciones principales: matemáticas, análisis de lectura y redacción.

9 La Universidad Estatal de Pensilvania.

10 Los estudiantes de último año, o *seniors*, hacen su propio baile. El resto de alumnos, los *high school juniors*, tiene la *junior prom*. Es frecuente que los dos bailes se celebren conjuntamente.

Capítulo 6

Neely, Champ y yo nos criamos en una casa de Springfield Street llena de goteras y telarañas, chirriante, desconchada y mohosa en verano, y fría como un granero en invierno, algo caída hacia la izquierda; a lo lejos, era como si hubieran lanzado una casa para pájaros castigada por los elementos en medio de una fila de casas de muñecas, de esas que tanto te gustan pero con las que casi no juegas.

Pasamos ahí nuestra infancia, hasta que nos mudamos a la mansión de Gil cuando teníamos catorce, doce y nueve años. La casa nueva tenía cuatro dormitorios enmoquetados, dos baños, un comedor, sala de estar, cocina *office* y hasta una sala de juegos, además de una fachada de ladrillo rosa, dos columnas blancas y unas ventanas impolutas por las que podíamos ver la calle; no era una mansión de verdad, pero comparada con el Hogar Cissy sí lo era, y siempre nos referimos a ella como el Palacete Rankin, con acento inglés.

Incluso logramos que la abuela participara en el juego. Ahora tiene noventa y dos años y está en una residencia, pero aún hoy, cuando terminamos hablando sobre el fugaz y aciago matrimonio de su hija, levanta la voz con un graznido británico del que *Dame* Maggie Smith se sentiría orgullosa y rememora el Palacete Rankin y a lord Gil.

A simple vista, la casa de Gil parecía mucho más adecuada que la vieja para nuestra madre recién exfoliada, perfectamente maquillada y con ropa vistosa; pero ella nunca pareció sentirse tan cómoda allí como en la seudochabola. Ninguno lo hicimos. No fue por culpa de lord Gil. Él hizo todo lo que pudo para que estuviéramos a gusto. Decoró uno de los dormitorios de verde azulado y amarillo pollo-malvavisco para Neely y para mí. A las dos el

dormitorio nos parecía demasiado estridente para dormir, así que nos llevamos las camas al vestidor, que de todas formas era más grande que nuestra antigua habitación.

Consiguió conectar mucho más con Champ. A Neely y a mí no nos molestaba. Lo atribuíamos a que eran hombres y a que los adultos se entienden mejor con los niños pequeños que con los más mayores. Yo era adolescente y tenía la sensación de que Gil me miraba como una pieza de cerámica púber que ya se había cocido en el horno. Yo estaba dura y definida, mientras que Champ seguía siendo blando y moldeable, y su presencia juguetona y atenta pedía caricias y modelado a gritos.

Neely solo tenía doce años, pero era una niña seria, rigurosamente obediente e inflexible, que no gustaba a todo el mundo. No era tímida ni distante. La timidez resulta del miedo, y la distancia, de un sentimiento de superioridad; ninguna de esas dos cosas valía para mi hermana.

Nunca he conocido a nadie como ella y, al no tener a nadie con quien compararla, nunca pude ofrecer un compendio adecuado de su personalidad hasta que empezó a trabajar con perros de asistencia y se enamoró de los pastores alemanes. Neely es como sus perros. Su silencio habla más alto que los gritos de la mayoría de la gente.

La casa donde vivo ahora está en Springfield Street. Seguramente, un psicólogo tendría algo que decir sobre mi decisión de vivir a solo unas manzanas de la casa de mi infancia, que no está precisamente cargada de buenos recuerdos; y seguramente diría todavía más cuando se enterase de que, mucho antes de mudarme aquí, la habían echado abajo para abrir en su lugar una distribuidora de cerveza.

Quería vivir en esta casa de niña y no se me ocurre ningún motivo mejor para comprar una casa de adulta. Tenía muchos atractivos, pero el más importante para mí era que parecía un manojo de casas amontonado. La parte de abajo era de piedra color gris claro, en lo alto de una pequeña pendiente del patio, como si estuviera excavada directamente de la tierra. La parte de arriba era de madera, pintada de un estrafalario verde espuma de mar, con las ventanas y los aleros de un color rosa flamenco que recordaba en gran manera un motel barato de Miami. Uno de los lados estaba ocupado por un

invernadero lleno a rebosar de macetas; si alguna vez vivimos en esta casa, le dije a Neely, lo llamaremos «la Habitación de la Selva». En el otro lado de la casa, unas escaleras subían hasta una diminuta habitación del tercer piso en forma de torrecilla. La llamaba «el Garito», hasta que un día dije el nombre en voz alta y Neely me dijo que «garito» era un antro. Ella estaba segura de que yo quería decir «altillo».

Siempre me alegro al ver la casa. Con el tiempo, cambié la pintura original por un blanco más respetable, pero no hice más cambios.

Después de visitar la residencia Massey, me he pasado el resto del día en la comisaría, con Nolan ignorándome y ocupándome de los medios que me ha mandado a mí. Sabe que tengo mano para aplacar a la opinión pública; además, de esta forma la policía estatal puede quedarse parapetada tras su habitual muro de reserva y, si digo algo que no querían sacar a la luz, pueden echarle la culpa a la incompetencia de la policía de pueblo, mientras ruegan por dentro que lo que he dejado escapar les ayude en la investigación. Nolan cuenta con eso. Sabe que se me da bien lo de las filtraciones estratégicas.

Dos de mis hombres están de vacaciones: uno en los Outer Banks con su familia y el otro en algún lugar de Canadá, cazando osos. He reunido a los otros cuatro y les he explicado que lo mejor que pueden hacer por ahora es darse una vuelta y hablar con todo el mundo que puedan, sin mostrar demasiado interés por las respuestas que les den. En una ciudad pequeña, el 95 por ciento de los cotilleos no son de fiar, pero ese 5 por ciento basado en hechos es oro puro y, normalmente, la gente que sabe algo importante no es consciente de ello, pero está deseando chismorrear de todas formas.

Aparco en el garaje, pero salgo a pie antes de entrar en casa; lo hago por Bob, el vecino de al lado, que siempre está plantado en el camino de entrada de su casa con unos pantalones de chándal cortados por debajo de las rodillas, las deportivas sin atar y una camiseta de concierto desteñida, hablando por el móvil y fumando un pitillo. Lo único que cambia en invierno es que se echa una parka por encima.

Tiene una pensión por invalidez desde que vivo aquí, hace quince años. No sé cuál es su invalidez ni dónde trabajaba cuando tuvo el accidente, pero sé que tiene una esposa muy tímida llamada Candy que tiene dos empleos y que

no suele hablar, salvo en las contadas ocasiones en las que ha bebido demasiadas Bud Light tras una comida familiar y me ha confiado a través de la valla sus dos fantasías preferidas: una, que Bob se muere durmiendo, y la otra, que se muere despierto.

Bob siempre me saluda de la misma manera y tengo miedo de que, si no repito este ritual en las entradas de nuestras casas, intentará meterse en la mía.

—¿Ha cogido a algún malo hoy? —me dice a voces.

—Hoy no —respondo, sonriente.

Vuelvo a meterme en el garaje.

Mi casa está llena de libros, zapatos, algunos chismes y recuerdos con valor sentimental, muchos colores y suelos de madera pulida, el único elemento de mi vivienda que mantengo meticulosamente limpio. Tengo una cocina bien organizada, aunque parece un caos, y paso ahí casi todo el tiempo que no estoy en mi guarida, que es casi el doble de grande que mi despacho y está llena a rebosar de estantes de libros, un televisor enorme, un gran escritorio y un sofá viejo y cómodo, donde acabo durmiendo más noches que en mi propia cama.

Cada habitación está pintada de un color diferente. La cocina es del azul penetrante del cielo un día perfecto de otoño. Mi guarida es del marrón rojizo de las agujas de pino que han caído alfombrando el suelo del bosque. Mi dormitorio es lila, como mi flor favorita, que crece de un arbusto. La habitación de invitados es como los Butterscotch Krimpets de Tastykake, mi comida favorita salida de una cadena de montaje. He olvidado los colores de la sala de estar y del comedor; nunca entro ahí. La Habitación de la Selva sigue siendo una selva y en el Garito solo hay un puf, una mininevera llena de cervezas y una lámpara de lectura.

En cuanto me hice una mujer adulta e independiente, con ingresos seguros, descubrí que cocinar podía resultar gratificante y muy divertido si una puede permitirse los ingredientes necesarios. De niña, no tenía más opción que preparar comidas para mis hermanos y para mí con lo que había por ahí y lo que podíamos permitirnos, que solían ser cajas de macarrones secos, latas de atún que solo se comería un gato, pan de molde Wonder que se convertía en

una pasta pegajosa en cuanto entraba en contacto con la lengua, mortadela viscosa que caducaba el día que se había comprado, bolsitas de kétchup y mostaza que mamá traía a casa tras sus citas, todo el repertorio de Chef Boyardee y, cuando la vida nos sonreía, perritos calientes; a veces, incluso podía meterlos en medialunas Pillsbury.

Ahora me encanta cocinar. Me relaja.

Me quito los zapatos, me pongo unos pantalones cortos y una camiseta, y voy a la cocina; enciendo el pequeño televisor que hay en la encimera y saco una cerveza del frigorífico, mientras miro detenidamente qué tengo para la cena de esta noche.

Oigo mi propia voz a mi espalda y, al girarme, me veo en las noticias locales diciéndole a un reportero que es una tragedia terrible y que el departamento va a colaborar diligentemente con la policía estatal para detener al culpable.

Entorno los ojos para ver la pantalla y abro un cajón para buscar unas gafas.

Nunca he ido al oculista y no tengo ninguna intención de empezar ahora. Me niego a aceptar que pueda tener que llevar gafas todo el día. Por eso, me he convertido en una ardiente defensora de las gafas de lectura. Las tengo por toda la casa, en el coche y en el trabajo. Me alivió descubrir que son baratas y que se pueden comprar en cualquier sitio, como farmacias o grandes almacenes, e incluso en T.J. Maxx, donde encontré un juego de tres pares por 12 dólares con llamativas monturas de diseño. Mis favoritas son unas que parecen unos caramelos Jolly Rancher de manzana verde y sandía aplastados juntos.

Encuentro un par con estampado de leopardo y me las dejo caer en la nariz.

Es cierto que la televisión te engorda cinco kilos, porque es imposible que esos cinco kilos que me rodean la cintura sean cosa mía, me digo mientras doy otro trago de cerveza y cojo un trozo del pan crujiente que he comprado en la panadería Zuchelli's de camino a casa.

Mi imagen hace un fundido con la de la familia Truly a las puertas de su casa. Jessy sujeta a su bebé en un brazo y, con el otro, rodea a un Tiri destrozado y con los ojos rojos, que se ha quitado la gorra y la sujeta respetuosamente entre sus dos manazas, como si ya estuviera en el velatorio.

Shawna se lo ha puesto delante a modo de escudo y lo agarra por los hombros. El chico no para de moverse, intentando zafarse de la presa, y ella le clava los dedos.

Hay un hombre con ellos; imagino que es Clark Truly. Los únicos rasgos distintivos son una dentadura en mal estado y las greñas. Parece veinte años más mayor de lo que es (ha cumplido cuarenta y dos). Lo achaco al alcohol, pero también podría deberse al súbito envejecimiento que sufre un hombre cuando le hacen volver a casa para afrontar el brutal asesinato de su hija.

Se bambolea bastante y casi no se le entiende al hablar.

—Al que lo ha hecho solo le vamos a decir que más le vale ponerse a rezar para que lo pillen los polis antes que nosotros.

El reportero decide con acierto no seguir entrevistando a la familia, pero antes de que la emisión regrese a la seguridad de la mesa de noticias, observo que, por un momento, las palabras de su padre arrancan a Tiri de su estupor afligido y un relámpago de ira ardiente bailotea por su inocente cara antes de instalarse en las puntas de sus orejas, que se vuelven de un color rojo intenso.

Apago el televisor y me concentro en cocinar. Pico unos dientes de ajo, corto unas lonchas de beicon y lo echo todo a una cazuela con reluciente aceite de oliva; luego, salgo al jardín a recoger albahaca y pongo una berenjena cortada a rodajas en la parrilla. Al volver adentro, echo una copa de vino tinto a la cazuela y lo reduzco a la mitad, luego añado una lata de tomate triturado, algo de agua y un tarro de la salsa casera que preparo todos los veranos cuando cosecho mis tomates.

Cuando la salsa está cocinando a fuego lento y el agua para la pasta está hirviendo, oigo que llaman a la puerta de casa. Es una llamada de poli. Bum, bum, bum.

Nolan está en el porche delantero, con el informe preliminar de la autopsia en las manos.

—Podrías haber esperado hasta el lunes, o habérmelo enviado por fax o por correo electrónico, como te he pedido hoy unas cien veces —le digo.

—Tenía mucho que hacer —responde en lugar de saludar—. ¿Estás cocinando algo? Huele bien.

—Pasa.

Va directo a la cocina. Saco la berenjena de la parrilla. Cuando llego, ya está sirviéndose una cerveza, se ha quitado la corbata y la pistolera.

—Ponte cómodo.

—No hay nada especialmente interesante —empieza. A Nolan no le va lo de hablar por hablar—. La mataron los golpes en la cabeza.

—Así que no la...

—No. Ya estaba muerta cuando la echaron al fuego.

Pico la berenjena y la echo a la salsa; luego, vacío una caja de pasta *penne* en el agua hirviendo.

—Así que no hacía falta. Fue algo personal para el asesino.

—O intentaba librarse del cuerpo, como dijiste allí, y luego cambió de idea o alguien la cambió por él.

—Dos heridas distintas hechas con la misma arma, todavía sin identificar —continúa—. Hay partículas de óxido en las heridas. Podrían ser del arma, del lugar donde la mataron o del sitio donde la transportaron. No hay indicios de agresión sexual. Los primeros análisis de sangre parecen limpios. Ni alcohol ni drogas.

—¿A quién vas a llamar, además de a la familia?

—Al novio.

—Tiene un nombre. Se llama Zane.

—No te ablandes.

—No vas a llamarlo en calidad de sospechoso todavía, ¿no? —Me siento algo protectora con Zane. Algo me dice por dentro que él no lo hizo—. Ya te he dicho que estuve hablando con él —le recuerdo a Nolan.

Se reclina en la silla y me evalúa desde detrás de las gafas de sol. Por eso no suele quitárselas, ni en reuniones sociales. No quiere que nadie sepa en qué está pensando.

—Me dio la impresión de que es un buen chico, un chico normal; parecía triste de verdad y, luego, desolado de verdad. Creo que la quería.

—Querer a las novias es el principal motivo que tienen los novios para matarlas —me responde Nolan.

Sirvo dos platos de pasta, les echo albahaca fresca y unos trocitos de *mozzarella* de búfala que se empiezan a fundir inmediatamente con la salsa, y

le hago un gesto a Nolan para que me acompañe a comer en la terraza.

Coge el pan y la cerveza, y me sigue.

—Estaría bien tener algo de vino que fuera con la comida —digo.

—A mí me da igual —me dice.

—¿Cómo está tu esposa? —pregunto, para tocarle las narices.

La respuesta correcta habría sido «Iré a la licorería que solo está a cinco minutos en coche y traeré una botella».

—Visitando a los nietos, en Colorado —dice con la boca llena.

—¿No estaba haciendo lo mismo la última vez que nos vimos, hace un año?

—Creo que entonces estaba con los otros nietos, los de Ohio.

—¿Alguna vez te visita a ti?

—Ya no. ¿Qué te parece la madre de la chica?

Me tomo un momento para saborear la cena, sabiendo que la pausa no hará que Nolan cambie de tema. Solo sabe hablar de una cosa: trabajo.

—Cada cual lleva el dolor a su manera —respondo por fin.

—No me vengas con esas tonterías de loquero de la tele. Los dos sabemos que las madres solo tienen una forma de llevar su dolor cuando pierden a un hijo.

—Puede que Shawna tenga problemas. Pero eso no significa que tenga nada que ver con la muerte de su hija. ¿Cómo estuvieron Miranda y Jessy en el depósito?

—La hermana estuvo inconsolable. Miranda Truly es perro viejo y está curtida, pero también soltó unas lágrimas. Sinceramente, la madre parecía aburrirse.

—Quizá se haya cerrado en banda. Tiene un hijo en la cárcel, una que se quedó embarazada a los dieciocho, y ahora otra, muerta a los diecisiete.

—Me gustaría saber qué les pasará por la cabeza a los dos que quedan.

—Hola, ¿jefa? —Oigo gritar a alguien. Singer se acerca rodeando la casa, con mi zapato gris topo en la mano—. He llamado a la puerta, pero no contestó nadie. —Se para al ver a Nolan y nuestra cena sobre la mesa—. Lo siento. No sabía que tenía compañía.

—No es compañía.

Los dos hombres se miran de arriba abajo. Singer lleva pantalones cortos de

bolsillos, mocasines de cuero marrones y una camisa Oxford a cuadros amarillos y grises sobre una camiseta amarilla, con las mangas subidas hasta el codo. Aunque Nolan sigue con el traje de trabajo, al no llevar corbata ni chaqueta parece de una desnudez obscena.

—Buenas noches, cabo Greely —dice Singer bajando la cabeza, en un gesto algo formal.

—Singer —refunfuña Nolan.

Me parece asombroso que recuerde su nombre.

—Le he traído su zapato —anuncia Singer.

Lo cojo. Está como nuevo.

—Es fantástico. Gracias. —Sonrío radiante; él también—. ¿Quieres quedarte a cenar?

—No quiero molestar.

—No molestas.

—Molestas —dice Nolan.

Singer se ríe nervioso.

—Vale. Los veré en el trabajo.

Casi no da tiempo a que se marche cuando Nolan pregunta:

—¿Qué le pasa a este? ¿Es gay o es que está loco por ti?

—¿Qué te molestaría más? —pregunto—. No le pasa nada. Pareces un cateto palurdo y retrógrado.

Sé que he pinchado en hueso. La familia de Nolan solo está algo mejor situada que los Truly, pero ese algo es importante.

Se levanta de la mesa y pienso que quizá me he pasado de la raya. Viene hacia mí, se para justo delante, se inclina y me besa.

Lo rodeo con mis brazos y me levanta bruscamente de la silla. Tengo un repentino y violento deseo de que me aplaste en pedacitos tan pequeños que no se puedan recoger, y ni hablar ya de volver a montarlos.

Al presenciar la ferocidad del animal humano de primera mano, nuestros cuerpos anhelan que su especie hable para recordarles que también nosotros somos capaces de exquisitos actos de misericordia.

Solo me separo de su abrazo un instante, para quitarle las gafas. Siempre lo obligo a mirarme a los ojos cuando me utiliza para redimirse.

Capítulo 7

Antes, cuando veía una zapatilla pequeña al lado de la carretera, pensaba que la había perdido un niño. Ahora, pienso que una madre ha perdido a su niño.

No he tenido hijos. Hay que concebirlos por accidente o con premeditación, y yo era demasiado cuidadosa para arriesgarme a lo primero y demasiado despreocupada para intentar lo segundo. Ahora que he dejado atrás el tiempo en que podía tenerlos, hay ocasiones en las que noto una punzada de arrepentimiento; pero, en días como este, me reconforta saber que, al no tener hijos, nunca tendré que afrontar la devastación que se produce al perder a uno.

Shawna Truly sigue sin mostrar señal alguna de dolor, pero yo no opino, como Nolan, que eso signifique que haya tenido algo que ver con la muerte de su hija; aunque sí admito que cuesta sentir algo de simpatía por ella. Con el asesinato de Camio, la pena de su madre ha quedado blindada tras un muro de ira imposible de salvar; en su hermana, sin embargo, el efecto parece haber sido el contrario.

Jessyca se ha mostrado más abierta en esta visita que la primera vez que nos vimos. Me ha acompañado a la habitación de Camio, en la planta de arriba, un oasis de dignidad en el hogar de los Truly.

La habitación está limpia y ordenada, y aunque no llega a ser aséptica, sí está algo vacía. Me recuerda al cuarto que compartía con Neely en la casa de Springfield Street. Allí dormíamos, nos cambiábamos de ropa, hacíamos los deberes y nos contábamos secretos, pero nunca nos molestamos en darle un toque personal. No fue una decisión deliberada; tan solo teníamos la sensación de que no debíamos acomodarnos y, aunque vivimos allí casi diez años, nunca perdimos esa sensación de transitoriedad. Igual que el padre de

Neely había estado de paso por su concepción, nosotras estuvimos de paso por nuestra infancia, con la esperanza de que acabaríamos encontrando algo mejor.

La habitación de Camio podría ser la de cualquier chica adolescente, pero también la de cualquier persona de cualquier edad. La única zona que parece haber tenido uso de verdad es el escritorio, sobre el que hay desparramados libros, bolígrafos, carpetas y cuadernos.

Algunos de esos libros son de psicología, de la biblioteca del instituto, unos tratados imprecisos, desfasados y pedantes que pretenden presentar la disciplina a los legos. Jessy me ha dicho que Camio quería ser psicóloga. Me parte el corazón que esa chica inteligente y llena de ambición tuviera que leer textos inservibles y manoseados con crujientes forros de celofán, mientras que, con un solo clic, se puede comprar una ingente cantidad de información al día y bien escrita en Amazon.

Tiene un portátil que, me dice Jessy, se compró de segunda mano hace un par de años con el dinero que ganó trabajando después de clase. Nolan lo ha confiscado, y sus técnicos ya están trabajando con él. Por ahora, no han encontrado nada. Tiene un grupo de amigas íntimas. Nolan ha hablado con ellas y no le han dicho nada interesante. Quiere que yo también las entreviste luego, para ver si tengo más suerte por ser mujer.

Jessy está sentada y juguetea con un hilo suelto de lo que parece una colcha de *patchwork* hecha a mano, doblada a los pies de la cama de Camio. Su cabello largo, de color amarillo mantequilla, le tapa la cara. Tiene cinco centímetros de raíces morenas y el esmalte de uñas está descascarillado, dos de los demonios personales de mi madre. Siempre decía que podías saber lo buena que era una mujer por lo bien que se cuidaba las uñas y se teñía las raíces. Jessy ha suspendido de manera estrepitosa en ambos baremos.

El bebé está sobre el suelo, muy ocupado en morder algo que rechina de vez en cuando. Me agacho para coger a la niña y ver qué lleva. Es una tira larga y plana de felpa marrón con cabeza de zorro en un extremo y una cola, en el otro. Está masticando un juguete para perros sin relleno. Por lo que dice Neely, son muy populares. Los perros pueden destruirlos sin dejar el relleno por toda la casa, pero los Truly no tienen perro.

—¿Cómo se llama tu hija? —pregunto mientras la cojo en brazos y me pongo de pie otra vez.

—Goldie.

—Me gusta —digo—. ¿Es por algo en especial?

—En parte, fue idea de Cami. Decía que tenía que ponerle el nombre de algo valioso, como los diamantes. Pensé en una tarjeta Oro¹¹.

Le sonrío.

—Supongo que es mejor que llamarla Visa sin más.

No me devuelve la sonrisa. Me doy cuenta de que mis intentos por poner un poco de humor no van a funcionar con esta chica. Pruebo a contarle algo.

—Mi hermano pequeño se llama como un cachorro que tuvo mi madre de niña.

No le cuento que el cachorro estaba atado en la calle porque nadie se tomó la molestia de entrenarlo para hacer sus necesidades ni de educarlo, ni que acabó mordiendo a un chico del vecindario y lo durmieron.

—Es bonito —dice, apagada.

—Entonces, ¿Cami se alegró por ti cuando tuviste a tu hija? —le pregunto.

—En general, sí. Pero también le dio algo de envidia.

—Creía que Cami quería ir a la universidad y hacer carrera. ¿Por qué le daría envidia que tuvieras un hijo antes de acabar el instituto?

—Porque le encantaban los niños. Quería tener un montón. Y yo ya tengo uno.

—¿Y qué hay de ti? ¿Querías tener un hijo?

Arranca el hilo de la manta de un tirón y pasa a otro.

—Goldie fue un accidente.

—¿Quieres decir que usabas métodos anticonceptivos y aun así te quedaste embarazada?

—Quiero decir que me quedé embarazada porque no usaba métodos anticonceptivos.

—En ese caso, Goldie no es un accidente. Es una consecuencia.

Me mira de forma inexpresiva.

—Lo que sea —me dice.

—Sé que es una pregunta delicada, pero ¿se te pasó alguna vez por la

cabeza no tener a la niña?

—¿Está de broma? La abuela me habría arrancado la piel a tiras.

—¿Y si no se hubiera enterado?

—Se entera de todo. No puedes mentirle. Mamá dice que es medio bruja.

—¿No se llevan bien?

—Todos nos llevamos bien con la abuela; no queda otra.

Goldie tira el juguete para perros al suelo y agarra mi collar. Se echa las cuentas a la boca.

—Así que Camio tenía una habitación para ella sola.

—Antes la compartíamos. Derk y Tiri tienen la de la puerta de al lado.

—¿Y dónde vivís Goldie y tú ahora?

Jessy deja de jugar con la colcha y se echa sobre la cama. Estira los brazos por detrás de la cabeza y empieza a moverlos de arriba abajo, como si estuviera dibujando un ángel sobre la nieve.

—En el sótano —contesta cerrando los ojos, como extasiada—, duermo en un sofá.

Me pregunto si conseguir una cama más grande puede ser el móvil de un asesinato. Quién sabe con esta familia.

Goldie se cansa del collar y se da cuenta de que ha perdido la tira del zorrillo. Empieza a quejarse y Jessy se lanza a por el juguete. Se lo da al bebé antes de que empiece a llorar.

—Le encanta esa cosa. No puede vivir sin ella —me explica Jessy.

Creo que estaría mal decirle que es un juguete para perros. Para mi sorpresa, me lo dice ella.

—Es un juguete para perros —me informa—. Lo eligió Derk. Tiri fue con él para buscarle un regalo a la niña y las cosas para bebés le parecieron horribles. También le trajo un conejo. Estará por ahí.

—Me han dicho que Camio no fue al baile de graduación, aunque Zane sí quería ir —intento retomar el tema de la muerte de su hermana.

—Habría tenido que soportar de todo. Era más fácil no ir, y ya está.

—¿Soportar el qué?

—En casa odian a Zane.

—¿Por qué?

—No lo sé. Odian a casi todo el mundo.

—¿Y tú fuiste a tu baile?

—Ya no iba a clase.

—¿No terminaste el instituto?

—Cami me estaba ayudando a sacarme el graduado.

Las palabras casi no han terminado de salir de su boca cuando rompe a llorar y se desploma otra vez sobre la cama.

Al oír el ruido, Goldie gira su cabecita rubia y rizada hacia su madre y empieza a llorar también.

Me echo el bebé a la cadera y me siento al lado de Jessy. Le paso el brazo por los hombros e intento consolarla, pero está tensa y poco receptiva. Se echa las manos a la cara y observo que el esmalte descascarillado de sus manos es del mismo color que llevaba Cami en los pies.

—Fui mala con ella —solloza.

—Las hermanas a veces se dicen cosas feas —le digo, apretándola más fuerte contra mí y meciéndola como si fuera una niña pequeña—. Estoy segura de que sabía que la querías.

Algo se mueve al otro lado de la ventana. Estamos en la segunda planta y estoy pensando que ha debido de pasar volando un pájaro grande, cuando una cabeza asoma por el alféizar. Me pregunto si será un oseño o un chimpancé, pero recuerdo que el primero no puede trepar por una casa y que el segundo no vive en este continente. Un par de ojos oscuros y despiertos, como pequeñas luces de marcha atrás que absorbieran la luz en lugar de proyectarla, se encuentran con los míos por una fracción de segundo antes de desaparecer junto con el resto de la cabeza. Es Derk.

Hago lo que puedo por calmar a Jessy y a su bebé. Las dos siguen llorando cuando me marcho, pero ya no están tan histéricas. Jessy abraza a Goldie contra su pecho y la mueve de un lado a otro mientras la pequeña masca su zorrillo.

Bajo las escaleras. Un buen número de parientes lejanos se han acercado a la casa de los Truly. Van de un lado para otro, fumando e intentando conversar por encima del ruido del televisor. Muchos llevan una cerveza en la mano aunque solo sean las diez de la mañana.

Tiri no está. Ha ido a trabajar. Jessy me ha dicho que se encontraba demasiado mal para quedarse en casa y a sus padres les ha dado igual que se fuera.

Shawna, embutida en un vestido de tirantes de poliéster de color púrpura imperial, sigue sentada en el mismo sofá que hace dos días, cuando hablé con ella. Parece más grande, en sentido figurado y literal. Su mole ocupa la mitad del sofá, pero su presencia llena toda la habitación. Aún está más distante y eso, en cierto modo, la hace más desahuciada; la inmensidad de la agonía que se espera de ella solo compite con la inmensidad de lo que parece no sentir.

Cuando llegué, no quiso hablar conmigo, y no fue la única. Nadie me habló sobre Camio. Tuve la sensación de que no me habrían recibido peor si hubiera sido el asesino.

Nolan habló ayer con los parientes más cercanos, salvo con Miranda, que consideró un sacrilegio hablar sobre el asesinato de su nieta el día del Señor. También estuvo hablando con Zane y con sus padres, con los compañeros de Camio en el Dairy Queen y con algunos amigos, pero hasta ahora no ha podido averiguar dónde estuvo Camio entre las cinco de la tarde y las 20:42, cuando le escribió a Zane aquel mensaje.

Sabemos que vino a casa después del trabajo a eso de las cinco y que le entregó el coche a Jessy, quien fue con Goldie a casa de una amiga. En la casa solo había otro vehículo operativo, la camioneta de su padre, pero las chicas no podían cogerla. Según Tiri, cuando Neely lo dejó en casa después del trabajo, alrededor de las seis, Camio había vuelto a salir. Aunque su madre no abandonó el sofá en ningún momento durante todo ese tiempo, dice que no tiene ni idea de cuándo llegó o se marchó su hija, y que no oyó que viniera algún coche a recogerla. Su padre estaba en la carretera, y la abuela, en su casa, a un par de millas de aquí.

Han encontrado su bolso en su habitación, pero el teléfono no estaba y todavía no ha aparecido. Intercambió un par de mensajes con sus amigas mientras estaba en el trabajo, pero todas confirmaron lo que había dicho Zane, que no escribía mucho, no solía publicar en su perfil de Facebook ni era activa en otras redes sociales. A diferencia de casi todos los chicos de su edad, podía desaparecer electrónicamente durante días y solo mantenía

contacto con Zane por teléfono. No era nada raro estar sin saber de ella.

—¿Ha encontrado algo en su habitación? —me pregunta Clark cuando me reúno con él y con el resto de los familiares.

He conocido a bebedores empedernidos que dejaron de beber de golpe al ser sacudidos por la tragedia; Clark Truly no va a ser de esos. Lleva los ojos rojos y tiene problemas para hablar. Las manos, que sujetan un vaso de plástico Solo de color rojo y un cigarrillo, tiemblan de modo incontrolable. Este hombre se gana la vida conduciendo camiones muy grandes; no me lo quiero ni imaginar.

—No estaba buscando nada —le digo—. Solo quería hacerme una idea de quién era. Deben de haber estado muy orgullosos de ella.

—¿Y eso por qué?

—Trabajaba mucho. Sacaba buenas notas. Iba a ir a la universidad.

—¿Por qué deberíamos sentirnos orgullosos de eso?

Me ha retado, quiere que sugiera que la educación supone una ventaja, y eso implicaría de forma indirecta que todos los que están en esta habitación son unos fracasados; desde luego, no es lo que quería decir, pero esta gente tiene la sensibilidad a flor de una piel tan fina y quebradiza como la capa exterior de una cebolla.

—Oh, yo qué sé. Mucha gente se sentiría orgullosa. Pero ya veo que usted no. ¿De qué se enorgullece usted? ¿De embarazos adolescentes?, ¿conducción bajo los efectos del alcohol?, ¿apuñalamientos en bares?

Veinte pares de ojos muy juntos y depredadores, ansiosos de ver un enfrentamiento con el que armar un escándalo y que añadir a su inagotable catálogo de trifulcas inolvidables, clavan en mí sus ardientes miradas. Mentones pequeños, labios finos, carrillos hinchados y pieles manchadas: todos sufren el mismo tipo de malnutrición que no resulta de ingerir pocas calorías, sino calorías del tipo equivocado.

Antes de que Clark o algún otro pueda responder, se escucha una voz estridente y familiar.

—Disculpadle a la comisaria Carnahan su falta de respeto —dice Miranda—. Nunca le han enseñado modales.

Me giro y veo a mi lado a la mujer pequeña y huesuda, vestida de color

negro funeral, marcando su territorio, como un cuervo que estuviera posado sobre un animal atropellado.

—Su madre fue la puta más grande que ha habido en la ciudad y su padre la repudió. Conocí a la abuela, Betty McMahon. Una mujer cristiana, buena y devota. —Me mira fijamente—. Decía que eras una cagada de zorra.

Todo el mundo se me queda mirando, para ver cómo reacciono. ¿Me enfadaré?, ¿me pondré nerviosa?, ¿o romperé a llorar y huiré destrozada en retirada? Clark se echa tanto hacia delante que me da miedo que el barrigón que le cuelga sobre las dos canillas le haga caer sobre el suelo pringoso, con un estrepitoso chapoteo.

Sé que deberían molestarme los desagradables insultos que nos ha dirigido a mi madre y a mí, pero lo que más me molesta es saber que esta mujer nunca se atrevería a hablarle así a Nolan ni a ningún otro hombre policía.

—Y, total —le contesto, como sin nada—, ahora mismo, lo más seguro es que Donny, el hijo de Betty, esté pasando el rato con su hijo Ross en ese lugar tan especial que hay reservado en el cielo para los chicos imbéciles y temerarios que beben demasiado y conducen demasiado rápido, sin pensar ni un solo instante en qué cadáveres les van a dejar a sus devotas madres. Y mientras, la cagada de zorra sigue viva.

—Mejor te largas de casa de mi hijo —me advierte Miranda en voz baja.

—Vaya y arreste al novio ese —grita Clark, levantando el vaso en el aire, como brindando por la idea.

—Arrestaremos al asesino de su hija —digo.

Los ojos de Shawna me miran en un parpadeo. Por un instante, veo un dolor claro e inteligente en ellos, antes de caer inertes de nuevo en la pantalla del televisor.

—Se lo prometo —le digo a ella, pero es imposible saber lo que oye cuando hablo.

Una vez fuera y lejos de las miradas, respiro profundamente y me pregunto cómo sería la vida de Camio en esta familia. Zane dijo que era como ellos

cuando estaba aquí, pero que era una persona distinta cuando estaba fuera. Seguro que esa otra persona se le escapó alguna vez estando en esta casa.

Entiendo que quisiera marcharse; yo sentía lo mismo pero, en mi caso, solo quería marcharme de la casa de otros (de mi madre, de Gil o de mi abuela) para llevar mi propia vida aquí en Buchanan; si hubiera formado parte de una familia tan extensa y conflictiva, quizá habría sentido también la necesidad de huir mucho más lejos. Cuando terminé el instituto, en mi vida solo estaban la abuela, Neely y Champ, y los quería a los tres demasiado para irme.

También sé lo que es tener una madre que no se preocupa por ti. No es lo mismo que tener a una que no te quiere. El amor es un concepto muy subjetivo; cada persona engloba en él diferentes cosas.

Cuando era novata, tuve que interrogar a unos testigos en la presa Laurel; nunca lo olvidaré. Un marido rechazado se presentó en el pícnic de empresa de Grover's Candy y le metió tres balas en el estómago a su exmujer. Quería hacerle lo mismo al novio, pero estaba meando en algún lado.

—No soportaba verla con otro hombre —me dijo uno de sus compañeros mientras veía a mi espalda cómo ponían los restos de su amiga sobre una camilla para llevarlos al depósito—. La quería mucho.

«¿Cómo?», tuve que pensar.

La idea que tenía mi madre del amor me confundía de la misma manera. O no nos prestaba ni la más mínima atención, o demasiada; irónicamente, sus empalagosas muestras de cariño nos hacían sentir vacíos y fríos, mientras que vivíamos los días en que no nos hacía ni caso cargados de emoción.

Siempre estaba enamorada de algún hombre, el que fuera, y no paraba de decir cuánto quería a sus pequeños; creo que lo decía convencida, pero para mamá el amor no tenía nada que ver con la entrega ni con hacer que el otro se sintiera bien; no implicaba sacrificio ni preocupación. Era un honor que concedía a otros y, cuando me lo daba a mí, me sentía al mismo tiempo una heroína y una imbécil, como cuando le dan a un soldado una baratija de metal para compensarle por la pérdida de una pierna.

Puede que Shawna quiera mucho a sus hijos pero, por lo que sea, ha decidido que no lo sepan.

Me abro paso entre el laberinto de coches y camionetas que hay aparcados

en ángulos imposibles en el patio delantero, que ya estaba lleno de vehículos viejos, electrodomésticos abollados, un columpio oxidado, cuadros de bicicleta sin ruedas y oxidados también, una montaña de ruedas de bicicleta y un sofá lleno de manchas del que brota espuma y, de cuando en cuando, la nariz temblorosa de un roedor.

Me maravillo, como siempre, ante este tipo particular de pobreza norteamericana. Para casi todo el mundo, los Truly son pobres, pero aun así se han podido comprar todas estas cosas que han terminado convertidas en basura en el patio delantero de su casa. Tienen un televisor de 3.000 dólares y teléfonos último modelo, no puedo ni imaginar cuánto se gastan al mes en cerveza y tabaco, pero no se pueden permitir un portátil para que su hija haga los deberes, ni un ejemplar de *Psicología para Dummies*.

Derk está sentado con las piernas cruzadas sobre el techo de mi coche. Cuando me acerco, se echa hacia adelante y baja rodando por el parabrisas en una especie de voltereta lateral, sale disparado del capó y, una vez en el suelo, sigue rodando varias veces antes de ponerse en pie de un salto y salir corriendo hacia la camioneta más cercana. Se columpia para subir en la caja y desaparece.

Me acerco adonde está y lo miro. Está echado en el fondo, rígido, de espaldas, con los ojos cerrados con fuerza.

—Te veo —le digo—. ¿Eres medio ardilla?

Abre los ojos.

—Soy medio *lofo*.

—Eres demasiado rápido y ágil para ser un lobo. Me recuerdas más a una mangosta.

—¿Y eso qué es?

—Una especie de hurón. Vive en África y Asia, y mata cobras. Unas serpientes enormes y venenosas, con colmillos gigantes.

Se sienta.

—Tiri mató una víbora una vez.

—Las cobras son más grandes y más letales que las víboras.

—Tiri conoce una manada de *lofos*.

—Son perros, pero parecen lobos. No *lofos*.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo también los conozco. Viven con mi hermana.

—Un día iré con él a verlos.

—¿Quieres que vayamos ahora mismo?

Sale de un salto de la camioneta y corre hacia mi coche, moviéndose de un lado a otro como un rayo, esquivando los obstáculos de basura y de lo que pronto será basura.

Lo sigo, consciente de que estoy a punto de marcharme con un niño de ocho años que no es mío y sin permiso de sus padres, y de que comprarle una magdalena en Zuchelli's y sonsacarle información sobre su hermana muerta no es precisamente ético; pero hoy no tengo muchas ganas de seguir las normas a pies juntillas.

Tengo estos arrebatos irracionales en los que estoy dispuesta a arriesgar todo aquello por lo que he trabajado para conseguir una sola cosa que se me escapa. Sé que no he heredado esta inclinación de mi madre, que lo conseguía todo arriesgando una sola cosa.

Siempre he supuesto que es un rasgo de Donny Donno. Arriesgó su vida por la libertad de unas horas empapadas de *bourbon* una noche gélida corriendo a toda velocidad tras un coche, y la perdió; pero, así, puede que me hiciera un favor.

A los quince años tenía los mejores padres que se pueden tener: padres que estaban muertos y que ya no podían hacerme daño.

¹¹ En inglés, *gold*.

Capítulo 8

En los veintisiete años que llevo en la policía, he participado en las investigaciones de tres homicidios, sin contar la muerte de Camio Truly. Todos fueron cometidos por algún familiar, cónyuge u otro allegado. Si te asesinan por aquí, lo hará alguien a quien conoces bien, en quien confías y a quien, seguramente, quieres. Por alguna razón que nunca he llegado a comprender, esto hace que los lugareños se sientan seguros.

Hay muchos Truly y eso se traduce en un buen número de sospechosos. No es que me entusiasme la familia, pero por ahora no se me han disparado las alarmas al hablar con ellos. Lo mismo sucede con Zane, el novio de Camio, y sus padres. Todavía no he hablado con sus tres mejores amigas, pero Nolan sí. Todas tienen coartadas sólidas y, según él, ninguna consume.

Las personas pueden ser despreciables, temerarias, perezosas y ruines. Pueden ser mentirosas y tramposas, manipuladoras y abusadoras, ladronas y maltratadoras. Pueden usar violencia verbal e incluso física para someter a otros; pero el acto del asesinato es algo especial y requiere un esfuerzo particular y enorme. En mi opinión, el móvil es la pieza más importante del rompecabezas. La mayoría de la gente no va por ahí matando a otras personas; necesita un buen motivo o, mejor dicho: debe creer que tiene un buen motivo. Por el momento, no sé por qué querrían ver muerta a Camio Truly, pero alguien tiene la respuesta.

Miro a Derk; está a mí lado en la panadería Zuchelli's, con los ojos como platos clavados en las bandejas multicolores, llenas de magdalenas y porciones de tarta recubiertas de merengue, nata montada o frutas del bosque asomando por entre la capa de azúcar glas.

Está mugriento. No debería dejarle comer nada sin que se lavara las manos,

pero estoy segura de que nunca se lava las manos antes de comer.

Lleva puesta una camiseta color azul y tan fina como el papel higiénico, que le queda ancha y que tiene un desgarrón por debajo de la manga. El estampado de la parte delantera se ha descolorido tanto que ahora es una especie de parche blanco y desconchado. Lleva unos vaqueros recortados. Las perneras no son igual de largas y están harapientas; estoy segura de que se los ha cortado él. Hasta que no ha bajado del coche no me he dado cuenta de que va descalzo. Espero que los demás clientes no se den cuenta o que no les importe porque va conmigo. «Un asunto oficial», puedo decirles si me preguntan.

Este sitio prácticamente no ha cambiado desde que era niña. El suelo conserva el mismo linóleo rojo. Las mesas y las sillas siguen siendo de hierro encalado y con intrincados arabescos, las primeras con tableros de mármol rojo de imitación y las segundas con gruesos cojines de plástico que sueltan aire cuando alguien se sienta encima. Las paredes están cubiertas de fotos chillonas de tamaño póster de tartas cremosas y relucientes, pasteles, rosquillas y galletas de fruta. Pono pastelero, como dice Neely.

Los dueños, Sal y Mary Zuchelli, mezclan devoción y patriotismo por el lado dulce de su país de adopción; jamás encontrarás aquí cruasanes, *biscotti*, milhojas o *scones*, pero con el pan la historia es diferente, ahí no existen las fronteras. Hornean panes de todo tipo y los venden en hogaza o servidos calientes y en rebanadas con una tacita de mantequilla casera de la lechería Sawyer.

Esta mañana está despachando Lena, una de las parientas lejanas que trabajan aquí por turnos, todas ellas mujeres bonitas y sonrientes, con ojos de corderito. Sin preguntar nada, me corta una rebanada gruesa de una hogaza redonda de pan toscano de ajo y me la sirve en un platito, con mi ración de mantequilla y un café para llevar. También le pido dos docenas de rosquillas glaseadas y rellenas de jalea. Luego tengo una reunión con Nolan y su equipo.

Derk no ha abierto la boca en todo el viaje. No tenía la intención de sobornarle con comida, pero me temo que no tengo elección.

—¿Qué quieres? —le pregunto.

—Seis magdalenas y un pastel.

—¿Seis magdalenas?

—Y un pastel.

Saco unas gafas de lectura del bolso, apartando el diafragma, que ya no necesito, y el arma, que seguramente nunca necesitaré y que llevo metida en la funda. Ya no suelo ponérmela con la pistolera.

Miro los precios que hay escritos en la cartela, sobre el mostrador.

—Vale —le digo a Derk—. Dile a la chica cuáles quieres y que lo meta todo en una bolsa. Puedes comértelo de camino a los perros.

—*Lofos*.

—Lobos.

—*Lofos*.

Sin darme tiempo a pagar, Derk le arranca la bolsa a Lena de la mano y sale disparado hacia la puerta.

—¡Ve al coche! —le grito.

—¿Es su hijo ilegítimo, comisaria?

Chet Shank, el nieto mayor del primer Chester Shank, Sr. D., el que fue uno de nuestros abogados más destacados, ha aparecido a mi espalda. No aparta los ojos del iPad y ni me mira. Cree que ha hecho una broma desternillante, lo sé. Su sentido del humor es de esos que utilizan ataques personales y obvios, basados en la observación directa, que tanto gustan en primaria y en las fraternidades. Me lo puedo imaginar señalando a alguien y diciendo «¡Mirad esa nariz! ¡Qué grande es!» antes de soltar una sonora risotada.

—No, Chet. No es mío.

Sonríe, todavía sin mirarme. Le gusta dar la impresión de que nunca se ha topado con nadie lo bastante importante como para dedicarle toda su atención.

Para mí, la mejor forma de entenderme con él es marchándome.

—¿Seguro? No puedo creer que no haya tenido hijos, una mujer tan atractiva como usted.

—¿Qué tiene eso que ver con tener hijos? Por si no se había dado cuenta, hay mucha gente poco atractiva que no para de tener hijos.

Se ríe y por fin aparta la mirada de la pantalla de su tableta.

No añadido «Como usted, por ejemplo».

Pobre Chet: con sobrepeso, inseguro, alopécico a los treinta, estudiante de segunda y licenciado en Derecho de tercera; la clase de tipo que mira su reflejo en las cucharas y que, cuando va en el coche, da animadas entrevistas a reporteros imaginarios sobre casos que nunca tendrá.

Para empeorar aún más las cosas, su hermano pequeño ha resultado ser un fiscal nato, de inteligencia aplastante y atractivo. Fue a la facultad de Derecho de la Universidad de Cornell; después, regresó a Buchanan para hacer felices a sus padres y se trajo consigo a una esposa judía, también abogada, que conservó su nombre de soltera y lo añadió a la placa del bufete de los Shank.

—Acabo de tener una reunión con un tal Frederick Dombosky —me informa Chet mientras le hace a Lena unos complejos signos con las manos—. Quiere contratarme para demandarla por difamación.

—¿Lucky?

—Dice que su hermana y usted mintieron en un tribunal. ¿De qué se trata? Fue hace treinta y cinco años. —Sacude la cabeza con incredulidad—. Yo ni había nacido. Bueno, el caso es que dice que es inocente.

—Qué sinvergüenza.

—Lo sé. Todos dicen que son inocentes. Pero ¿contratar a un abogado después de haber cumplido sentencia? Debe admitir que es extraño. Va muy en serio.

—¿Por qué íbamos a mentir?

—Por lo que parece, cree que lo hicieron para que la policía dejara de buscar al verdadero asesino. Cree que protegían a alguien.

—¿A quién?

—A Gil Rankin.

Al oír la respuesta, me sobresalto tanto que me atraganto con el café caliente y empiezo a toser.

—Dice que les gustaba mucho —continúa Chet, sin darse cuenta de lo incómoda que estoy ni de lo sorprendida que me he quedado.

—Gil no nos importaba lo más mínimo —le digo cuando puedo volver a hablar—. Le puedo asegurar que no habríamos mentido para protegerle si hubiéramos pensado que había matado a nuestra madre. Además, tenía una

coartada irrefutable.

—Pero huyó del país.

—No huyó del país. Se fue a Europa para no estar en boca de todos. Cooperó con la policía antes de marcharse. Volvió para el juicio. Eso no es huir.

También huyó de todo lo que tuviera que ver con los tres hijos de su esposa muerta. Eso no se lo digo a Chet. Nos fuimos a vivir con nuestra abuela.

—Según Lucky, su coartada no era sólida —explica Chet encogiéndose de hombros y centrando la atención otra vez en el iPad—. Dice que Gil podría haberse ido y haber vuelto después. Sus empleados habrían mentido por él.

—¿Y cuál sería el móvil de Gil?

—Su mujer tenía una aventura.

—Gil no sabía nada de la aventura. Lucky sí tenía un móvil. Mamá iba a dejarle otra vez y él estaba loco por ella. Un montón de testigos los oyeron pelear el día de antes, y también oyeron cómo la amenazó. Tenía antecedentes de violencia de género. No tenía coartada. Sus huellas estaban por todo el baño.

—Vaya. —Levanta una mano, otra vez con una de esas sonrisas tuyas, insufribles y apaciguadoras—. ¿Quiere convencerme a mí o se quiere convencer a usted misma?

—No me hace falta convencer a nadie. Vi cómo lo hizo.

—No se enfade conmigo. Estuvo en la cárcel. Pagó su deuda con la sociedad. A nadie le importa nada, salvo a él. Dice que mintió, eso es todo. Asegura que no lo vio, porque no lo hizo.

—¿Y dice que lo ha contratado?

—Quiere hacerlo en cuanto logre reunir mi anticipo.

—Si acepta el caso, ¿no ha infringido ningún privilegio entre abogado y cliente al contarme todo esto?

—No lo sé. Lo buscaré en Google.

Es el momento de marcharme.

Zuchelli's se encuentra en nuestra calle principal, Glencora Street, llamada así en honor a la esposa de Harold Buchanan (no James Buchanan, el decimoquinto presidente de nuestro país y el único originario de Pensilvania);

el fundador de nuestra ciudad era el dueño de prácticamente la mitad del condado de Laurel en el cambio de siglo, amasó una fortuna con la minería, vendió su compañía al gigantesco J P Coal Co Inc y huyó en el ocaso de su vida con la hermana pequeña de su esposa, Annabelle, que era mucho más guapa y que también tiene una calle con su nombre, pero en un vecindario más sórdido.

Aunque aquí había una gran compañía de carbón en la que, en su tiempo, trabajaba casi toda la población masculina, Buchanan sobrevivió al hundimiento de la industria minera. En gran parte, se debió a que también albergamos una pequeña universidad, un gran centro médico, el Grover's Candy, y una franquicia de béisbol de primera división, los Buchanan Flames, con su propio estadio de tamaño medio y un parque de atracciones contiguo.

Para los habitantes de las poblaciones cercanas, la nuestra es una ciudad próspera y llena de vida. La ciudad se ha extendiendo hacia la periferia, con centros comerciales, cadenas de restaurantes, seis concesionarios de coches y una ladera cuadriculada con viviendas de pocos recursos, que parecen casillas del Monopoly; aun así, hago casi toda la vida en el centro, no solo porque la comisaría está aquí, sino porque me gusta la sensación de continuidad que me transmite. El centro ha conseguido salir relativamente ileso del progreso. Algunos negocios han caído víctimas del paso del tiempo. La agencia de viajes, con sus relucientes pósteres de destinos exóticos y un recortable a tamaño real de una bailarina hawaiana en el escaparate, es ahora una correduría de seguros. El quiosco, donde le compraba a mamá sus revistas de moda y me escondía en un rincón con librillos de bolsillo subidos de tono, pasó a ser un videoclub y ahora es una cafetería con wifi.

El Woolworth —adonde Neely y yo solíamos ir después de clase para comprarnos *singles* de vinilo, ver hámsteres corriendo mecánicamente en las ruedas de la sección de mascotas, contemplar con deseo la bisutería barata que, sabe Dios por qué, estaba bajo llave en una vitrina de cristal, y compartir una ración de patatas fritas grasientas en la cafetería— es ahora una «Tienda Selecta de Antigüedades y Coleccionables», lo que no es más que una forma elegante de decir «rastros permanentes de interior».

Rankin's, los grandes almacenes para pijos propiedad de Gil, son ahora un American Eagle. El estudio de tatuaje se convirtió en estanco y, ahora, vuelve a ser estudio de tatuaje.

El bufete de Chester Shank, Sr. D., ha pasado a ser el bufete de Shank, Shank y Goldfarb. Mi coche oficial, un Ford blanco, está aparcado delante del bufete y, cuando salgo de Zuchelli's, veo el coche patrulla de Singer y Blonski justo detrás.

Derk está subido al techo de mi coche, con la bolsa de papel marrón en una mano, mientras se mete una magdalena en la boca con la otra. Singer prueba a razonar con él y Blonski intenta agarrarlo, pero Derk esquiva con habilidad los barridos que le lanza a los pies, como si fuera un pequeño *cowboy* a quien un villano del salvaje Oeste estuviera disparando una lluvia de balas al grito de «Baila».

—¿Qué pasa aquí?

Singer se da la vuelta, con la cara roja por la frustración. Al verme, se ruboriza aún más. Sé que está pensando en cuando nos vio a Nolan y a mí, cenando juntos hace dos noches.

—Este crío estaba sentado en su techo, jefa —empieza a explicar—. Cuando le dijimos que bajara, nos respondió que era amigo suyo y que, si no nos largábamos, iba a hacer que nos despidiera.

Me acerco al coche.

—Así que somos amigos, ¿eh, Derk? Me alegra saberlo. Pero eso no es excusa para faltarle el respeto a nadie. Si no bajas de ahí, tendré que arrestarte.

—No puede arrestar a niños. —Intenta gritar pero sus palabras quedan amortiguadas tras la masa y el glaseado que lleva en la boca.

—Agentes —digo.

Blonski no necesita oír nada más. Se tira sobre el maletero de mi coche y se abalanza sobre Derk, que se escapa por los pelos. El chico salta a la acera, donde Singer le echa el guante. Si hubiera soltado los dulces, habría podido zafarse y echar a correr, pero su interés por ellos le hace perder el equilibrio, y el juicio.

Blonski se saca las esposas del cinturón y las sujeta en el aire, por delante

de Derk.

—¿Quiere que lo esposemos?

—No será necesario. Metedlo en el coche. Es Derk Truly, el hermano pequeño de Camio —les digo a los dos, sin darles tiempo a preguntar.

No les doy más información. Tampoco parecen quererla. Está claro que tienen algo más importante que decirme.

—Acaba de llegar un informe de desaparecidos muy interesante —me informa Singer sin poder esperar.

—¿Se acuerda de esa rata que arrestamos el año pasado por violencia doméstica? ¿El que le rompió la mandíbula a su mujer y casi la dejó sin un ojo? —empieza Blonski—. Cuando registramos la casa encontramos un montón de porno de escolares, ¿recuerda?

—Niñas a lo Britney Spears pero con menos ropa todavía —añade Singer, para aportar más detalles.

—Lonnie Harris —les respondo.

—Justo —confirma Blonski asintiendo—. Su mujer ha venido esta mañana a comisaría, lleva desaparecido desde el viernes por la noche.

—¿Y por qué ha esperado hasta el lunes para notificarlo?

—Parece que se pega buenas juergas los fines de semana pero, según dice ella, siempre se mantiene en contacto por teléfono. Por muy borracho que esté, no pasa más de una hora sin que le escriba alguna burrada... Pero, esta vez, no ha sabido nada de él en todo este tiempo.

—Ha dicho que lo denunciaba porque sabe que sería la principal sospechosa si aparece muerto —añade Singer—. Así, dejaría claro que no tiene nada que ocultar. Muy lista.

—No tan lista —lo corrige Blonski—. Sigue casada con ese tipo. —Se dirige a mí—. ¿Qué le parece, jefa? ¿Cree que podría ser el asesino y haberse largado de la ciudad? Sabemos que es violento y que le encantan las adolescentes.

—También sabemos que no agredieron sexualmente a Camio —le recuerdo.

Parece decepcionado. Singer también parece abatido.

—Pero nunca se sabe. Debemos seguir todas las pistas. Tomaos esta en

serio.

Se animan un poco.

—Echad un ojo a su casa. Al historial de llamadas. Veamos en qué ha estado metido estos últimos meses. Hablad con todos sus conocidos. Si encontráis cualquier conexión con Camio o con algún miembro de la familia Truly, por muy débil que parezca, avisadme inmediatamente.

Blonski va hacia el coche patrulla. Le doy un toquecito a Singer en el brazo antes de que se una a él.

—¿Puedes quitarme esas huellas de barro del techo del coche? —le pregunto.

Asiente.

—Claro, jefa.

Singer había dejado a Derk en el asiento de atrás, pero ya se ha colado delante, dejando un reguero de manchas y marcas de dedos de glaseado amarillo, azul y marrón por los asientos.

—¿Por qué te dicen jefa? —me pregunta, cuando estoy otra vez al volante.

—Porque soy la comisaria de policía.

—Eso no es verdad. —Resopla.

Le lanzo un puñado de servilletas de papel. No les hace ni caso.

De pronto, me asalta un recuerdo de Champ: tiene la misma edad que Derk, está sentado junto a Gil en el asiento delantero de su enorme Buick, parece perdido y pequeño, pero sonrío porque Gil acaba de darle una enorme magdalena de chocolate que ha sacado de una caja roja de Zuchelli's, en la que también hay un pastel de crema de coco, el favorito de mamá, que había elegido para el postre.

Recuerdo la punzada de celos que sentí cuando Gil le dio a Champ el bollo y cómo me extrañó sentirla. No quería una magdalena. Ya era muy mayor para esas cosas. Tampoco quería la atención de Gil. Como casi todos los novios de mamá, me daba repelús. Me daba igual que mi hermano pequeño se sentara delante. Era verano, Neely y yo acabábamos de pasar la tarde en la piscina pública, y estábamos encantadas de ir juntas detrás, oliendo a *gloss* con sabor a sandía y a cloro, para poder cotillear sobre los biquinis de las chicas mayores y sobre los músculos incipientes de los chicos mayores, y

reírnos del tupé pasado de moda que llevaba Gil.

Más tarde, cuando los encontré viendo juntos la tele y compartiendo una fuente de Oreos, algo que Champ solía hacer con sus hermanas, me pregunté si no estaría celosa de lo que Champ le daba a Gil, y no de lo que recibía de él.

Sabía que era bueno que por fin tuviera un padre, aunque no fuera el de verdad. Lo importante era que en su vida habría un hombre que le enseñaría cosas, que se preocuparía por él, que jugaría con él y que le daría ejemplo. Cuando volviera a ser el Día del Padre, mientras yo fuera a poner flores y un coche de Hot Wheels a la tumba de Donny Donno, y Neely estuviera leyendo su *Enciclopedia del Perro* por enésima vez y elucubrando sobre las incontables y glamurosas identidades que podría tener Uno de Paso (astronauta, magnate industrial, miembro de una casa real europea, estrella del rock, atleta olímpico o dueño de un perro), Champ ya no tendría que contentarse con un cajón lleno de sobres vacíos.

Me alegraba por él, pero Neely y yo siempre habíamos sido el centro de su universo y quizá me preocupara un poco que no tuviera amor suficiente para todos nosotros. Cada vez que veía el papel de alguna magdalena en la basura de la cocina, deseaba que Gil abandonara a mamá como habían hecho todos los demás. En ocasiones, deseaba incluso que desapareciera del todo.

Desde que mamá murió Champ no volvió a probar las magdalenas. La abuela le preparaba docenas de ellas porque sabía cuánto le gustaban, pero se ponía pálido nada más verlas. La abuela se lo tomaba con filosofía y lo consideraba una manifestación más peculiar que otras del dolor que todos sentíamos: un niño que echa de menos a una madre que ha sido asesinada, y que era demasiado bonita para morir, no puede seguir comiendo pasteles.

Yo ya sabía entonces que el motivo debía de ser algo que le daba náuseas, pero nunca le pregunté por esa repentina repugnancia por las magdalenas o por cualquier cosa que tuviera que ver con Gil. En ese momento, Neely y yo creíamos que le estábamos haciendo un favor. Si no le hacíamos hablar de ello, no pensaría en ello y quizá acabaría por desvanecerse. Nosotras también éramos unas niñas. No sabíamos hacerlo mejor. No sabíamos que las pesadillas que se tienen estando despierto no se desvanecen, porque no

puedes despertar de ellas. Lo más que puedes hacer es espaciarlas todo lo que puedas, con la esperanza de que se diluyan.

—¿Cuándo viste a Camio por última vez? —le pregunto a Derk después de conducir en silencio diez minutos y de que se haya comido otras dos magdalenas.

—Hace dos días —me responde, para mi sorpresa.

—¿Qué día?

—No lo sé.

—¿Qué estaba haciendo?

—Iba a dar una vuelta.

—¿Adónde fue?

—No lo sé.

—¿Solía irse a dar una vuelta?

—No lo sé.

Mete la mano en la bolsa y saca un pastelito de arándanos.

—Guarda ese para cuando bajemos del coche —le digo.

Se lo aplasta en la cara.

Me consuela saber que lo más seguro es que Singer sepa cómo quitar las manchas de arándano de la tapicería del coche. No sé ni cómo ni por qué a Singer se le da tan bien la limpieza. Cuando le pido ayuda en la materia, parece orgulloso y abochornado a partes iguales, y tengo la sensación de que su pericia tiene motivos muy personales. Por eso aún no he indagado, pero acabaré haciéndolo. Todavía no lleva suficiente tiempo a mi cargo.

—¿Nunca la has seguido? Vamos, Niño Ardilla. Yo sé que sí. Apuesto a que la seguiste escondido entre los árboles y que nunca te vio.

Me mira a través de una máscara de pringue azul y negro.

—Sale a la carretera y la recoge su novio. Va a casa de la abuela. Va con el tío Eddie.

Eddie Truly es el antiguo dueño de Quizá y el hijo mayor de Miranda. Tendrá sesenta y muchos. Lo llamaron a filas nada más acabar el instituto, estuvo un tiempo por Vietnam y, cuando volvió a casa, se fue derecho a por una botella, una aguja y una peligrosa banda de moteros. Por lo que sé, nunca ha dejado de beber ni de consumir. Sí dejó de ir con su antigua banda cuando

algunos de sus miembros entraron a la fuerza en su casa por la noche y lo apuñalaron veintidós veces. La policía llegó a la conclusión de que fue algún asunto de drogas que había salido mal. No hubo detenciones. El que haya sobrevivido hasta los sesenta no deja de ser un milagro. No puedo imaginar qué tendría que hacer con él la chica lista, bonita y loca por las piruletas que era Camio, con su reluciente tobillera de corazones y sus libros de psicología desfasados.

—¿Por qué va a casa de tu tío?

—No lo sé.

—¿Tú tío tiene hijos? ¿Está casado?

—Vive por sus cuentas.

—Por su cuenta.

—Por sus cuentas.

—¿Y qué hace Camio allí?

—Entra y sale. A veces se va llorando.

—¿Estás seguro?

—Se lo dije a Tiri.

—¿Y qué hizo él?

Se calla. Sé que lo estoy presionando. Seguramente ha hablado hoy más conmigo que con su familia en todo lo que va de año.

—Le preguntó —me responde sin dejar de mirar desconcertado las manos que ya están vacías, solo cubiertas por los restos del relleno de arándanos y copos dorados de masa—. Ella se puso como una loca y le dijo que no se metiera en sus cosas. Entonces, ella se puso a llorar otra vez, dijo que la gente es mala y que él hacía bien en pasar todo el tiempo con los perros *lofo*.

Miro cómo se mira las manos, sin saber qué hacer con ellas.

—Tienes servilletas al lado —le digo.

Lanza una mirada al montón de papel, se limpia las manos en la camiseta, los pantalones y las rodillas, y luego se las mete otra vez en la boca para lamer entre los dedos.

Terminamos el viaje en silencio. Derk aplasta la cara contra la ventana, viendo cómo pasa la ciudad al otro lado como un destello; cuando volvemos a estar en el campo, se apoya en el respaldo y se mira los pies, pero se anima

cuando nos metemos por el camino de Neely.

Por entre la red de hojas que tejen las copas de los árboles sobre nosotros, se cuele en parpadeos la luz del sol, para dar al aire verde y umbrío el efecto de bruma y olas, como si estuviéramos por debajo del agua. Le pregunto si le gusta nadar. No me responde.

No veo ni a Tiri ni a Quizá. Los otros cuatro perros y Neely están junto a un hombre y un muchacho.

Aparco y bajo del coche. Al verme, Neely abre los brazos de par en par y echa a correr hacia mí, radiante, algo que no le he visto hacer desde antes de que muriera mamá y aceptáramos el motivo por el que murió.

Señala a los dos hombres morenos que hay tras ella: dos fotocopias, desde su vestimenta a juego, con pantalones cortos de bolsillos, polos y sandalias, hasta sus sonrisas inseguras, pasando por la mano derecha levantada y rígida, en un saludo torpe.

Por supuesto, mi hermana me da la explicación en términos caninos.

—Champ ha encontrado el camino de vuelta a casa —me dice a voces.

Capítulo 9

Muchos de mis amigos tienen hijos, ya mayores a estas alturas. Algunos, como Nolan, incluso tienen nietos. No sé cuántas veces me han dicho que no sé lo que es el amor de verdad porque no soy madre.

No obstante, es necesario matizar la frase y advertir que siempre han sido mujeres las que me lo han dicho. Al parecer, los hombres no opinan lo mismo; normalmente, cuando me he encontrado a alguno de ellos compadeciéndose por el gran amor de su vida, el lamento siempre ha sido por alguna mujer que no era la suya, por un coche, por algún equipo deportivo e, incluso, por una herramienta a motor.

Por lo que he podido observar con los años, el amor romántico surge en gran medida de la ocasión. Te enamoras porque tienes dieciséis años, porque tiene buenos abdominales o porque está dispuesto a incluirte en su seguro médico. Depende del estado de ánimo, de caprichos superficiales y de carencias emocionales con las que se modela nuestra personalidad y que en algún momento se mezclan con la lujuria. Cuando el amor romántico muere, si una pareja tiene la suerte de tener una unión basada en la amistad, seguirá adelante. Si no, separación a la vista.

El amor de una madre por su hijo es algo completamente distinto. Es una fuerza de la naturaleza: primaria, implacable, inagotable e inexorable. No se puede comprar ni adquirir, no se puede reemplazar ni se puede razonar con ella. Las madres siempre antepondrán la felicidad y el bienestar de sus hijos a los suyos propios.

Aunque puede que no todas las madres.

Champ no era ni es mi hijo, pero no concibo la posibilidad de querer a nadie más de lo que lo quería a él y todavía lo quiero. De pequeños, era un

amor espontáneo e inconsciente, tan sencillo y tan gratificante como el sabor de un cucurucho de helado chorreante en verano o el calor que sentía cuando la abuela me echaba por encima una manta más en invierno.

A veces, cuando veía a Champ sentado jugando con su ciudad de Matchbox o escuchaba la palanca de su ruleta de los animales, un sonido de granja, y su risa de felicidad en la habitación de al lado, sentía una sacudida de hormonas que no podía comprender porque era demasiado joven. Era una picazón dulce, llena de dolor y de placer al mismo tiempo, como cuando tienes la varicela y te rascas por fin una ampolla a escondidas, aunque te hayan dicho mil veces que te dejará cicatriz.

Nunca me enfadé con él porque me sacara de su vida. De haberse quedado, habríamos tenido que hacer maniobras complicadas y agotadoras. Siempre habríamos tenido que caminar por la cuerda floja, entre lo que suponía decir demasiado y demasiado poco.

Nos conocía muy bien a Neely y a mí, y, aunque también sabía que lo queríamos y que haríamos lo que fuera por él, cada vez que nos miraba, en nuestros ojos veía algo que no conseguíamos ocultar. No era lástima. Ni ira. Ni siquiera era vergüenza por no haber podido protegerlo de Gil. Sabíamos controlar todas esas emociones. Lo que no podíamos controlar era el dolor. Nuestro dolor. El dolor que se siente por alguien a quien se quiere, pero a quien no se puede ayudar, ni sanar, ni recuperar.

No sabía cuánto me dolería volver a verlo.

—Dove —dice, y todos estos años desaparecen completa y peligrosamente, como en avalancha.

Me tambaleo al borde de un precipicio de recuerdos desagradables y del descubrimiento, igual de desagradable, de que el tiempo no cura todas las heridas. Puede volverse roma y perder brillo, pero la hoja sigue clavada en la carne de mi alma, como un recordatorio mate, oxidado y eterno.

Intento decir su nombre, pero no puedo.

—Es Champ —me explica Neely, serena y amable, como si yo desbordara senilidad.

Champ me mira con su sonrisa bobalicona y saltona de abuela desdentada, como siempre que le parecía que yo tardaba demasiado en comprender algo

que a Neely y a él les parecía obvio.

Rompo a reír y le doy un abrazo.

—Y este es tu sobrino, Mason —me dice cuando nos separamos.

Miro al chico, es bajito y va vestido exactamente igual que su padre, aunque él lleva calcetines, color naranja cono de tráfico, bajo las sandalias. Tiene las puntas de las orejas y de la nariz quemadas por el sol y algo peladas, lleva tiritas de Batman en las rodillas y el pelo rapado, parecido al de Derk, aunque este lleva cortes y trasquilones con costras por toda la cabeza, como si lo hubieran dejado a merced de un barbero borracho del Ejército.

Lleva una carpeta Trapper Keeper morada agarrada contra el pecho; se la pasa al brazo izquierdo al tiempo que me extiende la mano derecha y dice:

—Me lo pusieron por los tarros.

—No se lo pusimos por los tarros —suspira Champ—. Descubrió hace poco los tarros de Mason Jar¹² y le ha dado por decir a todo el mundo que por eso lo llamamos así.

Mason me da un enérgico apretón de manos.

—Papá tiene razón —admite—. Mamá quería llamarme Jason, pero papá dijo que todos los Jason que había conocido eran unos capullos. Papá quería ponerme Milo, por el personaje de *La cabina mágica*¹³. Era su libro favorito de niño, y ahora, el mío. Pero mamá dijo que Milo era un nombre para raritos, y papá dijo que tenía razón, que seguramente todos los Jason vendrían a pegarme, así que juntaron los dos nombres y me pusieron Mason. A mí me gustaría llamarme Thor —termina.

—¿Y a quién no? —coincide Neely.

—Mason y yo pensamos que era hora de hacer un viaje para ver el país —nos explica Champ mientras coge al muchacho por los hombros—; además quería ver dónde crecí y conocer a tía Dove y a tía Neely.

—Lo han despedido —dice Mason, señalándolo con el pulgar.

Champ le estruja los hombros.

—No me han despedido. Dimití yo.

—Pues Stevie dijo otra cosa.

—Stevie no tiene ni idea de lo que dice.

—¿Quién es Stevie? —pregunto.

—Su última novia —responde Mason—. Cortó con él.

—Rompimos los dos.

—Era muy simpática. —Mason sigue adelante con su descripción—. Nunca pedía champiñones en su mitad de la pizza, aunque le gustaban mucho, porque sabía que me daba miedo que tocaran mi mitad.

—No le gustan los champiñones —explica Champ.

—Son hongos —apunta Mason con los ojos abiertos de par en par—. Como la cosa esa que se mata con Scrubbing Bubbles en la bañera.

—No es lo mismo —dice Champ en un tono que deja claro que no es la primera vez que han tenido esa conversación.

—Los hongos son hongos —afirma Mason.

—¡Eh! —grita, dándome un toquecito en el costado—. Hay alguien en tu coche.

Me había olvidado completamente de Derk.

Kris, Kross y Owen están junto a la puerta del pasajero, chupeteando diez deditos pringosos de arándanos que se contonean ante ellos a través de la ventanilla entreabierta.

—No pasa nada. Puedes salir —le digo—. No te harán daño.

—No me dan miedo —me chilla.

—Entonces, ¿por qué no sales del coche?

No sabe qué responder a eso. Abre la puerta de golpe y se abre paso entre los tres enormes perros, que empiezan a lamerlo de arriba abajo.

Se pone las manos en la cara y me parece oír una risita, pero me resulta difícil imaginar que este niño pueda ponerse contento.

Se oye un silbido y los perros miran hacia Neely, que les dice «¡Quietos!». Owen y Kris le hacen caso, pero Kross (el desobediente del grupo) sigue haciendo lo que quiere.

Se acerca a Kross con Smoke pisándole los talones, saca la correa que lleva al cuello como si fuera el estetoscopio de un médico, la engancha al collar y da un tirón seco.

—Quieto —dice otra vez.

Kross se sienta sobre las patas traseras y mira lastimero.

—Soy Neely Carnahan. Esta es mi casa y estos son mis perros —le dice a

Derk—. ¿Quién eres tú?

Derk cruza los brazos sobre el pecho.

—Derk Truly.

Lo examina desde debajo de la visera de la gorra, evaluándolo como una posible incorporación a una de sus clases de obediencia.

—¿Eres hermano de Tiri?

Asiente con la cabeza.

—Tiri está dando un paseo con Quizá. Tienen que estar a punto de volver.

Le da la espalda a Derk y vuelve con nosotros. Los perros la siguen. Derk ve cómo se van y decide hacer lo mismo.

Se queda cerca de Mason. Los dos se miran con recelo. Parecen de la misma edad. Puede que Mason sea algo mayor.

—Tus calcetines dan pena —suelta Derk.

Los tres adultos volvemos la cabeza al unísono hacia Mason para ver cómo responde al saque de Derk. Parece listo y competente, pero también algo patoso. Podría negarse a participar en un partido de vóley de insultos y refugiarse tras su padre, o echarse a llorar.

—Tú sí que das pena —le lanza Mason—. Vas lleno de glaseado y tarta de arándanos. ¿Es que no sabes comer?

Derk no está preparado para el remate de Mason. Le devuelve un tiro al aire que se sale del campo.

—¡La jefa es una chupapollas! —grita y echa a correr.

Neely les ordena con un gesto a los perros que lo sigan, y luego Champ y ella se me quedan mirando con cantidades diversas de curiosidad y condena en los ojos. Me invade un *déjà vu*. De niños siempre me miraban así, preguntándose qué tenía entre manos y dando por sentado que no les iba a contar toda la historia. No tengo ni idea de cuántas veces les dije aquello de «es mejor que no lo sepáis».

—No sabe qué significa —les digo.

—¿Y por eso puede decirlo? —pregunta Champ.

—Quería conocer a los perros —le explico a Neely—. Imagino que Tiri estará todo el día hablando de ellos. Pero solo quería pasarme un momento. Tengo una reunión con Nolan y su equipo.

—Los perros se quedarán con él hasta que se dé cuenta de que se ha perdido y lo traerán de vuelta. Puedo llevarlo a casa cuando acerque a Tiri — se ofrece.

—¿Estás segura?

—A cambio, puedes preparar una cena para todos esta noche en tu casa. — Y luego se dirige a Champ—: Dove cocina muy bien.

—Desde siempre —dice—. Pero, por favor, nada de Chef Boyardee.

—Descuida.

Guardamos un silencio torpe cuando captamos lo inesperado e inmenso de nuestro reencuentro. Nunca le he dicho a Neely ni a la abuela, y rara vez me lo he confesado a mí misma, que no esperaba volver a ver a mi hermano.

—Vale. Estupendo. No sé qué más decir. Estoy abrumada.

Champ me da otro abrazo. Con el primero estaba tan conmocionada que no percibí los detalles; esta vez, sin embargo, noto demasiado bien lo delgado y frágil que parece el cuerpo que esconde bajo la camiseta.

No tiene buen color. Tiene los ojos hundidos en unas cuencas moradas. Sintiéndome culpable, le miro los brazos cuando los aparta de mí, en busca de marcas de pinchazos. No tomaba drogas cuando estaba en el instituto, pero sus demonios podrían haberle llevado a cualquier cosa en estos años.

—No pasa nada. Siento haber estado lejos tanto tiempo. Es que no podía...

—No sigas —le corta Neely—. Tendremos mucho tiempo para hablar de cosas serias más tarde si queremos.

—Yo no quiero —opina Mason.

—Yo tampoco —coincide Neely.

No ha dejado de sonreír desde que he llegado. Empiezo a preocuparme. Me pregunto si sonreír tanto de golpe puede ser malo para ella, como pasa cuando has dejado de hacer algo durante mucho tiempo. Pienso en las advertencias que aparecen al comienzo de los vídeos de ejercicio: «Antes de practicar un ejercicio físico intenso, consulte con su médico».

¿A alguien le habrá dado un infarto por sonreír?

—Te llamaré luego —le digo a mi hermana.

Cuando empiezo a andar hacia el coche, me doy cuenta de que Mason está correteando a mi lado, sujetando otra vez la carpeta contra el pecho.

—¿De qué eres jefa? —me pregunta.

—De policía.

—Está bien, pero molaría más si fueras una jefa india, como Caballo Loco.

—Tienes razón, pero no pasaría las pruebas físicas.

—¿De verdad cocinas bien?

—Sí.

—No eches hongos por favor.

Al llegar al coche, me devora de pronto la necesidad de salir de aquí. Tengo que contenerme para no tirar a Mason al suelo de un empujón, abrir la puerta a toda prisa y salir quemando rueda, dejando una nube de gravilla tras de mí. No quiero volver al pasado. No quiero que la ira y el arrepentimiento vuelvan a paralizarme. No quiero odiar. Y Neely tampoco. No estaba sonriendo: tenía la cara retorcida de dolor. Se había puesto una máscara.

—¿Hay algo más que no te guste? —le pregunto al hijo de Champ.

Abre la carpeta con un ruidito de desgarró y me devuelve al primer día de Champ en secundaria, emocionado con su primera Trapper Keeper. Llevábamos tres años viviendo con la abuela. Yo estaba en segundo de carrera e iba todos los días a una facultad cerca de casa, y Neely iba a empezar el último curso en el instituto, que era lo que hacía para pasar el rato cuando no estaba de voluntaria en el refugio de animales o trabajando en la perrera Greenview. Unos días antes, había ido con Champ a comprar las cosas para clase; me dijo que todos sus compañeros tenían esas carpetas y que, si él no llevaba también una, sería un marginado. El cierre de clip del diseño original había pasado a ser de velcro. Luego, el fabricante recibió muchas quejas de profesores por el ruido, así que, para cuando Champ terminó el instituto, había vuelto a ser un clip. Aquel día por la mañana, en la mesa de la cocina, no paraba de abrir y cerrar la carpeta, hasta que le grité que parara y se la arranqué de las manos. Empezamos a pelear. Luego, dejé que ganara.

La carpeta de Mason lleva velcro, así que es antigua, pero no es una de las de Champ. Él las llenaba hasta arriba de pegatinas y garabatos. Esta solo lleva escrito un nombre, cuidadosamente caligrafiado: Mason James Carnahan.

Mason la abre y lee una lista: «Cebollas, huevos crudos, mayonesa, aceitunas con una cosa roja y pringosa por dentro, café, pescado que no sea de varitas, Go-Gurt, chuletas de cerdo, coco y cereal de mentira».

—¿Cereal de mentira?

—Dicen que es igual que el cereal de verdad, pero lo compras porque es más barato y no es lo mismo.

Rebusca entre las fundas de la carpeta y saca una hoja de papel pequeña y colorida. No sé qué es de lejos. No llevo puestas las gafas.

—Vale —digo—. ¿Algo más?

Mientras piensa en mi pregunta, se queda mirando el suelo. Lleva la nuca al aire, enrojecida y llena de los restos de piel seca de una quemadura solar. Champ también se quemaba el cuello¹⁴. Se pasaba horas sentado en nuestro diminuto trocito de patio, encorvado sobre sus coches y camiones de juguete, sus soldados de plástico o su granja de animales.

Me invaden de repente los recuerdos de mi hermano a esa edad. Terminan con un golpe seco tras la puerta cerrada de un dormitorio, en el que escucho la ronca promesa de Gil y los sollozos de mi hermano; luego, me veo en el cuarto de baño de mi madre, mirando su mano inerte al final de un brazo desnudo y esbelto que cuelga lánguido de la bañera y su anillo de compromiso con un enorme diamante que lanza hermosos destellos a la luz de las velas. Estuve a punto de cogerlo. Por un momento, fruto de todas las novelas que leí de niña, acaricié la idea romántica de salir corriendo y venderlo; Neely, Champ y yo nos quedaríamos con el dinero y nos marcharíamos al Oeste. Pero ya entonces era demasiado responsable. Íbamos a tener un techo, todas las noches tendríamos comida sobre la mesa e iríamos al colegio como la gente normal. Para mí, era muy importante parecer normales.

Al final, Champ acabó huyendo, pero esperó a cumplir los dieciocho, para que no pareciera que estaba huyendo; fue como si se marchara, sin más.

¿Por qué ha vuelto? ¿Por qué regresa la gente que huye? ¿Para ajustar cuentas? ¿Para obtener respuestas? ¿Para pedir dinero? Desde luego, no es para visitar a las dos hermanas que no ha echado en falta en veinte años, y, desde luego, tampoco es para empezar de nuevo.

Mason levanta la cabeza y nos miramos a los ojos. Los suyos están llenos de demasiada preocupación para alguien de su edad; tengo miedo de que los míos estén llenos de demasiada insensatez para alguien de la mía.

Me entrega un cupón de cereales Cinnamon Toast Crunch.

—Nada de magdalenas —dice con seriedad—. Hacen llorar a papá.

¹² Una marca clásica de tarros de cristal.

¹³ *The Phantom Tollbooth*, de Norton Juster, publicado originalmente en 1961.

¹⁴ Mason, como Champ, tiene el cuello rojo, como los *rednecks*, una expresión que utiliza la autora en varias ocasiones. Los *rednecks* son los trabajadores de piel blanca que tienen el cuello curtido de trabajar al sol. Son los parias, el obrero que es pobre a pesar de trabajar, y al que la sociedad parece ir expulsando. Se puede utilizar de forma despectiva, con un sentido cercano al de paleta o al *chav* del Reino Unido, pero la connotación no siempre es necesaria.

Capítulo 10

Para olvidar tus problemas no hay nada como estar de pie en medio de una enorme sala de conferencias iluminada por una implacable luz fluorescente, estudiando en una pizarra las fotografías de una chica muerta, quemada y golpeada, mientras un grupo de hombres décadas más jóvenes que tú te clava la mirada en el trasero.

En cuarenta y ocho horas, Nolan ha hecho importantes progresos. No me sorprende. Es un investigador tenaz. Cuando le llega un caso, es como si se pusiera unas anteojeras y se convirtiera en uno de esos caballos de Central Park que pasean a los turistas, con la cabeza gacha y sin distracciones, viendo únicamente el trozo de suelo que tienen justo delante; en su caso, el rastro que conduce hasta un asesino.

Por desgracia para ellos, su mujer y sus hijos pasaron a formar parte del fondo ruidoso que necesitaba ignorar para hacer su trabajo, así que pasaba caminando a paso lento por su lado, sin prestarles atención, pero confiando en que lo estarían esperando en el establo al terminar, para felicitarlo y ofrecerle su cariño y un comedero bien lleno.

Su mujer ha seguido con él todos estos años, pero no creo que haya sido feliz. Casi siempre han estado separados. Imagino que decidieron que sería más fácil hacer vidas separadas que pasar por un divorcio. No es asunto mío. No soy la otra y no lo he sido nunca. Hace veintisiete años que lo conozco y, en ese tiempo, creo que nos habremos acostado unas treinta veces, nuestros polvos nunca han sido planeados ni hemos hablado luego de ellos. Como pasó con el último, salieron de la nada, y la sorpresa les suma casi tanta excitación como la ávida confusión de nuestros cuerpos.

En la cuarentena me mantuve sexualmente activa, pero eso no es lo mismo

que decir sexualmente satisfecha. La otra noche, con Nolan, fue la primera vez en cinco años que tenía un orgasmo que no me hubiera provocado yo sola.

Estaba tan contenta que, cuando me puse a buscar en internet la colección de cama de Jessica Simpson para identificar la colcha donde habían envuelto a Camio Truly, busqué en Google «regalos clásicos de aniversario», descubrí que el quinto aniversario son las bodas de madera y me acabé comprando una mesa auxiliar.

Nolan hace salir a su equipo. Cogen las rosquillas que todavía quedan, sus notas y los vasos de café; me saludan con la cabeza y balbucean unos agradecimientos.

Nolan me ha invitado a la reunión por cortesía, pero sé que valora mis aportaciones. No puede decirse lo mismo de los hombres que trabajan para él: jóvenes trepas ambiciosos que sueñan con ascender a inspectores algún día, o polis con años de trabajo a la espalda, que confían ciegamente en sus habilidades y que se muestran posesivos hacia su mundo, regido por la ley y movido por la testosterona. Puede que respeten mi cargo hasta cierto punto y que los haya, incluso, que opinen que lo he conseguido por mis propios méritos y no a través de alguna estratagema política feminista, pero ninguno tiene la más mínima consideración por mi campo. Para ellos, los polis de ciudades pequeñas somos algo así como niñeras venidas arriba. No me ofende. En cierto modo, somos la guardería del cuerpo de Policía. Me he pasado los veinte años y pico que llevo en la policía recogiendo lo que desordenan los residentes de Buchanan, enseñándoles modales y a tratar con otras personas, y mandándolos al rincón de pensar para adultos cuando molestan o alteran al resto.

Lo que hago es igual de importante que lo que hacen ellos. Si hago mi trabajo bien, puedo evitar que alguien llegue a cometer crímenes que pasarían a ser asunto de estos hombres.

Estoy muy cerca de la pizarra del asesinato y todo está escrito en enormes letras mayúsculas, así que no necesito las gafas, pero me canso de estar poniéndomelas y quitándomelas todo el tiempo. He descubierto que puedo deslizarlas por la nariz y mirar por encima de ellas.

Por supuesto, Nolan no lleva puestas las gafas de sol en las reuniones con sus hombres. Al verlo sin ellas, una sabe al instante por qué no se las quita para nada más mientras trabaja. Ha hecho su carrera presumiendo de tipo duro, pero tiene unos ojos dulces y amables, una apacible pincelada azul, color manta de bebé, incrustada en una red enmarañada de arrugas que te hacen pensar en un tío anciano y entrañable.

Me está mirando.

—Tus gafas no son tan horribles —me dice—. Pensaba que te hacían mayor, pero es que lo eres.

—Veo que vuelves con los cumplidos —suspiro.

Ha excluido a los familiares del grupo de sospechosos. Me apena ver que Zane Massey continúe ahí.

—Los familiares cercanos tienen coartadas —me dice mientras va dando toquitos de una en una a las descoloridas fotos de Tráfico. La foto de Shane, el hermano de Camio que está en la cárcel, es la de su ficha—. El padre estaba trabajando fuera de la ciudad. La hermana estaba en casa de una amiga. El hermano mayor tiene doscientos reclusos y una docena de funcionarios que pueden dar cuenta de su paradero.

—¿Y Shawna? —pregunto—. Parecía que el otro día no la descartabas. ¿Qué ha pasado?

—Este crimen exigió esfuerzo. No la veo despegándose del sofá.

Sacudo la cabeza al oírlo.

—¿Por qué será que el jefe no te deja hablar con la prensa?

—Tú piensas lo mismo que yo —refunfuña.

Tiene razón. Mataron a Camio golpeándola con un objeto pesado en la cabeza, la enrollaron en una manta, la llevaron en coche hasta Campbell's Run, le prendieron fuego y la echaron a un agujero. Aun así, no tengo tanto problema en imaginarme a Shawna haciendo cualquiera de esas cosas como limpiando después.

—Hemos registrado la casa y sus vehículos. No hay señal de sangre en ninguna parte, y una herida en la cabeza como esa habrá sangrado muchísimo. Si lo hubieran hecho allí, limpiarla habría sido un infierno. Y borrar todo el rastro, prácticamente imposible —continúa Nolan—. ¿Estás

segura de que la colcha no era suya?

—No puedo estar segura al cien por cien —respondo— pero, como te dije, no es su estilo y, además, es cara. No me imagino a Shawna soltando 120 por una colcha; además te sientes como obligada a comprar también las fundas de almohada y las sábanas, y ya que estás unos cojines...

—Lo he pillado —me corta, mientras se aparta y frunce los labios, como si la simple mención de las sábanas lo hicieran empezar a producir leche. Se lanza de nuevo a hablar del caso—. Tenemos un padre borracho, una madre fuera de juego desde hace tiempo, un hijo en la cárcel y una hija que dejó de estudiar y que se quedó preñada en el instituto. Sobre el papel, la familia parecía predestinada a que sucediera algo así.

—Te entiendo —me uno a su reflexión—, pero creo que están demasiado jodidos para hacer algo tan jodido.

—¿A qué te refieres?

—Todos parecen más preocupados por autodestruirse que por destruir a otros. Incluso la pelea de Shane. Según los testigos, el otro fue quien comenzó y puede que no hubiera pasado nada si no hubieran llevado los dos un pedal tremendo. Los accidentes pasan, pero aquí ¿cuál es el móvil? Es un clan muy unido y, aunque puede que Camio haya sido algo distinta, seguía siendo una de ellos y creo que todos la querían a su manera disfuncional. Zane me dijo que cuando estaba con su familia era como todos los demás. No sé qué quiere decir eso exactamente, pero me hago una idea. A los que más fiel era parece que era a su familia, aunque quería alejarse de ellos.

Me acerco a la última fotografía que Zane se ha hecho para clase, está ampliada y a la cabeza de la lista de sospechosos. No está rígido ni mira beligerante para demostrar que es demasiado duro o demasiado guay para este ritual anual. Sonríe a la cámara; seguramente esté pensando en todos los familiares que acabarán con una copia de la fotografía por cortesía de su madre.

Y, entonces, pasa como un fogonazo por mi cabeza. Veo a Brie Massey apurada, rebuscando en los cajones, sacando álbumes para buscar una foto que darle a la policía; cree que si les da la correcta, verán al mismo muchacho maravilloso, inocente y acicalado que ve ella, y no a alguien capaz de

cometer un asesinato.

Nolan se acerca por detrás.

—Admite que salió para reunirse con ella más o menos a la hora en que murió, pero dice que la chica no se presentó.

Me giro hacia él con las manos en las caderas y lo miro crispada por encima de las gafas, pero me las quito rápidamente cuando se me ocurre pensar que quizá le recuerde a alguna profesora de la que se mofara de joven.

—¿Por qué iba a admitir eso si es el culpable? —pregunto.

—Para despistarnos.

—¿El chico te pareció de esos que intentan despistar a la policía? Además, no estuvo fuera de casa bastante tiempo.

—No lo sabemos. Los padres aún no han dejado claro cuánto tiempo pasó fuera. El padre dice que cree que salió una hora. Al principio, la madre dijo que no había salido. Cuando le dijimos que Zane había confesado que fue a ver a Camio, cambió de versión y dijo que tal vez saliera. Uno de los dos ha mentido para protegerlo.

—¿Y qué hay del coche? —le cuestiono—. Estaba limpio, ¿no?

—Todos los coches de los Massey están limpios —admite.

—¿Y el móvil?

—Puede que fueran a romper. Miranda Truly dice que los oyó pelear la última vez que estuvieron juntos en casa. Camio le dijo a Zane que quería romper y él se enfadó mucho.

Pienso un momento en esta revelación y en mi charla con Zane sobre la familia de Camio y las dos veces que había estado en su casa. De haber tenido esa discusión, no creo que él hubiera permitido que fuera en una casa llena de Trulys. Camio tampoco lo habría querido. Puede que Miranda oyera lo que quería oír.

Dejo de mirar al risueño Zane y paso a la cegadora foto policial de Lonnie Harris, tomada la noche que mandó a su mujer al hospital. La cara es pálida y blanda, pero tiene unos ojos duros y planos.

Singer y Blonski me han llamado cuando venía hacia aquí. Mientras buscaban una conexión entre Harris y Camio, les enseñaron sus fotos a los compañeros de la chica en el Dairy Queen, y uno de ellos lo reconoció. No

recordaba si Camio había tenido contacto con él, pero la coincidencia, unida a sus antecedentes de violencia contra la mujer y a sus gustos en cuanto a pornografía, bastó para que Nolan se interesara por él.

Junto a Harris está la foto de un chico flaco y de aspecto asustadizo, con el pelo enmarañado: el hermano del hombre al que apuñaló Shane. Juró venganza, insultó a Shane en el juicio y amenazó a toda su familia, pero su hermano se recuperó, Shane fue a la cárcel y no se ha sabido nada de él en los últimos dos años. Parece improbable que decidiera de pronto buscar venganza de una forma tan horrible contra la hermana de Shane, pero hay que comprobarlo.

Para terminar, llego al tío Eddie. Lo único que ha escrito Nolan al lado de su foto es un gran interrogante.

Me ha invitado a que lo acompañe a hablar con Eddie cuando termine la reunión. Saber que Camio solía ir a su casa no solo levanta dudas sobre él, sino que, además, abre incontables posibilidades de que la chica se topara con algún figura conocido de Eddie, incluidos moteros camellos.

No le he dicho a Nolan que esta pista me la dio un niño de ocho años al que soborné con magdalenas. Confía en mí lo bastante como para saber que no le daría una pista si no tuviera una buena razón, pero no le gusta demasiado el misterio en que va envuelta mi información. En algún momento tendré que aclarárselo.

Me pongo otra vez las gafas y hojeo de nuevo el informe de la autopsia.

Era una chica de diecisiete años, de peso y altura normales, y con buena salud. No había rastro de drogas ni de alcohol en su organismo. Ningún indicio de agresión sexual. Ningún indicio de actividad sexual de ningún tipo, consentida o no.

La causa de la muerte fue un golpe en la cabeza con un objeto pesado y plano que dejó partículas de hierro oxidado en la herida, aunque también podría haberlas cogido del suelo o del terreno donde la mataron.

Miro con reticencia la foto ampliada de la herida grande y dentada que lleva en la parte posterior del cráneo, con astillas de hueso asomando entre hebras lacias de pelo chamuscado.

El forense ha determinado que el primer golpe la dejó inconsciente en el

acto y que bastó para matarla, además, teniendo en cuenta la posición, lo más seguro es que ni se enterase. Estos dos datos son los únicos puntos de luz dentro de esta tragedia. Camio estaba viva en un momento y, al siguiente, ya estaba muerta. Espero que no supiera que iba a morir. Así, no habría sentido dolor físico ni terror.

—Hemos hablado con sus profesores. —Nolan interrumpe mis pensamientos—. Todos dicen que era una alumna excelente. De sobresalientes. Iba a clases de nivel avanzado. Todo el mundo sabía que estaba saliendo con Zane. Y a todos les parecía una bonita pareja.

Su cara expresa la misma amargura cuando dice «bonita pareja» que cuando ha oído la expresión «fundas de almohada».

—Estuve hablando con sus tres mejores amigas, pero se me ocurrió que quizá querías hablar tú también con ellas.

No levanto la vista para mirarlo. Finjo que estoy inmersa en el informe. Quiero que me lo ruegue.

—Las adolescentes no son lo mío —añade.

—Es un alivio saberlo.

El acelerador fue gasolina. Se la echaron de cualquier modo por encima, pero las manos acabaron empapadas.

—¿Qué opinas de las quemaduras de las manos? —le pregunto—. ¿Se te ocurre algo? ¿Crees que lo hicieron para que no pudiéramos identificarla?, ¿para que no hubiera huellas?

—No tiene mucho sentido. Tenemos el historial dental. Y el ADN.

—¿Algo simbólico, entonces?

—Posiblemente. ¿Hablarás también tú con las chicas?

Es lo que más va a acercarse a un ruego.

—Sí.

—Tampoco me importaría que hablaras con Shawna de forma oficial. Llévala a comisaría para interrogarla. Yo ya he hablado con ella. No creo que lo hiciera ella, pero sí creo que sabe algo.

—Vaya. Claro. Estoy deseándolo.

Dejo caer el informe de la autopsia sobre la mesa y cojo la transcripción de los mensajes de texto de Camio. Aún no han encontrado su teléfono. O está

apagado o lo han destruido.

Para ser una chica de diecisiete años, no escribía demasiados mensajes. Casi todos los que escribió la semana antes de su muerte fueron con Zane. Había algunos con su hermana y sus amigas, pero ninguno con contactos desconocidos. Por lo que he podido ver, las conversaciones eran intrascendentes.

Me centro en la última conversación con Zane, la noche de su asesinato. Se escribieron los mensajes en los treinta minutos alrededor de la hora de su muerte. Es probable que la mataran justo después.

Camio: Tengo que verte.

Zane: ??

Camio: Por favor, reúneme conmigo en la presa laurel.

Zane: tas bn?

Camio: Sí. Es importante.

Zane: q tpsa? CA.

Camio: Por favor.

Media hora después, Zane escribe: Dnd tas?

Camio responde: Lo siento. Tengo un problema.

Echo un vistazo a sus conversaciones anteriores y siento un escalofrío en la nuca. No estoy segura de si es la emoción por hacer un descubrimiento importante, o lo espantoso que puede ser lo que he descubierto.

—Hay algo raro en estos mensajes —le digo a Nolan—. ¿Los has leído ya? Se pone a mi lado.

—Todavía no. Uno de mis hombres debería estar con ellos.

Le señalo una serie de mensajes que intercambiaron Camio y Zane el día de antes, y luego, los últimos.

—Camio cambió la forma de escribir —exclamo—. Empezó a escribir frases completas. Es casi como si estuviera escribiendo algo formal: «Por favor, reúneme conmigo». Y mira. Siempre hablan de la presa Laurel como «la presa», pero aquí añade «laurel». Además, siempre escribía «k», y aquí pone «que».

—Tienes razón —dice—. ¿Y esto qué es? ¿CA? ¿Club de Automovilistas?

Rompo a reír. No lo puedo evitar.

—Vaya, Nolan. Eso no dice mucho ni de tu edad ni de tu posición socioeconómica.

Me clava una mirada asesina.

—CA —le explico sin dejar de soltar risitas— significa «cuanto antes».

»Y aún hay algo más. Mira cuánto tiempo pasa entre los mensajes. Cuando empezaban una conversación, se respondían inmediatamente. Sin embargo, en esta última conversación, Zane le responde directamente, pero mira las respuestas de Camio.

Miramos atentamente los números.

—Tarda varios minutos. Eso es una eternidad si hablamos de mensajes entre adolescentes.

—¿Qué sugieres?

—Sugiero que Camio no fue quien envió esos mensajes.

Meto la mano en la caja de Zuchelli's y cojo la única rosquilla superviviente, doy un morisco y le sonrío con los labios empolvados con azúcar glas. Me la he ganado.

Capítulo 11

Poco después de que Neely rescatara a Quizá y le diera trabajo a Tiri, me dejé caer por casa de Edward Truly para hacerme una idea de quién era. No pensaba que nos fuera a dar problemas. Era imposible que averiguara quién se había llevado el perro. Fui a verlo por pura curiosidad.

Entonces, como ahora, me sacudió la sensación de aislamiento, como si viviera en la solitaria cabaña de un colono, plantada en medio de una pradera barrida por el viento y desde la que, en las cuatro direcciones, solo se vieran mecerse las olas de hierba crecida.

No sé de dónde sale esa sensación. Es una casa pequeña y retirada, a orillas de la carretera y sin vecinos a la vista; pero a una milla, en la colina, pueden verse tres casas, mal hechas pero en las que se ha invertido amor, con cortinas de volantes en las ventanas y macizos de flores bien cuidados en las entradas; en la otra dirección, está la granja lechera de Sawyer y, unas millas más allá, Buchanan. Aunque no vive en el culo del mundo, su propiedad está tan desolada y tan aparte de todo que parece proscrita. El patio está yermo, sin rastro de vegetación, ni un árbol, ni un arbusto, ni un simple brote de diente de león amarillo, ni una mancha de violetas. La casa es un ejercicio magistral de falta de imaginación: un rancho viejo y con revestimiento de aluminio pintado de arriba debajo de blanco, incluso los marcos, con un garaje adosado para un solo coche; si no fuera porque no se puede mover, sería fácil confundirla con una casa móvil de doble ancho.

Nolan y yo estamos sobre la escalera de entrada de hormigón. Faltan los números de la casa de Eddie. Veo las sombras invertidas de un seis, un dos y un siete que cuelgan de tres clavos oxidados; símbolos de un blanco inmaculado recortados sobre un blanco desgastado y grisáceo. De alguna

forma, sé que los ha quitado a propósito.

El hombre que abre la puerta guarda solo un ligero parecido con el de la pizarra de Nolan, donde se le ve desaliñado, sucio, con ojos beligerantes y el cabello largo, lacio y grasiento. El pelo sigue siendo largo, pero se lo ha lavado hace poco y no queda mugre; ahora es del blanco sedoso y brillante de la barba de un Papá Noel de centro comercial. Está recién afeitado y viste una camiseta azul limpia. Las únicas pistas de su pasado de motero son los tatuajes que lleva en los brazos y un pendiente de calavera.

—Señor Truly, soy el cabo Greely de la policía estatal. Hemos hablado por teléfono. —Nolan se presenta y me señala con la cabeza—. Esta es la comisaria Carnahan, de la policía de Buchanan.

—Ya lo sé —dice y me examina con una mirada que me resulta algo desconcertante—. Estaba ahí cuando Miranda le soltó ese rapapolvo. Supo defenderse —añade con un dejo en la voz que casi suena a admiración—. Pasen —nos dice.

Nos acompaña hasta una habitación que no está especialmente limpia ni ordenada; aun así, los muebles polvorientos, las pisadas de tierra, los calcetines sucios y la caja vacía de pizza tirada en el suelo no dan la sensación de que la casa esté descuidada, sino de que aquí vivía alguien que se marchó de repente y para siempre.

Busco algo que hable de él. Fotografías. Libros. Cualquier cosa que hable de sus aficiones o, sencillamente, de algo que le pueda gustar: un equipo, motos, caza, pesca, puzzles, tapicería, mujeres desnudas, su país...

Nada. Es menos acogedora y personal que la sala de espera de un médico, y me doy cuenta de que esa es precisamente la atmósfera que emana de esta casa y de este hombre. Eddie Truly está esperando. Pero ¿esperando el qué? ¿Al amor verdadero? ¿A que crezca la hierba? ¿A que llegue su gran oportunidad?

—Dijo que querían hablar conmigo sobre Camio.

Se sienta en un sillón abatible, el único mueble que hay en la habitación aparte de un sofá, una mesita y un cine en casa anticuado con televisor, DVD y unos altavoces del tamaño de una caja de zapatos que seguramente se compró en los años noventa.

Nolan y yo tenemos que sentarnos juntos en el sofá. Ahora mismo está bastante molesto conmigo. Mientras entrábamos con el coche por el acceso de Eddie, le revelé por fin la identidad de mi testigo. Nolan estuvo a punto de dar media vuelta y largarse. Por alguna razón, el hermano pequeño de la víctima, un niño de ocho años asilvestrado, peleón, mal hablado y que odia a todo el mundo, no le parece una fuente de información fiable. Para mí, sin embargo, esos mismos rasgos lo convierten en una fuente incorruptible.

—No sé qué puedo decirles yo —señala Eddie.

—¿La conocía bien? —pregunta Nolan, con las Ray Ban graduadas inamovibles sobre el puente de la nariz.

El sol que luce a través de la ventana evita que quede completamente ridículo. Al fin y al cabo, solo estamos hablando con Eddie Truly, no custodiando al presidente.

—Vaya pregunta más tonta —responde Eddie—. Era mi sobrina. La conocía tan bien como cualquier hombre conoce a sus sobrinas.

—Vaya respuesta más tonta —dice Nolan.

Eddie lo mira, intentando hacerse una idea del significado último de sus palabras, pero no ve más que unas facciones inexpresivas y dos agujeros negros donde deberían haber estado los espejos del alma de Nolan.

—La veía de vez en cuando en casa de Clark —continúa explicando—, pero no paso mucho tiempo con la familia.

—¿Solo la veía en esas ocasiones?

Se pasa las manos por el pelo, se recuesta en el sillón y suelta un suspiro, derrotado. Por un momento, me parece que vamos a saltarnos el nerviosismo, la negación, el estar a la defensiva y la ira, y que vamos a pasar directos a la confesión; pero acaba por sonreír a Nolan, como mostrando superioridad y decepción.

—Vale. Ya sé de qué va esto. Me preguntaba cuánto tardarían en aparecer los polis, teniendo en cuenta mi pasado. Ya no me junto con esa gente. Hace mucho tiempo. Estoy limpio y sobrio. Y tengo trabajo.

—Y estás mintiendo —le responde Nolan—. Ya te hemos pillado la primera mentira. Sabemos que Camio venía a visitarte a casa.

Es el momento de la verdad. Aunque no sé si Derk se inventó todo lo que

me dijo.

Eddie se muestra desafiante por un instante. Se agarra a los reposabrazos y comienza a levantarse del asiento, pero cambia de idea y se deja caer de nuevo en el tapizado de escay cuarteado.

—No tuve nada que ver con su muerte —dice tranquilo—. Era una chica encantadora.

Las palabras que ha elegido son muy interesantes. Nada de «yo no la maté» o «no tuve nada que ver con su asesinato»; ha dicho que no tuvo nada que ver con su «muerte». Esas palabras hacen desaparecer todo rastro de violencia, conmoción y crueldad. Su muerte no fue una agresión, sino algo que le sobrevino; no fue algo que le hicieron, sino algo que le sucedió. Algo esperado. Inevitable quizá.

—¿Para qué venía a verte? —insiste Nolan.

—Mierda —dice, moviéndose incómodo en el sillón.

Se pone de pie y empieza a frotarse la cabeza y la barbilla, mientras escanea la habitación con la mirada, en busca de la botella de alcohol sobre la que se habría abalanzado en el pasado.

—Le gustaba hablar conmigo. Quería conocer cosas de mi pasado.

—¿Qué clase de cosas?

Se mete las manos en los bolsillos de los vaqueros y sacude la cabeza.

—Ya saben...

—¿El qué? —le espolea Nolan.

—Lo saben todo sobre mí. Seguro que han visto mi historial. Conocen mis antecedentes.

Llegué aquí pensando que este hombre no me iba a gustar ni un pelo: después de todo, había maltratado a un animal y es un Truly. A estas alturas, sin embargo, empiezo a preguntarme si lo primero podría haber sido un lamentable error que cometió en el pasado y lo segundo, un motivo para sentir compasión por él, en lugar de desprecio.

Es el hijo mayor de Miranda. ¿Cómo habrá sido serlo? Sobrevivió a una guerra y lo único que lo recibió a su vuelta fueron dos hermanos pequeños muertos en la flor de la vida por su propia estupidez a solo unas millas de casa. ¿Qué efecto habría tenido esto en su mente? Su pequeña parcela de

sueño americano había acabado siendo más peligrosa que los campos de la muerte de Vietnam.

—Estoy segura de que el cabo Greely lo sabe todo sobre ti, desde tu canción favorita hasta la última cosa que te recetaron —le digo.

Los dos hombres se vuelven y me miran como si les hubiera sorprendido descubrir que puedo hablar.

—Lo único que sé es que tu sobrina venía andando hasta aquí desde su casa para hablar contigo. Eso son varias millas, ¿no? Y que a veces se iba triste, incluso llorando.

—¿Cómo? —dice Eddy, desconcertado.

—El cabo Greely es hombre y muy desconfiado, así que llega a la conclusión bastante obvia de que debes de haberle hecho daño —continúo—. Yo, sin embargo, soy mujer y me gusta pensar lo mejor de todo el mundo, así que me pregunto si no estaría triste por ti y no por tu culpa. Creo que le importabas.

Vuelve al sillón y se desploma sobre él, como si acabara de llegar a casa después de una caminata de cien millas.

—He estado un tiempo entrando y saliendo de hospitales del Departamento de Veteranos. Si le preguntan a alguien de mi familia, les dirá que tuve complicaciones por un par de balazos que recibí en Vietnam. Pero no es verdad. Fueron heridas limpias, de entrada y salida. Se curaron sin problema. Estuve en el pabellón de Psiquiatría.

Se levanta la camiseta y nos enseña las cicatrices, dos entradas diminutas, rosas y con pliegues en la parte baja del costado izquierdo.

Dispararon a Nolan en acto de servicio hace doce años. Sucedió justo después de que yo empezara a buscar las vidrieras robadas de la iglesia de Campbell's Run. Creo que es uno de los motivos por los que me metí tan de lleno en el caso. Me distraía para no pensar en si iba a morir, primero; en si iba a andar, después; o en si iba a poder seguir siendo poli, más tarde. Todavía hoy, cuando veo una vidriera policromada, se me encoge de miedo el corazón.

Nolan llegó hasta aquí predispuesto a que Eddie Truly no le gustara, como yo, y preguntándose si sería nuestro asesino; ahora, aunque de mala gana, lo

respetar y debe aceptar que, en cierto modo, tiene más en común con este hombre que con cualquier otra persona que conozca.

—Al principio quería que le hablara de Vietnam. Quería entender lo que lleva a la gente a actuar de determinada manera. Quería ser psicóloga de mayor. Cuando empezamos a hablar, ella no sabía que yo había estado en el loquero, pero acabé contándoselo y al final casi no hablábamos de otra cosa.

Nos quedamos callados los tres.

—Bueno, ya han resuelto su gran misterio. Le daba pena, imagino. Hubo un tiempo en el que me habría sentido ofendido y la habría echado de aquí a patadas en cuanto lo hubiera notado, pero ahora. —Hace una pausa, se inclina hacia delante sobre el sofá con los antebrazos apoyados sobre las rodillas y la vista clavada en el suelo—. Les confieso que me hacía sentir bien importarle a alguien. Le hablaba sin parar. Le contaba cosas que no le había contado a nadie y, cuando lo hacía, me daba cuenta de que ni siquiera me habían preguntado nunca. Ni una persona en toda mi puta vida. Nadie me había pedido que le hablara de Vietnam y ni una vez me preguntaron por el hospital.

—¿Se te ocurre quién podría querer hacerle daño? ¿Sabes de alguien que tuviera problemas con ella?

—Ya les he dicho que era encantadora —responde Eddie—. Por lo que sé, la quería todo el mundo.

—¿Y qué hay de su novio?

—Sé que toda la familia dice que ha sido él. Pero es imposible. Cami estaba loca por él, y él por ella. Se puso muy contenta cuando le regaló esa tobillera reluciente.

Veo la pequeña joya y lo vivas que parecían esas piernas que iban pegadas a un cuerpo quemado a la parrilla, como si fuera un trozo de carne. Me entran ganas de vomitar.

—Dice tu madre que los oyó discutir airadamente porque iban a romper —digo para distraer la atención, aunque en realidad es la hipótesis de Nolan.

Eddie me mira como lo hizo cuando le mencioné a Miranda antes, con una extraña mezcla de diversión y derrota.

—Si ella lo dice, será verdad —dice, mientras se pone en pie—. Ahora, si

no les importa, tengo que marcharme.

Nolan y yo nos levantamos también; sabemos que no es cierto. Eddie Truly no tiene que ir a ningún lado. Esto, que podría ser liberador, creo que para él constituye su prisión personal.

De pronto, comprendo qué es lo que está esperando. Lo está esperando desde que bajó del avión del Ejército y puso un pie en el calor sofocante del corazón de la selva, que debió de golpearlo como si hubieran abierto la puerta del horno a unos milímetros de su cara. Está esperando a morir.

Desde donde estoy, veo la puerta de la cocina y, a través de la ventana que hay ahí, el patio trasero con una caseta de perro vacía.

—¿Tienes perro? —le pregunto.

Sigue mi mirada.

—Lo tuve. Pero me temo que no lo traté muy bien.

—¿Qué le pasó?

—No lo sé. Puede que se soltara del collar, pero no creo que pudiera forzar el candado de la caseta.

Me mira directamente a la cara y sé qué me está preguntando. Debe de saber para quién empezó a trabajar Tiri poco después de que el perro desapareciera.

—He estado en lugares muy oscuros de mi mente —dice, mientras deja de mirarme y clava la mirada en la caseta vacía—. A veces maltratas a lo que más quieres solo porque está a tu lado.

»Donde quiera que esté, espero que esté bien. Se llama Hòa Bình.

—¿Hoban? —repito, insegura.

—Hòa Bình, es vietnamita. —Se echa hacia delante, arranca una esquina de la caja de pizza vacía y lo escribe—. Significa «paz».

Me da el trozo de cartón. Se lo cojo y asiento con la cabeza. Se le llenan los ojos de lágrimas. Primero, hay allí una ráfaga de pérdida y vergüenza; luego, llega el consuelo.

Capítulo 12

La esposa de Everhart se puso de parto cuando Nolan y yo estábamos visitando a Eddie Truly. Es su primer hijo, un niño, que ya se llama Jacob, que ya está apodado Jakester, que ya tiene más fotografías en el útero de su madre que yo fuera del de Cissy y que ya es el orgulloso dueño de un casco de fútbol de los Steelers homologado por la NFL y de un cajón de arena en forma de un modelo Generación 6 de la serie NASCAR Sprint Cup.

Dewey, mi subinspector de treinta y seis años, tiene cuatro hijos cuyas etapas vitales han sido exhaustivamente documentadas; buena prueba de ello son las copias de las fotografías digitales que cuelgan de nuestro tablón de anuncios. En estos últimos meses, se ha convertido en el protector de Everhart, le ha instruido y se ha dedicado a contarle todo tipo de historias de padres, desde lo más adorable a lo escalofriante.

Singer y Blonski son demasiado jóvenes y demasiado solteros para tener algo más que un interés cortés y superficial por la progenie de cualquiera de sus compañeros. Creo que Blonski ni siquiera ha llegado a darse cuenta de que, entre horarios de las clases de conducción para sancionados por alcoholemia y folletos para recomendar el uso de casco con la bicicleta, hay un montón de fotografías de pequeños Deweys soplando velas de tartas de cumpleaños y disfrazados para Halloween.

Sé que Singer sí se ha dado cuenta. No obstante, aun con todas sus habilidades para el cuidado del hogar, no parece que tenga prisa por tener hijos. Cuando pasa por delante del tablón, mira las fotografías como un alérgico al marisco miraría una fuente de ensalada de gambas.

Ocupados en dar la bienvenida al mundo a un nuevo ser, hemos dejado de

pensar por un rato en esa vida que han arrebatado tan pronto. Aunque mis hombres no formen parte, de modo oficial, de la investigación sobre la muerte de Camio, un asesinato tan brutal e incomprensible como este acarrea multitud de problemas en una ciudad pequeña. Todo el mundo está intranquilo, escucha ruidos sospechosos por la noche, ve a desconocidos inquietantes y se fija en los coches que están aparcados donde no deberían, y nosotros tenemos que comprobarlo todo. Llama y acude gente con información que nadie ha pedido sobre la víctima y sus conocidos, y nosotros tenemos que escucharlo todo armados de paciencia, con la remota esperanza de encontrar, entre toda esa información, algo de utilidad.

Nadie quiere creer que en su ciudad viva alguien capaz de matar a una chica joven y prenderle fuego. Quieren que el autor del crimen sea un forastero, para seguir pensando que el mal no florece en los patios traseros de sus propios hogares. Sin embargo, si se vieran obligados a aceptar que entre ellos existe algo tan despreciable, una familia como los Truly sería una opción aceptable. No solo tiene un largo historial de comportamientos no tan atroces pero sí poco respetables, sino que, además, no tiene a nadie de su parte. Los Truly no salen al mundo a hacer amigos. Seleccionan cuidadosamente a individuos que atraen hasta su tribu con fines reproductivos, y tejen su propia red asistencial. Les funciona bien la mayoría del tiempo, hasta que necesitan algo que ninguno de ellos puede proporcionar, como el beneficio de la duda por parte de sus convecinos.

Como le decía antes a Nolan, no creo que lo hiciera alguien de la familia. Él todavía no está totalmente convencido. Ni siquiera el rehabilitado tío Eddie ha conseguido conquistarlo.

Le han dado permiso para enviar un equipo a registrar la casa y el coche de Eddie. No creo que encuentren nada, tampoco el móvil de Camio, que ha cobrado nueva importancia desde que descubriera que los últimos mensajes que le envió a Zane no encajaban con el resto.

Nolan también cree que esos mensajes nos han dicho dos cosas importantes sobre el asesino. En primer lugar, puede que la persona que los envió no se manejara demasiado bien con los teléfonos móviles, aunque es un dato que no aporta demasiado. Incluso mi abuela nonagenaria tiene teléfono. Con la

artritis no puede pulsar bien las teclas, así que le he comprado un lápiz que no para de perder; cuando esto pasa, utiliza en su lugar la tapa de un boli. Le encanta enviarme mensajes que escribe solo con emoticonos. A estas alturas soy una verdadera experta en descifrarlos.

Tarta de cumpleaños / micrófono / cara de sueño = Hoy en la residencia hemos hecho un karaoke para celebrar el cumpleaños de alguien y ahora estoy cansada.

Cuenco de sopa / pulgar arriba / revólver / ángel = Menos mal que la sopa de hoy estaba buena porque, si no, iba a matar a alguien.

Cara con ojos en X / mono con los ojos tapados = Alguien ha muerto y no sé nada.

Cara con ojos en X / mono con la boca tapada = Alguien ha muerto y no voy a decirte quién es.

Diez pájaros en fila india = Hoy veo un montón de pájaros por la ventana.

Bandera inglesa / saco de dinero / reloj = No puedo hablar ahora; están echando *Downton Abbey*.

La otra pista que nos dan los mensajes sí es más significativa: parece que el asesino quiso incriminar a Zane. ¿Por qué si no fingiría ser Camio y hacer que el chico fuera a reunirse con ella alrededor de la hora en que la asesinaron? Esto descarta casi por completo la teoría del extraño psicópata, ya que el asesino debía conocer la relación de Camio con Zane, hasta el punto de estar al tanto, incluso, de dónde les gustaba pasar el rato. No obstante, no descarta por completo a alguien como Lonnie Harris que, aunque no conocía bien a la chica, sí podría haberla acechado.

Pero ¿por qué incriminar a Zane y no a otra persona? El ardid podría tener motivos personales: el asesino odiaba a Zane y quería meterlo en un lío. En este caso, todos los miembros de la familia Truly volverían a estar a la cabeza de la lista de sospechosos, porque todos le tienen manía al chico. También podrían haberlo escogido por ser una opción obvia. Los novios y los maridos siempre son los primeros sospechosos cuando asesinan a una mujer. Si la razón fuera esa, nuestro asesino no solo sería despiadado y con recursos, sino también inteligente, una combinación desafortunada para los que intentamos atraparlo. O atraparla.

Es posible que lo hicieran entre dos. Aunque habría sido difícil para una persona sola mover el cuerpo, no le habría resultado imposible; sin embargo, a Nolan y a mí nos resulta extraño que la colcha tuviera algunas partes quemadas y que la chica llevara pedazos de fibra sintética derretidos en la piel. Lo más seguro es que la taparan con la manta otra vez después de que le prendieran el fuego. ¿Quizá el asesino cambió de idea y decidió que dejarla en un agujero en Run bastaría para ocultarla?, ¿o comenzó a sentir remordimientos y la abandonó sin más? ¿O habría con él otra persona que nunca quiso ver muerta a Camio y que no soportó contemplar esa última atrocidad? No tenemos nada que respalde nuestra corazonada acerca del cómplice, pero si él o ella existe, podría haber sido quien envió los mensajes para encubrir al verdadero autor.

Según Chet Shank, Lucky cree que lo acusé del asesinato de mi madre para proteger a Gil. No podría estar más equivocado.

No estaba preparada para que el asesinato de esta adolescente me trajera tantos recuerdos del de mi madre. Imagino que sería lógico deducir que pensar en el uno me llevara a pensar en el otro, pero ya he investigado homicidios antes y me he ocupado también de muchas muertes naturales y accidentales en el trabajo, y nada me había afectado de este modo.

Hoy, mientras rumiaba casi de forma obsesiva el caso de Camio, cada detalle me devolvía algún otro de la escena del crimen de mi madre que había olvidado hacía mucho tiempo: sus frascos de perfume y los tarros de lociones, brillando y resplandeciendo a la chisporroteante luz de las velas; el agua ensangrentada de la bañera, que tiñó de rosa las nubes de burbujas blancas, como algodón de azúcar; su adorable brazo desnudo doblado sobre el borde de la bañera y asomando fuera del agua, como el cuello de un cisne.

El cáliz barato de la Feria Renacentista se había perdido hacía mucho tiempo. Desde que se casó con Gil solo bebía vino en vasos de cristal. Las esquirlas de uno estaban esparcidas por todo el suelo de baldosas. Debía de tenerlo en la mano cuando recibió los golpes.

Yo estaba ahí plantada, envuelta en ambientador Dove, mirando las facciones intactas del rostro perfecto de mi madre parcialmente sumergidas en el agua roja y pegajosa; sabía que a la abuela le gustaría que quien la

asesinó la golpeará por detrás, para que siguiera estando guapa en el ataúd.

Lucky había fallado el blanco cuando intentó meter una de sus latas de cerveza vacías en el cubo de la basura y, rodando, había acabado debajo del radiador. Yo solo tenía quince años y aún no me interesaba el trabajo de la policía, pero recuerdo que me dije: «Huellas». Neely no aparecía por ninguna parte. La abuela llegó demasiado rápido. En la radio sonaba «I Will Survive» de Gloria Gaynor a bajo volumen; y recuerdo que pensé: «Esta vez, no».

He salido del trabajo en cuanto he podido para ir a toda prisa a Shop 'n Save. Intenté concentrarme en la lista de la compra para la cena de hoy, pero tenía la cabeza llena de extremidades humanas inertes: las piernas desnudas de Camio y el brazo desnudo de mi madre.

Me alivia llegar a casa. Esperaba ver periodistas aguardando en la puerta (llevan unos días apareciendo por todas partes), pero solo me está esperando Bob en el camino de entrada de su casa, hablando por teléfono y fumando un pitillo. Su presencia moderadamente molesta casi resulta reconfortante, por ser una constante.

—Hola, jefa —dice en voz alta mientras saco la compra del maletero—. ¿Ya ha cogido a ese tío?

Ha cambiado el genérico «el malo» por el concreto «ese tío», y me disgusta. Me gustaba pensar que podría haber por ahí una persona, al menos, que no se hubiera enterado del asesinato de Camio; de haber alguien tan desconectado de todo, ese sería Bob, pero no ha habido suerte.

—Aún no —respondo.

De pronto, me doy cuenta de que, en parte, la razón por la que el caso de Camio me recuerda tanto el de mi madre puede ser la notoriedad de ambos crímenes, aunque el de Camio es mucho más conocido por los tiempos en que vivimos ahora.

Hasta el momento, la ciudad no había visto un escándalo comparable a la muerte de mi madre pero, por muy horribles y escabrosas que fueran las circunstancias que rodearon su muerte, siempre fue un asunto privado de

Buchanan. La asesinaron en 1980, mucho antes de que existieran internet y las redes sociales, antes de los canales de noticias de veinticuatro horas y los *realities* de crímenes en la televisión. Su historia fue sórdida y sangrienta, fruto de la ira y del deseo, pero la noticia de su muerte ni siquiera llegó a la otra punta del estado.

La muerte de Camio se ha hecho viral. Nada de Scranton y Filadelfia, hasta en Pekín y Dubái ya han oído hablar de la chica a la que prendieron fuego y abandonaron en una ciudad que lleva en llamas más de cincuenta años.

Se ha presentado gente en Campbell's Run para ver el lugar donde la encontraron, así que he tenido que mandar de cuando en cuando coches patrulla hacia allí, porque la zona es peligrosa. Lo único que me faltaría ahora es que algún curioso entrometido, en el intento de sacar alguna foto con el teléfono, cayera cien metros al vacío por el túnel de una mina ardiente.

Un artista gráfico de Los Ángeles ha improvisado un póster en el que aparece una chica zombi carbonizada con unos brillantes ojos verdes, envuelta en cadenas de corazones centelleantes y que trepa para salir de un foso llameante. Se titula «La belleza de la ciudad minera». Singer y Blonski lo han encontrado en internet y me lo han enseñado. El tipo lo vende enmarcado por 300 dólares.

Esta exposición a la luz pública indeseada no solo ha puesto a la defensiva a los Truly y los Massey, sino también a la ciudad entera. Hemos empezado a cerrar filas para proteger nuestro honor además de la memoria de Camio.

No sucedió lo mismo con el asesinato de mamá. La gente no quería hacerlo suyo, sino ahuyentarlo.

—Dicen por ahí que fue el novio o el padre —me dice Bob a voces.

Es la frase más larga que me ha dicho desde que me ascendieron y me monté la terraza. Bob se tiene por un experto en reformas del hogar, aunque nunca le he visto hacer nada.

—¿De verdad? ¿Y eso por qué?

—Porque suelen ser los culpables cuando matan a una adolescente. Si no es un psicópata, claro. —Hace una pausa—. Porque no ha sido un psicópata, ¿no?

—Estoy bastante segura de que no —le aseguro y veo cómo se le relaja la

cara.

Me sonrío con generosidad, levanta la lata que lleva en la mano para saludar y vuelve a concentrarse en la llamada.

Una vez en casa, puedo dejar de pensar en los dos asesinatos y dedicarme a algo casi igual de inquietante: mi hermano Champ.

Estoy contenta de que haya vuelto, pero también me preocupa. Nadie desaparece de su ciudad natal, corta los lazos con su familia durante veinticinco años y vuelve de pronto con la excusa poco convincente de cruzar el país en coche con su hijo.

Me pongo la ropa más colorida que tengo para contrarrestar mi estado de ánimo, un vestido veraniego de tirantes, color amarillo *smiley*, lleno de enormes margaritas naranjas. La parte de abajo es entallada, aunque termina con algo de vuelo. Supongo que soy mayor para llevar algo tan corto. Cuando era cuarentona no pensaba en la ropa que me ponía, pero, ahora que he cruzado la barrera de los cincuenta, dudo de todo. No quiero aparentar la edad que tengo, pero tampoco quiero que parezca que intento aparentar otra.

Doy una vueltecita delante del espejo. Si tuviera una piruleta gigante y un par de merceditas de charol con calcetines de lacitos podría pasar por una Shirley Temple crecida. No es un vestido que me pondría para ir a ningún lado, pero voy a recibir visitas en casa.

Voy a preparar filetes, judías verdes de mi huerto al vapor, macarrones caseros con queso y mi mundialmente famosa ensalada de patata. Mason no podrá objetar nada, porque mi aliño no lleva mayonesa. Solo lleva vino blanco, aceite de oliva, vinagre de vino blanco, mostaza de Dijon, chalota picada y abundante perejil fresco sobre dados de patata roja hervida y queso Jarlsberg.

Me he asegurado de no incluir nada que apareciera en la lista de Mason. En especial, las magdalenas.

Mason, su padre y Neely llegan a la puerta de casa con el mismo aspecto que tenían cuando los dejé. Al ver a Champ se me enciende otra luz roja. Lo primero que querría hacer yo después de conducir cientos de millas durante días sería darme una ducha y cambiarme de ropa, y haría lo mismo con mi hijo; pero Champ y Mason siguen despeinados, maltrechos y con cara de

sueño.

Neely sigue en vaqueros y con una camiseta gris, pero se ha quitado la descolorida camiseta marrón de trabajo que llevaba antes y se ha cambiado la gorra de la Unidad de Entrenamiento Canino de la Policía, color azul marino, por otra roja de una marca de comida para perros. Es lo más arreglada que puede ir.

Para en seco en cuanto me ve y me mira de arriba abajo.

—¿Qué pasa contigo? —me pregunta como lo haría si yo fuera uno de sus alumnos humanos y acabara de decirle que el perro no duerme en la caseta sino en la cama conmigo.

—Estoy alegre —contesto.

—Caramba. —Champ se echa a reír. Me coge una mano y me hace dar una vuelta—. Me dan ganas de llevarte a bailar salsa.

Champ sigue teniendo la misma sonrisa contagiosa que tenía de niño. Si durmiera bien unas noches y engordara un poco, sería lo que se dice un guaperas. Vuelvo a estudiar sus rasgos. Siempre he vivido en esta ciudad, donde tengo un trabajo público y soy una figura pública. Aunque conozco a todo el mundo, no he podido dar con el padre de Champ. He examinado los rostros de todos los hombres que he conocido con la edad adecuada, pero no he encontrado a ninguno que se le parezca.

—Me gusta tu vestido, tía Dove —dice Mason alegre.

Lo miro. Está junto a Neely, con la carpeta sujeta bajo un brazo.

—Me recuerdas a las señoras que había pintadas en las paredes del restaurante mexicano al que fuimos en Arizona —continúa—. Hacían unos tacos muy ricos. ¿Te acuerdas, papá?

—Claro, compi.

Abre la carpeta y hojea las fundas hasta que encuentra el menú de Manny's Mexican Food. Me lo pasa.

—Papá quiso hablar con la camarera en español —sigue, con una gran sonrisa—. Fue un desastre.

—¿Qué dices? —dice Champ en tono de broma—. ¿Dónde *está el baño?* ¹⁵

Mason se parte de risa.

—Era de Cleveland —consigue decir a duras penas.

Echo un vistazo al menú y se lo devuelvo.

—¿Qué hay de cenar aquí? —pregunta—. Me muero de hambre.

—Filetes, macarrones con queso, ensalada de patata y judías verdes.

—¡Me encanta todo! —dice con entusiasmo, y sus enormes ojos oscuros se vuelven todavía más grandes y más oscuros—. Qué contento estoy de haberte conocido.

Me tiende la mano. Le doy un apretón y se va a explorar el patio.

—¿Cuántos años tiene? —le pregunto a Champ.

—Nueve, pero como si fueran sesenta y dos.

—Es un buen chico. Has hecho un buen trabajo —dice Neely.

—Sí, bueno. ¿Te puedo echar una mano? —dice, cambiando de tema bruscamente.

—¿Cómo se te da la parrilla?

—Soy un maestro parrillero.

—Fantástico. Entonces, tú te encargas de los filetes. Ahora los saco. Neely, ven conmigo y cógete una cerveza. Ve a encender el fuego.

Los acompaño por la casa hasta la terraza. Luego, Neely viene conmigo a la cocina. Nada más entrar, empiezo a sonsacarle información.

—Y bien, ¿dónde está su mujer o su exmujer?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿Has pasado todo el día con un hermano a quien llevabas veinticinco años sin ver y que tiene un hijo que no sabíamos que existía, y no le has preguntado por la madre del chico?

Abre el frigorífico y saca tres cervezas.

—Yo no soy como tú —dice, pasándome una.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que no le he interrogado.

—Repito: ¿qué quieres decir con eso?

Abre la botella y da un trago.

—Por lo que he deducido, llevan un tiempo solos, pero Mason menciona mucho a su madre, como si acabara de hablar con ella, y a Champ no parece molestarle. No sé dónde estará, pero no creo que acaban mal.

Echo un vistazo a los macarrones con queso del horno. Quince minutos

más. Perfecto.

—¿Qué has averiguado? ¿De dónde vienen? ¿Cómo se gana la vida?

Se encoge de hombros, coge un tenedor y empieza a comer ensalada de patata directamente de la fuente.

—Se han mudado bastantes veces. Ha tenido muchos trabajos distintos. Ninguno bueno.

—¿Te refieres a que no trabaja con perros?

—No.

La pego en la mano para que no coja comida de la fuente.

—¿Ha...? —Echo la cabeza atrás y hago el gesto de beber—. ¿O...? —Sigo haciendo como si estuviera tragando pastillas, pinchándome la vena y dando caladas a un porro.

—Se echó a dormir —me responde—. No le he visto tomar nada, aunque le he visto fumar un pitillo y tiene temblores, de eso no hay duda.

—¿Qué tipo de temblores? ¿Por drogas? ¿Por alcohol?

Levanta las manos y las agita con energía.

—Temblores —me susurra con dramatismo mientras me frunce el ceño.

—¿Qué pasó con Derk?

—Nada. Volvió con los perros como te dije que haría. ¿Has visto cómo trepa a los árboles?

—Ya. Es como una ardilla.

Cuando me doy la vuelta para echar sal a los filetes, aprovecha para comer un poco más de ensalada de patata.

—Estuvo jugando un poco con Mason. Para mi sorpresa, parece que se llevan bien. Luego lo llevé a casa con Tiri. Estoy bastante preocupada por Tiri. Está furioso.

—¿Qué esperabas? Acaban de asesinar a su hermana.

—Eso debería ponerle triste, no furioso.

—Las etapas del duelo —le digo—. La rabia es una de ellas.

Cojo el plato donde van los filetes. Ella coge las cervezas. Vamos fuera.

—¿Sabes que nadie va a ayudar a Tiri? —me dice—. No tiene a nadie con quien hablar.

—A nosotros no nos ayudaron.

—Pero al menos nos teníamos unos a otros. Y a la abuela.

—Él también tiene familia.

Digo esas palabras, pero sé que la familia de Tiri no le va a ayudar en nada.

He decidido que, por ahora, no voy a contarle nada del tío Eddie ni de Hòà Bình alias Quizá. Neely no perdona ni olvida. Aunque Eddie vendiera todo lo que tiene, lo donara a la ASPCA y se pasara lo que le queda de vida limpiándoles manchas de petróleo a bebés pingüino y persiguiendo a furtivos en África, ella no cambiaría de opinión en lo más mínimo. Maltrató a un perro: fin de la historia.

Disfrutamos juntos de una buena cena. Incluso las chinches cooperan y nos dejan en paz. Es una agradable noche de verano, no demasiado calurosa; cuando el sol empieza a ponerse y el cielo pasa de azul a lila, se despeja de las pocas nubes que había, quedando tras ellas un reguero titilante de estrellas y una blanca y resplandeciente luna creciente.

Durante la cena, me pregunto si no habré sido injusta al criticar a Neely por no haberle sonsacado información a Champ, pues él tiene una capacidad apabullante para evitar cualquier tema relacionado con su vida personal. Incluso yo me las veo y me las deseo para descubrir algo útil.

Tenía razón sobre los temblores. Es bebedor. Se bebe casi toda mi cerveza y, cuando Mason y él están fregando los platos, me pregunta si tengo algo más fuerte. Le miento y le digo que no, pero cuando se dispone a salir para comprar una botella, encuentro milagrosamente algo de whisky.

Llegamos al tema del alojamiento. Champ insiste en que se irán a dormir a un motel, pero Neely les ofrece mi casa. Ella tiene tanto espacio como yo, pero su necesidad de intimidad raya en la locura.

Cuando pregunto cuánto tiempo van a quedarse, Champ anuncia que está pensando en buscar un trabajo aquí. Miro a Mason para ver cómo se toma la noticia, pero está afanado con su segundo cuenco de helado y no parece interesarle lo más mínimo.

—Qué bien —exclama Neely—. Nos encantaría tenerte otra vez en casa. ¿No es así, Dove?

—Claro. Podéis dormir en el dormitorio de invitados, o puede que Mason quiera dormir en el Garito.

—¿El Garito? —pregunta Champ.

—No le hagas caso —le explica Neely—. Es el altillo. Hay una pequeña habitación en la última planta, bajo el tejado. Cuando vivíamos en la casa vieja con mamá, a Dove le gustaba esta casa y decía que viviría aquí algún día. Llamaba al desván «el Garito» por error. Y así se quedó. Aún lo llama así.

Mason levanta la vista del cuenco, con la boca enmarcada por sirope de chocolate.

—¿Qué habéis dicho de Garete?

—«Garete» no, «garito». La tía se confundió. Es una pequeña habitación que hay aquí en casa.

Se echa a reír, escupiendo macarrones por todo el plato.

—¿Sabes por qué le hace tanta gracia? —le pregunto a Champ.

—Creo que sí.

Cuando Mason se calma y puede hablar otra vez, coge aire y nos dice:

—Mi mejor amigo se llama Garrett. Ya verás cuando le diga que se llama de forma parecida a una habitación.

—No se llama como una habitación, igual que tú tampoco te llamas como un tarro —le dice Champ.

—Tu papá tiene nombre de perro —se me ocurre añadir.

—Ya lo sé, pero eso no tiene tanta gracia.

—Tu tía Dove tiene nombre de jabón —dice Neely.

A Mason le vuelve a dar un ataque de risa.

Como le parece tan desternillante, me levanto, voy al baño y vuelvo con una pastilla de jabón Dove.

Champ me lo quita y lo huele sin quitarle el envoltorio.

—Me recuerda a mamá —dice sin más. Lo deja sobre la mesa, delante de Mason, que está empezando a calmarse—. Este es el jabón que usaba nuestra madre —le explica Champ—. Le obsesionaba estar limpia.

Neely coge el jabón y lo examina como si fuera la primera vez que ve uno.

—Ya te digo —comenta—. ¿Os habéis preguntado alguna vez por qué?

—¿Y qué pasa con el nombre de tía Neely? —pregunta Mason.

—Se llama como un personaje de un libro titulado *El valle de las*

*muñecas*¹⁶ —le respondo—. Mamá lo leyó cuando estaba embarazada de ella. Era un éxito de ventas en ese momento.

—¿Cómo era el personaje?

—Era una chica guerrera, de rompe y rasga, de los barrios bajos. Quería ser actriz y llegar a lo más alto, a cualquier precio, así que en el camino destruye a todos los que la querían y acaba enganchada al alcohol y las pastillas.

Mira a Neely.

—¿Y por qué te llamó como ella?

Ella hunde la mirada en el jabón.

—Tenía grandes esperanzas depositadas en mí.

Parece que tendré que tomar la iniciativa si quiero sacar a la luz algo de información personal sobre mi hermano o mi sobrino.

Le hago un gesto a Neely para que salga con Champ y su copa a la terraza.

—¿Qué te parece mudarte aquí? —le pregunto a Mason cuando se han ido.

—Me da igual. Nos mudamos muchas veces. Echaré de menos a Garrett.

—¿Y qué hay de tu mamá? ¿Te puedo preguntar por ella? ¿Dónde está?

Come un poco de helado, deja la cuchara y coge la Trapper que estaba al otro lado de la mesa. Enseguida oigo cómo se desgarran el velcro.

Esperaba que me enseñara una foto de ella, pero saca una copia de su certificado de defunción y me la entrega.

—Mamá murió por una enfermedad muy mala llamada sida. Consumía drogas intravenosas.

Miro la hoja de papel. No puedo leer nada, ni siquiera el nombre. Tengo la vista empañada de unas lágrimas que no quiero hacer derramar a este niño.

—Lo siento, Mason.

—Yo no estoy enfermo —dice, volviendo a su helado—. Nunca me he puesto malo, ni un solo día. A papá le gusta decírselo a la gente.

—¡Dove! —Neely me llama desde la terraza—. El móvil del trabajo está sonando.

—Responde tú.

Me siento frente a Mason, decidiendo qué voy a decirle ahora. Cuando estoy a punto de preguntarle si ha visto alguna buena película últimamente, Neely entra a toda prisa en la habitación, cerrando la puerta de un golpe tras

ella.

Está pálida como un muerto y tiene la mirada fija y encendida de un convicto que se hubiera fugado de la cárcel y a quien estuviera dando caza una jauría de perros. Nunca había visto esa desesperación en su rostro, ni siquiera cuando le dije lo de Gil y Champ.

—Tiri está en casa de los Massey —dice—. Lleva un arma.

¹⁵ En castellano en el original.

¹⁶ *Valley of the Dolls*, de Jacqueline Susann, publicado originalmente en 1966.

Capítulo 13

La policía tiene unas directrices muy concretas para tratar con alguien armado que amenace con volarle la cabeza a una persona desarmada porque crea que lo ha ofendido de forma deleznable y absolutamente imperdonable. Suelen funcionar y, cuando no es así, lo más probable es que nada hubiera podido salvar la situación.

Cuando me dispongo a poner un pie sobre el immaculado césped de los Massey, que brilla en un reluciente verde esmeralda a la luz de una farola, sé que no voy a aplicar ni una sola de esas reglas. Me dispongo a dejar sobre la acera toda mi formación y mi experiencia, junto a mi cargo y varios corrillos de vecinos aterrorizados, para convertirme en una mujer de mediana edad, algo insensata, con un vestido hortera y una Glock.

Los gritos de Tiri se oyen desde la calle. Él y Zane están en la sala de estar de los Massey, a solo unos pasos el uno del otro. Las ventanas están abiertas. Las cortinas, corridas. Hay una lámpara de techo y otra de pie encendidas, y veo claramente el rifle que lleva apoyado sobre el hombro y con el que apunta a Zane, que está con los brazos extendidos por delante del pecho y mostrando las palmas, como si lo hubieran congelado mientras jugaba a las palmas.

No debería entrar en la casa bajo ningún concepto. Debería hablar con Tiri desde fuera. Debería esperar a los refuerzos. Llegarán más agentes en cualquier momento. Ya oigo las sirenas a lo lejos.

Brie Massey está de pie, en medio del patio, con la cara contraída en un rictus y cubierta de lágrimas, mientras observa extasiada la escena que se desarrolla al otro lado de la ventana, como si los chicos estuvieran dando vida a una interpretación desgarradora de una de sus obras favoritas.

Al oírme cerrar la puerta del coche, se vuelve hacia donde estoy. Veo que lleva las rodillas y la frente ensangrentadas, y deduzco que estaba con Zane cuando llegó Tiri. Al darse cuenta de lo que iba a pasar, se habrá agarrado a su hijo, deseando convertirse en algo más que un escudo: en una especie de envoltura protectora maternal. Tiri habrá tenido que arrancarla de él y la habrá echado fuera de casa. Ella se habrá tropezado y habrá caído en el camino de entrada.

Se olvida de la ventana y echa a correr hacia mí, al ver la desesperación en sus ojos pienso que quiere tirarme al suelo de un golpe y culparme de lo que está a punto de pasarle a su hijo, pero cae ante mí sobre sus rodillas heridas y se abraza a mis piernas.

—Sálvalo —solloza—. Tienes que salvarlo. Por favor, sálvalo.

Me vuelvo a mirar a Neely, que ha insistido en venir conmigo. Sé que quiere exactamente lo mismo, aunque ella está pensando en la vida del otro chico.

Nuestros ojos se encuentran y asiente.

Mientras me acerco a la casa, me pregunto dónde está Terry. Son algo más de las nueve. ¿Tendrá noche de bolos o la partida de póquer semanal con los chicos? ¿Habrá salido a hacer un recado? ¿Lo habrá mandado la parienta a comprar helado antes de ponerse a ver la tele, o habrá salido a comprar cerveza? ¿Estará metiendo una caja de Yuengling en el maletero al ritmo de una canción de los ochenta que acaba de oír en la emisora de viejos éxitos y que le recuerda sus veranos de niño, mientras están a punto de asesinar a su hijo en el salón de su casa?

¿Dónde está la hija pequeña?

Oigo a Tiri gritando dentro:

—¡Tú la mataste! ¡¿Por qué no lo reconoces?! Todos lo sabemos. ¡La mataste tú!

—¡Yo no fui! —solloza Zane, entrecortando su negativa con gemidos—. Quería a Cam.

—¡Cállate! —chilla Tiri—. ¡Eres un mentiroso!

No intento hablar con él a través de la ventana abierta. Voy directamente a la puerta principal y, por un momento enfermizo, pienso en llamar al timbre.

Voy armada con mi revólver y dos datos importantes. En primer lugar, Tiri ha tenido mucho tiempo para disparar a Zane y no lo ha hecho. Esto quiere decir que está confuso. Y, segundo, ha hablado en plural. No ha tomado esta decisión él solo. Le han incitado a ello, aunque no lo sepa. En el fondo, Tiri no quiere hacerlo, pero eso no quiere decir que no lo vaya a hacer.

Antes de abrir la puerta, entro en un estado de calma y alerta extraordinarias. Oigo llegar a uno de nuestros coches patrulla y a Blonski gritar: «¡Espere, jefa!». Observo que unas hierbas se han abierto paso en el sendero del jardín y que lo han agrietado. Sabiendo lo meticulosos que son Brie y Terry a la hora de cuidar del resto del patio, sé que esto les debe de sacar de sus casillas y me extraña que no lo hayan arreglado todavía. Me miro los pies: me he puesto sin pensar un par de sandalias, y me doy cuenta de que el esmalte de uñas empieza a desconcharse. De forma inoportuna, me viene a la cabeza el recuerdo del esmalte de Camio, de un alegre color rosa en contraste con su piel blanca y fría embadurnada de tierra negra y caliente, y siento como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago cuando menos me lo esperaba.

Llamo a Tiri dando un grito y entro a la casa.

No me había parado a pensar en cómo iba a reaccionar Zane al verme entrar.

Al oír mi voz, Tiri se gira hacia donde estoy y Zane se lanza hacia la puerta que tiene más cerca. Tiri ve el movimiento por el rabillo del ojo y, llevado por sus reflejos de cazador, se da la vuelta y dispara.

Así de rápido termina todo.

Zane cae al suelo.

Grito a Tiri. Eso basta para distraerlo.

Se vuelve hacia mí como un rayo, con el rifle listo para dispararme. Yo estoy de pie, con el revólver apuntándole, consciente de que he perdido mi oportunidad.

No veo pasar la vida ante mis ojos. Pienso otra vez en Camio, en cómo ayudaba a su hermana a sacarse el graduado, en cómo ayudaba a su tío a enfrentarse a sus demonios y en cómo quería hacerse mayor y dedicarse a una profesión en la que podría haber ayudado a muchas personas desgraciadas y

atormentadas. Las veo a todas ante mí, haciendo cola en un camino, esperando pacientemente a recibir un consuelo que nunca les llegará.

—¿Qué querría Camio que hicieras? —le pregunto, serena, procurando que no me tiemble la voz, lo que está resultando más fácil que conseguir que no me tiemble el arma—. Te quiere, Tiri. Ese amor no muere al morir la persona. Vengarla no es devolverle ese amor. Ser una buena persona, sí.

Él tiembla tanto como yo: su arma, sus brazos flacos de adolescente, sus piernas de alambre metidas en unos vaqueros que le están demasiado anchos. Sus labios, su nariz y sus cejas se mueven de forma convulsa, como si tuvieran vida propia e intentaran salir de su cara con absoluta desesperación. Si había de llegar un momento de máxima tensión que diera vida y justificara su apodo, es este. Me gustaría decirle: «No pasa nada, hazlo, suelta el arma y agárrate una oreja».

A mi espalda, oigo a otros agentes entrando en la casa. Fuera, áreas de luces azules y rojas cortan la oscuridad.

Se derrumba. Podría haberme disparado sin problema, quizá incluso disparar a otro poli antes de que lo hubieran acribillado a balazos. Pero no lo ha hecho. No sé a quién hay que agradecerle esta milagrosa salvación, pero desde luego no es a mí.

El rifle cae sobre el suelo de madera pulida de Brie y Terry con un golpe seco, Tiri va detrás y se desploma hecho un ovillo, se cubre la cara con esas enormes manos a las que todavía no se ha acostumbrado y empieza a convulsionarse al ritmo de sollozos animales, altos y espantosos.

No le pongo las esposas. No pongo el arma fuera de su alcance. No hago nada de lo que debería hacer. Echo a correr hacia Zane.

Lleva un disparo en el costado derecho. Está inconsciente, pero aún tiene pulso.

La habitación se llena de repente de ruidos. Pasos que se apresuran, hombres que gritan, radios que zumban, sirenas que ululan. Cuando estoy aplicándole presión a Zane sobre la herida, Brie Massey aparece detrás de mí y todos los demás sonidos se extinguen como si una pesada manta hubiera ahogado una pequeña llama.

No quiero volver a oír un grito como ese en toda mi vida. Jamás.

Tiri Truly es nuestro. Ha disparado a Zane Massey en nuestra ciudad. Mis hombres lo han llevado a comisaría para tomarle declaración y procesarlo; mi hermana ha hecho el papel de madre hasta que podamos informar a sus verdaderos padres.

No consigo quitarme de encima la desagradable sensación de que sus padres saben exactamente dónde está y lo que ha hecho, y de que lo enviaron a hacerlo sin pensar ni una sola vez en lo que le sucedería a él. ¿De verdad creerían que iba a poder salir de esta? ¿No se daban cuenta de que podría acabar muerto o en la cárcel durante el resto de su vida? Al perder un hijo, lo normal sería que la familia se volcase sobre los demás, no que los sacrificase en busca de venganza.

Nolan apareció en el escenario inmediatamente. Al parecer, estaba en el Dairy Queen revisando los vídeos de las cámaras de seguridad en busca de Lonnie Harris. El tiroteo repercute en su caso porque Zane y Tiri siguen siendo posibles sospechosos en el asesinato de Camio, y yo, mientras voy en su coche, con la sirena a todo volumen, las luces centelleando y a 95 millas por hora, hacia el hospital pediátrico de Pittsburgh adonde ha llevado a Zane el helicóptero, me digo que ese es el único motivo por el que ha aparecido aquí. No quiero que se preocupe por mí. No quiero que nadie se preocupe por mí. No merezco que nadie se compadezca de mí.

No tengo frío, pero mis dientes no paran de castañetear y me tiemblan las manos. Me ha envuelto con su chaqueta y me ha dado su termo lleno de café caliente; me lo he puesto entre las rodillas y de vez en cuando lo aprieto con las piernas como si fuera un Thigh Master.

No me ha hecho ni una sola pregunta sobre lo que ha pasado. Imagino que en cierta medida no debe hacerlo. Hace doce años, le dispararon y sobrevivió, pero su mejor amigo no lo consiguió. Un conserje había encontrado una bomba en el sótano de un tribunal del condado antes de que llegara a explotar, así que ellos fueron a buscar a un survivalista bastante conocido por su odio enconado hacia la policía para interrogarle. Enviaron a diez hombres

a la casa del sospechoso. Les pareció que no había peligro. Se equivocaron. Su mujer apareció detrás de Nolan por sorpresa y disparó al agente John Jankewicz en la nuca sin darle tiempo a reaccionar. Nolan le disparó tres veces, lo que acabó con su vida, pero a ella le dio tiempo de acertarle también en el pecho.

Menos mal que no me hace preguntas, porque no recuerdo nada. La cabeza me va a mil por hora.

Llevo el vestido empapado de sangre de Zane, pero no sé cómo ha sido, he debido de estar echada encima de él para acabar así. La sangre de mi madre estaba por todo el baño. Tenía la cabeza aplastada a golpes con el bate de Champ, y las heridas de la cabeza sangran a lo grande. Me pareció increíble que, a pesar de toda la sangre que había por las paredes y por el suelo, aún siguiera teniendo tanta dentro para ir rezumando lentamente y volviendo el baño de color escarlata. La cabeza de Camio habrá sangrado de la misma manera. Limpiarlo todo habrá sido una misión casi imposible para quien la matara. La abuela intentó limpiar el baño de mamá. Un día después de que la policía entrara y saliera de casa lo que nos parecieron cientos de veces, de que nos interrogaran a todos y de que trasladaran el cuerpo de mamá del depósito al tanatorio, la abuela se metió en el baño armada con un cubo, una fregona, estropajos, lana de acero y un montón de jabones y disolventes. Gil tuvo que arrancarle el cepillo de la mano a la fuerza y explicarle que pagaría a alguien para que lo limpiara. Recuerdo que Neely me preguntó cuánto costaría. Me pareció una pregunta muy rara.

Llegamos al hospital y Nolan me arrastra por pasillos cubiertos de coloridos murales de dinosaurios, arcoíris y personajes de dibujos animados, subimos y bajamos de ascensores con canciones de películas de Disney, pasamos por habitaciones silenciosas y tenuemente iluminadas hacia las que evito mirar.

—¿El hospital pediátrico es la mejor opción para una herida de bala? Recibir un disparo no es un mal muy extendido entre los niños —le pregunto mientras nos metemos por un pasillo y estamos a punto de arrollar a un padre que pasea con su hija, una niña pequeña y sin pelo, que va vestida con unas zapatillas rosas de pelo y una bata satinada a juego, y que arrastra un gotero.

Me he dado cuenta de que nadie presta mucha atención a la señora mayor

que va cubierta de sangre seca.

—Ahora, lo preocupante no es la bala, sino los daños internos —explica—. Le hace falta mucho más que un buen médico de urgencias: necesita un cirujano excelente.

Brie y Terry Massey están ante el puesto de enfermería, hablando con una pareja mayor. Los abuelos, tal vez. Una mujer que se parece a Brie y que supongo que es su hermana le entrega un vaso de plástico de café. Tienen un aspecto horrible, pero están hablando. No están llorando ni están hundidas. Una chica con *brackets* y una larga coleta de pelo negro no se separa del lado de Terry. Es su hija. La reconozco por las fotos familiares que pude ver en el salón antes de dejar que dispararan a su hijo delante de mí.

Terry es el primero en verme. Me llama por mi nombre. Al verme, Brie me saluda con un pequeño gesto.

No se dan cuenta de que deberían odiarme. Me ven como una heroína. Para ellos soy una intrépida comisaria de una ciudad pequeña que ha abandonado una cena familiar para intentar salvar a su hijo poniendo su propia vida en peligro. Puede que no lo consiguiera, pero lo he intentado.

Cierro la chaqueta de Nolan para cubrirme el vestido.

—¿Alguna novedad? —les pregunto.

—Está en el quirófano. No nos dicen nada.

—Es normal —les tranquiliza Nolan.

—Esta es nuestra hija, Courtney —la presenta Terry.

—¿Qué ha pasado? —La chica no puede contenerse. Es la primera que me ha hecho esta pregunta—. ¿Por qué no lo detuvo? —Y esta otra.

—La comisaria Carnahan ha hecho lo que ha podido —responde Terry por mí—. También le podría haber disparado a ella. Ha sido muy valiente.

La situación me supera. Me disculpo y me marcho. Nolan me alcanza cuando estoy a punto de echarme a llorar.

—No puedo hacerlo. No puedo estar aquí. No debería haber venido.

—Cálmate.

Se quita las gafas y las mete en un bolsillo interior de la chaqueta que llevo puesta. Me roza el pecho con la mano y quiero que me lo haga. Aquí mismo. Ahora mismo. Delante de las filas de autorretratos de niños y niñas enfermos

hechos con hilos y macarrones que hay colgando en la pared que está a mi espalda. Quiero que me empotre hasta llegar al éxtasis liberador y luego desplomarme sobre este suelo limpio y frío, con el pelo lleno de *ziti* recubiertos con purpurina.

—Lo siento. Me estoy portando como una niña.

No dice nada. Me agarra del brazo y me lleva hasta una sala de juegos vacía. Todos los juguetes están recogidos para la noche. Me dejo caer sobre un taburete. Es incómodo. Me deslizo al suelo. Él se sienta sobre una mesa, después de comprobar que no hay restos de pintura de dedos ni de Play-Doh.

—Me van a echar del trabajo. —Es lo primero que consigo decir.

Mi propio egoísmo me deja pasmada. Un chico puede estar a punto de morir. Su familia quedará destrozada. Otro chico va a ir a la cárcel. Y lo único en lo que puedo pensar es en cómo me ganaré la vida y en las enormes... manos de Nolan. Pero es mucho más que eso. Al ver a los Massey a través de las ventanas de la sala de juegos mientras van llegando amigos y familiares llorosos, me doy cuenta de que mi vida es el trabajo. Yo no tengo otra cosa, ni hijos, ni marido. Ni siquiera tengo un pez de colores.

—No te van a echar del trabajo —me dice Nolan.

—Deberían.

Se levanta y empieza a abrir diminutas puertecitas de armario, de brillantes colores, como si fuera un ogro que estuviera rebuscando en la cocina de una cabaña del bosque en la que se escondiera una princesa de cuento. Por fin encuentra un rollo de papel y me corta un par de trozos.

Me seco la cara.

—Entré ahí dentro —le digo por fin—. Llamé a Tiri por su nombre y cuando se volvió hacia mí...

—El chico de los Massey intentó escapar —termina él la frase. Asiento—. Así que a Truly no le quedó otra que dispararle —sigue—. No tuvo más tiempo para decidir qué debía hacer. Se lo arrebataste. —Asiento de nuevo—. ¿Y entonces...?

—Me bloqueé. No pude disparar a Tiri. No sé por qué no estoy muerta.

Conozco a Nolan desde hace mucho tiempo. No me dirá que no pasa nada y que todos cometemos errores, como tampoco le diría a un equipo de niños de

ocho años nefastos jugando al fútbol que todos somos campeones.

—¿Qué habrías hecho tú si hubieras sido tan imbécil de ponerte en esa situación? —le pregunto.

La pregunta no tiene sentido. Los dos sabemos que nunca se habría puesto en esa situación. Habría seguido el manual y Zane Massey estaría ahora mismo sentado en casa, conmocionado, pero bien físicamente. Una vez superado el primer susto, su madre lo habría publicado todo en Facebook.

—Ya sabes qué habría hecho yo —dice—. Habría disparado al chico. Ahora estaría muerto.

Me atraviesa un escalofrío, lo mismo por Nolan que por Tiri. ¿Cómo habría vivido Nolan con eso, aun sabiendo que no le quedaba otra elección? Quizá yo sabía que no podría vivir con eso. Quizá ese es el motivo por el que no pude disparar.

—Perdí la cabeza —le digo.

—Perdiste la objetividad —me corrige—. Te lo tomaste como algo personal. Te convertiste en Mamá Oso.

Mi aspecto todavía debe de ser lamentable, porque se me acerca y se sienta conmigo en el suelo. Un hombre tan grande, con su corte rapado, color hierro colado, sus pantalones de traje y unos elegantes zapatos negros, está totalmente ridículo sentado aquí abajo.

Pone una de sus manos sobre las mías.

—Por muchos años que uno lleve en este trabajo, nunca se está preparado para una situación de vida o muerte. Todo lo que sabes se esfuma, y solo queda el instinto. Tu instinto no iba a dejar que dispararas a ese chico, aunque te estuviera apuntando con un arma y hubiera bastantes probabilidades de que te disparara y de que luego se volviera para meterle un par de balazos más a Zane.

—Entonces, ¿tengo un instinto de mierda?

—Puede ser. Pero por ahora no ha muerto nadie. Así que tal vez no esté tan mal.

Me suena el teléfono. He estado toda la noche hablando con la comisaría y con Neely por teléfono para estar informada de Tiri, pero esto es un mensaje.

Saco las gafas de lectura.

Nolan levanta las cejas.

—No te hacen falta para disparar, ¿no?

—De lejos veo bien.

Echo un vistazo y esbozo una sonrisa con cansancio.

—¿Qué será lo que te hace sonreír en un momento como este? —me pregunta Nolan.

Le enseño una fotografía de Everhart y su mujer; están sosteniendo en los brazos un diminuto paquetito azul entre un mar de globos metalizados de color azul, con el mensaje: «¡Ya está aquí Jakester!».

Capítulo 14

Entro en el pequeño edificio de ladrillo de mi comisaría, con su aburrida sala de espera y la máquina expendedora poco surtida; paso por delante de los archivadores llenos de golpes y arañazos, y de una habitación pintada del color de un borrón de lápiz, con cuatro enormes escritorios y sillas que crujen al sentarse; y entro en mi despacho, apoyo el antebrazo sobre la pared y descanso la cabeza encima. Siento la desbordante sensación de estar en casa y ello me reconforta. Me encanta este lugar. Me encanta cada una de las manchas que hay en la moqueta de color masilla, y cada una de las arañas que se afanan en tejer y retejer su telas en las esquinas del techo. Me encanta el olor a café quemado y a Pine-Sol, y la satisfacción que se siente al terminar el día cuando hemos encontrado una mascota perdida, mediado en una disputa entre el dueño de un negocio y un cliente airado, impedido que un hombre pegara a su mujer o puesto, sin más, unas cuantas multas de velocidad.

Estaría perdida sin mi trabajo. Y sin mis hombres.

—¿Jefa? —Singer llama a la puerta.

Blonski y Dewey van con él.

—Es muy tarde —les digo—. Marchaos a casa. Esta noche no podemos hacer nada más.

—Y felicita a Matt —le digo a Dewey—. Me pasaré a ver a Jakester cuando esté instalado en casa.

—Vale, jefa —dice Dewey y empieza a marcharse a toda prisa, como un niño al que hubieran dejado salir de clase antes de hora, pero se refrena y se da la vuelta de nuevo—. ¿Se encuentra bien?

Levanto las manos y giro como una modelo, para que puedan admirar el

pijama de enfermera de los Looney Tunes que me han dado en el hospital.

—Estoy bien. En quien debemos pensar es en el chico de los Massey.

Dewey se marcha, pero les digo a Singer y Blonski que se sienten. Parecen tan cansados como yo, pero ellos son jóvenes. En cuanto duerman, estarán como una rosa. Yo no.

Me siento al borde de la mesa.

—¿Dónde está Clark Truly?

—Lo llevamos a Rockland —responde Blonski—. Le habríamos dejado dormir la mona en el calabozo, pero se puso peleón. —Sonríe y señala con el pulgar en dirección a Singer—. Singer le echó gas pimienta.

—Me dio una patada en las pelotas —protesta Singer.

—Yo le habría dado con la Taser —dice Blonski con ímpetu.

Sacudo el dedo índice.

—Nada de Taser si no es absolutamente necesario.

—Peleaba bastante sucio —continúa Blonski—. Cuando aún no había empezado a soltarnos puñetazos, no me gustaba mucho la idea de llevarlo a casa con su familia.

—Y, desde luego, no íbamos a dejarle que volviera conduciendo —añade Singer—. Lo detuvimos por conducir bajo los efectos del alcohol, por oponer resistencia a la detención y por atacar a un oficial de policía.

—¿Os dijo algo interesante sobre Tiri? —les pregunto.

Blonski se recuesta en la silla y se echa las manos detrás de la cabeza.

—Nada de nada. Estaba como una cuba. Puede que supiera para qué venía hacia aquí cuando salió de casa pero, cuando llegó, ya no tenía ni puta idea.

—¿Y la madre de Tiri?

—Ni se ha presentado.

Nos quedamos callados un momento, mientras nos hacemos idea de lo que esto significa. Sé que Singer y Blonski están muy unidos a sus madres. Aún no se han ido de casa, aunque Singer se ha estado buscando un piso a insistencia de su padre. La madre de Blonski está viuda y sé que no se sentiría bien si la dejara, aunque ella también le ha dado su consentimiento para que se mude al apartamento del garaje.

Ninguno de nosotros entiende cómo es posible que una madre se entere de

que su hijo de catorce años está en la cárcel y no salga volando a su lado.

Tomo nota mental. Es hora de hablar seriamente con Shawna Truly.

—La hermana sí que ha venido —añade Singer—. Incluso vino con el bebé. Estaba descompuesta.

—¿Dijo algo interesante?

—No paraba de decir que Tiri no quería hacerlo. Decía que no quería hacerle daño a nadie. Que solo estaba loco de dolor.

—¿Le tomasteis declaración al chico?

Sonríen con suficiencia.

—Su hermana hizo venir a Sandra Goldfarb tan rápido que pensé que debía de tenerla escondida debajo de mi mesa —dice Blonski.

—La mejor defensora del condado —apunto—. Puede que del mundo.

Sé que los Truly no van a pagarle y que Neely no tiene tanto dinero. Quizá Sandra acepte el caso *pro bono*, pero ¿por qué? Tiri solo nos infunde compasión a Neely y a mí. Desde luego, mis hombres no sienten ninguna lástima por él.

—La *seeeñoriiiita* Goldfarb... —continúa Blonski, exagerando el «Srta.» que Sandra insiste en poner delante de su nombre.

Nolan hace lo mismo cada vez que se encuentra con esa abominable abreviatura que, para él, está minando la paz doméstica de nuestro país.

Y Blonski prosigue:

—... no dejó que Tiri dijera ni una sola palabra. Dijo que declararía mañana.

—¿Aún sigue en el calabozo?

—Lo dejamos aquí como usted nos dijo. Lo llevaremos al *refor* mañana.

En contra de lo que debería, decido hablar con él. No sé qué espero conseguir. Creo que solo necesito verlo siendo otra vez él mismo, sin apuntarme a la cabeza con un arma.

Está sobre el banco de la celda, echo un ovillo, con la cabeza agarrada entre las manos y las rodillas dobladas contra el pecho. Se ha quitado la gorra y la ha dejado en el suelo, donde puede cogerla. Me recorre el mismo escalofrío de desolación y soledad que sentí en casa de su tío Eddie. Mientras duerme, en la oscuridad apenas rota por la luz de una de las farolas del aparcamiento

que atraviesa la pequeña ventana con barrotes, parece que tenga la mitad de años, que ya son pocos. Es demasiado joven para afrontar ningún aspecto de la vida él solo; mucho menos algo tan devastador como esto.

No quiero despertarlo. Cuando estoy a punto de marcharme, pregunta:

—¿Se ha muerto?

Me vuelvo a mirarlo. No se ha movido, pero tiene los ojos abiertos.

—Ha sobrevivido a la operación —respondo—. Sigue inconsciente.

—Entonces, ¿se pondrá bien?

—Tenía mucho daño interno. Ha perdido mucha sangre. Todavía podría morir.

Tiri no dice nada.

—¿Quieres que se ponga bien? —pregunto.

—Mató a Camio.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Todos.

—¿Quiénes son todos? —Se echa la mano a la cabeza para ponerse bien la gorra que no lleva puesta. No me responde—. ¿Hablarás conmigo mañana?

—¿Y de qué hay que hablar? Le disparé. Me vio todo el mundo.

No parece quedar ni rastro de ira en él. Parece derrotado y resignado a afrontar su destino.

—No creo que quisieras hacerlo.

—¿Y eso qué quiere decir? ¿Cree que estaba hipnotizado?

—Mañana hablaré contigo.

Se da la vuelta y me da la espalda.

Un «No, no hablaré» ahogado se escapa del montón de ropas anchas que tapan poco más que piel y huesos.

—Me lo tomaré como un sí. Duerme un poco.

Cuando llego a casa son casi las dos de la mañana. Champ se ha quedado dormido en el sofá, con la televisión encendida. Mason está durmiendo en la cama de la habitación de invitados, sobre la colcha. No hace frío, pero busco

una manta fina y se la echo por encima.

Necesito desconectar la mente. Es una de esas ocasiones en las que me gustaría ser bebedora o que no me diera miedo la sedación química. No creo que leer un capítulo de una novela o hacer un crucigrama del *New York Times* me sirvan de algo esta noche, pero me equivoco.

Me doy una ducha caliente y me echo en la cama, me pongo las gafas y, en cuanto cojo un libro, me quedo dormida.

En mis sueños, llevo un vestido aún más colorido que el de antes, un par de botas camperas rojas y brillantes, un sombrero de ala adornado con pompones de todos los colores y dos revólveres con el mango perlado metidos en una pistolera con tachones de plata. Junto a mi impresionante y juvenil escote (como el que tenía antes de mi decadencia) brilla una reluciente estrella dorada, que me proclama «*Sheriff* de México». Estoy en un tiroteo con una banda de chicos jóvenes encabezada por una mujer con cabeza de lobo.

Cuando estoy en medio del sueño refugiada en una sórdida cantina y solo me queda una bala, me despiertan una vocecita fina y un estirón fuerte del brazo.

Abro los ojos de par en par. La luz de lectura sigue encendida, pero el sol brilla ya con fuerza. En algún momento de la noche he acabado tumbada encima del libro. Milagrosamente, sigo con las gafas puestas. Me las quito y me froto el puente de la nariz.

—¡Tía Dove! ¡Tía Dove!

Tardo un momento en recordar dónde estoy y quién es esta personita. Sigue con la misma ropa de ayer, incluso con los mismos calcetines naranjas. Lleva su Trapper Keeper cogida con fuerza bajo un brazo.

—¿Qué pasa, Mason?

—Papá se ha ido.

Me incorporo. Me duele todo el cuerpo.

—¿Qué es eso de que se ha ido?

—Que no está. Se ha llevado el coche y todas nuestras cosas.

Estiro el brazo y le acaricio la cabeza rapada mientras miro el reloj. Son las 7:23 de la mañana.

—Habría ido a hacer algún recado o a comprar rosquillas para desayunar. —
Intento tranquilizarlo, pero empiezo a sentir náuseas.

Sacude la cabeza.

—No. No es eso. Se ha ido.

— Alguna vez se ha ido y te ha dejado con alguien?

—No, pero sabía que se estaba preparando para esto.

— Qu  es esto?

—El gran salto. —Oigo cómo se desgarran el velcro. Abre la carpeta y saca algo de una funda—. Ha dejado esto.

Me entrega un sobre. Vuelvo a ponerme las gafas para que Mason no vea que se me llenan los ojos de lágrimas. No me hace falta abrirlo para saber que est  lleno de billetes de 10 y de 20.

Capítulo 15

Estoy frente al espejo del baño, examinando mi cara vieja mañanera, o CVM, que es como la llamo. He determinado que el síndrome me sobreviene cuando acabo de despertarme, y hace que mi cara parezca mucho más vieja de lo que en realidad es. Tengo mal color. Me aparecen unos círculos oscuros bajo los ojos. Las mejillas se me hundén. Las líneas de la frente sobresalen. A medida que va avanzando el día, voy mejorando, pero hasta que llega ese momento me gustaría poder ponerme una máscara de Cenicienta. Tanto es así que les estuve echando un ojo en Walmart el pasado Halloween. Solo cuestan un par de pavos. Las que tienen pelo son un poco más caras.

De niños, la abuela siempre nos decía que «iba a acabar hecha miajas»¹⁷. Era una de las pocas expresiones regionales de su infancia en Georgia que conservó tras casarse con mi abuelo, un muchacho de Pensilvania que estuvo destinado en Fort Benning antes y después de la Segunda Guerra Mundial.

Neely y yo nos dábamos codazos y soltábamos risitas por lo bajo, porque nos imaginábamos a la abuela hecha literalmente pedazos, con los miembros desparramados por la cocina, el pelo por los suelos, los globos oculares rebotando sobre el linóleo y rodando hasta meterse debajo del frigorífico.

Siempre supe a qué se refería, pero hoy creo que esas palabras son las que mejor podrían describirme. A lo largo de mi vida, he vivido situaciones de mucha presión, pero esta vez han pasado muchas cosas en muy poco tiempo, y hoy tengo mucho que corregir, resolver y proteger. Tengo la sensación de que no voy a poder con todo. Me gustaría volver arrastrándome hasta la cama con mi CVM y una rosquilla de Zuchelli's rellena de crema, para quedarme viendo programas malos en la tele.

Pero no puedo. Para empezar, tengo un niño abandonado en el piso de abajo

comiendo cereales Cinnamon Toast Crunch de los de verdad y que resulta ser un sobrino cuya existencia ignoraba.

Además, tengo docenas de llamadas perdidas en el móvil; entre ellas, una del alcalde y otra del presidente del Concejo municipal, para recordarme que en la próxima reunión deberé presentar un informe completo sobre cualquier tiroteo en que se vea implicada la policía. Solo lo piden para poder oír todos los detalles sangrientos en primera persona y luego poder chismorrear a gusto con familiares y amigos.

Antes de volver a la comisaría para empezar con el papeleo y tratar el asunto del tiroteo de anoche con la prensa alborotada, voy a pasarme a ver a la abuela. Tiene la facultad de ayudarme a superar mis problemas sin tan siquiera darme una solución. También me gustaría contarle lo de Champ y Mason. Y, además, quiero ver si sabe algo interesante sobre los Truly.

Cuando Miranda nos insultó a mi madre y a mí, y mencionó su amistad con la abuela que no me reconoció, se me ocurrió que la abuela que no solo me reconoció sino que prácticamente me crio también debería de jugar un papel fundamental en todo esto. Ha vivido en Buchanan desde que llegó con veinte años, embarazada de la niña que iba a ser demasiado guapa para los cajones de arena y el puré de espinacas. Miranda Truly tendrá unos diez años menos, pero podrían conocerse y, desde luego, saben la una de la otra. Entre la abuela y su círculo de amistades de la residencia, podré averiguar mucho más sobre los Truly, en lo que tardo en tomarme un café, de lo que Nolan y sus bases de datos podrían llegar a descubrir nunca.

Hoy voy a dar entrevistas, así que me pongo uno de mis trajes de verano más formales: falda y chaqueta de color gris claro con una fina raya diplomática en rosa. Suelo ponerme unos zapatos de piel de imitación grises, viejos y bien domados, con un tacón dentro de lo razonable, pero hoy, delante del zapatero, me siento insegura y abrumada, así que mi mano parece tomar la iniciativa y agarra mis nuevos zapatos de punta abierta, con tacón de aguja de diez centímetros y de ante, color maquillaje. Seré más alta que prácticamente todos los hombres con los que me encuentre a lo largo del día y, si eso no los intimida, mi majestuosidad lo hará.

Le digo a Mason que se dé una ducha y que se cambie de ropa, mientras yo

devuelvo llamadas. Para empezar, llamo al hospital. Zane sigue en la UCI. No hay novedades.

Champ se acordó de dejar la ropa y las cosas de Mason cuando se largó con su coche esta mañana. El chico tiene una maleta y una bolsa de deporte. No me deja ver qué lleva dentro. Me comprometo a no mirar, a cambio de que él me prometa que no lleva armas ni animales.

—Vas muy guapa, tía Dove —me dice cuando nos encontramos junto a la puerta de entrada.

Se ha puesto unos pantalones cortos de fútbol, color azul claro, con una banda plateada en los lados, una camiseta amarilla de Guns N' Roses y otro par de calcetines naranjas que asegura llevar limpios.

—¿Sabes quiénes son Guns N' Roses? —le pregunto.

—Le gustan a papá —responde. Se estruja la cara, agarra un micro imaginario y suelta un falsete a lo Axl Rose—. *Welcome to the jungle. We got fun and games...* —dice entre alaridos.

—Vale. Me has convencido.

—Me gusta el nombre —dice—. Me gusta cuando se juntan cosas que no pegan.

—¿Como tus calcetines con el resto de tu ropa?

Me mira, casi como si le diera pena.

—El naranja pega con todo.

No me queda otra opción que llevarlo a casa de Neely. Dice que puede quedarse solo, pero no me parece bien que un niño de nueve años se quede todo el día solo en mi casa. No le digo a mi hermana que vamos para allá. Ella también ha pasado mala noche. Me parece que lo mejor es contarle en persona lo que ha hecho Champ y luego endosarle al chico. Si la llamara antes de ir, se negaría y, si aun así me empeñara en aparecer, me mandaría a Smoke con una nota enganchada al collar.

Vuelve a hacer buen día. No llegamos a los 30 °C. Ni una nube en el cielo. En junio suelen ir alternándose días lluviosos y desesperadamente fríos con episodios pasajeros de calor inesperado y de una humedad tan alta que casi se puede beber el aire. Por aquí, si vas de pícnic en verano lo normal es ir pertrechada con una parka, unas botas, unos vaqueros recortados y un top de

tirantes. El tiempo casi ha sido demasiado bueno. La gente se está empezando a relajar, llevada por una engañosa sensación de perfección a lo Santa Mónica que terminará penosamente para todos cuando las temperaturas caigan de golpe por debajo de los 15 °C y se mantengan así una semana seguida.

Los perros de Neely salen trotando de entre los árboles para saludarnos, con la lengua fuera y meneando el rabo. Aunque no hacen ni un solo ruido, los árboles que nos rodean están llenos de pájaros cantarines y de ardillas que se mueven saltando de una rama a otra.

—¿Alguna vez han matado a alguien? —pregunta Mason antes de bajar del coche.

—Claro que no. ¿No estuviste jugando con ellos ayer?

Asiente.

—Entonces ya sabes que son unos perros muy amigables y bien educados.

—Sí, pero parece que se pasen el día matando a gente.

—Bueno, pues no es así.

—Pero podrían.

—Pero no lo hacen. ¿Es que te dan miedo?

—No. Pero igual algún día necesito que alguien muera.

La conversación empieza a preocuparme. Me recuerda lo poco que sé de él y de la vida que ha llevado con su padre.

—¿Alguien como quién?

—No lo sé. —Me da la espalda—. Un malo —dice y abre la puerta.

Kris, Kross y Owen se le echan encima. Les encantan los niños y por aquí no se acercan muchos. Quizá se queda rezagado. Me pregunto si puede sentir por telepatía que le ha pasado algo horrible a su compañero Tiri, y por eso no tiene ganas de relacionarse. Estoy segura de que, cuando Tiri estuvo ayer aquí, él notó que estaba hundido.

Smoke espera a Neely, que viene paseando por el camino de gravilla con las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros.

—Me alegra que estés bien —me dice.

—Estoy bien.

—¿Y Zane?

—Aún es pronto para saberlo. Sigue inconsciente. ¿Te importaría decirme

quién va a pagar a Sandra?

—Tengo unos ahorros.

—¿Con lo que pagamos por la residencia de la abuela puedes permitirte a Sandra? Ya sabes que es imposible que Tiri se libre de la cárcel, a menos que Sandra pueda ponerse a soltar fuegos artificiales y confunda a la sala con alguna jerigonza de trastorno emocional severo; además, con las minutas podrías pagarte una casa.

—¿Jerigonza? —repite, ladeando la cabeza, divertida.

—Lo digo en serio, Neely.

—No te preocupes por mí. No voy a hacer ninguna tontería.

—Hola, tía Neely —exclama Mason, saludando entre un montón de rabos bamboleantes.

—Hola, Mason. —Se vuelve hacia mí y me dice—: ¿Qué hace este aquí?

—Tiene que quedarse contigo.

—¿Dónde está Champ? Oh, no. ¿No pensará que vamos a ser sus canguros todo el día ahora que vive aquí? A ver, Mason es adorable...

Levanto la mano para que no siga hablando.

—Siéntate. Tengo que decirte algo.

—¿Que me siente dónde?

Señala hacia los árboles, el aparcamiento de gravilla y las casetas que hay detrás de la oficina.

Cojo aire y lo suelto:

—Champ se ha ido.

—¿Qué eso de que «se ha ido»?

—No está. Se ha llevado sus cosas. También el coche.

Me saco el sobre lleno de dinero del bolso.

Lo observa con la mirada perdida. Me gustaría saber en qué está pensando, pero no puedo. Me sorprende que, al levantar otra vez la vista, está claramente furiosa.

—Se ha convertido en su padre. Ahora él es el Sobre.

—Eso no es justo. —Me apresuro a defender a mi hermano, llevada por el instinto—. Champ no ha abandonado a su hijo. Ha estado con él nueve años.

—¿Y entonces no pasa nada? ¿A qué edad es aceptable dejar a tu hijo?

¿Repudiarlo cuando nace está mal, pero a los nueve no es para tanto?

—No sabemos si lo ha abandonado.

—¿Y qué pasa con su madre?

—Está muerta —le digo.

Ninguna reacción. Sé que no me va a pedir más información. Los detalles le resultan siempre tediosos. Lo que le interesa es el concepto general, así que los hace desaparecer, como si fueran gotas de lluvia sobre un parabrisas.

Vuelve a meterse las manos en los bolsillos y se pone a mirar el cielo azul tras las copas de los árboles, a la vez que sacude la cabeza de un lado a otro.

—Sabía que pasaba algo. Era muy raro que apareciera así de pronto, después de tantos años. Vino para deshacerse del chico y dejárnoslo a nosotras.

—Eso no lo sabemos.

—Sí lo sabemos.

Lo dice con una vehemencia que no es propia de ella. Smoke echa la cabeza hacia un lado. Desde que hemos empezado a hablar, no ha dejado de mirarla con los ojos negros que tiene enmarcados en una cara de lobo blanca.

—Escúchate —me reprende—. No justificarías ese comportamiento si fuera cualquier otra persona. Deja de buscarle excusas. Le pasó algo terrible hace mucho tiempo. Algo malo de verdad. Pero eso no le da carta blanca para ser egoísta el resto de su vida.

—¿Cuándo ha sido egoísta? —exclamo.

Smoke gime en voz baja. Neely se inclina hacia él y le da una palmadita en la cabeza.

—Con la abuela, contigo y conmigo —explica—. La gente cree que ser egoísta es quedarse en la cama con todas las mantas o no dejar que nadie coja de tus patatas fritas, pero lo más egoísta que existe es hacerles daño a las personas que te quieren. Nos echó de su vida porque era lo más fácil para él. En ningún momento pensó en lo que nos hacía a nosotras.

Tiene razón, pero no puedo culpar a Champ por hacernos daño. Nunca he podido culparle de nada. Después de todo aquello por lo que ha pasado, creo que se ha ganado esa carta blanca, pero también creo que Neely tiene razón y que no sentiría lo mismo si el hermano de cualquier otra mujer entrara en la

comisaría y me dijera que ha dejado a su hijo con ella. Empatizaría con su pasado, pero sería inflexible en la necesidad de anteponer el bienestar de su hijo a sus viejas heridas.

—Los perros no son los únicos que deben seguir normas de comportamiento; también las personas. —Neely adopta su tono de instructora—. Un perro bien entrenado puede acompañarte a todas partes, pero los perros que se portan mal terminan en la perrera. Por mucho que le expliques esto a la gente, sigue habiendo imbéciles que comparan los métodos de instrucción con la tortura y para quienes hacer que un perro te escuche es portarse mal con él.

—¿Qué quieres decir? ¿Que no entrenamos bien a Champ?

—Digo que necesitaba que lo ayudara alguien y que deberíamos haberlo hecho nosotras, pero se escapó en cuanto le soltamos la correa.

—¿Y qué harías si un perro así volviera a casa?

—Lo primero, meterlo en la caseta.

—Ah, qué bien. ¿Deberíamos haber encerrado a nuestro hermano?

—En sentido figurado.

—¿Y eso cómo se hace?

Smoke levanta la pata izquierda, su señal para decir que está angustiado. Solo saluda con la derecha.

Neely se agacha y lo envuelve entre sus brazos.

—Pidiéndole que se explique, en lugar de hacerle la cena —responde, suavizando el tono—. Anoche tenías razón. Pasé todo el día con él y no le hice ni una sola pregunta personal; solo si seguía siendo fan de los Steelers o por qué se compró un Kia.

—¿Por el anuncio de los hámsteres? —le pregunto.

Asiente.

—Ahora eres tú la egoísta —le digo—. No te quedes con toda la culpa. Yo también quiero mi parte.

—¿No lo puedes encontrar?

—Voy a intentarlo, pero ya lo había intentado durante años. ¿Por qué iba a tener ahora más suerte?

—Qué bien se esconde, joder —comenta mientras vuelve a ponerse en pie

—. ¿Recuerdas cuando desapareció un día entero y resultó que se había estado escondiendo por toda la casa?

—Me entraron ganas de matarlo.

No puedo evitar decir eso, pero me doy cuenta de que quería reprimirlo y comprendo así cuánto acostumbro a censurar lo que pienso sobre mi hermano. Ante mis ojos, el trauma que sufrió lo ha elevado a un martirologio de santidad. Es una liberación sentir algo negativo por él, por muy pequeño o furtivo que sea. Le devuelve su humanidad.

Neely hace ir a Smoke con Mason y los demás perros. Nos quedamos mirando cómo se aleja.

—No puedo quedarme con Mason —digo, lo mismo a mi hermana que a mí misma—. No sé nada de niños.

—Yo tampoco sé nada de niños.

—Tengo trabajo.

—Yo también tengo trabajo.

—Pero el tuyo es más flexible.

—No, no lo es. A final de este mes me vendrán cuatro perros para la policía. Eso es una jornada completa, que debo sumar a mis lecciones y a las clases privadas. Y luego está mi trabajo de voluntaria en PAWS¹⁸ y la ASPCA. Tengo mucho más que hacer que tú. Además, mi trabajo es más importante que el tuyo.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Qué puede ser más importante que mantener la ley y el orden?

—¿Crees que los perros que entreno no ayudan a mantener la ley y el orden? Y eso no es todo, también salvan vidas.

Después de lo que sucedió anoche, este último comentario escuece.

Tiene razón. Los perros que ha entrenado han sacado a gente de edificios en llamas y de los escombros de explosiones y terremotos. Han encontrado a excursionistas perdidos en el bosque; han rescatado a niños a punto de ahogarse; han ayudado a capturar delincuentes, y han olisqueado mercancías de contrabando. Tiene álbumes de recortes donde documenta sus carreras, sus condecoraciones y las menciones en los medios. Los cumpleaños van acompañados de fotografías. A mí, todos me parecen iguales.

Cuando los perros se retiran del servicio, les envía un collar de cuero con remaches dorados y 10 libras de huesos con tuétano congelados.

—Tu trabajo tiene seguro médico —me dice.

—¿Y qué?

—El chico necesitará un seguro. Los niños se ponen muchas veces enfermos. Se rompen huesos. Se meten cosas por la nariz.

—Tú también tienes seguro.

—Pero el mío me lo pago yo.

—Joder, parecemos señoras ancianas.

—Habla por ti. Yo no soy ni señora, ni anciana. —Echa a andar—. Ve a trabajar —dice, sin dejar de darme la espalda—. Los ciudadanos te necesitan. Pero ese pequeño también.

Ella también me necesita, y yo a ella. La mayor parte del tiempo, con eso me basta para seguir adelante.

La Casa de Amparo y Asilo Santuario existe desde hace tanto tiempo que sigue llamándose «Casa de Amparo y Asilo» en lugar de «Centro de Convivencia Alternativo para Mayores». Neely y yo estuvimos viendo también algunos de esos centros, y Neely me hizo prometerle que, si alguna vez era completamente dependiente y había que dejarla encerrada, le pondría «la inyección». Le prometí que haría lo que pudiera.

Santuario está a las afueras de la ciudad, en un sitio que nos viene bien a las dos. El edificio principal es una espectacular casa de campo de ladrillo rojo de tres plantas, con docenas de ventanas de marcos blancos, que perteneció a una familia rica que, al cabo de cien años de que construyera la granja, descubrió un buen día que el pintoresco camino al que daba su casa se había convertido en una autopista y que, justo al otro lado de la calle, estaban construyendo un Walmart con unas vistas perfectas a su porche delantero y, junto a él, la inevitable hilera de establecimientos que acaban extendiéndose siempre a uno y otro lado de la megatienda, como si el espíritu del consumismo bostezara y estirara los brazos para desperezarse. Vendieron la

casa y el terreno a un promotor que lo único que hizo con ellos fue echar abajo el viejo granero, adosar una ampliación con aspecto de hospital al señorial edificio principal y construir un campo de prácticas de golf en la parcela de al lado. En la parte de atrás de la casa, hay una amplia terraza que da a un tranquilo paraje de colinas boscosas y ondulantes, pero los residentes prefieren sentarse en el porche delantero para observar los coches que circulan por Jenner Pike y no perderse nada de lo que sucede en el aparcamiento de Walmart. En verano, incluso sacan sillas del porche al césped y se dedican a vigilar las filas de golfistas que golpean cubo tras cubo de pelotas.

La abuela no está enferma. Es vieja y frágil. Tiene artritis severa en las rodillas y tiene que moverse con andador. En dos años se rompió una muñeca, la cadera y una costilla. Se recuperó sorprendentemente bien para su edad, pero estuvo de acuerdo con Neely y conmigo en que no era seguro que siguiera viviendo sola. Por aquel entonces, iba a cumplir ya los noventa, pero no le resultó fácil renunciar a su independencia. Vivió el traslado a la residencia como un auténtico drama, pero a la semana ya estaba organizando maratones de *Downton Abbey* y dándolo todo en las clases de aeróbic con andador. Como suele suceder cuando se reúne a personas de la misma edad de una ciudad pequeña, la abuela conocía prácticamente a todo el mundo y, está claro, todos los demás también sabían quién era ella: la madre de la pobrecita Cissy Carnahan, esa que era tan guapa y que fue asesinada.

El tiempo le ha sentado bien a la memoria de mi madre. Han pasado más de tres décadas. Ahora la ciudad está llena de personas que ni siquiera habían nacido cuando ella murió y que, si han oído su historia, solo conocen los titulares sensacionalistas relacionados con su muerte, y nada sobre su vida. Los de su generación rondan los setenta, y los de la generación de la abuela, los noventa. La edad ha endulzado a muchos, y la sociedad ha moderado también sus puntos de vista. Hay madres solteras por doquier, y la forma de vestir y el comportamiento disoluto de mi madre son de lo más inocente si se los compara con lo que se ve por la tele y en las páginas del *People* o del *Us Weekly* que tienen todos en el salón de casa. Puede que mi madre fuera promiscua y un ama de casa lamentable, pero era correcta y educada en

público. Nada que ver con lo que sale en *Bad Girls* o *The Real Housewives*. Aquí, al menos en el mundo de la abuela, ya no se aparece como una seductora inmoral y virulenta, sino como una víctima de la lujuria masculina; si tuvo tantos escarceos fue porque terminó rindiéndose al acoso constante de los hombres; y sus tres hijos bastardos han prosperado desde el escalafón de basura inmundada al de errores perdonables.

Tres ancianos, con pantalones cortos abombados de los que salen unas pierrecillas lechosas y raquílicas rematadas por calcetines negros hasta la pantorrilla y sandalias ortopédicas, hacen hoy de público atento del campo de prácticas. Todos llevan gorras de béisbol y gafas de sol envolventes que me recuerdan las que llevábamos en el laboratorio de química del instituto; además, todos beben de tazas de café que parecen demasiado grandes para ellos. Constituyen la tercera parte de la población masculina de este lugar. De los cuarenta internos, solo nueve son hombres.

Los saludo, y también a las señoras que hay sentadas en el porche delantero.

—Tu abuela está dentro, jugando al *gin* —me dice una de ellas.

—¿A las ocho de la mañana?

—Están jugando con botones.

—Ya veo que van fuerte.

Las mujeres que están pasando sus últimos días en Santuario junto a la abuela forman parte de una generación y de una clase social de familias de granjeros y obreros que confeccionaban su propia ropa. Casi todas cosían bastante bien en sus tiempos y, con los años, acumularon auténticos alijos de botones sueltos. La abuela guarda los suyos en una lata de café. De niñas, Neely y yo volcábamos la lata en el suelo, desparramando un surtido de pequeños discos multicolores que luego ordenábamos por montones, desde los blancos y aburridos hasta los que nos parecían hechos de joyas y metales preciosos. Aún recuerdo algunos de mis favoritos: uno azul marino con un ancla de plata, uno rojo y tallado como si fuera un capullo de rosa, uno de cristal que brillaba como un diamante, uno de cobre en forma de búho, uno de plexiglás en forma de corazón, uno de tafetán color melocotón y uno de terciopelo escarlata.

Las internas apuestan con ellos en lugar de con dinero. Ninguna se toma esas apuestas a la ligera. Están muy apegadas a sus botones.

Informo de mi visita en recepción. Desde donde estoy, puedo ver a la abuela sentada en una de las mesas de la zona común con su amiga Marge, las dos con la cabeza doblada sobre las cartas; a la luz de los fluorescentes, sus peinados de blanco algodón brillan en una sombra azul cromado. La abuela tiene su lata de café junto al codo. Marge guarda sus botones en una caja de zapatos.

En las demás mesas hay desperdigadas otras ancianas, que están tomando su café de la mañana. Algunas leen el periódico local. Anoche, alguien debió de despertar al redactor jefe, porque el tiroteo de Zane sale en portada. En una foto están metiendo a Tiri esposado en uno de nuestros coches patrulla y en otra, se ve a Brie Massey siguiendo la camilla de su hijo hacia la ambulancia. Por suerte no salgo en ninguna, pero estoy segura de que los vecinos me hicieron fotos con los teléfonos. Puede que incluso grabaran algún vídeo. Probablemente ya tendré un millón de visitas en YouTube, avanzando por el patio de los Massey con mi vestido de fiesta y el arma en la mano. Seguro que he superado a Grumpy Cat¹⁹.

—Hola, abu —saludo mientras me inclino para besarla en su suave mejilla empolvada; es como rozar los labios con las alas de una polilla.

Me coge la mano que he apoyado sobre su hombro y le da un apretón, sin dejar de mirar las cartas.

La he llamado para avisar de que venía.

—Ay no, no apuestes el botón de turquesa —le digo.

—Es falso.

—Ya lo sé, pero me encanta. Neely y yo jugábamos a que era de un indio de verdad.

—Vamos a hacer un descanso, Marge —dice, dejando las cartas bocabajo sobre la mesa—. Esta no me va a dejar apostar nada. Va a estar todo el rato que si «Ay no. Jugábamos a que ese venía de la luna» y que si «Ese no: decíamos que era de oro de verdad del cofre de un pirata».

Marge sonrío.

—No son más que un montón de botones viejos —dice, mientras desdobra

con disimulo una servilleta y la deja sobre su pila.

Estiro el cuello para mirar dentro de su caja, pero la cierra rápidamente con la tapa.

—Te vimos anoche en las noticias —dice Marge mientras me siento entre las dos.

«Estupendo», pienso para mis adentros. Los de la emisora local no tuvieron tiempo de llegar. Tenía razón, alguien lo grabó con el teléfono.

—¿Qué llevabas puesto? —pregunta la abuela.

—Uf. —Echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos—. Casi me matan, abuela. No estaría de más que me preguntaras por eso.

—Eso de «casi matar» no existe. O te matan, o no te matan. —Noto que me da una palmadita en el muslo por debajo de la mesa—. Estoy contenta de que no te mataran.

No tengo mucho tiempo. Ya debería estar en comisaría. No voy a andarme por las ramas.

—Entonces, os habréis enterado de que fue Tiri Truly quien disparó.

—Qué cosa tan horrible —dice, mientras sacude la cabeza.

Marge chasca la lengua, para mostrar que está de acuerdo.

—Primero matan a la chica y luego el hermano mata a otro.

—El chico de los Massey sigue vivo. Sobrevivió a la operación. Puede que se recupere.

La abuela no parece escuchar. He puesto sobre ella todos los focos. Bajo este techo hay reunidos miles de años de sabiduría y todos están capacitados para hablar sobre prácticamente cualquier tema, pero mi abuela es la autoridad indiscutible en lo que se refiere a familiares asesinados. Todos los oídos de la sala están pendientes de nuestra conversación, aunque hacen como si estuvieran absortos con cualquier otra cosa.

Eso es justo lo que quería. A veces, la gente se cierra en banda si les pides información directamente, pero si tienes una conversación privada con alguien a un volumen lo bastante alto para que puedan escucharte y dejas vacíos en la historia que solo ellos pueden llenar, tendrás las respuestas que buscas en un santiamén.

—No hay nada peor que ver morir a tu hija —continúa la abuela—. Qué

joven era Cissy, y qué guapa.

—No puedo hablar sobre una investigación en curso —apunto—, pero la verdad es que cuando fui a hablar con los Truly... —Hago una pausa dramática, para que la maquinaria empiece a ponerse en marcha—... Lo único que puedo decir es que son gentuza.

Marge resopla, pero no dice nada más.

—No son gentuza. Son mala gente —escucho una voz temblorosa a mi espalda.

Vuelvo la cabeza y veo a una mujer pequeña y rechoncha, con gafas redondas y un moño gris sobre la cabeza, que está cortando una rebanada de pan con mermelada con cuchillo y tenedor.

No levanta la vista.

—Yo no los conocía de nada y solo estaba haciendo mi trabajo —continúo—. Cuando les estaba preguntando por Camio, Miranda Truly entró en la habitación y se puso a decir barbaridades sobre mamá. Creo que conocía a Betty, la madre de Donny.

Marge resopla otra vez.

—¿Qué dijo? —pregunta la abuela indignada.

—Lo de siempre, abu. Ya sabes. Y a mí me llamó cagada de zorra.

Un suspiro colectivo atraviesa la sala, acompañado por un montón de sacudidas de cabeza.

—Son más malos que el veneno —farfulla la anciana.

—Me da igual. Esas cosas no me molestan. Lo que no soporto es lo maleducada que fue. —Vuelvo otra vez la cabeza hacia la mujer rechoncha, que ahora está sorbiendo café y sigue sin mirarme—. Sin motivo alguno. No conozco de nada a esa mujer. Nunca la había visto. Y yo estaba en casa de su hijo porque soy la comisaria de policía y estoy investigando el asesinato de su nieta. Es para caerse muerta.

Me siento otra vez en la silla, y espero.

—Miranda Truly odia a todo el mundo —dice desde la otra punta de la sala una mujer con una blusa amarilla de cuello alto, con un pájaro azul estampado. Lleva la cara llena de arrugas que van de arriba abajo, en vertical, parece que la hubieran plegado como los abanicos de papel que hacíamos

Neely y yo.

—Excepto a su propia familia —añado.

—¡Ja! —La mujer rechoncha estalla a mi espalda. Esta vez me giro del todo y me quedo mirándola fijamente, hasta que por fin me mira ella a mí también —. Casi consigue que maten a su hermana, de tanta mentira que iba contando sobre ella —informa.

—Por Dios —dice riendo la mujer de la cara plisada—. Llevaba años sin acordarme de Adelaide. ¿Seguirá viva?

—Lo último que supe, Bev —Marge se incorpora a la conversación—, es que se tuvo que mudar para ponerse a salvo —me dice.

—¿Qué pasó?

Todos se callan. Cuando empiezo a pensar que mi pregunta ha sido demasiado directa y que he perdido mi oportunidad, dice la mujer rechoncha:

—Pregúntale a Mary Jo, esa de ahí. Estuvo casada con un primo suyo. Lo vio todo con sus propios ojos.

Sigo su mirada hasta dar con una mujer que no parece mucho más alta que Mason. Lleva un chándal de felpa color marrón, unas enormes gafas de culo de vaso y una peluca color caoba que sería el mocho por antonomasia.

—Vi cómo Eddie casi le corta la cabeza a su tía de un hachazo —dice sin rodeos—, pero de la historia que hay detrás de eso solo he oído rumores y cotilleos, como todo el mundo.

—¿Eddie? —pregunto—. ¿Eddie, el hijo mayor de Miranda? ¿El que estuvo en Vietnam?

—Justo ese —dice Mary Jo—. Sucedió al poco de que volviera a casa. Estaba muy mal. Ponía los pelos de punta.

—Addy era la hermana mayor de Miranda —explica Bev—. Una chica encantadora. Guapa. Trabajadora. No se quejaba de nada. La mejor cocinera que podrás encontrar.

—Cocinaba bien —coincide la mujer rechoncha.

—Miranda la odiaba. Desde siempre. Nadie entendía por qué.

—Envidia —dice la mujer rechoncha con un suspiro—. Ni más ni menos.

—Miranda iba por ahí contando historias de Addy —dice Mary Jo—. Todos sabíamos que no eran verdad y no le hacíamos caso, pero ¿cuántas

personas que no conocían a Addy como nosotros la habrán creído?

»Para no enrollarme, Miranda les contaba a sus propios hijos todas las maldades que había hecho Addy cuando eran niñas. Algunas historias eran fuera de serie. Una de sus favoritas era que Addy la había dejado encerrada en un cobertizo tres días y tres noches, para que se muriera de hambre. Según decía, su madre no se había dado cuenta de que no estaba porque no le importaba un pimiento.

—Yo también había oído esa —se manifiesta una mujer en silla de ruedas que lleva un libro sobre el regazo.

—Otra vez, las niñas estaban jugando a Tú la llevas, entrando y saliendo de la casa —continúa Mary Jo—. Fue cuando las contrapuestas todavía tenían cristales de verdad. Addy salió corriendo fuera. Miranda estaba a punto de pillarla y estiró las manos para empujar la puerta y abrirla, pero se cerró de golpe y ella atravesó el cristal con las manos.

—Ay —comento.

He empezado a revolver los botones de la abuela. Parece que no se da cuenta.

—Su madre la llevó directa al hospital. Le quedaron un par de marcas en las palmas de las manos. Aunque no fue culpa suya, Addy se sentía mal aun así. Pero lo que Miranda cuenta es que Addy la lanzó por una ventana de la segunda planta y, mientras estaba en el suelo con la cara y el cuello llenos de esquirolas, el resto de la familia se puso a cenar.

Levanto la vista de la taza de café llena de botones.

—¿Qué dices? ¿Eso le cuenta a la gente?

—Lo que oyes. Se lo decía a sus propios hijos. Además, también les decía que Addy los odiaba. Decía que tía Addy podía parecer simpática de cara, pero que a la espalda le decía a todo el mundo que eran unos niños muy feos y tontos, y que no estaban a la altura de sus primos. Por supuesto, la creían. Era su madre. ¿Cómo se iba a inventar esas barbaridades sobre su hermana?

—Pero esto es perverso —comento; me siento totalmente fascinada y asqueada, y también algo impresionada.

—Quería que odiaran a Addy tanto como ella. Pero la cosa no queda ahí. Tiene la misma actitud hacia todo el mundo. Antes de que Miranda se uniera

a la familia, los Truly no eran una mala familia. Tampoco es que fueran buenos, pero no eran ni por asomo lo que son ahora. Ha creado su nación particular y los que habitan en ella odian y desconfían de todo el que está fuera.

Atisbo unos colores que reconozco, enterrados en el fondo del batiburrillo de botones. Escarbo un poco y encuentro el favorito de Neely, uno azul oscuro con brillo verduzco. Lo llamaba el botón del planeta Tierra.

—¿Y qué es eso de Eddie con el hacha? —pregunto.

Todos los ojos están clavados en Mary Jo. Ya nadie finge no estar escuchando. Incluso algunos empleados han ido entrando en la habitación, y se entretienen más de la cuenta en limpiar y ordenar cosas.

—Un pícnic familiar —comienza Mary Jo—. Demasiado alcohol. Yo no vi lo que pasó entre Miranda y Addy, pero, por lo que cuentan, Miranda se enfadó mucho por algo que dijo Addy, y entonces Eddie perdió la cabeza. Cogió un hacha y se lanzó a por ella gritando que había intentado matar a su madre cuando eran niñas, que pensaba que eran basura blanca y cosas por el estilo.

»Los demás hombres evitaron que le hiciera nada, pero ese fue el final de la historia. Addy se marchó. Por aquel entonces ya se había quedado viuda. Su marido había muerto en un derrumbe de la mina un par de años antes. Creo que, de los hijos de Miranda, el único que siguió en contacto con ella y con sus hijos fue Clark. Tenía bastante relación con Layla, la hija pequeña de Addy.

—¿No fue esa la que se mató en un accidente de coche? —pregunta la señora de la silla de ruedas.

—Sí.

—¿Adónde se marchó Addy? —Necesito saberlo.

—Por Altoona.

—¿Y ahí se siente a salvo? Está solo a un par de horas.

—Lo bastante lejos. En ese momento, Eddie apenas conseguía levantarse del taburete del bar. No iba a dar caza a nadie que estuviera al otro lado de una montaña.

Suena el teléfono. De la comisaría. Me disculpo y me alejo para contestar,

luego regreso con la abuela.

—Tengo que marcharme —le digo—, pero necesito hablar contigo de algo importante, así que volveré pronto.

—Te acompaño a la salida —dice, poniéndose en pie y haciendo unas maniobras de verdadera experta con su andador.

—Gracias, señoras. Me han ayudado mucho.

Me sonrén, otras asienten, otras me saludan y la mujer rechoncha hace un saludo marcial.

—¿Es fiable esa información? —le pregunto a la abuela mientras avanzamos lentamente hacia la puerta principal.

—Mucho. Y además es la leche, si piensas que ninguna de las que está ahí recuerda lo que cenó anoche.

—¿Y tú? ¿Lo recuerdas?

Sonríe.

—Rosbif reseco, puré de patatas grumoso, salsa de carne sacada de una lata y *succotash*.

La abrazo.

—Cuando vuelva la próxima vez, te traeré una *pizza*.

—Dove —dice, con un tono y una expresión que se han vuelto graves—, Lucky ha venido a verme.

—Qué hijo... —Me contengo—. ¿Te ha molestado?

—No. Solo quería decirme que pretende haceros la vida imposible a tu hermana y a ti, hasta que reconozcáis que no le visteis matar a vuestra madre.

Hemos llegado a la puerta. Uno de los ancianos está en pie, grita y hace gestos airados a uno de los golfistas que, al otro lado de la red protectora, blande un palo de golf y le devuelve los gritos. No sé qué pasa, pero quiero largarme de aquí antes de que me vea obligada a mediar.

—Dice que mentisteis para proteger a quien lo hizo —me revela la abuela.

No respondo. Ella no insiste. Me estudia desde detrás de las gafas. Tiene la mirada alerta, casi pícara. Si los ojos son el reflejo del alma, la suya está floreciente mientras su hogar mortal se marchita a toda velocidad.

Si su hermosa hija hubiera tenido la oportunidad de envejecer, ¿cómo lo habría llevado la abuela? Seguro que cree que habría sido un delito que una

chica tan bonita menguara y se llenara de arrugas.

Después del funeral, me dijo que mi madre estaba preciosa en su ataúd. Yo estuve ahí, pero no fui capaz de acercarme a mirar el cadáver de mamá. Quise decirle que nada que esté muerto puede ser hermoso, pero sabía que solo serviría para confundirla, porque para ella nada que sea hermoso podría estar muerto.

La cara de mamá había salido ilesa. Teniendo en cuenta la virulencia del ataque, no dejó de sorprender a algunos.

—Puedo llegar a entender eso —dice la abuela—. Pero ¿por qué castigar a Lucky?

—Pegó a mi hermana.

—¿Crees que un hombre debe pasar treinta y cinco años en la cárcel por haberle pegado a tu hermana?

Mira fijamente mi bolso. Lo sabe.

—No —le digo, mientras dejo el botón que le he robado en la mano que ha tendido—, pero me conformaré con eso.

¹⁷ En el original, la abuela dice estar *about to have a come apart*, un estallido emocional, cuando las emociones están bullendo bajo la superficie y una gota basta para que todo se rompa. «¡Me vais a volver loca!», diría quizá. Es una expresión sureña, especialmente extendida en Georgia y Alabama.

¹⁸ Performing Animal Welfare Society, una protectora de animales con una larga tradición en los Estados Unidos que vela por el bienestar de los animales utilizados en espectáculos.

¹⁹ El Gato Gruñón, un meme muy popular en internet.

Capítulo 16

Lucky ya estaba condenado sin necesidad de que Neely y yo interviniéramos; lo único que hicimos fue ahorrarle tiempo de deliberación al jurado.

Las pruebas que había contra él eran irrefutables y bastaban para condenarle. Tenía el móvil y tuvo la oportunidad. Sus huellas estaban por todo el baño, aunque era imposible saber cuánto tiempo llevaban ahí. Tenía antecedentes violentos, incluidas dos órdenes de alejamiento de unas exnovias y un arresto por embriaguez y desorden público, con puñetazo a un oficial de policía incluido.

Si yo hubiera sido el abogado de oficio de Lucky, habría puesto a la víctima en tela de juicio. No habría sido muy complicado convencer a doce habitantes del condado de Laurel de que Cissy Carnahan había recibido su merecido en el sentido de justicia de *La letra escarlata*. Por lo que sabían, mi madre no era mala persona. No mentía, ni hacía trampas, ni robaba. Era cordial. Trabajaba para ganarse la vida cuando estaba sin novio y hasta que se casó con Gil. Era amable cuando le venía en gana, generosa cuando le venía bien y podía ser encantadora a rabiar; pero, como les pasa a todas las mujeres atractivas que presumen de su aspecto, muchos la odiaban: las mujeres que la envidiaban y los hombres que la querían pero no podían tenerla. Puede que no creyeran que mereciera morir por ser adúltera en el presente y una casquivana en el pasado, o por tener tres hijos ilegítimos; pero su estilo de vida acarreaba ciertos riesgos; entre ellos, la posibilidad de que uno de los amantes a los que había dado calabazas le aplastara la cabeza con el bate de béisbol de su hijo pequeño mientras se daba su baño de burbujas vespertino. Es cierto que Lucky no se habría librado de ser declarado culpable, pero quizá habría tenido menos años de condena.

En cualquier caso, habría acabado en la cárcel, lo hubiera hecho o no, con o sin nuestros testimonios.

Antes me valía de esta excusa para sentirme mejor; ahora, la verdad que hay detrás empieza a ponerme enferma. Alguien empujó a Lucky delante de un autobús. Y fui yo. No importa si estaba a punto de ponerse él mismo en su camino.

Cuando llego a comisaría, sigo pensando en Lucky. Al menos, me ha servido para olvidar por un rato lo que sucedió anoche.

El aparcamiento está lleno de furgonetas de las noticias. Delante de la comisaría hay plantado un enjambre de reporteros y cámaras, casi todos famosos, escuchando a alguien que debería ser yo si no hubiese llegado tarde.

Mientras voy hacia allá, me paro un momento a ver cómo ha quedado el interior de mi coche oficial; ayer, después de sonsacar a Derk Truly a base de pastelitos, le pedí a Singer que lo limpiara. No queda ni rastro de barro, glaseado o arándanos.

Cuando me acerco a los reporteros, oigo la voz de Bennett Sawyer, nuestro Ilustrísimo Señor Alcalde, agente de la aseguradora local State Farm y primo de los Sawyer de la lechería.

Ben lleva enamorado de mí desde primero de primaria. El sentimiento nunca ha sido mutuo, pero aún guardo la tarjeta de San Valentín que me regaló aquel año, porque era una de las cosas más bonitas que había visto nunca: un pollito rojo y rosa con plumas de verdad en las alas, sentado en un nido de purpurina plateada y soltando un trino de diminutos corazones por el pico. Me pareció que estaba a la altura de los regalos que le hacían a mi madre sus novios.

Ahora tiene tres hijos mayores, una mujer que es quien lleva los pantalones en la familia y el mayor surtido de polos que he visto jamás. No le quedan bien con su tripa cervecera, técnicamente tripa vinatera; presume de ser un entendido e incluso convirtió su cobertizo en un almacén de vino, cuando su mujer se negó en redondo a convertir el gimnasio del sótano, que ella no usa nunca, en una bodega que él sí aprovecharía.

Me ve acercarme y se interrumpe en medio de una frase para anunciar:—
Aquí llega nuestra heroína.

No me siento cómoda con que me llame heroína por varias razones, sobre todo porque no creo que haya hecho nada que sea heroico ni de lejos. Zane Massey podría morir. Tiri Truly va a acabar en la cárcel. El asesino de Camio sigue suelto. Pero no digo nada de todo esto.

Sonrío, asiento, saludo a los reporteros que conozco por el nombre y respondo algunas preguntas mientras Ben sigue a mi lado, con un polo morado de rayas azules y un sombrero verde militar a lo Indiana Jones. El pelo se le empezó a caer hace un par de años. Debería raparse lo que le queda, pero en lugar de ello se ha acostumbrado a ponerse todo tipo de ridículos sombreros. Noto cómo me recorre todo el cuerpo con los ojos.

Mi habilidad para despertar pasiones en hombres que no despiertan nada en mí es legendaria.

—Me alegra que estés bien, Dove —dice mientras entramos juntos en comisaría.

Los teléfonos suenan. Los asientos de la sala de espera están llenos. Incluso Everhart, nuestro recién estrenado padre, está aquí, además de Dewey, Singer y Blonski, a quien miro suplicante mientras paso por delante de él con Ben. Sabe lo que significa.

—Jefa —dice después de pedir disculpas a la mujer a quien está atendiendo en una mesa y venir corriendo hacia mí—, tenemos que hablar de un asunto. Es urgente.

Ben nos mira impaciente, sin la menor intención de querer marcharse.

—Puede ser cuestión de vida o muerte —añade Blonski.

Sorprendentemente, Ben capta la indirecta.

—Oh, bien, creo que debería dejaros.

—Sí, creo que es buena idea. Te llamaré luego.

—Menudo pelele —dice Blonski entre dientes.

—¿Qué pasa aquí? —le pregunto.

—Se han vuelto todos locos. No tiene nada que ver con el asesinato de la Truly, ni con el tiroteo del chico de los Massey. Es solo que todo eso los tiene preocupados y quieren que les cojamos de la mano y que les digamos que todo va a ir bien.

—Qué bien, justo lo que a ti te gusta —bromeo—. Están a punto de llegar

tres chicas. Las mejores amigas de Camio. Necesitaré la sala de interrogatorios. Pero antes quiero hablar con Tiri.

Everhart se ha acercado. Me da un puro con una vitola que dice «¿ES UN NIÑO!».

—Gracias. Ya sabes que hoy puedes tomarte el día libre.

Sonríe, como sintiéndose culpable.

—Bah. Hay tantos parientes en el hospital ahora mismo que no puedo ni acercarme a Jakester.

»Tiri no está aquí —me dice—. Dewey y yo ya lo hemos llevado a Broadview.

—¿Y eso por qué?

—Sandra Goldfarb —dice Blonski entornando los ojos y apretando los labios como si acabara de beber una cerveza que se ha puesto mala—. Se presentó a primera hora de la mañana y anunció que era su abogada. Le dije que usted quería hablar con Tiri antes de trasladarlo, para tomarle declaración, y me miró de esa forma que mira ella. Ya sabe. Como si fueras un gusano.

—O un mes de hipoteca —apunta Everhart.

—Dijo que no iba a declarar nada y que quería que lo trasladaran a Broadview para que la audiencia preliminar tuviera lugar esta misma mañana. Que deberíamos haberlo trasladado ya anoche. Que estábamos siendo negligentes.

Singer se une, con los ojos abiertos como platos y sin aliento.

—No quería que usted hablara con él y consiguiera que admitiera lo que hizo, jefa —dice susurrando—. Quiere un juicio a lo grande, en el que sostendrá que no estaba en sus cabales cuando lo hizo.

—Seguramente dirá que fue un episodio disociativo —apostilla Blonski ejerciendo de experto y cruzando los brazos sobre el pecho.

—Mierda —digo—. Bueno, tendrá que dejar que hable con él, aunque ahora ella estará en la sala y no le dejará decir gran cosa de casi nada.

—Pero también tenemos buenas noticias —dice Singer, casi estallando de emoción—. El cabo Greely nos ha enviado una copia de las cámaras de vigilancia del Dairy Queen. Lonnie Harris y Camio se conocían.

Los sigo a los tres y me siento ante el ordenador de Singer. Reproduce la grabación.

Las imágenes se grabaron en el *drive-thru*. Lonnie está en su camioneta. La chica de la ventanilla es Camio, lleva una gorra roja y amarilla del Dairy Queen y el pelo recogido en una coleta. Al verla viva, sonriendo, hablando, dando el cambio y entregando una bolsa de perritos con queso al chile, me embarga una tristeza indescriptible. Soy la última persona que la ha tenido entre sus brazos en este mundo. Ya estaba muerta, pero yo acerqué su cuerpo al mío y ayudé a sacarla de la tumba anónima que le había reservado su asesino. No la conocí cuando estaba viva. Solo he visto momentos congelados de su existencia, una foto improvisada en el teléfono de Zane, la foto del carné de conducir y las de la autopsia en la pizarra de Nolan. Aquí la tengo delante, llena de vida y alegre, trabajando, deseando ver a Zane al salir, deseando vivir el resto de su vida, hasta que su expresión se vuelve sombría. Lonnie le ha dicho algo desagradable. Ella cierra la ventanilla y se aparta.

La grabación da un salto de tres días. Lonnie ha vuelto. Está claro que Camio se acuerda de él. Su radiante sonrisa no aparece por ningún lado. La boca se tensa en una fina línea. Tiende la mano para coger el dinero y él la agarra por la muñeca. Los que estamos viendo el vídeo nos estremecemos. Retuerce el brazo y consigue liberarse. Lonnie sonrío.

El vídeo lleva fecha de hace tres semanas.

—Pero ¿qué tenemos aquí? —digo.

—Jefa —me llama Dewey—, hay fuera un grupo de adolescentes. Dicen que tienen que hablar con usted, pero no quieren entrar.

—¿Unas chicas?

—Y chicos.

Mientras salgo, pienso que Nolan debe de estar saltando de alegría por esta nueva información, aunque solo por dentro. Nunca lo he visto exteriorizar entusiasmo ni interés, pero me gustaría pensar que dentro de él hay un Mininolan que se pone a dar saltos como un grillo y a soltar vivas rechinantes cuando algo va bien.

Seguramente, ahora mismo estará en casa de Lonnie Harris con un grupo de agentes, poniéndolo todo patas arriba.

Reconozco a las tres mejores amigas de Camio (Katy, Mindy Dawn y Madison) por las fotos de las redes sociales y del anuario. Las tres llevan vaqueros recortados y unos tops muy cortos, con desgarrones de garras de tigre en la parte delantera. Para mí, todas tienen la misma cara: expresiones vagas, casi de embriaguez, dibujadas sobre facciones redondeadas que han pasado directamente de las caras de bebés rechonchas a las de zampabollos apoltronadas. Lo único que las distingue a unas de otras es el calzado, el color del pelo y la figura. Katy es tetona, con el pelo color margarina y unas voluminosas sandalias de plataforma de corcho. Mindy Dawn es una morena alta y desgarbada, con un pendiente en el labio superior y botas camperas blancas llenas de manchas, flecos y cuentas plateadas. Madison es una chica con sobrepeso, trenzas negras con mechas color azul eléctrico y un par de sandalias de gladiador que le suben en zigzag por las pantorrillas.

Los dos chicos que van con ellas son dos barriobajeros cualesquiera: vaqueros, camisetas de tirantes negras, botas militares, carteras vacías sujetas con cadenas, marcas desteñidas de petaca en los bolsillos de atrás y gorras de camuflaje. En los brazos y los hombros llevan tatuadas balas, navajas ensangrentadas y calaveras de mirada lasciva, y las caras se han amoldado a la perfección a las deprimentes sonrisas de suficiencia de quienes están orgullosos de no intentar nada. Conozco bien esa coraza.

Uno de ellos está marcando territorio junto a una Kawasaki, el premio de consolación para los que no pueden permitirse una Harley. Está en perfecto estado, eso sí. El chico le tiene cariño a esa moto. El otro está apoyado en un Ford Silverado negro que no está en sus mejores días. Los dos mascan chicle.

Yo tenía más o menos la misma edad que estos chicos cuando mi madre fue asesinada. Por esa razón y por alguna otra, guardo un recuerdo muy vívido de esa etapa de mi vida. Recuerdo exactamente qué se sentía al ser ellos. La misma ciudad. El mismo instituto. Y, aunque llevaba un tiempo siendo la hijastra de uno de los hombres más ricos de la ciudad, vivía en una casa enorme y vestía ropa mucho más bonita, también sabía lo que es ser pobre, estar desatendida y tener deseos y necesidades que nunca se satisfacen.

Puede que no me hubiera hecho amiga de estos cinco que tengo delante, pero habría hecho todo lo posible por llevarme bien con ellos. Por muy mal

que me trataran los demás, siempre me esforzaba por portarme como es debido. Iba coleccionando a personas. Tenía amigos en todas las pandillas: fumetas, empollones, barriobajeros y deportistas cachas.

Era cuidadora, negociadora, organizadora y motivadora mucho antes de aplicar esas mismas cualidades en mi trabajo, y me tomaba muy en serio mi papel. Incluso dejé de zorrear porque me sentía realizada siendo popular y líder, tenía que dar ejemplo y ser un modelo de comportamiento, de la misma forma que si hubiera sido congresista o atleta profesional. Salí con mucha gente y cambiaba de novio muy rápido, pero siempre iba de uno en uno, igual que cuando comía patatas fritas.

Voy a concederles a estos chicos el beneficio de la duda. Ellas eran las amigas de Camio, y lo que conozco de ella me gusta, así que ellas también deberían gustarme.

—Señoritas —digo sonriendo, mientras me acerco—. Gracias por venir.

—No vamos a decirle nada —responde Katy.

—¿Por qué no?

—Porque no nos da la gana. No nos puede obligar, ¿no?

—Si no queréis hablar con la policía, pareceréis sospechosas —explico, pasando la mirada rápidamente de una a otra, para hacerme una idea de su jerarquía y de su relación con los chicos.

Mindy Dawn se acerca al chico de la moto. Él la coge por los hombros de forma posesiva. Madison me observa fijamente, mira mis zapatos, el asfalto del aparcamiento, el cielo, a Katy, sus uñas; veo que lleva una manicura profesional y llamativa, con estampado animal en negro y oro.

Katy es quien manda. Sigue siendo la portavoz del grupo. Lleva las uñas pintadas en color arcoíris psicodélico. Las de Mindy Dawn parecen rojas sin más.

—Ya hemos hablado con el gili del poli grandullón —dice Katy—. Sabe que tenemos coartadas.

Sonrío por dentro, preguntándome si «el gili del poli grandullón» será Nolan; le han llamado cosas mucho peores.

Me dijo que sus coartadas eran sólidas y que ninguna tenía un móvil, pero son adolescentes y sé que todo lo que le sucede a una adolescente puede

llegar a ser para ella una cosa o una causa por la que matar.

—¿No os importa Camio? —les pregunto—. ¿No queréis encontrar a su asesino?

El chico que lleva a Mindy Dawn bajo el brazo dice, como hastiado:

—Ya saben quién la ha matado. Tiri se encargó de él. Les hizo el trabajo, a ustedes y a todos.

Está claro que a las chicas les molesta lo que ha dicho. No hay motivo para pensar que Zane no les gustara. Era un chico guapo y encantador, y, además, el novio de Camio.

—Zane no mató a Camio —le corrijo.

—Claro que sí.

—¿Y tú cómo lo sabes?

Levanta el brazo de los hombros de Mindy Dawn y lo dobla alrededor de su cuello, como haciéndole una llave. La chica, obediente, se recuesta sobre él. No me va a contestar.

—¿Podéis responderme solo a esta pregunta? —digo, volviendo a dirigirme a las chicas—: ¿Os comentó Camio alguna vez si algún cliente del Dairy Queen la estaba molestando? ¿Os habló de un tipo bastante siniestro que la acosaba en el *drive-thru*?

Todas meditan la pregunta, se miran para confirmar lo que piensan y sacuden la cabeza para negarlo.

—Vamos —dice el de la Kawasaki—. Larguémonos de aquí.

—Solo un minuto, chicas. Si no ibais a hablar conmigo, ¿para qué habéis venido hasta aquí? ¿Por qué no habéis llamado sin más para decir que habíais cambiado de idea?

Sin darles tiempo a responder, el chico se pasa con la lengua el tabaco de una punta a la otra del labio y dice:

—Nos pareció más divertido venir aquí para decirle en persona que se fuera a la mierda.

Su aversión excesiva e injustificada hacia a mí me resulta familiar, pero el *déjà vu* dura solo un instante y se esfuma. No recuerdo dónde ni cuándo he sentido esto mismo.

—No me he quedado con tu nombre —le digo.

—No se lo he dicho.

El amigo silencioso suelta una risa entre dientes desde su puesto, junto a la camioneta.

Las chicas se mueven incómodas de un lado a otro. La fanfarronería con la que llegaron se ha esfumado. Miran a su héroe entre intimidadas y asqueadas. Estoy segura de que él no se da cuenta de esto último.

Hago lo peor que se le puede hacer a un chico como este. Lo ignoro.

—Me gustan mucho tus uñas —le digo a Madison—. Y las tuyas también —añado, mirando a Katy—. ¿Os las han hecho por aquí cerca?

Me acerco hacia ellas que, en un acto reflejo, me ofrecen las manos y extienden los dedos.

Me dicen el nombre del sitio. Sé dónde está.

—Están muy bien —comento, con admiración.

A Mindy Dawn no le gusta pasar desapercibida, así que se desenreda de los brazos del de la Kawasaki y se acerca a nuestra reunión femenina con las manos por delante, como una sonámbula.

Lleva las uñas de color rojo camión de bomberos, con un diminuto cristal pegado en el centro de cada punta.

—Qué bonitas son estas —digo, recogiendo sus manos entre las mías.

—Camio las llevaba como las mías —informa Mindy Dawn—. Le chiflaba todo lo que brillase.

—Pero las tuyas eran rosas, a juego con las de los pies. —Madison abre por fin la boca—. Y los cristales tenían forma de corazón, como los de la tobillera que le regaló Zane.

Nada más decir esto, se queda sin habla.

Normalmente, una chica de la edad de Madison con problemas de peso o bien sucumbe al abuso de los demás y se vuelve tímida y retraída, o responde odiando a todo el mundo antes de que la odien a ella. La había encasillado en esta segunda categoría, pero los ojos se le han llenado de lágrimas y está claro que quería a su amiga Camio.

A Mindy Dawn y Katy también se les empañan los ojos.

Cuando estoy a solo un paso de convencerlas de que entren conmigo en comisaría y de atiborrarlas de latas de refrescos y bolsas de Cheetos gratis de

la máquina expendedora, el de la Kawasaki da una orden tajante:

—Dejad de hablar con ella. ¿No veis lo que está haciendo? Hace como que le caéis bien para que habléis con ella. Le importan tres cojones vuestras uñas de mierda.

—¡No te metas, Bocazas! —le contesto.

—¿Cómo me ha llamado?

—Bocazas. Como no me dices tu nombre, no me queda otra que identificarte por tu rasgo más llamativo, y ese es tu enorme boca.

Le nubla la rabia y, en los ojos de las chicas, la pena da paso al miedo.

Los matones son unos cobardes y su cobardía suele nacer del abuso que sufren en casa. Apuesto a que está acostumbrado a oír desprecios mucho peores salidos de boca de su madre o de su padre, pero no está acostumbrado a tolerarlos de un extraño.

—Es el primo de Camio, Jared Truly —revela Katy, con la voz atropellada y algo sobrecogida.

De pronto, todo este enfrentamiento cobra sentido, especialmente mi anterior *déjà vu*. Ahora lo recuerdo. Me recuerda a Miranda Truly y a cómo nos atacó a mi madre y a mí.

—No tenéis que hablar con ella —continúa él, sin quitarme los ojos de encima—. No puede obligaros. Los polis no nos pueden controlar. Somos menores. No nos pueden hacer nada.

Se me acerca. Por un instante me pregunto si será tan tonto de pegar a una policía, pero inclina la cabeza y escupe un chorro marrón de tabaco sobre la punta de mi zapato derecho.

—¿Lo veis? —dice mientras levanta la cabeza y se limpia un hilillo de caldo de tabaco de la barbilla—. No puede golpearme, ni devolverme el escupitajo, ni siquiera insultarme, porque nos pondríamos a gritar y denunciaríamos a esta foca por brutalidad policial.

Cuando la gente se entera del asesinato de mi madre, del juicio y de todo lo que tuvimos que pasar mis hermanos y yo, suele pensar que ese es el motivo por el que decidí hacerme policía. Imaginan que quería ser como los policías que me ayudaron en ese calvario o que quería coger a otros malos como el que asesinó a mi madre. Nada podría estar más lejos de la verdad. Todos los

polis, abogados y periodistas que participaron en el caso sin excepción fueron unos buitres. Incluso uno de los policías locales, un auténtico lerdo, se me insinuó en la escena del crimen. Debió de pensar que ver a su madre asesinada a golpes por su exnovio pondría muy cachonda a una quinceañera.

Lo que sucedió en realidad ese día fue que acepté por fin que le había fallado a mi hermano pequeño, que él nunca volvería a estar bien y que no podía hacer nada para arreglarlo. Había estado conviviendo con el mal y no me había dado cuenta. No había estado lo bastante atenta.

Desde ese día siempre estuve en alerta máxima, hasta que llegó el momento en que decidí hacer algo productivo con esa desconfianza. Sé que no puedo salvar a la gente, ni cambiarla. Pero puedo hacer que se comporte.

—Tienes razón. A ti no puedo hacerte nada —le digo.

De vez en cuando llevo encima el arma. Depende de cómo se plantee el día, de cómo vaya vestida y de cómo me sienta. Si no, la meto en el bolso y luego la guardo en el cajón del escritorio. Después de lo que sucedió anoche, sin embargo, voy a tener que llevarla encima una temporada.

Deslizo la mano bajo la chaqueta del traje y saco la Glock muy despacito de la pistolera. Parece totalmente diferente a anoche. Mientras atravesaba el patio de los Massey, la sentía pesada y fría. Ahora es tan ligera como una pistola de agua de plástico. Me dan ganas de darle vueltas a lo pistolero del salvaje Oeste antes de apuntar con ella a la motocicleta de Jared Truly.

Sé que lo que estoy a punto de hacer podría costarme mi puesto. Un oficial de policía no puede disparar su arma, a menos que pretenda aplicar fuerza letal, y yo no quiero matar a este chico.

Solo le disparo en las dos ruedas. Nada más.

Una de las chicas grita. Por un instante, el terror borra la prepotencia que esconde una inferioridad que tanto ha practicado Jared; luego, se ensombrece de rabia.

Suelta una ristra de juramentos, me mira furioso y se lanza hacia la moto.

Mis hombres salen a toda velocidad de la comisaría, junto con toda la gente que había dentro.

—Aquí no hay nada que ver —digo, mientras avanzo hacia ellos.

Me paro para ver a Jared y su amigo cargar la moto en la camioneta. Se

queda a su lado. Mindy Dawn sube con él. Katy y Madison se meten en la cabina, con el chico callado. Salen del aparcamiento derrapando.

—Agentes —les digo a Dewey y a Everhart—, seguid a ese conductor y multadle por llevar pasajeros en la caja de la camioneta.

Me vuelvo hacia Singer y Blonski, que me miran con una mezcla de incertidumbre y confianza absoluta.

—Ya estoy harta de esta gente —les digo, mientras le entrego mi arma a Blonski—. Id a traerme a Shawna Truly. Es hora de que tengamos una charla. Aquí. En mi casa.

Capítulo 17

Neely me ha llamado por teléfono mientras Singer y Blonski están trayendo a Shawna Truly a comisaría. No habría podido ser más oportuna. Quería decirme que Derk se ha presentado en su casa con una mochila y una pistola de aire comprimido para jugar con Mason. Los Truly viven a unas diez millas de la casa de Neely. No tengo ni idea de cómo ha conseguido llegar: si lo habrá llevado algún pariente, si habrá hecho dedo o si habrá recorrido todo el camino saltando de rama en rama.

¿Sabrá su madre dónde está?

Desde donde estoy, en la puerta de mi despacho, la veo siguiendo a Blonski hasta nuestra sala de interrogatorios. Todo el mundo la observa. Es como si nadie pudiera apartar la mirada de ella. No sé exactamente a qué se debe. Es gorda, pero las he visto más gordas. Lleva unas mallas pirata, color azul turquesa con rayas amarillas, que no le quedarían bien ni a una supermodelo (no digamos a una mujer de su talla), y una blusa blanca mugrienta y sin mangas que deja a la vista unos brazos del tamaño del pequeño Jakester; pero todos hemos visto atuendos de lo más lamentable. Es cierto que ahora mismo está en boca de todos, pero a nadie se le escapa que no es nada educado quedarse mirando a una mujer que acaba de perder a una hija en la morgue y a un hijo en el sistema penitenciario del estado.

Si la miramos todos es porque hay algo morbosamente grandioso en ella. Como una elefanta que avanzara majestuosa a través de un grupo de felinos grandes y letales para llegar al abrevadero, Shawna muestra un desinterés magnífico por todo lo que la rodea, porque sabe que nada puede ni rozarla. En su mente, ha llegado a un lugar en el que está aislada de todo. Está por encima de todos nosotros, regodeándose en una libertad envidiable, porque

ya no le preocupa nada.

Yo voy a hacer que se preocupe.

Nuestra sala de interrogatorios es claustrofómicamente pequeña, gris, sin ventanas y agobiante, y retumba con un eco metálico cuando alguien habla demasiado alto; es como estar metida en el tambor de una lavadora.

La dejo ahí sentada unos minutos y me dedico a observarla por la cámara de videovigilancia. La gente hace cosas interesantes cuando se queda a solas en esta habitación. Hay quienes rezan, gritan, cantan, silban, hablan solos, tamborilean con los dedos, zapatean con los pies o apoyan la cabeza sobre la mesa y se duermen. He visto a mujeres retocarse el maquillaje y a hombres tirarse al suelo para hacer flexiones. Un tío sacó un mazo de cartas y se puso a hacer solitarios.

Shawna no hace nada. Está sentada mirando al frente, tan quieta e inalterable como una roca.

No se gira cuando me oye entrar por la puerta. No me presta atención cuando me siento en la mesa, frente a ella.

Dejo de golpe su anuario del instituto sobre la mesa y, mientras cruzo las piernas, miro de reojo la mancha de tabaco que llevo en el zapato. Singer se ha ofrecido a limpiarlo, pero le he dicho que no. Es mi insignia parda del ultraje.

—¿Qué narices te ha pasado? —le pregunto.

Los ojos vuelan en mi dirección, pero no se quedan ahí.

—Te he preguntado que qué demonios te ha pasado. ¿Cuánto pesas? ¿Qué crees? —Elijo una cifra absurda—. ¿280? ¿300 kilos?

Me mira otra vez y aparta rápidamente la vista, pero empieza a sonrojarse.

—¿Cuándo fue la última vez que te lavaste el pelo? —digo para provocarla.

Cojo un par de gafas que guardo en el bolsillo de la chaqueta y me las pongo mientras abro el anuario y empiezo a hojear páginas.

Casi todo el mundo se siente indefenso ante su pasado adolescente. Es un tiempo que guarda algo que quieren revivir o enterrar para siempre, algo de lo que deben defenderse o a lo que dar las gracias, una disculpa que se debió dar hace ya mucho tiempo o una aclaración que todavía esperan. Nada puede hacer tambalear todo el presente de alguien como esa mirada retrospectiva a

la inseguridad y a las posibilidades perdidas.

En mi anuario yo salía por todas partes, sobreactuando en fotos improvisadas, sentada en las gradas de las fotos de equipo, retratada en tomas deportivas (era la aguerrida base de nuestro equipo de baloncesto y la plusmarquista del instituto en los 400 metros lisos), posando en la biblioteca con los demás miembros de la asamblea de alumnos (era la presidenta), sonriendo modestamente en el campo de fútbol con mi vestido magenta sin tirantes con la falda de pañuelo y ejerciendo de Princesa del *Homecoming*²⁰ (me tomé bien la derrota. Sabía que era imposible ganar a Lori Ann Van Cherry y su peinado a lo Heather Locklear).

Aun así, en todas esas páginas no había nada que dijera quién era. Solo mostraban lo que hacía. Yo no siento la necesidad de explicarlo, pero la mayoría, sí. Confío en que Shawna también.

—¿No crees que tendrán que enterrarte en un piano de cola porque no habrá ataúdes de tu talla? —le pregunto, como charlando y volviendo al tema de su peso—. Apuesto a que, si te incineraran, llenarías dos urnas. Mira... —Me la quedo mirando, como si estuviera reflexionando sobre algo importante—... tu corazón podría pararse en cualquier momento. Estando tan gorda podrías caerte muerta cuando menos te lo esperes. ¿Estás en paz con Dios?

Esta última pregunta parece inquietarla y confundirla. Sus mejillas se vuelven de color rosa brillante.

—¿Te ha ayudado Miranda a acabar así? —pregunto, con dulzura—. Ah, aquí está. —Doy la vuelta al anuario para que pueda verlo y señalo a una Shawna Ridge de dieciocho años—. Qué chica tan guapa tenemos aquí. Tan guapa como Camio. Mira qué sonrisa, qué pelo tan rubio y brillante, menudos ojazos azules.

Intenta no mirar, pero no puede contenerse. Los labios adoptan una expresión de dolor, echa la cabeza hacia delante y la coloca sobre la página, con tensión, como si una mano invisible la estuviera agarrando por la nuca y la obligara a mirar.

—Imagino que una chica así tendría grandes sueños. ¿Cuáles eran? ¿Qué querías hacer con tu vida? ¿Ser estrella de cine? Eras guapa para serlo. ¿O ser profesora? ¿Médica? ¿Reina del derbi de patinaje?

Vuelvo a recuperar el libro y paso a otra página que ya había estado mirando antes. Hay una foto de ella con un par de amigas en un partido de fútbol. Parece feliz y llena de vida mientras agita un pompón de plástico barato. Le pongo el anuario delante.

Levanta una mano y toca la fotografía con dos dedos.

—¿Con qué soñabas, Shawna? —la presiono—. ¿Acaso querías pasarte todo el santo día sentada en el sofá de Clark Truly, como un vegetal, y revolcándote en la roña, esperando a que vuelva a casa para zurrarte?

Se me queda mirando de nuevo. Me está prestando atención. Los ojos están en estado de alerta; rezuman cautela. Veo cómo se le mueve discretamente la garganta al tragar saliva.

—¿O es que ahora es él quien te tiene miedo? —digo, dibujando una enorme sonrisa—. ¿Tiene miedo de que te sientes encima de él?

Nuestras miradas se encuentran. Dejo que las gafas se me deslicen por la nariz, para que pueda verme mejor los ojos.

—Te lo vuelvo a preguntar: ¿qué coño te ha pasado?

Es como si los siguientes diez segundos tardaran una eternidad en pasar. He apelado a la chica del anuario que creo que sigue viva en algún lugar dentro de la mujer que tengo sentada delante. «Vive», le ordeno en silencio a la joven Shawna. «No seas su tumba», le ruego en silencio a su yo adulto.

—No sé qué quiere de mí —dice por fin. Le tiembla la voz, pero no me parece que sea de dolor ni de miedo. Está furiosa—. No tengo nada que decirle de Camio. Y si le parece que, porque se meta conmigo, voy a volverme contra mi familia...

—Ya vale. —Levanto una mano, me quito las gafas y vuelvo a sentarme, indignada—. Déjalo ya. Ahórrame esa mierda de «he prometido lealtad a los Truly». No eres uno de ellos, Shawna. Simplemente te casaste con un Truly.

Me pilla totalmente desprevenida cuando se levanta. Yo también me incorporo.

—¡No sabe nada de mí, ni de ellos! —grita.

—¿Te vas a poner así conmigo? —grito yo también—. ¿En serio? ¿Pero tú sabes quién soy yo?

Sin darme cuenta, doy la vuelta a la mesa y me planto justo delante de ella,

cara a cara.

—Ni se te ocurra empezar con las gilipolleces de «ay, pobrecita de mí; somos unos muertos de hambre; estamos machacados y tenemos todo en contra». —Me acerco más aún. Nariz contra nariz. Si estuviéramos más cerca, nos besaríamos—. ¡Ve a tu marido borracho y maltratador y a la bruja de tu suegra, y sumamos a un padre muerto, una madre zorra y un puto pedófilo!

Se ha echado para atrás hasta darse con la mesa.

Apunto con el dedo hacia su cara y dejo salir:

—Ahora dime por qué pasas de tus hijos.

La mirada de Shawna se ensombrece y la oigo coger aire. Este instante es como lo que muestran las noticias de un edificio que está a punto de ser derribado por una bola de demolición, por un terremoto o por unos terroristas a bordo de un avión en el momento exacto en que el acto que causa la destrucción acaba de pasar, pero lo único que se ve de él es una pequeña nube de humo, hasta que toda la estructura se desmorona de repente, de forma violenta, muy rápido.

Se deja caer en la silla y empieza a llorar.

Regreso a la mía y la observo. Se tapa la cara con las manos y sacude los hombros. Nunca había oído un sonido así. Reconozco tras el mismo una congoja de naturaleza humana, pero el dolor desatado es el del alarido de un animal.

Dice algo entre sollozos que no logro entender.

—¿Cómo, Shawna? ¿Qué has dicho?

Echa la cabeza sobre los brazos, apoyados en la mesa, y sigue llorando.

Me inclino hacia delante para oír su respuesta, nos rozamos con la mejilla y siento la humedad de su aliento dentro mi oreja, pero ya no dice nada más.

Me incorporo otra vez.

—¿Qué has dicho, Shawna? —repito.

Levanta la cabeza y golpea con los puños sobre la mesa.

—¡No son míos! —grita.

Se derrumba entre nuevos gemidos. Se sacude con tal fuerza que la habitación podría derrumbarse a nuestro alrededor. Por fin, el llanto cesa y

coge aire sin dejar de estremecerse.

Levanta la vista para mirarme y puedo ver a la joven Shawna brillando en sus ojos. Saca la punta de la lengua para atrapar una lágrima que le ha ido cayendo por la mejilla hasta terminar en el labio superior.

—No son míos —susurra.

—¿Quieres que te traiga un vaso de agua? —le pregunto.

He dejado pasar cinco minutos. Se me ocurrió dejarla sola otra vez, darle un tiempo para ella, para que ordenara sus ideas pero, cuando he intentado ponerme en pie, no me respondían las piernas. La revelación de Shawna me ha dejado aturdida, temblorosa y agotada.

—¿Café? ¿Un té?

Sacude la cabeza. Se suena la nariz con un pañuelo de papel de los que va sacando del bolso. Hay mujeres que llevan un par sueltos o uno de esos minipaquetes de viaje, pero nunca había visto salir tantos de un bolso, como pañuelos que salieran de la manga de un mago.

Coge el último que ha usado y lo deja en el montón lleno de mocos y lágrimas que va reuniendo junto a su codo.

—No son tus hijos.

Lo expongo de la forma más escueta y directa posible. Veamos adónde nos lleva.

—Derk y Tiri son míos. —Sorbe por la nariz—. Los tres mayores son de Clark.

—¿Es que estuvo casado antes?

Sacude la cabeza.

—Entonces, ¿no se casó con la madre?

Asiente.

—Ahora la cosa tiene más sentido —le digo—. No me di cuenta de cuántos años te lleva Clark hasta que empecé a investigarte y a husmear en busca del anuario.

Las dos miramos hacia el libro. Lo tiene abierto por la página donde aparece con sus amigas, y lo mira de cuando en cuando. Creo que esa imagen

le está dando fuerza.

—Nos llevamos diez años.

—¿Qué edad tenías cuando te casaste con él?

—Diecinueve. —Debo de haber hecho inconscientemente un signo de desaprobación, porque añade rápidamente—: Nadie me obligó.

Le sonrío.

—Es bastante raro que digas eso, puesto que nadie te lo ha preguntado.

—Quería decir que me casé con Clark porque quise. Era guapo y me trataba bien. Además, quería largarme de casa.

Deja de hablar y se mira con culpabilidad las manos, con las que agarra otro pañuelo de papel que ha empezado a desmenuzarse lentamente.

No quiero empezar a divagar sobre la infancia de Shawna. No quiero saber qué pasó en esa casa. Me basta saber que seguramente su familia no la apoyaba, que no tenía a nadie en quien refugiarse. Muy al contrario, sentía la necesidad de huir. Los Truly detectan como perros sabuesos a los débiles y desprotegidos.

Me siento mal por haberle preguntado antes por sus sueños. Seguramente estaba tan hundida cuando conoció a Clark Truly que le parecería un verdadero sueño cuidar de él y de sus tres hijos, y retirarse al sofá hasta el final de sus días.

—Estoy impresionada —digo, intentando compensarla—. De verdad que sí. Es una gran carga. Tres hijastros cuando todavía eras una niña. ¿Qué edad tenían?

—Uno, cuatro y seis —recita de forma mecánica.

Relaja la cara, puede que por algún bonito recuerdo de los niños a esa edad, o regocijándose en secreto por el hecho de que ahora una está muerta, el otro en la cárcel y la otra con un bebé a las espaldas.

—Seguro que querías mucho a Clark —digo.

—No sabía nada de ellos —suelta.

Me mira con expresión cohibida.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando me casé con él, no sabía que tenía hijos. Me los presentaron después.

—Caramba. —Es lo único que se me ocurre decir.

Me siento otra vez en la silla y me tomo un momento para digerir uno más de los increíbles ingredientes del guiso de la vida de Shawna Ridge Truly.

—¿Cómo es que no lo sabías? —le pregunto.

—Nunca me dijo nada de ellos. Nadie los mencionó. Y yo nunca los vi.

—¿Y qué hiciste cuando te enteraste? Si hubiera sido tú, habría ido directa a pedir el divorcio.

Sonríe. Es la primera vez que veo sus labios haciendo algo que no sea apretarse fruncidos o dibujar una línea fina de enfado, y la diferencia la convierte en otra persona. Los años se esfuman de su cara. Cuando la conocí pensé que tendría cuarenta y muchos. Solo tiene treinta y cuatro. Ahora los aparenta. Incluso su postura mejora.

—Antes era una broncas —dice—. Tenía mi genio. Dije que no me quedaba ni de broma. Que no me iba a ocupar yo de tres críos. Que me había mentido, una mentira de las gordas. Que me largaba.

»La pelea fue monumental. Miranda me calmó y me convenció para que me quedara un poco para ver si podíamos arreglar las cosas.

Al mencionar a Miranda, se borra la sonrisa, y el destello de una Shawna más joven y viva desaparece.

Espero. Llegadas a este punto, quiere contarme su historia. Lo noto. Todos queremos que alguien conozca nuestros secretos más inconfesables, aunque solo sea una persona. Eso los convierte en algo real. ¿Se habrá desahogado alguna vez? No sé a quién podría haberse abierto.

Rebusca en el bolso. Sorprendentemente, no saca otro pañuelo. Es un monedero del que saca una vieja fotografía que llevaba escondida entre tarjetas de crédito. Me la pasa. Es la foto de un gato.

—Además de la ropa, solo me llevé conmigo a mi gata Sugar. La llamaba así porque era toda negra, menos la barbilla y alrededor de la boca, que eran blancas, como si hubiera estado comiendo azúcar.

Se me está cerrando la boca del estómago; la historia de Sugar no va a acabar bien. Shawna continúa:

—La tenía desde que era un cachorro. —Empiezan las lágrimas. Esta vez, silenciosas. Le corren por las mejillas—. Cuando me levanté, al día siguiente

de la pelea, estaba muerta. La habían abierto en canal, desde la barbillita blanca hasta la tripa.

—Dios mío —digo. Extiendo las manos y cojo las suyas desde el otro lado de la mesa—. Lo siento mucho, Shawna.

—Debería haber salido corriendo —dice, con la voz entrecortada—, pero no tenía adónde ir. A la policía le importan un bledo los gatos muertos, y a mi familia, aún menos. Nadie me dijo quién había sido. Nadie sintió lástima. Hicieron como si no fuera nada del otro mundo.

Paso la silla al otro lado de la mesa, para acabar sentada a su lado; no deja de sacudir los hombros y le paso un brazo por encima.

—Cuando me desperté a la mañana siguiente, me habían cortado todo el pelo. Y me habían rasurado mis partes.

—Madre mía —digo en voz baja.

—Miranda debió de echarme algo en la comida para dormirme, porque tengo el sueño ligero.

No suelo quedarme sin habla, pero esta es una de esas veces. No sé qué decirle. Intento imaginar qué pasaría por su mente, una mezcla de miedo, incredulidad y aislamiento con la que Clark y Miranda habrán podido controlarla y llegar a dominarla al completo, en cuerpo y alma.

—Y aún pasaron más cosas —continúa, sin entrar en detalles—. Al final decidí que lo mejor era quedarme. Tiri llegó al año siguiente y, con el tiempo, acabé acostumbrándome a los críos de Clark. Incluso llegué a quererlos.

—¿Dónde ha estado su madre durante todo este tiempo?

—Lo único que me dijo Clark es que había muerto. Se mató en un accidente de coche.

Se me ponen los pelos de punta, pero no sé bien por qué.

—Me has dicho que llegaste a querer a los hijos de Clark. ¿Qué cambió?

Vuelve a echar mano al bolso, saca otro pañuelo y se seca la cara.

—Un día —comienza—, Miranda me llevó aparte y me dijo que la madre de los hijos de Clark era su prima Layla.

Esta última pieza del puzle no despierta ningún tipo de reacción en Shawna. Supongo que, cuando se enteró, ya había dejado de alterarse por nada. Continúa:

—Imagino que lo habrían hecho durante años. Nadie lo sabía. Layla no paraba de tener críos y su madre la ayudaba a criarlos. Nadie sabía quién era el padre o si eran varios. A todos se la traía al paio. Ella decía que era cosa suya y que no le importaba a nadie.

»Cuando murió, Clark dio un paso adelante: le contó todo a su Addy, la madre de Layla, y dijo que quería quedarse con los niños. No sé qué pasó entre ellos. Miranda y Addy no se tragan. Yo no la conocía, pero imaginé que Addy quería a esos niños y que no querría dárselos a nadie. Pero ¿qué podía hacer en sus circunstancias? Legalmente eran propiedad de Clark. Luego, descubrí por mi cuenta por qué los dejó marchar.

Se interrumpe y me mira directamente y sin emoción, como si me estuviera dando las instrucciones para instalar un electrodoméstico.

—Desde que ella lo supo, le daban asco —continúa—, porque eso es justo lo que sentí yo. Después de enterarme, casi no podía mirarlos. Me odiaba por sentirme así. No era culpa suya. Pero ya no podía quererlos.

Por mucho que quiera terminar esta conversación, hay una razón importante por la que la empecé y todavía no he conseguido lo que buscaba, aunque no estoy segura de que pueda conseguirlo dejando a Shawna avanzar por libre. Ya me ha contado muchas cosas. Tengo que hacerle algunas preguntas.

—¿Por qué te lo contó Miranda? Debía de saber que podría afectar a lo que sentías por los niños. Uno pensaría que ella querría que los quisieras para que cuidaras de ellos.

—Sabía que los quería. Creo que por eso lo hizo. Quería hacerme daño. Siempre quiso hacerme daño; hacer daño a todo el mundo. Es lo que mejor se le da.

—¿Los niños lo saben?

—Creen que su verdadera madre fue una buena mujer que se mató en un accidente de coche.

—¿No recuerdan nada de cuando vivían con ella o con Addy?

—Camio solo tenía unos meses cuando Layla murió y se fueron a vivir con Clark y Miranda. Jessy tenía tres y Shane, cinco. Eran muy pequeños para acordarse.

—¿Y nunca quisieron saber nada de su madre? ¿Nunca se han preguntado

por qué no han conocido a nadie de la otra familia?

—Cuando Miranda te dice que de algo no se habla, no se habla.

Suelto la bomba:

—¿Podría haber matado a Camio?

La misma sonrisa que me enseñó cuando se definió como una broncas vuelve, aunque solo por un segundo antes de ensombrecerse.

—La muerte sería un regalo —me dice—. Una forma de escapar de ella. Quiere que la gente viva, para poder atormentarla.

—¿Se te ocurre alguien más de la familia que pudiera haberlo hecho?

Sacude la cabeza.

—Son malos y brutos, pero creo que no llegarían a matar. Además, ninguno tenía motivos para matar a Camio.

«Que tú sepas», pienso para mis adentros.

—¿Quién crees que lo hizo?

Se le vuelven a llenar los ojos de lágrimas, pero esta vez no las derrama.

—Un desconocido —dice, pasando el dedo por la foto del gato—. Quiero que haya sido un desconocido.

²⁰ Una serie de celebraciones, habitualmente para dar la bienvenida de vuelta de vacaciones, a lo largo de una semana completa, en la que se celebra el orgullo de pertenecer al instituto. Participan alumnos y exalumnos, y, entre sus actividades, se incluye la elección de una corte con rey, reina, princesas, príncipes y demás títulos, entre todos los alumnos y por votación anónima.

Capítulo 18

Cuando salgo de la sala de interrogatorios, me dan ganas de desnudarme, tirar los zapatos por ahí, meterme de cabeza en el coche y conducir desnuda hasta la playa más cercana para tirarme al agua de un salto y nadar hasta dar con una isla desierta donde pueda vivir sola, lejos de las personas y de las cosas que se hacen unas a otras.

Pero la sensación acaba por irse.

Me tropiezo con Nolan y con dos agentes de uniforme. No me equivocaba. Ya han estado registrando la casa de Lonnie Harris. Cuando iban a marcharse de la ciudad, escucharon que había habido disparos en la comisaría de policía y se han pasado por aquí.

—Un buen interrogatorio, comisaria —dice uno de los agentes.

El otro sonríe y asiente, para mostrar que está de acuerdo.

Nolan está en pie detrás de ellos, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, mascando chicle y con los ojos ocultos tras las gafas de sol. No abre la boca.

Singer y Blonski los acompañan. Les hago un gesto para que me sigan y poder hablar con ellos sin que los otros nos escuchen.

—Dejad a la señora Truly unos momentos a solas y luego llevadla a casa. Sed amables.

Barro la comisaría con la mirada. Mis ojos se fijan en el escritorio de Everhart. A los amigotes con los que va a correr en los derbis de demolición les pareció tronchante mandarle un ramo de flores enorme y de lo más cursi al trabajo.

—Y dadle esas flores —se me ocurre.

Blonski arquea las cejas.

—Tú hazlo —le digo.

Sé que Nolan querrá hablar conmigo, pero no vuelvo adonde está con sus agentes. Voy directa al despacho.

Me siento al escritorio e intento parecer lo más sosegada posible.

Lo único que he hecho para personalizar esta habitación es poner un par de marcos de fotos sobre el archivador. En una está Champ a la edad de Mason, sonriendo a la cámara con una gorra de los Pirates y un bate de béisbol echado al hombro, con la cara llena de pecas por el sol de verano. Gil ya estaría abusando de él, pero nosotras no lo sabíamos. O, mejor dicho, algunas no lo sabíamos.

He examinado esta foto cientos de veces, buscando algún indicio que pudiera haberseme escapado. La he inclinado a un lado y otro, pensando que podría ser como uno de esos hologramas que, a una determinada luz y en un ángulo muy concreto, muestran la realidad, y que su amado rostro se convertiría en una máscara mortuoria, agónica y congelada en un grito; o que aparecería Gil con cuernos de demonio por entre su pelo peinado, mirando con lascivia por detrás de su hombro... Pero lo único que he visto siempre es a un chico normal y despreocupado, e imagino que por eso me gusta.

En la foto de al lado, estamos Neely y yo, con seis y ocho años, junto al viejo Plymouth de la abuela, un Domingo de Pascua, sufriendo la humillación de que nos obligaran a ir con vestido a la iglesia; estamos cogidas por unos bracitos raquíticos, las rodillas abultadas en el centro de unas piernas desnudas y rematadas por unos zapatos de charol blanco que enseguida nos manchamos; yo, por accidente, y Neely, a propósito. Mi vestido era azul marino, entallado, con lazo y cuello babero, y me parecía un uniforme; tenía que contenerme para no ponerme a dirigir el tráfico en el aparcamiento de la iglesia o a decirles a los niños pequeños que fueran más despacio. El de Neely era amarillo claro con margaritas diminutas, y lo odiaba.

La abuela solía llamarnos Sal y Pimienta. No es que fueran unos apodos originales a rabiarse, pero nos pegaban: Neely siempre tan guapa y con rasgos finos, casi como una nórdica (quizá Uno de Paso fuera vikingo, le decía yo, o un profesor de esquí); yo con la pelambreira irlandesa de Donny Donno, una maraña de rizos morenos y los ojos marrón oscuro que los genes de mamá

habían aguado un poco, como cuando echas una gotita de leche en el café.

La última foto es una de las pocas en las que aparecemos mi madre y nosotros tres. Estamos sentados alrededor de una mesa de pícnic en el Lick-N-Putt. Parecemos completamente normales. Una mujer encantadora con tres niños encantadores a punto de comer unos encantadores perritos calientes con patatas fritas y de jugar al minigolf.

Aún he visto menos fotos de mi madre a solas. Por muy presumida que fuera, a mamá no le gustaba que le hicieran fotos. Muchas veces, cuando jugábamos en el ático de nuestra pequeña y cochambrosa casa, entre arañas muertas, nos entreteníamos en elaborar teorías sobre el porqué. Neely decía que estaba en busca y captura, que era una prófuga de la justicia. Yo decía que era como una de esas tribus de nativos americanos y de aborígenes australianos que creen que la cámara tenía poderes mágicos sobre su esencia interior, e intentaba protegerse; sería un delito que una Kodak le robara su alma a una chica tan bonita.

Al mirar estas fotos me entran ganas de reírme a carcajadas, al recordar los buenos tiempos, pero también me avergüenzan.

—Damos pena y risa a la vez —me dijo Neely una vez mientras volvíamos en bici a casa desde la presa Laurel—, como una tortuga que se haya dado la vuelta sobre el caparazón.

De pronto comprendo por qué la única foto que Shawna Truly tenía a la vista era la de su boda con Clark. Había pensado que se sentía bien al recordar lo guapa que fue, pero en realidad se estaba flagelando: es un recordatorio constante del error que cometió, un error que selló su destino y que la convirtió en lo que es ahora.

Nolan entra sin llamar. Si yo fuera un hombre, él llamaría. Aunque no me respetara o fuera sospechoso de asesinato, llamaría.

Estoy furiosa con él. No es porque no haya llamado, estoy furiosa porque anoche no se aprovechó de lo vulnerable que estaba para acostarse conmigo en un momento en el que yo no pensaba con claridad pero deseaba con desesperación que fuera brutal conmigo y que me hiciera olvidar todo a base de embrutecerme.

Se para delante de la pizarra del asesinato. Solo he montado dos desde que

soy comisaria. Los otros dos homicidios en los que he trabajado a lo largo de mi carrera sucedieron cuando todavía era oficial.

—Pensaba que las pizarras eran para presentar información a las brigadas —dice.

—Tiene ruedas. La llevo de un lado para otro. Me gusta mirarla cuando estoy en el despacho.

La mira por detrás y ve el encerado que tiene al otro lado.

—La cogimos prestada del colegio —le explico—. No tenemos muchos asesinatos por aquí.

Sacude la cabeza con condescendencia.

—¿También os habéis llevado los rotuladores? Está bien que cada sospechoso tenga su color. ¿Por qué Eddie Truly es el verde?

—Exmilitar.

—¿Y el chico de los Massey, azul?

—Es un niño.

—¿Lonnie Harris, marrón?

—Es un mierda.

—¿Shawna Truly, morado?

—El color de la realeza. La Reina de la Mugre.

—¿Miranda Truly, rojo?

—Satán.

Sacude otra vez la cabeza.

—¿Habéis encontrado algo en casa de Harris? —le pregunto.

—Porno a mansalva. Y un revólver cargado en un armario sin cerrar bajo llave y con tres niños correteando alrededor.

—Adorable.

—Pero no había nada que lo relacionase con el asesinato de la Truly.

Saco un paquete de rotuladores del cajón de mi escritorio y me pongo a su lado, delante de la pizarra.

Bajo la foto de Shawna escribo en morado: «Camio no era su hija. Los verdaderos padres eran primos. ¿Podría ser el móvil?».

Nolan lo analiza un momento. No se ha quitado las gafas de sol. No sé qué piensa.

Saco el rotulador negro, escribo en el centro de la pizarra «¿Podría ser EL móvil?» y dibujo unas flechas que salen de la pregunta hacia cada Truly.

Ni un comentario.

Coge el rotulador verde y escribe debajo de Eddie: «Sin coartada».

Luego, cambia el rotulador verde por el negro y, en la línea de tiempo donde he anotado las horas en que Camio estuvo desaparecida, escribe: «HM: 19:30 h».

—¿Tienes la hora definitiva de la muerte y no me habías dicho nada? Es más de una hora antes de que Zane recibiera esos mensajes, ¿no?

Estaba dispuesta a decirle todo lo que me han dicho esta mañana las amigas de mi abuela sobre Miranda Truly y que Eddie intentó matar a su tía Addy a hachazos; pero, si él no siente la necesidad de compartir, yo tampoco. Menos mal que no he tenido tiempo de escribir nada de eso en la pizarra.

Me da el rotulador y se sienta en la silla, frente a mi mesa. Voy a sentarme al otro lado.

—Te preocupaba perder el trabajo por lo que pasó en casa de los Massey.

—Empieza el sermón que estaba esperando que me diera. Apunta con el pulgar en dirección del aparcamiento—. Por eso vas a perder el trabajo.

—Gracias por preocuparte.

—No me preocupa. Me importa un pimiento lo que te pase. Me da igual que sigas siendo comisaria de este pueblo de mierda, o que te jubiles, o que montes una tiendecilla de chorradas y vivas con un tropel de gatos.

Nolan nunca dice tacos, así que su descripción de Buchanan no va con él; está más enfadado de lo que aparenta.

—¿Una tiendecilla de chorradas? —le pregunto.

—Eres mejor poli que yo —continúa—. ¿Qué has hecho? No es propio de ti. Tú eres más sensata.

—Si lo próximo que vas a decirme es «Te he enseñado a hacerlo mejor» —le interrumpo—, voy a...

Se echa hacia delante.

—¿A qué? ¿A dispararme?

Yo también me echo sobre el escritorio.

—¿Cuántos años han pasado? —le contesto, procurando no gritar—. Siento

no haber seguido tus pasos y no haberme convertido en inspectora de Investigación Criminal de primera en la Estatal. Siento que mis ovarios y yo te hayamos decepcionado.

—Sabes que tus ovarios no tuvieron nada que ver.

Estamos en tablas. Vuelve a recostarse en la silla. Yo lo tomo por una señal de victoria. Sé que para él significa que es más maduro, más responsable, mejor líder y mejor poli.

—¿Has entregado tu arma? —pregunta.

Lo saludo rápidamente.

—Sí, señor.

—¿Qué te había hecho ese chico?

—Meterse conmigo. Eso hizo.

—¿Últimamente te está pasando algo que yo no sepa?

Me muevo intranquila en la silla. No quiero hablar con él de mi vida privada. Desde luego, no voy a admitir que estoy dejando que lo que sea interfiera en mi trabajo. Y, por supuesto, no voy a decirle que Lucky va por ahí amenazándonos a mi hermana y a mí con la intención de denunciarnos por lo civil por haber mentido a un tribunal. Aun así, debo contarle lo de Champ, porque necesito su ayuda. Al fin y al cabo, es el Inevitable.

—Hay algo —empiezo. Se me queda mirando y sus ojos enmascarados ocultan tal intensidad que empiezo a pensar que me va a estallar la cabeza—. Mi hermano pequeño, Champ, apareció ayer; llevaba veinticinco años sin verlo, se presentó con un niño de nueve años del que no sabía nada y me lo ha dejado a mí.

Se queda callado. No me lo va a poner fácil.

—Tengo la sensación de que no piensa volver; desde luego, no va a volver pronto. También tengo motivos para pensar que tal vez tenga problemas con el alcohol. Y puede que con alguna sustancia. Quiero encontrarlo. Mi sobrino parece un buen chico, pero no tengo instinto maternal.

Nolan no sabe mucho de mi pasado. Cuando mi madre fue asesinada, él tenía veinte años, estaba en la universidad jugando al fútbol y sacándose Derecho Penal, y ya tenía la idea de ir a la Academia de la Policía estatal. Cuando nos conocimos, siete años más tarde, sabía quién era yo. Recordaba

el crimen, el nombre de soltera de la víctima y los nombres de sus hijas. Antes de ser policía, Nolan había seguido los informes de todos los crímenes locales, como si ya lo fuera. Nunca me preguntó nada escabroso ni cómo habíamos sobrevivido mis hermanos y yo; y se lo agradecí. Bastaba con que supiera lo que nos había pasado.

No sabe nada de lo que Gil le hizo a Champ. Sí sabe que Champ se fue de la ciudad y que casi no tenemos noticias suyas.

Mete la mano en la chaqueta del traje y saca un bloc de notas y un lápiz.

—¿Cuándo se ha ido? —pregunta.

—Anoche. Puede que esta mañana. Se estaba quedando en mi casa y yo volví a eso de las dos. No recuerdo cuándo me dormí. Cuando me he despertado, ya se había ido.

—¿Por qué no me llamaste cuando viste que se había ido?

—No lo sé. Imagino que esperaba que volviera. Quizá aún lo haga —añado, esperanzada.

Nolan no me hace caso. Sabe que no le estaría contando todo eso si de verdad pensara que mi hermano iba a volver.

—¿Vehículo?

—Kia Soul verde. Matrícula de California. No apunté el número —le digo, sin darle tiempo a preguntar.

Frunce el ceño.

—Descripción.

—Cuarenta y cuatro años, 1,80, delgado, unos ochenta kilos. Pelo y ojos oscuros.

—¿Dirección?

—No lo sé.

—¿Trabajo?

—Desempleado.

—¿Mujer? ¿Novia?

—No.

—¿La madre del niño?

—Muerta.

Se quita las gafas y suspira.

—¿Sabes algo de él?

—No —reconozco.

—¿Antecedentes?

—No lo sé.

Cierra el cuaderno.

—Nos lleva mucha ventaja. Ha tenido tiempo de sobra para salir del estado. Le daría las gracias, pero se está portando como un capullo.

—Tengo el caso Truly y otros cuatro homicidios en activo. ¿Qué vas a cocinar hoy? —dice, igual de desagradable.

Pienso en sus platos caseros favoritos.

—¿Esta noche? —respondo algo arisca—. Chuletas adobadas con puré de patatas y salsa. Y merengue de limón.

Se pone en pie para marcharse.

—Disfruta de esas chuletas —dice.

—Disfruta de esos espaguetis fríos y recién sacados de la lata que vas a comerte en la encimera.

Sé que, aunque me ha estado chinchando, voy a sentirme mal todo el día, preguntándome si habré herido sus sentimientos y si de verdad va a cenar pasta fría de lata, y que será lo último en lo que piense esta noche antes de dormir. Él se olvidará de mí en cuanto se monte en el coche y vuelva al trabajo.

Un hombre puede amar a una mujer y seguir anteponiéndose él a todo lo demás; una mujer puede poner por delante de todo a un hombre a quien está segura de que no ama: por eso nunca he ido en serio con Nolan.

Cuando está a punto de salir por la puerta, se para.

—¿Por qué está escrita la víctima en color naranja?

Miro hacia la foto de undécimo curso de Camio que hay colgada en el centro de la pizarra. Sonríe con dulzura, pero sé que eso no quiere decir nada.

—En la última foto que le hicieron cuando aún estaba viva —digo en voz baja—, se estaba comiendo una piruleta naranja.

El bufete de Shank, Shank y Goldfarb está solo a unas manzanas de la comisaría. En cuanto puedo, llamo para asegurarme de que está Sandra y me apresuro hacia allí.

Muy pocos de los que denunciamos y arrestamos en esta ciudad contratan a Sandra. O no se lo pueden permitir o no necesitan a alguien con sus capacidades. Se apañan con Chet.

Me ha freído a preguntas en el estrado unas cuantas veces. Es mordaz y meticulosa, conoce hasta el último detalle de sus casos y no es aficionada a hacer presentaciones ni conclusiones grandilocuentes, esas salvas pedantes o sensibleras llamadas a apelar al deseo de hacer justicia del jurado o a tocarles la fibra sensible. Lo único que le interesa son los datos y arrojar sobre ellos una duda razonable.

Cuando entra por primera vez en un tribunal, con uno de sus impecables trajes sastre, su pelo caoba, corto y peinado hacia arriba, y su candorosa cara sin rastro de maquillaje, en un primer momento, todo el mundo piensa que es una becaria adolescente excesivamente entusiasta que ha llegado para apilar carpetas y llenar las jarras de agua. Cuando ya se sabe quién es realmente, esa sensación da paso a una antipatía instintiva en una ciudad pequeña como esta, a la desconfianza hacia su energía y su confianza urbanitas y hacia una androginia que, para nosotros, significa que se cree más lista, más estilosa y mejor que nosotros. Pero, cuando la ves trabajar, te das cuenta de que es uno de esos cerebritos de los que te ríes en clase y que nunca invitarías a una fiesta, pero a los que les haces la pelota cuando necesitas su ayuda para hacer alguna tarea insufrible. La única diferencia es que cuando Sandra te ayuda no es porque sea una empollona que quiere caerte bien, sino porque has cometido, o no, un delito por el que siente curiosidad y, a cambio, tú le das un buen montón de dinero.

—Comisaria Carnahan —dice, levantando la vista de su Mac por un instante—. Acabo de volver de una audiencia. Mi secretaria me ha dicho que se han oído disparos cerca de la comisaría.

Sus dedos se mueven por el teclado. Tiene las uñas cortas, pero siempre las lleva pintadas, hoy de un suave color cobrizo. Eso me recuerda que quiero pasarme por el salón de manicura al que iban Camio y sus amigas.

—En cierto modo, por eso he venido —le digo—. Solo le robaré un momento.

Señala la silla que hay frente a su escritorio. Es de cuero color caramelo y seguramente cuesta tanto como todas las sillas y demás muebles de oficina de la comisaría.

Me quito el zapato que llevo manchado y lo dejo sobre la mesa: mi escritorio es metálico, del color de una cuchara deslustrada; el suyo es de una madera exótica, color miel, que haría llorar al Lorax, y tan pulida que irradia luz.

—Bonitos zapatos —dice—. Parecen caros.

—Pues no lo son. Son de Kohl's. Con un vale de descuento del 30 por ciento y el crédito de Kohl's, casi me salieron gratis. Me compré tres el mismo día.

Lo coge y lo examina con los labios fruncidos.

—A veces tienen buenos zapatos. ¿Qué le ha pasado a este?

Hago una recapitulación fría:

—En el curso de mi investigación sobre el asesinato de Camio Truly, tuve que hablar con un joven y sus acompañantes en el aparcamiento de la comisaría; él me escupió tabaco de mascar sobre el zapato, con la finalidad de provocarme para que le agrediera. En respuesta, disparé a las ruedas de su moto.

—¿En lugar de dispararle a él?

—Sí.

—Un autocontrol admirable. ¿Usted le provocó de alguna forma?

—No. Lo hizo para demostrarles a sus amigos que, hiciera lo que hiciera, yo no podía hacerle nada a él, porque es menor.—¿Un menor? ¿Años?

—Dieciséis por lo menos. Y es un Truly.

—¿Parentesco con Camio?

—El primo.

Deja el zapato sobre la mesa, cruza las manos, se las lleva a los labios como si fuera a besarse los nudillos y se queda mirando la copia del veredicto de un caso del Tribunal Supremo que defendió solo tres años después de salir de la facultad, y que tiene enmarcada y colgada en la pared a mi espalda; yo tengo

un calendario de pared con bellos paisajes de Pensilvania.

—No creo que vaya a darme ningún problema, ni él ni su familia —añado—. Lo que pasó en el aparcamiento les parecerá humillante. No querrán llamar la atención sobre lo sucedido.

Sé muy bien que eso no significa que no vayan a ocuparse del asunto en privado y que, si lo hacen, podrían hacer algo desagradable en mi casa o conmigo. Lo que está claro es que también le pasará algo desagradable a Jared. Casi me siento mal por ello.

—Pero a algún ciudadano preocupado o a alguien del Concejo le podría parecer mal lo que he hecho —concluyo.

—¿Y por eso está aquí? —pregunta.

—Me pareció que debía contratar a un abogado. Por si acaso.

Coge un bloc de notas amarillo y un bolígrafo.

—Si le preguntara, ¿cómo justificaría lo que hizo?

—Vamos a echarle la culpa a la menopausia.

No mueve ni un pelo.

—Aunque todavía no la tengo —añado.

—Perimenopausia —escribe en su cuaderno y me mira, esperando a que continúe.

En el Concejo de la ciudad están Ben, seis hombres más y dos mujeres que se llevan veinte años de edad pero que son igual de remilgadas y que abandonarían la sala si el engranaje de los marchitos órganos reproductivos y las enrabiadas hormonas de la comisaria de policía afloraran en una reunión. Los hombres abandonarían el edificio.

—He estado pensando y, si hay algo por lo que el Concejo renunciaría a investigar mi conducta, eso sería la palabra «menopausia».

—Es brillante —confirma Sandra.

—Gracias.

Se pone en pie y me tiende la mano.

—Zapatos de ante rosas echados a perder. Cambios de humor perimenopáusicos —dice mientras nos damos la mano—. Creo que no necesitamos nada más. Sé dónde encontrarla si tengo alguna duda.

—Iré a hablar con Tiri mañana —se me ocurre añadir.

—Sin problema, siempre que esté yo presente. La acompaño.

Coge la chaqueta de un colgador que hay detrás de la puerta y, aunque solo vamos a ir juntas hasta el ascensor que hay al final del pasillo, se la echa sobre la blusa de seda sin mangas, color crema, que lleva puesta con su traje de raya diplomática, color gris carbón. Debe de ser un gesto automático, igual que la abuela siempre se ponía un albornoz cuando se levantaba de la cama para echarnos un vistazo, aunque llevara puesto un camisón largo y tan grueso que Superman habría tenido problemas para ver a través de él con su supervisión de rayos X.

—Sobre su anticipo... —empiezo a decir.

—Olvídese de eso. No creo que este asunto vaya a ningún lado; además, su hermana se ha comprometido a pagar las costas de Tiri. Es suficiente con que una de las hermanas Carnahan me vaya a comprar un Mercedes nuevo.

Al otro lado del vestíbulo está el despacho de Chet; vamos a pasar por delante. La puerta está abierta. Podría asegurar que se escucha un televisor, gritos de mujer, alaridos y chillidos del público del estudio.

—Me gusta el coche azul celeste que tiene —le digo.

—Ya tiene seis años y quiero uno color champán.

Chet estalla en su inconfundible risotada nasal, después vitorea con entusiasmo a Jerry Springer por dejar que continúe la pelea de gatas.

Sandra cruza el vestíbulo y cierra la puerta.

Capítulo 19

El resto del día no va a mejor. Casi todos los quebraderos son por cosas que nada tienen que ver con el asesinato de Camio. Los cometidos y deberes habituales del departamento no desaparecen porque muera una chica. No hay menos papeleo. Nuestra responsabilidad no se relaja. Los problemas e inquietudes de nuestros ciudadanos no se esfuman.

Intento ser la persona servicial de siempre, pero tengo la concentración maltrecha y la paciencia, agotada. No paro de pensar en todos esos chicos, de antes y de ahora, que de repente están tomando el control de mi vida; uno luchando por vivir en la cama de un hospital, el otro apuntándome con un arma a la cabeza, el otro con un padre desaparecido, el otro fuera de control, el otro sufriendo abusos delante de mis narices y el otro teniendo un hijo no deseado y estampándose con el coche contra un árbol.

Sus necesidades han pasado a ser mi carga, incluso las de mi padre, que lleva muerto tanto tiempo, aunque no sé bien qué puede ser lo que él necesite. Estoy enfadada con todos. Es como si quisieran robarme a propósito la energía que debería dedicarle a la chica muerta.

«Típico de los hombres», me diría Neely si le explicara lo que me sucede. «Siempre quieren estar por delante».

«Típico de las mujeres», me diría Nolan. «Siempre culpan a los hombres de sus problemas».

La sangre me hierve con tan solo pensar en Nolan y en cualquier cosa que pudiera decirme.

Cuando iba a salir de la comisaría, me he cruzado con una mujer que quería presentar una denuncia. Todos los demás habían tenido que hacer alguna salida o estaban con el radar. Le he explicado amablemente que podría

haberse ahorrado el viaje y haber llamado, y luego he intentado pasarla con Karla para que rellenara un formulario, pero ha insistido en hablar con alguien en persona.

Llevo veinticinco minutos escuchándola, pero tengo la sensación de que todavía no ha llegado al motivo de la denuncia.

No me gustan los llorones. Ante un problema, mi filosofía es arreglarlo y, si no se puede arreglar, buscar la manera de vivir con él que sea menos destructiva para ti y para el resto del mundo. Hagas lo que hagas, no hables sin parar sobre ello si no vas a hacer nada.

Los polis de una ciudad pequeña escuchan muchos lloriqueos.

Hace más o menos un año, tuvimos que investigar una serie de pequeños incendios provocados y entrevistamos a tanta gente que pensé que ya no quedaba nadie más con quien hablar; no era raro escucharme desear que «ojalá se callaran de una santa vez todos esos cansinos chapas insoportables».

Al parecer, lo dije tantas veces que mis hombres inventaron el acrónimo CACHIS para referirse a los CAnsinos CHapas InsoportableS. Era una forma concisa de expresar lo que sentíamos por alguien y de hacerlo discretamente, sin ofender a nadie.

Podíamos cruzarnos por comisaría con un posible testigo o con un sospechoso sentado a una mesa y decir delante de él: «Sé de alguien a quien le vendrían bien unos CACHIS». Por lo que respecta al resto del mundo, lo único que queríamos decir es que nos apetecía tomar una cerveza.

Singer nos hizo unas tarjetas oficiales de miembros del Club de los CACHIS, plastificadas y con borde dorado, y nos las regaló por Navidad, para que las lleváramos con las tarjetas de crédito. Nos hizo mucha gracia a todos. Solo a Singer se le ocurriría algo así. No sé si alguien más habrá guardado la suya, pero yo sí.

Meto la mano en el bolso, saco la cartera y la abro, mientras la mujer sigue hablando. Creo que no se da ni cuenta. Encuentro la tarjeta CACHIS medio escondida detrás de unas tarjetas de crédito. Al ver mi Visa dorada recuerdo a la pequeña Goldie Truly mascando su juguete para perros, pero enseguida deja paso a Derk y Tiri, que se lo compraron juntos. Otra victoria para los hombres.

También encuentro un trozo de una servilleta de bar, de hace diez años. No me hace falta abrirla para saber qué hay escrito dentro. Nolan me llevó a tomar algo para celebrar mi ascenso a comisaria. Nos lo pasamos bien, fue una de esas noches en las que casi me pareció que podríamos tener una relación de verdad si no fuera porque él tenía mujer e hijos, y yo, aversión a las relaciones de verdad. Me apetecía un revolcón con Nolan. Creí que estaría incluido en el paquete de enhorabuena, junto a las bebidas y los nachos gratis, pero lo llamaron del trabajo. Mientras hablaba, fui al servicio. Cuando regresé, se había marchado, pero había escrito algo en la servilleta: «Eres el mejor hombre para el puesto».

Cuando empiezo a ponerme sensiblera, otro recuerdo de Nolan hace a un lado al primero y se me pasa la tontería.

Al poco tiempo de dejar la Estatal y de empezar a trabajar en Buchanan, tuve que salir a un servicio con otro oficial que ya hace tiempo que no está. Un caballo se había caído en una poza medio vacía y cubierta de hielo, y se le había roto una pata. No había forma de sacarlo. *A posteriori*, sé que deberíamos haber llamado a la protectora o a un veterinario, pero el otro oficial, que tenía antigüedad y un pene de cuyo tamaño presumía con frecuencia, insistió en que había que dispararle y terminar con su sufrimiento.

Solo había visto disparar a caballos en las películas o en la televisión, cuando un vaquero le mete un balazo en la cabeza al animal porque se ha quedado cojo. El caballo caía muerto al instante, sin derramar ni una sola gota de sangre.

Esa representación no era muy rigurosa.

A nuestro caballo le reventó la cabeza. Aunque estábamos a varios pies, acabamos empapados de sangre. Estuve quitándome trozos de sesos y astillas de hueso de mi pelo todo el día. Pero lo peor fue que el caballo no murió.

El otro oficial, que fue quien había disparado, tuvo que disparar de nuevo; esta vez, en el pecho. El animal cayó sobre sus patas. Así, además de recibir dos disparos, iba a morir ahogado.

Salté dentro, con él. Era irracional y completamente inútil. No podía ayudarlo, pero no podía soportar la idea de que muriera sin que nadie lo consolara.

Estuve metida en el agua helada, acariciando su cabeza enorme y destrozada, susurrándole al oído, hasta que el único ojo que le quedaba dejó de mirarme enloquecido y se puso en blanco. No sé cuánto tiempo pasó — ¿cinco minutos?, ¿dos horas?— hasta que murió y salí de la poza. No me di cuenta de que, al tenerlo agarrado, tal vez lo estaba asustando aún más que si lo hubiera dejado a solas. Quizá le hice estar aún más aterrorizado.

En algún momento, mientras sucedía todo esto, había llegado Nolan. Estaba por la zona, algo que pronto se convertiría en una inoportuna costumbre. El Inevitable aparecía, inevitablemente, en los momentos más inoportunos para mí.

Estaba completamente empapada y chorreando sangre, estremeciéndome por la conmoción y por el comienzo de hipotermia, con los ojos enrojecidos por el llanto.

—Dios mío —dije a duras penas, con la voz ronca por el frío—. Es lo más horrible que he visto nunca.

Una vez arriba, me echó una ojeada. Estaba furioso conmigo porque hacía poco me había tirado a su mejor amigo y me había marchado de su querida Estatal.

—Basta de lloriquear —dijo.

Hasta ahora, la mujer que tengo sentada enfrente me ha contado que tiene atascado el fregadero. No está obstruido del todo, pero traga muy despacio. La hermana de su exmarido vive al otro lado de la calle y, aunque han mantenido una relación correcta después del divorcio (lo atribuye al hecho de que incluso su propia familia reconoce lo gilipollas que es él), siempre está pasando a su casa; entra sin llamar a la puerta, se pone a comer lo que encuentra en el frigorífico, bebe lo que quiere y le coge ropa prestada sin decirle nada cuando ella está en el trabajo. Lleva un neumático con la presión muy baja. Siempre está hinchándolo pero se desinfla enseguida. Un amigo le ha dicho que, si echa agua sobre el neumático y hay un agujero, verá burbujas por donde sale el aire. Lo ha intentado hacer, pero no ve ni una burbuja ni media. Ha estado quedando con él, le gusta un poco, pero habla demasiado y no la atrae mucho, pero tiene un buen trabajo, la trata bien, se gasta dinero en ella y es bueno con sus hijos.

Guardo la tarjeta CACHIS en la cartera y saco una tarjeta de visita, le doy la vuelta y escribo en el reverso:

Drano
Cierra la puerta con llave
Pep Boys, Jenner Pike
Cásate con él

Me levanto, se la doy y me marcho.

La principal fuente de ingresos de Neely viene de sus contratos con la Policía Estatal y otros organismos para entrenar perros de asistencia, pero también tiene un próspero negocio privado. Imparte clases de agilidad y de obediencia individuales y en grupo y, además, colabora con PAWS y la ASPCA cuando algún perro tiene problemas especiales de comportamiento que deben corregirse antes de darlo en adopción.

Por la cantidad de coches que hay aparcados en su terreno, y al no ver aparecer a sus centinelas por ningún lado, deduzco que está impartiendo una clase. Siempre encierra a los perros, salvo a Smoke, que la ayuda.

Llego tarde a recoger a Mason, pero ella no se dará cuenta. Creo que ni siquiera sabe que sigue por aquí.

Doy la vuelta al circuito de prácticas y veo a Mason sentado en un banco, con la carpeta sobre las rodillas. No veo a Derk, pero podría estar subido a un árbol o haber desaparecido de la misma forma que se presentó aquí.

Neely está trabajando con doce alumnos: seis humanos y seis caninos.

Mason oye cómo me acerco y levanta la vista, sonriente. Siento cómo me desinflo.

—Hola, tía Dove —dice—. ¿Cómo te ha ido el día?

—Bien. ¿Y el tuyo?

—Bien, imagino. Tía Neely dice que estás buscando a un asesino. Dice que lo vas a coger porque eres buena detective. ¿Es verdad?

—Bastante buena.

—¿Eres como Sherlock Holmes o como Magnum P.I.?

—¿Ves *Magnum P.I.*?

—A papá le gustan los clásicos.

Me siento en el banco, a su lado.

Los seis perros de la clase de Neely están todos en posición «Tumba». Neely se mueve entre ellos, pasa por encima, se agacha y les estruja juguetes delante del morro, intentando que incumplan la orden. Todos tienen un comportamiento admirable.

—¿Qué haces? —le pregunto.

—Intento adivinar quién va a abandonar.

—Ah —digo—. ¿Así que has oído el discurso de bienvenida de tía Neely?

Sonríe ampliamente.

—La he grabado con el teléfono. Ha sido buena idea. Es oro puro.

Busca el vídeo y me tiende el iPhone para que lo vea.

Neely y Smoke están en el centro del círculo de perros y dueños. Hace que Smoke se tumbe con tan solo mirarlo. Algunos perros se ponen nerviosos al verlo. Se levantan. Uno suelta un par de ladridos agudos mientras el dueño se avergüenza y tira con fuerza de la correa.

—«Todos queréis tener un perro tan bien entrenado como el mío —empieza Neely—. No lo vais a conseguir ninguno».

—«No lo vais a conseguir ninguno» —repite Mason, soltando una risita—. Me mata.

—Sí —aporto—. Sabe motivar cuando habla.

—«A partir de las estadísticas de todas las clases que he dado, sé que dos de vosotros lo haréis muy bien —continúa—. Trabajaréis duro con vuestros perros cuando estéis en casa y terminaréis con unos perros extraordinariamente bien entrenados con los que seréis felices para siempre».

Empieza a moverse entre los dueños y los perros. Smoke se queda en el sitio, con la cabeza levantada y las patas estiradas por delante del cuerpo. Su color y su postura le hacen parecer una estatua de mármol agazapada al final de las escaleras de un museo.

—«Dos terminaréis con perros lo bastante bien entrenados como para ser

miembros funcionales de la sociedad humana y canina, y serán unos compañeros maravillosos para toda la vida —continúa Neely—. Otro acabará con un perro que se abalanzará sobre los invitados, que tirará sin descanso de la correa cuando vayáis de paseo y que olvidará todas las órdenes salvo el “Sienta” que le diréis en la mesa, donde para empezar no debería estar, para darle algo de comida, que no deberíais darle. A pesar de su comportamiento, lo querréis. El que sufra será él, porque no parará de recibir gritos y de estar encerrado, hasta acabar convertido en un despojo lleno de nervios».

Vuelve adonde está Smoke y le dice «Junto». El animal se levanta de un salto y corre a su lado, mientras ella atraviesa el círculo y lo recorre por fuera, con Smoke a unos centímetros de los demás perros, haciendo que todos, salvo dos, se vuelvan locos, ladren, aúllen y tiren de la correa. Smoke hace caso omiso de la conmoción que está causando. Él y Neely regresan al centro del círculo, y se sienta.

—«Por último —dice—, uno de vosotros abandonará y dejará de venir a las clases. Ni siquiera me escribirá para avisarme, un ejemplo más de su falta de carácter y de su incapacidad para llevar las cosas hasta el final y, con ello, de entrenar al perro. Ahora, buscad en vuestro interior. Ya sabéis quién sois cada uno».

Mason me mira, sonriendo entre dientes.

—«Buscad en vuestro interior» —dice, mientras deja el teléfono—. Oro puro.

—¿Te puedo preguntar algo sobre tu padre?

Suspira.

—Sé lo que vas a preguntarme. Que si juega mucho a videojuegos. La respuesta es sí. A mí también me gustan algunos. No creo que sea nada malo.

Le sonrío.

—A mí tampoco me parecen mal los videojuegos. No iba a preguntarte eso. ¿Tu papá bebe mucho alcohol?

—A veces.

—¿Alguna vez...?

No encuentro las palabras adecuadas. No me hace falta. Está claro que ya le han hecho antes estas preguntas.

Baja la cabeza y dice en voz muy baja:

—Nunca ha consumido nada intravenoso.

No tengo estómago para esto. Por lo menos, intentaré averiguar su última dirección.

—¿Dónde estuvisteis viviendo antes de venir aquí?

—En un sitio de Colorado. Con Stevie. No presté mucha atención. Papá me dijo que no nos íbamos a quedar mucho tiempo.

—¿Así que os habéis mudado muchas veces?

—Papá dice que es bueno cambiar de sitio. Dice que, si te quedas mucho tiempo en alguna parte, te conviertes en *reza* fácil.

Junta las manos, como si fuera a ponerse a rezar.

—Creo que querría decir «presa», como lo que cazan los cazadores —le corrijo.

—Creo que quiere decir que te conviertes en alguien por quien es fácil rezar porque tiene muchos problemas pero lo sigues queriendo. Mi mamá era una *reza* fácil.

—¿Papá y tú ibais a la iglesia?

—Yo rezo a Thor.

Volvemos a concentrarnos en la clase.

Neely está pasando uno a uno por los perros, viendo cómo cumplen la orden de «Junto». La primera es una mujer joven con un teckel miniatura, ropa de trabajo rosa y negra, deportivas a juego y gorra de béisbol. Camina a ritmo normal; las diminutas patitas del perro son como un manchón negro que intenta seguirle el paso.

—¿Ella? —pregunta Mason—. ¿Crees que será ella la que deje de venir?

Saco una bolsa pequeña de Doritos del bolso. He hecho una parada en la máquina expendedora al salir del trabajo.

—Te sorprendería. Casi siempre, son los hombres los que se rajan.

Le toca el turno a un hombre corpulento de barba blanca. Seguro que es la bomba en Navidad. Empieza a hablar en cuanto Neely lo señala. Desde aquí no puedo oír lo que dice. Neely está con las manos apoyadas en las caderas y lo mira fijamente. Sé que está perdida en sus pensamientos y que solo está mirando cómo mueve la boca.

—A ese lo conozco —le digo a Mason entre dientes, mientras le ofrezco unos Doritos—. Es la cuarta vez que se apunta a una clase en grupo. Su perrita, Maggie, tiene diez años. Nadie empieza a entrenar a un perro de esa edad.

—Parece que ya está entrenada —dice Mason, con la boca llena de Doritos.

—Lo está.

—¿Y para qué ha venido?

—Puede que busque un público obligado a verlo.

El hombre por fin se calla y lleva a Maggie hasta el centro del círculo. Es una perra encantadora y alegre, tan blanca como la nieve y con el morro negro; la boca y los ojos parecen dibujados con un Sharpie. Cumple la orden a la perfección.

Neely se asegura de elogiar a la perra, no al humano.

A continuación, le hace un gesto a una mujer de mediana edad con un goldendoodle. El perro se incorpora y parece no ser más que patas y pelambarrera esponjosa y clara. Los demás dueños están expectantes y les recorre una ola de nerviosismo. Es como si todos contuvieran el aliento al unísono.

La cara de la mujer se tensa con una mezcla de concentración incómoda y decisión, pero los ojos están llenos de miedo; más parece alguien que esté a punto de tirarse de cabeza a una piscina infantil al fondo de un precipicio que una mujer que va a pasear con su perro dentro un circuito.

—Sammy, junto —grita y da unos pasos.

Sammy sale disparado.

La mujer planta los pies y tira de la correa con todas sus fuerzas.

—Sammy, ¡junto!

El perro deja de tirar un momento. Se gira para mirar a su dueña, con la lengua colgando, y mueve el rabo peludo antes de embestir otra vez.

—Para, para, para. —Neely levanta las dos manos—. Por lo que veo, Sammy no lleva collar de castigo.

—No puedo hacerlo —responde la mujer—. Me dijiste que debía usarlo, pero no puedo. Es una crueldad.

—Vaya, vaya. —Agarro a Mason por el brazo, entusiasmada—. Mira. Esto

te va a encantar.

Le ofrezco la bolsa para picar. Nos metemos un Dorito en la boca cada uno.

—¿Qué es un collar de castigo? —susurra Mason.

—Es un collar de entrenamiento que tiene púas de metal por dentro, en contacto con la piel del animal. Algunas razas tienen el cuello tan fuerte que el collar estrangulador no les hace nada. Como no lo notan, los dueños tiran aún más fuerte y les pueden llegar a hacer daño en la tráquea. Por eso, en esos casos, un collar estrangulador puede hacerle mucho más daño al perro que uno de castigo; pero como las púas tienen tan mala pinta, hay gente que no quiere usarlas.

—Los collares de castigo sirven para entrenar. No son una crueldad — explica Neely en un tono engañosamente amistoso—. ¿Es cruel obligarle a un niño a hacer unas tareas difíciles o que no tiene ganas de hacer?

—Sí —me susurra Mason con vehemencia.

La mujer vacila. Neely sabe que está considerando la posibilidad de que sea una maldad obligar a un niño a hacer los deberes. No soporta a las personas cuya supuesta bondad no resulta de una benevolencia auténtica, sino de su deseo egoísta de evitar cualquier esfuerzo o confrontación.

Le quita a Sammy a su dueña, se lo lleva a unos metros y hace que se siente. Cuando vuelve con la mujer, Neely se saca dos billetes de veinte del bolsillo y se los tira a los pies.

—40 dólares —anuncia—. ¿Los quieres?

La mujer sonrío perpleja.

—No es una pregunta trampa. ¿Sí o no?

—Sí.

—No quiero que te los quedes pero, adelante, si los coges son tuyos.

Cuando la mujer se agacha, Neely le da un empujoncito en el brazo. Ella se le queda mirando perpleja.

—Vamos. Cógelos —dice Neely, sin dejar de empujarla con dos dedos.

La mujer vuelve a mirar hacia arriba pero no permite que los molestos toquecitos de Neely le impidan coger el dinero.

Cuando se pone de pie, Neely le quita el dinero y lo vuelve a tirar al suelo.

—Otra vez. ¿Quieres el dinero?

La mujer asiente.

—Pues cógelo.

Esta vez, cuando la mujer se agacha, Neely le pellizca en el brazo. Con fuerza.

—Ay —grita y se protege la zona con la mano.

—¿Aún quieres el dinero? —le pregunta Neely.

La mujer se lo piensa. Está a punto de agacharse otra vez, mientras se toca con una mano la zona del brazo que se le ha enrojecido y sin dejar de mirar a Neely con recelo, pero cambia de idea.

—Esa es la diferencia entre un collar estrangulador y uno de castigo — resume Neely—. ¿Con cuál crees que aprenderá el perro?

—Me encanta —exclama Mason—. Yo también he aprendido la lección. A veces tienes que hacerle daño a alguien para demostrarle que lo quieres. Como lo que está haciendo papá conmigo.

Me vuelve a faltar el aire, como cuando Mason me saludó antes.

—Como eres buena detective, ¿podrás encontrarlo? —añade rápidamente.

Se nos ha acabado la bolsa de Doritos. La pone bocabajo, recoge las miguitas en la palma de la mano y le da unos lengüetazos.

—Tal vez yo no sea tan buena, pero conozco a alguien que sí lo es y le he pedido que busque a tu padre —respondo.

Una de sus tiritas de Batman está a punto de soltarse. Se la quito de la pierna. La herida que había debajo sigue un poco abierta.

—Vale —dice, sin sonar muy convencido.

Abro el bolso y saco una de las Band-Aid transparentes que siempre llevo a mano, por si me salen ampollas en los pies.

Le quito el plástico, se la pongo con suavidad sobre la rodilla protuberante y llena de rasguños, y presiono un poquito.

En casa, preparamos unas hamburguesas con queso a la parrilla para cenar y vemos reposiciones de *El Equipo A* (otro clásico); luego, le propongo salir a comer unos *s'mores* en la fogata, antes de irnos a la cama.

Mientras Mason está tostando un masmelo, oigo que llaman al timbre. Le pregunto si es lo bastante mayor como para quedarse solo con el fuego y me hace una mueca.

Enciendo la luz del porche delantero y Madison, la amiga de Camio, sale de entre la oscuridad de la noche. Creo que no quiere que la vean. Mira nerviosa hacia atrás.

Parece más joven que cuando la vi en el aparcamiento. Ahora, las mechas azules que lleva en el pelo no parecen a la moda, ni siquiera vulgares, sino parte de un disfraz de chica del espacio para Halloween.

Sujeta con fuerza una mochila contra el pecho, igual que Mason sujeta la Trapper Keeper.

—¿Puede apagar la luz? —pregunta.

Lo hago, luego abro la puerta y salgo fuera.

—Eres Madison, ¿verdad?

—Sí.

—¿Quieres entrar?

—No. Yo...

Gira la cabeza como un rayo, como si acabara de oír a alguien pasando a hurtadillas a su espalda.

—Tome.

Me pasa la mochila.

—Era de Camio. Solo yo sabía que la tenía, era su secreto. Incluso escribía todo en lugar de guardarlo en el ordenador, porque tenía miedo de que lo encendieran y lo leyeran cuando no estuviera en casa.

—¿Qué es? —pregunto mientras cojo la mochila y abro la cremallera.

Miro dentro y veo una carpeta de tres anillas.

—Estaba escribiendo un libro. Algo de psicología. —Baja la voz—: Es sobre su familia.

—Gracias. Puede venirnos bien.

—Aún no había escrito mucho. Casi todo son fotos, pero no quiero tenerlo yo, como está muerta y tal.

Cierro la mochila.

Todavía lleva las sandalias de gladiador. Su pierna asoma abultada por

entre las tiras de cuero y tiene un color dolorosamente rosa. Quiero decirle que se las quite.

—Me gustan mucho tus uñas —digo, en su lugar.

Se mira el estampado animal que lleva en las uñas, como si fuera la primera vez que lo viera.

—Cuando nos las hicieron, discutí un poco con Camio. Mindy Dawn quería las mismas que yo, pero yo no quería, así que nos peleamos y Camio nos dijo que nos estábamos portando como unas niñas malcriadas. Yo le dije que era una zorra, que se creía más lista que nadie y mejor que nosotras.

Espero a ver qué viene ahora. Va a mostrarse arrepentida. Va a decirme cuánto se arrepiente de haberle dicho algo malo a una amiga que iba a morir a los pocos días.

—Camio iba a irse —dice de forma inexpresiva—. Iba a ir a la universidad, a buscarse un trabajo y a marcharse, y se olvidaría de todas nosotras. Me da mucha pena que esté muerta, pero así será mi amiga para siempre.

—Es una forma de verlo —digo—. ¿Puedo preguntarte algo sobre Camio que no puedo sacarme de la cabeza?

—Supongo.

—Su hermana me dijo que le volvían loca los niños y que quería tener muchos hijos. No conozco a muchas adolescentes que estén locas por los niños. Además, parece que Camio estaba más interesada en estudiar y labrarse un futuro que por tener hijos. ¿Alguna vez habló de esto contigo?

Una sonrisa pícaro aparece en la cara de Madison. No tengo muy claro qué significa. Espero que me lo vaya a explicar.

—A Cami le gustaba jugar con la gente —me informa—. Ya sabe. Le gustaba ver si podía conseguir que hicieran lo que ella quería, sin tener que pedirselo. Les hacía pensar que era lo que ellos querían hacer, aunque no fuera verdad. Mierda de esa de psicóloga.

»Una noche, tuvo una bronca gigante con Jessy sobre esa historia. Que si Cami iba a largarse y a vivir bien, que si Jessy era una fracasada que acabaría viviendo con un montón de mocosos y un marido que le pegaría. Ya sabe, lo que se dicen las hermanas.

—Yo no recuerdo haber discutido así con mi hermana —comento—, pero,

adelante, te escucho.

—Entonces a Cami se le ocurrió conseguir que Jessy tuviera un hijo. Le parecía lo más. Iba a ser un experimento científico o algo así. Decía que lo mejor era que Jessy pensara que lo que más quería ella en el mundo era tener un hijo y que le agobiaba no poder conseguirlo por su trabajo y todo eso. Dijo que Jessy haría lo que fuera para darle envidia. Tenía razón la jodida. Tardó un poco, pero Jessy se quedó embarazada.

Al terminar, sonrío satisfecha.

—Es terrible —digo.

Mi opinión no altera la suya.

—¿Qué pasa? ¿No le gustan los niños? No es para tanto. Cami acertó en cómo acabaría siendo la vida de Jessy.

Al parecer, nuestra conversación ha terminado. Madison se da la vuelta de repente y baja los escalones del porche; una vez abajo, se para y mira a izquierda a derecha, y cruza la calle con un trote desgarrado que hace que la barriga le tiemble sobre los *shorts*.

Entro en casa con mi premio.

No me entusiasma saber de esta faceta de Cami, pero no me sorprende del todo. Posiblemente, las adolescentes sean las criaturas más perversas del planeta y ella era una de ellas. Incluso las mejores pueden tener momentos de crueldad.

Me acerco a ver cómo están Mason y sus masmelos. Calculo que ya debe de estar tostando el tercero. Le doy un *graham cracker* y una porción de tableta de chocolate Hershey, y le digo que tengo que trabajar un poco.

Se termina el último *s'more* y entra conmigo.

Me siento en la mesa de la cocina y saco la carpeta de Cami de la mochila. Es de las normales de tres anillas que encontrarías en la clase de cualquier instituto o facultad, y está llena de hojas de papel cuadriculado escritas con una letra bonita y cuidada en tinta azul. Entre las palabras, hay fotos pegadas con celo. Cada una es de un miembro diferente de la familia. Madison tenía razón en que no hay mucho escrito, y lo que hay no es lo que escribiría un psicólogo. Cami ha anotado lo que observaría cualquier lego en la materia; casi todo son anécdotas, algunas interesantes y la mayoría, inofensivas.

Están Tiri y Jessy. Su madre. El tío Eddie. Su padre y Shane. La abuela Miranda. Derk. Unos cuantos tíos, tías y primos.

Al llegar a las últimas páginas, veo la foto de una mujer mayor que no conozco.

Está en una cocina, delante de los fogones, con la mano vieja y arrugada apoyada sobre el asa de una tetera, con una agradable sonrisa, unos pantalones de poliéster, color lavanda, y una blusa con diminutas violetas estampadas. En la cabeza parece que lleve un casco de rizos de peltre.

«Tía abuela Adelaide», ha escrito Camio.

Cojo las gafas que tengo más cerca y empiezo a leer.

No conozco a la tía abuela Adelaide, pero lo haré pronto. Nunca hemos podido tener relación porque la abuela y ella pelearon hace mucho y nunca hicieron las paces. Me parece muy triste, porque son hermanas. Quiero averiguar qué pasó. ¿Le tendría envidia Adelaide a Miranda?

No escribió nada más. No explica por qué decidió contactar con Adelaide, si la ayudó alguien o si llegó a encontrarse con ella. Vi el registro de llamadas de Camio y todos los números fueron identificados. Nunca llamó a su tía abuela ni recibió una llamada de ella.

Miro más detenidamente la foto. Por lo que puedo ver, la cocina de Adelaide está ordenada y limpia, aunque es humilde. Reconozco el linóleo de color gris con pinceladas de color que fue tan popular en los años cincuenta. Las cortinas parecen hechas a mano: un tejido fino y casi traslúcido con manzanas rojas y brillantes, y volantes verdes. El frigorífico es viejo, un rectángulo blanco y liso, sin rastro del grifo para el agua ni del dispensador de cubitos.

Al fondo se ve una puerta que da a otra habitación. Veo los pies de una cama. Imagino que la casa es tan pequeña como una cabaña.

Casi se me para el corazón.

Fuerzo la vista todo lo que puedo, pero no sé si estoy viendo lo que creo.

Me levanto de la mesa y me pongo a abrir cajones, en busca de la lupa que le confisqué a Everhart el verano pasado, cuando los encontré a él y a Dewey en el aparcamiento quemando hormigas con ella.

Fue un verano tedioso.

La encuentro y la pongo sobre la foto. Me empieza a temblar tanto la mano que tengo que sujetarla con la otra.

No hay ningún error en lo que estoy viendo. La cama que hay en la casa de Adelaide lleva un faldón y, por encima, una colcha de la colección Sherbet Lace de Jessica Simpson.

Capítulo 20

Nolan y yo viajamos en silencio una vez más. No me pregunta si me encuentro mejor tras el tiroteo en casa de los Massey. No me cuenta novedades sobre el estado de Zane ni sobre la búsqueda de mi hermano. No quiere saber si he estado informándome ya para abrir una tiendecilla de chorradas y hacerme con una manada de gatos. No se interesa por Shawna Truly ni por cómo le irá después de que ayer me confesara cosas terribles sobre su vida, que seguramente no le había contado a nadie nunca, y por que después tuviera que retomar esa misma vida. No me felicita por la obstinación, la perseverancia y la atención al detalle que me han llevado a descubrir lo que podría acabar siendo la prueba clave para resolver el homicidio de Camio Truly.

Casi se me come por no haberle contado antes mi charla con las señoras de Santuario sobre Miranda Truly, sobre la insana relación con su hermana Adelaide y sobre el intento de asesinato a hachazos contra ella por parte de su sobrino Eddie.

—Deberías decidir si eres una agente de policía o una niñera que se viene arriba, se salta las normas a la torera y hace lo que le da la real gana —me ha dicho, con dureza.

Descrito así, casi prefiero la segunda opción.

Para ser justa con Nolan, cuando salí de la academia con distinciones por puntería y excelencia académica, prometía ser una oficial entregada, competente y juiciosa, e incluso parecía la candidata perfecta para su amada Brigada de Investigación Criminal.

Nolan acababa de cumplir los treinta, pero ya era un superpoli. Ya estaba en Investigación Criminal. Ya tenía la presencia y las maneras de un líder, y esa

mezcla infrecuente de empatía brusca y sutil santurronería con la que conseguía que testigos y sospechosos por igual quisieran ganarse su estima, aunque solo fuera para tenerlo de su lado; era un poli con conciencia.

Mostró curiosidad por mí; un interés que no solo era profesional, aunque sí en su mayor parte. A pesar de toda su bravuconería sexista, Nolan es un gran defensor de los derechos de la mujer. Tiene tres hijas que se licenciaron en la universidad, se marcharon de la ciudad, tienen carreras profesionales y familias, y siguen queriéndole pese a que no ha sido el padre más atento del mundo y a que lo más seguro sea que en sus constantes visitas la madre les llene la cabeza de historias lacrimógenas de desatenciones y sufrimientos; aunque en esto podría equivocarme. No debería juzgar a su esposa. Si se queja de él, probablemente tenga todo el derecho del mundo a hacerlo.

Nolan depositó en mí grandes esperanzas. Por lo general, la policía sigue siendo territorio masculino, y si, metafóricamente, podría decirse que los Departamentos de Policía locales tienen una alambrada alrededor para evitar la entrada de mujeres, la Estatal tiene unos muros de piedra de tres metros de grosor, con torreones y un dragón escupefuego en la puerta. Pensó que yo podría ser la primera mujer en abrirse paso por el baluarte. Pero, en lugar de ello, me fallé a mí misma y a todo mi género de la peor forma posible: me permití sentir algo por un hombre.

Mis sentimientos por Nolan me descentraron e incluso me hicieron ser una descerebrada. Acostarme con John para darle celos fue una gilipollez nada profesional con la que hice daño; y solo era el comienzo. Me di cuenta de que acabaría tirándome a todos los agentes del cuartel²¹ solo por no poder tener al que yo quería.

Nunca le dije por qué me marché. Dejé que pensara que no me sentía a la altura, y, en cierto modo, así era. Dejé que mis deseos de mujer se impusieran sobre mis deberes de servidora pública; sé que nunca me lo podría perdonar, pero muchas veces me pregunto si le seguiría interesando si hubiera antepuesto ser poli a ser mujer.

Intento disfrutar del viaje lo más que puedo. Por mi ventana veo pasar el mar de colinas verdes, mientras Nolan mira de manera imperturbable al frente; aunque lleve los ojos ocultos tras las gafas, sé que están escaneando la

interestatal en busca de motoristas infractores, con un comportamiento extraño o que estén en apuros.

El día sigue siendo soleado, sin una sola nube a la vista en un cielo azul, vacío, brumoso y como embadurnado de vaselina. Con un tiempo así, no puedo dejar de recordar los veranos de infancia, repletos de los aromas dulces y grasientos de la feria del condado, el perezoso zumbido de las abejas, el pavimento caliente bajo los pies descalzos y las promesas que brindaba cada nuevo día, por muy mal que hubiera acabado el anterior. Era una niña lo bastante mayor para ver las cosas, pero no lo suficiente para entenderlas: los ingredientes de la esperanza. Echo de menos esa sensación.

Llamé a Nolan en cuanto descubrí la colcha en la foto de tía Adelaide. No tenía sentido ponernos a investigar en medio de la noche. Decidió esperar a que hubiera luz.

Entretanto, habló con el cuartel de la ciudad donde vivía Adelaide y averiguó que la hija que sigue viva (sesentona, felizmente casada, residente en Ohio y abuela de siete nietos) había llamado hacía poco a la policía porque no conseguía contactar con su madre. Dijo que hablaban con frecuencia y que estaba preocupada porque es una anciana.

Los policías encontraron la casa vacía y la puerta abierta. Su bolso, el monedero y el coche seguían allí.

Nolan no supo de la misteriosa desaparición de Adelaide en el transcurso de su investigación, porque no es una Truly ni reside en la zona. Su apellido de soltera era Thorpe y se casó con Joey Bertolino, el hijo mediano de otra enorme y prolífica familia, esta de mineros italianos muy trabajadores y muy aficionados al juego. Solo estaba emparentada con los Truly porque su hermana Miranda estuvo casada con uno de ellos.

A pesar de estos factores, y aunque el informe de persona desaparecida se presentó ayer mismo, sé que Nolan se está flagelando por no haberse dado cuenta de la conexión; a cambio, al haberse denunciado la desaparición, ya tiene un equipo esperándole para registrar la casa. No habrá que esperar mucho para descubrir qué le pasó a la tía abuela Adelaide, si es que le ha pasado algo.

De todas maneras, la cosa no pinta bien. Las mujeres de ochenta años no

desaparecen sin más. Tampoco suelen matar a adolescentes, sobre todo reventándoles la cabeza a golpes con un objeto pesado. Aunque Addy resultara ser la dueña de la colcha en la que envolvieron a Camio, es bastante improbable que fuera la asesina.

Durante el viaje, Nolan tampoco se digna a contarme nada sobre la búsqueda de mi hermano. Imagino que eso significa que no hay novedades. Intento no pensar en lo que pasará si no encontramos a Champ. Me preocupa su bienestar, pero tengo que admitir que también el mío.

Tengo cincuenta años. Nunca me he casado ni he tenido hijos. Ni siquiera he tenido una mascota. No me considero una buena candidata para la maternidad instantánea.

Antes me preguntaba qué tipo de madre sería, y la idea solía asustarme. Me gustaba pensar que sería una buena madre, pero no tuve un modelo.

Nuestra madre siempre hacía lo que le apetecía, sin pensar demasiado en lo que debería hacer. Solo atendía nuestras necesidades si coincidían con las suyas propias o si estaba aburrida, pero sé que no se consideraba negligente.

Una vez, iba a salir con un novio por la noche y oí cómo él le preguntó si estaríamos bien solos en casa. Mamá me miró con una de esas resplandecientes sonrisas con las que tenías ganas de cumplir todos sus deseos y de romperle los dientes, al mismo tiempo.

—Dove es más lista que cualquier adulto que yo conozca —dijo con dulzura y, probablemente, sinceridad—. Además, ¿qué problema hay con que se queden en casa? Sabe cambiar pañales y llamar a los bomberos.

Yo tenía ocho años.

Pero, la verdad sea dicha, que nos dejara solos para que nos las arreglásemos como pudiéramos no me molestaba tanto como su absoluto desinterés por nuestras vidas. Desde primaria hasta que terminé el instituto, me pasaba el día en casa de alguna amiga.

Veía a las demás madres dejar lo que estuvieran haciendo para celebrar que su hija había sacado una estrellita en un examen de ortografía o en un proyecto de dibujo. Las veía sentarse en la mesa de la cocina para preguntarle a su hija cómo le había ido el día y escuchar hasta el último detalle. Las veía sorprender a su hija con algo de ropa que habían comprado en Rankin's, con

una revista *Tiger Beat* que habían traído del quiosco o con unos pasadores chapados en oro y plata que habían comprado al salir del Woolworth; y todo con unas excusas que sonaban a que se les acabaran de ocurrir, pero que a mí me parecían fascinantes proclamas de atención y cercanía.

—Vi esto al volver de la compra, cariño, y pensé que te quedaría muy bien.

—¡Mira quién sale en la portada! Sé que te encanta este actor.

—Te he cogido esto. Me dijiste que perdiste un pasador en clase de gimnasia la semana pasada.

Mamá nunca habría podido hacer algo así por Neely o por mí, por la sencilla razón de que no sabía nada de nosotras. Murió sin conocer nuestros colores favoritos, la música que nos gustaba, lo que queríamos ser de mayores, cómo se llamaban nuestras amigas, qué nos daba miedo, qué nos hacía reír o qué habíamos hecho aquel día en la escuela, porque nunca nos preguntó.

Alguna vez podía aparecer por casa con un montón de revistas de cine que quería leer, nos sentábamos en el sofá y las mirábamos todos juntos; otras veces, si tenía un novio especialmente espléndido, nos compraba unos zapatos, un abrigo o un vestido de los caros, pero nunca nos poníamos esas cosas, porque no nos gustaban.

Viendo a mis amigas y a sus madres, aprendí que la faceta más importante del amor de mi madre no era la intensidad, sino una regularidad en la que podía confiar.

No sé qué tipo de madre fue la tía abuela Adelaide con sus dos hijas, pero apostarí a que fue buena. Aún no he puesto un pie en su casa, pero presiento que era atenta y maternal.

No me había equivocado con el tamaño de la casa. Es poco más grande que una cabaña. Vista desde fuera es como la que dibujaría un niño: de cuerpo cuadrado, con un triángulo por techo, y dos ventanas idénticas con cortinas simétricas y abiertas por el centro, una a cada lado de una puerta roja. Está pintada de amarillo, y bajo las ventanas hay plantadas dos hileras de tulipanes rojos.

Lo único que faltaría del dibujo sería que saliera humo gris haciendo eses por la chimenea y un gato naranja sentado delante de la puerta.

La pintura se está levantando. Las ventanas necesitan un repaso, las flores, algo de agua, y el camino de acceso, unos retoques, pero la casa no parece desatendida; rezuma el deterioro que no se enmascara y que resulta del paso del tiempo y de la incapacidad de su dueña para ocuparse de las reparaciones y del mantenimiento, ya sea por motivos financieros, físicos, o por una mezcla de ambas cosas. Me basta echar un vistazo para darme cuenta de que esta casa está cuidada.

Al bajar del coche de Nolan y adentrarme en un mar masculino de oficiales uniformados y de agentes de la Científica embutidos en monos con cremallera, me alegra haberme vestido de persona seria, con pantalones azul marino, blusa a juego y un *blazer* color crema (no es de lana rizada, pero se le parece. Me lo compré por una miseria en T.J. Maxx y me queda perfecta).

Me uno a Nolan y entramos juntos en la casa. Nos miramos sonriendo y volvemos a fruncir el ceño al instante, en cuanto nos damos cuenta de lo inadecuado de la expresión dadas las circunstancias, pero los dos estamos entusiasmados: la casa apesta a lejía. Alguien ha tenido que limpiar algo muy gordo.

Nos ponemos guantes de látex y salimos cada uno en una dirección.

El interior es el perfecto reflejo del exterior. El tapizado de los muebles está deshilachado, los tapetes, viejos y desgastados, y la pared luce un papel con un estampado pasado de moda y amarilleado por el tiempo; pero todo está limpio y ordenado.

Es como si hubiera entrado en una maqueta de los años setenta a tamaño natural. Solo falta un teléfono en la pared y un televisor metido dentro de una enorme consola de imitación de madera sobre una moqueta de tripe. Addy tiene una pantalla plana, aunque pequeña, y un teléfono inalámbrico. Según Nolan, no tiene teléfono móvil. Tampoco tiene ordenador ni microondas. En la cocina, sobre una mesa de formica, hay una radio antigua, en forma de tostador y con botones tan grandes como media pelota de pimpón. En una punta de la mesa, junto a una lámpara con el pie de cerámica y en forma de *collie*, y la pantalla de *découpage* con hojas otoñales, hay una pila del *Reader's Digest* y del *Ladies' Home Journal*.

Una pared está llena, de arriba abajo, de fotos familiares. Puede que

Miranda y ella ya no se hablaran, pero parece que, por parte de Addy, los malos sentimientos no bastaron para que quisiera olvidar a su hermana y a sus descendientes. Hay demasiada gente en demasiadas épocas para que yo pueda identificarlos a todos, pero sí reconozco a algunos. Tiene fotos de Camio, Jessy y Shane mucho después de que se los quitaran.

Advierto que falta una fotografía. De la pared, sobre un cuadrado de papel descolorido que lleva años sin ver el sol, sobresale un clavo.

Junto a ese hueco hay unas cuantas fotos antiguas, en color sepia, de un par de niñas que, supongo, deben de ser Miranda y ella. Tiene fotos de las dos en edad adolescente y de jóvenes madres, con sus primeros hijos en brazos. Mirando estas fotografías, no veo ni rastro de animadversión por ninguna de las partes, ni en su lenguaje corporal ni en sus expresiones.

Encuentro una fotografía de su boda. No es una de esas formales y teatralizadas. Aparecen ella y Joey al final de un tramo de escalones de la iglesia. Ella lleva el ramo en la mano y saluda. Él la mira a ella, no a los invitados, y le regala una amplia sonrisa. Me gusta.

No se ve muy bien la iglesia. Parece humilde. De madera blanca con escalones de cemento. Las puertas, abiertas de par en par. Me suena, pero también es cierto que me suenan todas las iglesias de la zona.

Tiene dos fotos más tomadas delante de la misma iglesia. En cada una, sostiene a un bebé envuelto en sus brazos, con Joey a su lado, vestido con un traje oscuro; tampoco aquí sonrío a la cámara, sino a sus hijas. También me gusta.

En cuanto a los bautizos, me doy cuenta de que hay algo que no encaja en la iglesia. Seguramente, los Bertolino sean católicos, así que irían a la iglesia católica más cercana, lo que, por aquel entonces, significaba ir hasta Hellersburg. Conozco esa iglesia, un imponente edificio de piedra gris, con escalones de mármol. Es posible que esta humilde iglesia con madera blanca y avejentada fuera la de la familia de Addy. Normalmente, la religión del padre se impone a la de la madre, sobre todo si la contienda es entre católicos y protestantes, pero puede que el sonriente Joey quisiera más a su nueva esposa que a su vieja religión. Apuesto a que a su madre no le gustó ni un pelo.

Hay muchas fotos en las que se ve crecer a Angela y Layla; las fotos escolares están colgadas curso por curso, siguiendo el avance de sus jóvenes vidas.

Nada más acabar el instituto, Layla se quedó embarazada de Shane. Hemos buscado los expedientes. Layla Bertolino tuvo tres hijos: Shane, Jessyca y Camio; en los certificados de nacimiento se lee «padre desconocido» y, por lo que sabemos, eso hizo pensar que fueron el fruto de una relación con su primo Clark Truly. Cuando un conductor borracho, al volante de una camioneta Dodge Ram, embistió el Chevette de Layla, los tres niños se fueron a vivir con Clark. No hay motivo alguno para dudar de lo que nos contó Shawna. ¿Por qué si no les dejaría marchar Addy?

Qué triunfo debió de ser para Miranda decirle a su odiada hermana que sus adorados nietos eran unos monstruitos engendrados por primos, y que el padre era su propio hijo. ¿O enterarse de la noticia le dolería más a Miranda que a Addy? Al fin y al cabo, por lo que parece, ella era la que odiaba a Addy. El sentimiento no parece que fuera mutuo. Diría que Addy solo la temía.

Fuese como fuese, Miranda le quitó a sus nietos. Fue la gran ganadora. Me puedo imaginar su discurso de victoria.

Te los vamos a quitar, Addy. Son los hijos de Clark. No nos obligues a demostrarlo. No queremos llamar la atención sobre este asunto y no queremos que los chicos se enteren nunca. Es por su propio bien. ¿Cuánto los quieres? ¿Lo bastante como para dejarles marchar, no volver a verlos y dejarles tener una vida normal? ¿O tanto necesitas quedártelos que estarías dispuesta a contarles su horrible origen y a arruinarles la vida?

Cojo una de las fotos de la iglesia y la saco del marco para ver si hay algo escrito por detrás. Nada. Hago lo mismo con las otras dos.

De repente, caigo en la cuenta y me inundan recuerdos de vidrieras de colores y de Nolan conectado a una máquina.

Salgo disparada en busca de Nolan; lo encuentro en la habitación de invitados mirando atentamente una cama en la que solo hay sábanas. Falta la colcha, y el faldón incriminatorio sigue puesto.

Le doy la fotografía a Nolan.

—Es la iglesia de Campbell's Run —le digo—. La familia tiene un vínculo con el lugar donde se deshicieron del cuerpo de Camio.

Estudia la fotografía.

—Buen trabajo —dice.

Por un momento estoy tan anonadada como entusiasmada por este elogio, pero la alegría solo me dura un segundo cuando pienso en la cama que tengo delante y en lo que me está diciendo.

—Mira esto —digo mientras cojo una de las almohadas—. Incluso tiene las almohadas a juego. Tiene el juego completo, y no es barato precisamente. O se lo compró ella o se lo regalaron, pero está claro que le tendría aprecio. Es imposible que envolviera un cadáver con esa colcha.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que digo es que si Addy hubiera estado presente y hubiera participado en el asesinato de Camio, no habría querido usar la colcha y la habrían envuelto con alguna otra manta. Sin embargo, si no estuvo presente o no pudo oponerse...

No termino la frase. No hace falta. Nolan y yo albergamos muy pocas esperanzas de que haya un final feliz para esta desaparición.

Lo acompaño hasta la cocina.

Es otra estancia pequeña e impecable en la que no se ha renovado nada en los últimos cuarenta años. No se ve ni un electrodoméstico moderno. Ni siquiera una picadora o una batidora. La tostadora es un trasto plateado y reluciente con un cable rojo y blanco; parece tan dura que podría caer desde un décimo piso sin abollarse.

En una encimera hay alineadas unas latas de cobre deslustrado. En un escurrerplatos hay un plato, una taza, un tenedor y una cuchara. Junto al grifo del fregadero, una maraña de lana de acero. Una de las bayetas tiene una tira de tela y un botón cosidos en una esquina, luego, han pasado y enganchado la tela en el tirador de un cajón. Mi abuela hacía lo mismo. Decía que así no las perdía.

El fogón es de gas. Sobre uno de los fuegos hay una sartén de hierro fundido.

Me acerco, despacio, con cuidado, conteniendo la respiración, como si la

sartén fuera un ser vivo que pudiera echarse a correr al oírme.

«No puede ser tan fácil», me pasa por la cabeza. Sigo con los guantes de látex que me he puesto antes. Cojo la sartén por el mango y siento su peso. La pongo del revés, como si tal cosa, sin esperar encontrar nada. En el fondo hay unas motitas naranjas de óxido descascarado, pero me llama la atención una pequeña mancha de color oscuro cerca del borde.

No llevo puestas las gafas. Alejo la sartén de la cara, todo lo que me alcanza el brazo, intentando enfocar la mancha.

—Mierda —oigo decir a Nolan a mi espalda.

Se me acerca por detrás, pone su mano sobre la mía y se acerca la sartén a la cara.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Si no me equivoco —dice en un susurro, reforzando lo que yo ya sentía, que la prueba podría desvanecerse si hablamos de ella en voz alta—, eso es pelo pegado a un grumo de sangre seca.

Enseguida confirman nuestro descubrimiento y la casa de Adelaide se llena de un enjambre de policías e investigadores de la Científica.

Todo el que no está trabajando en la cocina antes o después se asoma para echar un vistazo al arma.

—Entonces, ¿cogieron la sartén para aplastarle la cabeza a la chica y luego la dejaron otra vez en el fogón? —me pregunta un agente—. Sería el asesinato a más sangre fría que conozco.

Yo sé de uno aún a más sangre fría, pero me lo guardo para mí.

Cuando Nolan me deja en comisaría son casi las cinco. Si hubiera ido con mi coche, me habría marchado mucho antes. Después de descubrir el arma del crimen, me sentí bastante inútil el resto del día. El equipo de Nolan funciona como una máquina perfectamente engrasada; soy un engranaje parecido, pero pertenezco a otro equipo.

Nada más volver, convoco a mis hombres a una reunión junto a la pizarra del crimen. He llamado para avisarles de que venía en camino. La sartén no fue el único hallazgo, también han encontrado cabellos y sangre en el

maletero del coche de Adelaide, restos microscópicos de sangre en las juntas del linóleo de la cocina y algunas salpicaduras diminutas que el asesino se olvidó de limpiar. Todavía no han confirmado que sean de Camio, pero hay muy pocas dudas al respecto.

Los cuatro están inflados como pavos reales, apenas pueden contener su entusiasmo por que nuestro departamento haya dado un giro al caso y ganado a la estatal.

Le he encargado a Singer investigar qué unía a Miranda y Adelaide con la ciudad de Campbell's Run.

Cuelgo la foto de Adelaide bajo la palabra «MÓVIL» escrita en mayúsculas en el centro de la pizarra, delante de un montón de interrogantes. No me quedan más colores. Por debajo, escribo en negro «desaparecida, presumiblemente muerta».

Al lado, dibujo una flecha que las une a Miranda y a ella.

—Mucho rencor entre estas dos —les digo. Luego, subrayo la coartada de Miranda: «Sola en casa, pero ¿demasiado vieja?»—. Todos estamos de acuerdo en que es demasiado mayor para haberlo hecho sola, pero podría haber participado. —Dibujo una flecha entre Eddie y Addy—. Sabemos que ya había intentado matarla, aunque por el momento es un rumor y con una única fuente. No tiene coartada y ahora también sabemos que estuvo en la escena del crimen.

»No había huellas en condiciones en el arma del crimen, pero sí encontramos algunas de Eddie Truly en el tirador interior de la puerta del conductor y en el volante.

»Procesaron las huellas cuando aún estábamos barriendo la escena del crimen. Las huellas de Eddie estaban en el sistema por arrestos anteriores. Lo han arrestado y el cabo Greely lo está interrogando en este mismo momento.

—Pobre gilipollas —dice Dewey, con una sonrisa burlona.

—Singer, ¿has descubierto algo sobre Campbell's Run?

—Sí, señora —responde resolutivo.

Los otros tres oficiales sueltan alguna risilla y sacuden la cabeza ante su entusiasmo. Y continúa:

—Las hermanas eran de ahí. Sus padres fueron de los que perdieron la casa.

Ellas ya se habían casado y vivían en otro sitio, pero aun así imagino que sería duro ver cómo demuelen la ciudad donde creciste.

Me resulta fácil imaginar a Miranda teniendo la idea de esconder ahí un cadáver. Conoce muy bien lo capaz que es esa ciudad de engullir vidas.

—Excelente —le digo a Singer.

Se sonroja. Blonski le tira un lápiz a la cabeza.

Les doy la espalda y estudio la pizarra un momento.

—Pero —digo mientras me vuelvo a mirarlos— ¿qué tiene todo esto que ver con el asesinato de Camio?

Sopesamos la pregunta.

—Usted nos dijo que Camio iba a ir a ver a su tía abuela —señala Everhart—. ¿Y si cuando estaba allí se presentaron Miranda y Eddie?

—Vale —digo asintiendo—. Buena observación para un chico que estaba durmiendo en el escritorio cuando he llegado.

Me sonrío abochornado.

—Anoche, Jakester se despertaba cada dos horas. No para de comer.

—¿No le da el pecho tu mujer? —pregunta Dewey.

—Sí, pero me despierta ella a mí también, aunque yo no pueda hacer nada. Dice que es una cuestión de principios.

—Puede que Camio fuera un daño colateral —interrumpe Blonski, que no está interesado ni lo más mínimo por las penurias del nuevo padre—. ¿Y si Eddie y Miranda hubieran matado a Adelaide y Camio lo hubiese visto todo? Habrían tenido que quitarla del medio.

—¿Matarla? —se pregunta Singer—. Menuda sangre fría. ¿No podrían haberla convencido de que mantuviese la boca cerrada? Son una panda bastante hermética.

—No lo sé —continúa Blonski—. Parece una de esas chicas que quieren hacer lo correcto. Como ir a la policía. Era la oveja negra.

—O la oveja blanca en una familia de ovejas negras —comenta Dewey.

—Eso también explicaría por qué nunca hemos dado con el móvil —añade Blonski—. Porque no lo había. Fue un daño colateral.

Vuelvo a la pizarra y miro otra vez la palabra «MÓVIL».

—Pero entonces ¿por qué después de tantos años? ¿Y por qué delante de

una testigo? —les pregunto.

—¿Crimen pasional? —propone Dewey.

—La teoría no está mal —les digo.

Parecen aún más satisfechos que cuando he llegado.

—Hablando de daños colaterales, mañana iré a visitar a Tiri en Broadview. Veamos si puedo sacarle algo que nos sirva.

Voy al despacho para estar un tiempo a solas e intentar aclarar todo esto. Encuentro una pila de correo esperando sobre la mesa. Cojo un sobre de papel de estraza sin remitente. El sello es de una ciudad cerca de la frontera entre Pensilvania y Ohio. Al sacudirlo, algo se mueve dentro.

Dentro hay una nota. No puede decirse que reconozca la letra de mi hermano, pero reconozco unas palabras que solo pueden ser suyas.

Me pongo las gafas de lectura y enseguida se enfocan.

«Ponía una vela de cumpleaños en una magdalena. Cuando terminaba, me dejaba soplar la vela y comerme la magdalena. Las llamas aún se me aparecen en sueños. Sé que no se apagarán nunca».

Aturdida, le doy la vuelta al sobre. Docenas de velas fundidas caen en lluvia sobre el escritorio. Pequeñitas y con colores de fiesta. Las mechas están negras y chamuscadas. Dejo de contar en la veintidós.

²¹ La organización de la Policía Estatal de Pensilvania sigue el modelo del Ejército, hasta el punto de que sus agentes suelen denominarse «soldados de la ley». El nombre para las unidades es *troops* (tropas), y los rangos reproducen la escala militar (por eso Nolan Greely es cabo). De igual forma, sus sedes regionales son denominadas *barracks* (cuarteles) y, en el pasado, los agentes solteros debían vivir en ellos.

Capítulo 21

He pasado una noche espantosa. Lo poco que he conseguido dormir ha sido entre pesadillas; por suerte, eran de esas que no recuerdas al despertar, aunque me han dejado con el estómago revuelto y estremecida.

Estoy frente al espejo del baño, con un episodio grave de CVM, y lo primero en lo que pienso es en Champ. ¿Iba implícita su nota de suicidio en ese sobre?, ¿o me ha contado algo que nunca había podido exteriorizar y ahora se siente liberado?, ¿quizá era su forma de decir que no puede soportar la carga de criar a un hijo y que no volverá a por él?

No sé si quiero hablar de todo esto con Neely. Si lo acabo haciendo, será porque no tenga a nadie más con quien hablar de mis preocupaciones. Ella no puede hacer nada.

Anoche, le mandé a Nolan un mensaje con el nombre de la ciudad que aparecía en el sello. No me contestó hasta muy entrada la noche, y solo para hablarme de Eddie Truly. Pese a las pruebas que hay en su contra, no ha abierto la boca. Como Nolan no pudo arrancarle una confesión no estaba precisamente contento.

Dejo de pensar en mi cara y me acerco al armario para elegir la ropa. Me decido por el traje de sirsaca, color verde apio. Es bastante más bonito de lo que uno pensaría. La falda queda por encima de la rodilla. No es una minifalda y, desde luego, aún tendría piernas para llevar una, pero no sé si es adecuado para ir al trabajo ahora que tengo cincuenta. No sé qué me pasa con ese número. Ni me habría parado a pensar en todo esto hace solo unos meses, cuando tenía cuarenta y nueve.

En la planta de abajo encuentro a Mason con su Trapper Keeper delante del televisor, vestido ya y con los dedos naranja fosforito asomando por la

puntera de la sandalia. Encontré una docena de pares idénticos metidos en su bolsa de deporte. Cuando le pregunté por qué tenía tantos, me dio una respuesta familiar: el naranja pega con todo.

—¿Quieres que desayunemos juntos un bol de Cinnamon Toast Crunch de los de verdad? —le pregunto.

—Claro —dice y me acompaña a la cocina.

—Esta mañana tengo cosas que hacer y tía Neely tiene que venir conmigo —digo, mientras le sirvo un bol de cereales—. ¿Te apetece quedarte en la comisaría hasta que te recoja cuando acabemos para llevarte a su casa?

—Tengo nueve —dice rotundamente.

—Ya lo sé.

—Puedo quedarme solo. Me he quedado solo un montón de veces.

Considero su propuesta.

—Vale, pero todo el día no. Tía Neely vendrá a recogerte.

—¿Y la bisabuela? —pregunta.

Se mete una cucharada de cereal en la boca y empieza a masticar.

—La bisabuela vive en una residencia y, además, es demasiado mayor para hacer de canguro.

—¿Cuándo iremos a verla?

—Pronto.

—Papá me ha hablado de ella —continúa, dejando salir las palabras entre mascadas—. Me dijo que, aunque vuestra mamá se casó con ese ricachón y teníais asistenta, la abuela seguía pasándose a limpiar, porque le gustaba limpiar mucho y decía que nadie lo hacía igual de bien. También me dijo que tenía una habitación para quedarse a dormir cuando bebía mucho vino con burbujas del que le gustaba a vuestra mamá. Ah, y que llevaba a papá a partidos de los Pirates y que hacían marionetas juntos.

—Lysol, Mateus, Willie Stargell²², un paquete de calcetines y unos cuantos ojos saltones —digo suspirando—: esos vendrían a ser los grandes amores de su vida. —Miro la hora en el microondas—. Me tengo que ir. No enciendas el fuego, no te bañes, no toques los cuchillos, no te acerques a los enchufes, no abras la puerta a nadie y no contestes al teléfono.

Levanta las manos y se desploma sobre la mesa, como si hubiera muerto de

desesperación.

Levanta la cabeza.

—Tengo nueve —dice otra vez.

—Vale vale, perdona. No sé mucho de niños.

—No te preocupes —dice, volviendo a su desayuno—. Yo no sé mucho de señoras.

De camino a Broadview para ver a Tiri, hago una parada en el salón de belleza de Camio y sus amigas. Quiero hablar con su manicura para ver si sabe decirme algo más sobre la discusión que tuvieron las chicas cuando estuvieron aquí. No me dice nada útil, pero consigue convencerme y me hago las uñas en homenaje a Camio. Incluso me convence para que me haga exactamente las que llevaba ella.

No puedo dejar de mirarlas mientras conduzco. No sé si son una maravilla o un horror, ni si me hacen más joven o más vieja.

El Centro de Detención Juvenil de Broadview es nuevo y reluciente. Cuando estaba en construcción, todos en los alrededores estaban encantados, porque significaba puestos de trabajo. Nadie se paró a pensar en por qué lo estaban construyendo. Tampoco captaron la ironía de que el mismo día en que empezara a funcionar y trajeran en autobuses a docenas de chicos sin futuro desde otros centros masificados nuestra biblioteca pública perdió la financiación del estado.

Por suerte para las plantas de carbón y de gas, nuestra región no solo es rica en recursos naturales, sino también en cortedad de miras.

Es la primera vez que estoy aquí desde la gran inauguración, un acontecimiento que estuvo acompañado de unos fastos inapropiados, incluida la ceremonia a cargo del alcalde Sawyer, que a punto estuvo de llevar un sombrero de copa, aunque acabo eligiendo una boina inglesa de *tweed*.

Al ser la comisaria, tuve que asistir; de mí se esperaba que empezara a llenarlo diligentemente de pobres niños que, no dejaba de pensar, no necesitarían de este sitio si hubieran pasado más tiempo en la biblioteca que

estaban desmantelando en ese preciso momento.

Entonces me asombró lo mismo que ahora su tamaño y el sadismo del equipo de diseño, que decidió diferenciar los cuatro pabellones con estructuras parecidas a enormes bloques de Lego de colores básicos apiladas en el tejado. La idea sería fantástica para una escuela de primaria.

Neely me está esperando en el aparcamiento. Smoke está sentado en la caja de la camioneta.

Neely va vestida con vaqueros ajustados, una camiseta lila y sandalias. Lleva el pelo suelto y se ha quitado la gorra. Me parece que aparenta diez años menos que los cuarenta y ocho que tiene.

Echamos a andar hacia la entrada. Me ve las uñas al instante.

—¿Es una broma? —pregunta.

Levanto las manos y muevo los dedos ante ella. Continúa:

—¿Qué es, la crisis de la mediana edad?

—A mí me gustan —le digo.

—Sandra está dentro —dice, cambiando de tema rápidamente—. Me ha dado las buenas noticias. ¿Te has enterado?

Sacudo la cabeza.

—Zane está consciente. Parece que va a ponerse bien.

Siento un alivio enorme, casi se me doblan las piernas.

—Es fantástico.

En estos últimos días, he intentado no pensar en Zane ni en su lucha por la vida, pero la sensación de su sangre chorreándome por las manos mientras lo tenía en brazos sobre el suelo de su salón y la imagen de su familia descompuesta en el hospital no han dejado de abrirse paso hacia mi conciencia.

—También es bueno para Tiri —dice Neely.

—Ya sabrás que esto no cambia mucho las cosas —apunto—. Ha cometido un delito muy grave. No van a mandarlo a casa con un azote en el trasero.

—Ya veremos qué puede hacer Sandra.

—¿Cómo vas a pagarle?

—Tengo unos ahorros secretos a los que solo recorro en caso de emergencia. Quizá algún día te hable de ellos.

Me paro junto a la puerta, antes de entrar.

—Antes de que se me vuelva a olvidar, quería habértelo dicho ya el otro día: Lucky fue a ver a la abuela.

—Menudo cerdo —dice, entornando los ojos de enfado—: molestar a una anciana...

—Le dijo que iba a hacernos la vida imposible. No sé qué significa eso exactamente, pero quería que lo supieras.

—Enterada.

—¿Alguna vez te da por pensar que pudimos equivocarnos —le pregunto— con lo que le hicimos?

Me mira con reprobación.

—Si Lucky hubiera sido un tipo estupendo y no un cabronazo, cuando tuvimos la oportunidad de enmarrarlo no habría sido el candidato más probable. No se nos habría ni pasado por la cabeza y, además, no nos habría creído nadie.

Abre la puerta.

—Te concedo que era un gilipollas —digo—. Era un inútil, un mentiroso y un fullero que iba por la vida chupando del bote de algunas mujeres y maltratando a otras. Pero ¿merecía pasar la vida en la cárcel por eso?

—Igual debería haber ido con más ojo y ver con quién se cruzaba.

La sigo hasta la recepción y damos nuestros datos. Entrego mi arma, y el agente del correccional empieza a registrar a Neely.

—Aunque lo hubiera hecho, no habría sabido que debía mantenerse alejado de nosotras —le digo en tono confidencial, para seguir con nuestra conversación—. Parecíamos totalmente normales desde fuera.

—Y así sigue siendo —me responde y levanta los brazos para que la cacheen.

Nos unimos a Sandra y Tiri en una mesa de la sala de visitas. La habitación es como una cafetería de instituto donde los sábados estuvieran los chicos castigados. Nadie sonríe ni habla demasiado. Estamos en la zona azul, de chicos de entre ocho y catorce años. No soporto pensar en un niño de la edad de Derk o Mason encerrado lejos de su familia y amigos, aunque a lo largo de mi carrera he conocido muchos de los hogares de los que salen estos chicos y

la vida en este lugar podría ser una mejora para algunos de ellos.

Por suerte, los pocos internos que hay por aquí con Tiri parecen tener más de diez. Comparten mesas con mujeres de todos los tamaños y edades, que se entregan a la conversación e intentan parece animadas con diferentes grados de éxito. No hay ni un solo hombre, salvo los dos guardas que esperan desarmados en extremos opuestos de la sala con una aparente falta de alerta que solo rivalizaría con la del vigilante de seguridad nocturno de una granja escuela. Van vestidos con vaqueros lavados y camisetas azules; la compañía privada propietaria de Broadview pensó que, con esa ropa, los menores confiarían más en ellos. Habría sido divertido estar en esa reunión: un puñado de adultos conjeturando que los delincuentes juveniles se portarían mejor y confiarían más en unos hombres con pantalones vaqueros. Luego, decidieron que los niños debían ir vestidos como señales de peligro calzadas con Crocs.

Me gustaría saber si habrá venido alguien a ver a Tiri además de Neely. ¿Su padre se habrá separado de la botella el tiempo suficiente para venir a visitar a su retoño? Shawna me dijo que había estado aquí. Dudo mucho que intercambiaran más de veinte palabras. Seguramente Jessy trajera a Goldie auestas. Estuvo en comisaría la noche del arresto y, por lo que me han contado, estaba destrozada.

Sandra le está explicando algo cuando llegamos a la mesa. Me alivia ver que no tiene mal aspecto, salvo unas ojeras de cansancio bajo los ojos y los lóbulos de las orejas rojos, de tanto estrujarlos.

No parece que se haya peleado con nadie. Está aquí por un delito que reúne salvajismo e integridad. Intentó reventarle la cabeza a alguien, sí, pero lo hizo porque creía que había matado a su hermana. Probablemente, los malotes procurarán evitarlo y a los que les quede algún principio lo admirarán.

También me alivia darme cuenta de que no le tengo miedo.

—Esto es *off the record* —anuncia Sandra sin darnos tiempo a saludar al chico ni a sentarnos—: nada de lo que diga aquí podrá usarse en la investigación.

—No hay mucho que investigar —le digo—. Lo detuvieron infraganti.

—Ya sabe a qué me refiero —me contesta, y me dirige la misma mirada acerada que quiero que utilice si algún miembro del Concejo plantea la más

mínima duda sobre mi competencia.

—Supongo que conocerá las novedades sobre Zane Massey. Va a ponerse bien.

—Sí. Acabo de enterarme. ¿Qué te parece, Tiri?

—Me alegra —dice—. No quería que muriera.

—Fue un accidente —nos asegura Sandra.

Neely asiente con la cabeza.

—¿Un accidente? —Miro hacia el cielo pero paro justo antes de empezar a poner los ojos en blanco—. ¿Accidentalmente acabó en el salón de los Massey apuntándole con un rifle a Zane en la cabeza?

—No estaba en sus cabales —argumenta Sandra, ensayando ya su número para el tribunal—. Estaba abrumado por el dolor y la rabia.

—Justo lo que define al 90 por ciento de las personas que matan a alguien.

—Comisaria Carnahan, me prometió que se comportaría.

—Abogada, no soy un perro. No me diga que me comporte.

Neely y Tiri se lanzan una mirada furtiva. Parece que algo les hace gracia.

A Tiri se le ilumina de repente la cara.

—Sus uñas —dice—. Son como las de Cami. Hasta tienen los brillantes.

Sandra me mira las manos y luego a la cara. Sé que está pensando que puede valerle para demostrar que tengo las hormonas totalmente fuera de control.

—Son una especie de homenaje —le digo—. Estuve hablando con unas amigas tuyas que me dijeron que se había hecho la manicura antes de...

No termino la frase.

—Me acuerdo —dice Tiri—. Tuvo una bronca exagerada con Jessy.

—¿Por las uñas?

—Sí. Siempre se peleaban por tonterías así.

—¿Y qué pasó? —le pregunto—. ¿Lo recuerdas?

Cierra los ojos y deja la cabeza colgando hacia atrás, como si fuera su forma de evocar recuerdos de su casa.

—Jessy le dijo que eran muy feas. Que parecía una *stripper* o algo así. Camio dijo que le tenía envidia porque no tenía dinero y que estaba acabada porque había tenido un bebé.

—¿Se peleaban mucho?

—Supongo. Se llevaban peor desde que nació Goldie. Jessy empezó a portarse mal con todos. Según mamá, es porque estaba cansada y deprimida, que tener un bebé no es fácil.

Abre los ojos y baja la cabeza.

—Jessy no podía comprarse nada, mientras que a Cami su novio no paraba de hacerle regalos y además trabajaba en el Dairy Queen, así que podía pagarse las uñas y todas esas cosas —sigue Tiri—. Entiendo que Jessy se picase.

Mira las manos que he dejado sobre la mesa, con las uñas deslumbrantes.

—Esa noche se cabreó de lo lindo. Pensé que si Jessy tuviera un hacha le cortaría la cabeza a Cami.

Me recorre un arranque de emoción y, al instante, un mazazo de tristeza, en cuanto comprendo lo que puedo haber descubierto.

Encojo los dedos. Casi puedo sentir la gasolina cayéndoles encima y el calor abrasador del fuego que empieza a devorarlos.

Capítulo 22

Pese a la lógica de origen divino a la que siempre aluden mis amigos más creyentes y al evidente tamaño de nuestros cerebros, con todo su raciocinio, estoy convencida de que los humanos tenemos mucha menos capacidad que otros animales para desaprender comportamientos adquiridos.

He visto a mi hermana hacer milagros con perros maltratados cuyo miedo había degenerado hasta convertirlos en bestias salvajes que solo sabían responder a la presencia de cualquier otra criatura con una feroz autodefensa. Con una paciencia y una perseverancia increíbles, Neely sabe devolverles la confianza en el otro. Así, encuentran hogares llenos de amor y viven felices, dejando atrás para siempre la agresividad de antaño.

Sin embargo, los niños a los que se ha maltratado suelen acabar convertidos ellos mismos en maltratadores, por mucho que la lógica les diga que se equivocan y que sus grandes cerebros les recuerden el dolor que sufrieron y sepan de primera mano lo dañino que puede ser ese dolor. Una y otra vez, he visto a adultos convertidos en el padre que tanto los maltrató.

Somos lo que conocemos, no lo que el mundo nos dice que deberíamos ser, ni siquiera lo que nuestros corazones quieren que seamos.

Muchas veces, Neely y yo nos preguntábamos si a mamá le habría sucedido algo malo y si por eso era como era. Quizá había tenido un trauma de grandes dimensiones o la persona equivocada la había ofendido en el peor momento, y eso acabó transformando su vida. No conocimos a su padre pero, por lo que cuentan, era un hombre bueno y muy trabajador. La abuela tenía sus peculiaridades, pero nadie podría ponerle una tacha como madre. Por lo que sabíamos, mamá creció en un hogar completamente normal, con unos padres normales, que la querían. Desde luego, nunca estuvo desatendida.

Con los años, me he aficionado a observar a las madres. Estoy segura de que parte de este interés se debe a que la mía no dio la talla y a que dejó de estar conmigo tan pronto que no tuvo la oportunidad de pedirme perdón. He visto que no todas las madres entregan el amor incondicional que se supone llevan grabado en el ADN. También hay personas que no son capaces de amar a nadie, ni siquiera a sus propios hijos, o que tienen una idea del amor que no es lo que la mayoría de nosotros espera.

Teniendo a Miranda y Shawna como modelos, me pregunto qué clase de madre está llamada a ser Jessy. Por lo que he llegado a entrever, parece que quiere a Goldie. Creo que cuida de ella como mejor puede.

La sospecha que he comenzado a albergar hacia ella me desagrada tanto como saber cómo la manipulaba Camio y cómo se peleaban entre ellas, pero mis sentimientos no deben interferir en esta investigación.

Jessy tiene coartada. Una de sus amigas jura que estuvieron juntas en su apartamento a la hora a la que asesinaron a Camio. Nolan no ha hablado con la chica personalmente, pero la declaración le pareció sólida. A la hora de tacharla de la lista de sospechosos, casi igual de importante fue que no hubiese ningún móvil aparente y que pareciese realmente destrozada por la muerte de su hermana. Pensándolo ahora, puede que fuera igual de importante lo difícil que resulta imaginar a una niña con un bebé echado a la cadera asesinando a alguien.

La gente miente. Nolan lo sabe mejor que nadie. Por este motivo, sé que no se molestaría si voy a hablar con la testigo que ha confirmado la coartada de Jessy. Aun así, prefiero no decírselo. Por ahora.

Cuando terminamos de hablar con Tiri, Neely se pasa por mi casa para recoger a Mason. Yo me paso por la peluquería Snips, donde trabaja Gina, la amiga de Jessy.

Está encantada de hablar conmigo. Termina unas mechas de color, ajusta el temporizador y salimos juntas a la calle, a la luz del sol.

Miro el cielo color turquesa y las dos nubes de un blanco cegador que tiene pegadas. Por centésima vez en lo que va de semana, digo que este buen tiempo no puede durar.

Saca un cigarrillo, da un trago de Big Gulp y asiente en señal de

conformidad.

Lleva una camiseta de tirantes negra con tachuelas plateadas, unas mallas y un par de sandalias que dejan ver unas uñas pintadas de amarillo con diferentes personajes de *South Park*. El pelo le llega hasta los hombros y lo lleva teñido con un impactante rojo amoratado que me recuerda aquella vez en que Neely, Champ y yo experimentamos con los condimentos para nuestros bocadillos y mezclamos mermelada de uva y ketchup. No tenía ni buena pinta ni buen sabor.

—¿Qué tal está Jessy? —me pregunta.

—Pensaba que tú lo sabrías mejor que yo —respondo, algo sorprendida.

—Al verla por aquí pensé que acabaría de estar con ella. No hemos hablado desde lo que pasó. Está fuera del mapa. Está destrozada por la muerte de Camio.

—¿Estaban muy unidas?

Suelta una bocanada de humo por un lado de la boca.

—Claro.

—¿Y tú y Jessy? ¿Os veis mucho? Debe de ser difícil con el bebé.

—No deja de hacer nada por Goldie. La lleva a todas partes. Es como muy tierno.

—¿Y «como muy» qué más?

Echa ceniza a la acera y se encoge de hombros.

—No se separa de ella. Aún me siento mal por haber dicho que no aquel día y no haberme quedado yo con Goldie. Pero no me gustan los bebés. Me da miedo porque parece como si se fueran a romper.

—¿Qué día fue?

Me mira un segundo, y aparta la mirada nerviosa.

—¿Jessy te pidió que cuidaras a Goldie el día en que asesinaron a Camio? —le insisto.

Da una calada y un trago, se queda mirando el cielo y, luego, se mira los pies.

Ya me ha respondido. Solo hace falta que se dé cuenta y que lo diga en voz alta.

—Sí. Claro —admite por fin—. Le dije que no, así que en lugar de eso nos

quedamos juntas las dos.

—¿En lugar de qué?

—En lugar de ir adonde quería ir sin Goldie.

—¿Y dónde era eso?

—No lo sé.

—Creo que sí lo sabes. ¿Me lo puedes decir?

—¿Por qué?

—Porque en una investigación como esta, el detalle más nimio puede acabar siendo muy importante. ¿No crees que Jessy quiere que cojamos al asesino de Camio?

Reflexiona un momento.

—No sé para qué le puede servir, pero en fin: iba a ver al padre de Goldie. Quería liarse con él y no quería que la niña estuviera por ahí.

Es la primera vez que alguien me habla del padre de Goldie.

—¿Cómo se llama?

—Kirk.

—¿Apellido?

—Ni idea. Es camarero en el Rusty Nail.

—¿Jessy y él van en serio?

—¿Cómo? Ni de coña. Fue un rollo de una noche y se quedó embarazada.

No están saliendo ni nada.

—¿Y qué pasa con Goldie?

—Él sabe que existe. Creo que le ofreció dinero a Jess, pero no quiere ejercer de padre. Lo siento, pero tengo que volver al trabajo —termina apresurada.

Da una última calada al cigarrillo y lo tira al suelo. Le levanto las cejas y recoge la colilla.

—Quiero que me acompañes a comisaría. Deberíamos seguir hablando.

Se pasa la mano por el pelo de uva con tomate y suspira con desesperación.

—Vale —dice—. No estuvimos juntas, ¿de acuerdo? Estuvo con Kirk. Me pidió que mintiera porque no quiere que su familia se entere. Le tienen manía.

—Creía que no lo conocían.

—A los Truly no les hace falta conocer a nadie para odiarlo.

Su cuerpo se relaja. Como suele pasar cuando se guarda un secreto, la revelación la ha liberado.

Echa la cabeza hacia atrás y sonríe hacia el cielo.

—Dios mío. Qué descanso —grita—. No me gusta mentir a la policía, pero me pareció que no estaba haciendo mal a nadie. Jess no ha matado a su hermana, está claro. Tiene una buena coartada, lo que pasa es que no quiere que se sepa que es Kirk.

»¿Me he metido en un lío? —se le ocurre preguntar.

—No —le digo.

—¿Y Jessy?

—No.

—Ojalá pudiera hacer algo por ella.

—Puedes teñirle las raíces —sugiero.

—Sí, justo. —Se echa a reír—. Le gustan así.

Hablo con el Rusty Nail y me dan el apellido y el teléfono de Kirk. No responde a mis llamadas en todo el día, así que no me queda otra opción que emboscarlo en el bar.

Llamo a Neely, le digo que no podré pasar a recoger a Mason y le pido que lo acerque ella a casa después del trabajo, que se quede a cenar y que lo cuide hasta que yo vuelva de hablar con Kirk. Le parece bien.

Muchas veces me he preguntado a quién se le ocurriría ponerle a un bar-restaurante un nombre que hace pensar en tablones putrefactos y vacunas del tétanos²³, pero al parecer esas cosas solo se me ocurren a mí. El Rusty Nail lleva aquí desde siempre, y siempre ha funcionado bien. En la época de mamá, era un antro, un agujero muy muy oscuro y claustrofóbico en el que nunca ponía el pie una mujer y donde solo se oía el sonido de las botellas y los vasos vacíos entrechocando sobre la barra y el sonsonete del presentador de deportes saliendo de un solitario televisor con su parpadeo en blanco y negro. En muchos sentidos, evocaba las minas en las que trabajan casi todos

los parroquianos, y muchos se recostaban sobre sus copas como si siguieran doblando el lomo en los túneles.

En algún momento de los noventa, cambió de manos. También traspasaron las dos tiendas contiguas. El establecimiento triplicó su tamaño y montaron una cocina. Ahora es un elegante y bullicioso bar con ambientación deportiva, de los que hay a miles por todo el país.

Por lo que fuera, mantuvieron el nombre y también intentaron conservar parte del espíritu original cubriendo las paredes con un batiburrillo desnatado de cosas para obreros machotes: recuerdos deportivos, piezas nuevecitas de coches antiguos, un trozo de vía reluciente y una cabeza de ciervo disecada.

Ahora se ven tantas mujeres como hombres. El lugar retumba con el sonido de las voces que intentan competir con el ruido de veinte televisores. Los fines de semana agravan el problema con música en directo.

Es fin de semana y llego a las siete, antes de que haya demasiada gente.

Al entrar y mirar el nombre del bar grabado en la puerta, recuerdo a Jessy viendo la cicatriz del pie de Camio en la fotografía de la escena del crimen. Recordaba que se la hizo con un clavo oxidado y que se le infectó la herida. Ese grado de atención hacia la hermana pequeña solo puede deberse a una preocupación sincera o una siniestra obsesión por ella.

Reconozco a Kirk sin problema. Solo hay una persona más detrás de la barra, y es una chica.

Me he puesto vaqueros, tacones y una camiseta de seda color champán con bisutería. Me siento en la barra, cerca de Kirk, e inmediatamente saco el teléfono para mimetizarme con los demás clientes.

Viene hacia mí.

—¿Qué le pongo? —pregunta.

Tardo un rato en hacerle caso, mientras termino de escribir un tuit imaginario: «Me he emborrachado en el Rusty Nail. #chispa».

No es nada feo, y lo sabe. Unos cuantos tatuajes con el punto justo de insolencia, sin llegar a intimidar. Barba de dos días perfectamente mantenida. Una mata de pelo rubio, color trigo, revuelto con sumo cuidado. Un pendiente de ónice y un colgante de cuero trenzado.

—Con este bochorno es como estar al sur de la frontera. Ponme una

Corona, y no te olvides de la lima.

—Al sur de nuestra frontera está Maryland —devuelve el disparo.

Le sonrío.

—Eres listo. Y encima, sabes de geografía. Dos rasgos que me encantan en un hombre.

Me trae la cerveza. Bebo mientras atiende a otros clientes. Viene un par de veces a ver si necesito algo. Charlamos un poco.

Cuando estoy decidiendo cómo sacar el tema de Jessyca, uno de los televisores lo hace por mí. Una última noticia sobre el asesinato de Camio aparece fugazmente en un canal de noticias. Por suerte, no salgo entrevistada.

Casualmente, tengo a Kirk delante y los dos vemos el vídeo.

—¿Te has enterado del asesinato de esa chica? —le pregunto—. Qué cosa tan horrible, ¿verdad?

—Desde luego.

—Me han dicho que eres amigo de su hermana.

Me mira perplejo. Doy un trago de cerveza, con cara de buena.

—¿De la hermana de la Truly muerta? ¿Quién se lo ha dicho?

—La peluquera —le explico—. Son amigas. Jessy se llama, ¿no? Cuando le conté que había quedado aquí, me dijo que Jessy tenía una historia con el camarero buenorro del Rusty Nail. Supuse que eras tú.

El halago funciona. Baja las defensas un momento.

—Puede que la conozca —admite—. Pero no somos amigos.

—¿Qué dirías que es? ¿La madre de tu hijo?

La fachada locuaz se desintegra en un millón de piezas llenas de pánico.

—Ey, vaya.

Baja la cabeza y se echa sobre la barra. Yo hago lo mismo.

—¿De dónde ha sacado eso? —me susurra.

—Soy la comisaria de policía —le susurro yo también.

Saco la placa y la dejo sobre la barra, por si no me cree. Me suele pasar, porque soy mujer y porque no cumplo con el estereotipo de los ochenta de entrenadora de gimnasio o atleta de Europa del Este. Además, esta noche estoy muy buena.

—¿Es una coña? —dice, sin subir la voz—. ¿Va a meter a la poli en esto?

¿Es que puede? Le dije que le daría dinero, pero no voy a pasarle una paga ni voy a cambiar pañales.

Veo a mi padre teniendo esta misma conversación con mi madre. ¿O él sí que quiso? Solo conozco lo que pasó entre los dos por la versión que mi madre le contó a la suya, y tampoco dio muchos detalles. Tampoco tengo forma de saber cuánta verdad había en ella. Es una de las cosas de las que más me arrepiento en la vida: de tener en entredicho el plan maestro de mi creación y si fui deseada. No me importa lo que Miranda Truly diga sobre los sentimientos de mi abuela paterna hacia mi madre y hacia mí. Bien podría estar mintiendo.

—Legalmente, si Jessyca te demandara y la niña fuera tuya, tendrías que pagar la manutención —le digo a Kirk—. Pero no he venido por eso.

Me quedo en silencio un momento para que le vaya dando vueltas.

—No tienes ninguna duda de que eres el padre, por lo que parece —observo.

—No estoy seguro del todo —dice—, pero ¿para qué iba a decirme que la niña es mía si no quería sacarme pasta ni obligarme a casarme con ella? Solo me dijo que quería que supiera que tenía una hija. Que era lo correcto. Así que supongo que dijo la verdad. Pero si pretende hacerme pagar, pediré la prueba de ADN.

—Vales para monologuista.

—No fue culpa mía —insiste enfadado. Se aleja pero vuelve al momento—. No estoy obligado a hablar con usted, ¿verdad? —pregunta.

—No —respondo—. ¿Me pones otra cerveza?

Esta vez, no se apresura a volver. Se entretiene con los demás clientes, se echa unas risas e intenta parecer indiferente, pero sé que mi presencia en un extremo de la barra le está torturando.

Por fin, regresa y me pone otra botella delante. Falta la rodaja de lima. Sé que lo ha hecho a propósito.

—¿Por qué no fue culpa tuya? —le pregunto, y hago un pucherito—. ¿Tu papá nunca habló de sexo contigo? ¿No fuiste a clase el día que explicaron cómo se hacen los niños?

—Me mintió —dice, susurrando de nuevo e inclinándose hacia mí—. Me

dijo que tomaba la píldora.

—Pero, aun así, usasteis condón, ¿no?

—Me dijo que no. Que le gustaba más a pelo. No iba a llevarle la contraria. ¿Por qué le estoy contando todo esto? —Se incorpora y vuelve a marcharse, pero vuelve como un resorte. Necesita justificarse constantemente—. No sabe lo que es ser un hombre.

—Es cierto. Ilústrame.

—Quieres follar, ¿vale?

—Por ahora, te sigo.

—Pero cada vez que lo haces, podrías acabar teniendo un hijo.

—¿Y cuál es la diferencia con ser mujer?

Se me queda mirando. Paso a un tema más importante.

—Has dicho que Jessy y tú no tenéis una relación, pero la última vez que quedasteis quería acostarse contigo. ¿Qué piensas de eso?

—No quería acostarse conmigo. Quería que hiciera de canguro.

—¿Te dijo por qué?

—Tenía que ir a no sé dónde y no quería ir con el bebé. Dijo que iba a ser muy emotivo, o algo así. Que la cosa se podía liar.

—¿Que «se podía liar»? ¿Esas fueron sus palabras exactas?

—Estaba mal por algo. Hasta se echó a llorar. Y el bebé se puso a llorar también. Entonces, se marcharon.

—¿Así que no estuvo contigo el viernes pasado de cinco a ocho?

—No estaríamos juntos más de quince minutos.

Vuelvo a echarme atrás sobre el taburete, doy un buen trago a la cerveza y lo miro con toda la desaprobación que puedo. No tarda mucho en hundirse.

—Mis intenciones eran buenas —se siente obligado a explicar—. No es fea pero le sobran unos kilos. Le estaba haciendo un favor.

—¿Un favor?

—No soy ningún fracasado. Estoy estudiando. Tengo que pagar los préstamos. Trabajo. ¿Tengo que tirar mi vida por la borda por haberme acostado con alguien por pena una sola vez?

Ya no me queda más paciencia para este patán.

—¿Y si intentarás pensar en tu hija como algo bueno en lugar de malo?

Mucha gente lo hace. Una niña es algo más que facturas y responsabilidades. También da recompensas.

»Y, si se te levantó, lo que sentías no era pena, gilipollas. —Me quedo mirándolo de nuevo—. Ahora, ponme lima.

Debería irme. No hay razón para seguir aquí, pero lo hago para sabotear a don Sexo por Pena.

Me gustaría decirle que, si lo que he oído es cierto, no debería sentir ninguna pena por Jessy. Consiguió justo lo que quería. Solo le interesaba como donante de esperma. Le hizo un favor, pero no el que piensa.

Jessy no debería haber estado nunca en este bar, ni en ningún otro. Se quedó embarazada a los dieciocho. Ahora apenas ha cumplido los veintiuno.

Aquí sirven alcohol a menores. Tomo nota mental, «tiene que venir uno de mis hombres», y otra nota, «basta ya de ser poli; disfruta de la cerveza».

Una cerveza más y no aguanto el ruido. Cuando estoy a punto de marcharme, una mujer se sienta a mi lado. Casi me desmayo.

—¿Qué haces aquí? Odias los bares —digo.

—Has estado rara últimamente. Muy tensa. Se me ocurrió que querías compañía.

Neely mira alrededor, se ubica y le hace un gesto a Kirk, que finge no verla.

—Querrás decir que te preocupaba que me pusiera como una cuba y que hiciera alguna tontería —la corrijo—. Aquellos tiempos ya pasaron hace mucho. Ahora me emborracho con dos tragos y al día siguiente me encuentro tan mal que quiero morirme. ¿Dónde está Mason?

—En tu casa, a un par de manzanas, con Smoke, viendo la tele.

—Ya veo que está protegido. El único guardián más seguro que se me ocurre es Nolan, y solo porque tiene pulgares oponibles.

—A la mierda sus pulgares. La gente tiene más miedo de un pastor alemán gruñendo que de un poli viejo. Además, ¿para qué necesita Mason un guardián? ¿Qué crees que le puede pasar cuando no estás? ¿No eres la comisaria de la ciudad? ¿No estás orgullosa de lo segura que es esta?

—No ha sido muy segura para Camio —digo abatida. Me he bebido tres cervezas y empiezo a sentir lástima por mí misma—. Y no me gusta que Lucky ande por ahí merodeando.

Neely pone cara de pocos amigos y extiende el dedo corazón para hacer desaparecer el recuerdo de Lucky.

—Bueno, ¿cómo te ha ido? —pregunta—. Por cómo nos está evitando, imagino que habrás estado hablando con el camarero.

—Bastante bien. Creo. Puede que la hermana de Camio estuviera con ella cuando murió o justo antes. Su tío también. Y su abuela. Están mintiendo todos. No sé por qué. No sé hasta qué punto. Aún no sé qué motivo podrían tener para matarla.

—Los familiares siempre se están matando entre ellos —dice.

—Sí, pero no solo por el hecho de ser familia. Siempre hay un móvil determinado. Algo que el asesino necesita, o quiere o le provoca. Vamos a cambiar de tema.

—Eh, chico —le dice Neely a Kirk con su mejor voz de entrenadora—. Ponme un Jack con cola. Vamos.

La mira y obedece, de una forma no muy diferente a la de Sammy, el goldendoodle.

—Al último tío con el que me acosté lo conocí en este bar —le digo, cuando lo recuerdo.

No cuento a Nolan, nunca lo cuento.

—¿Ese que tiene la tienda de artículos deportivos en Hellersburg?

Asiento.

—¿Qué tal?

—Bah.

—¿Y por qué lo hiciste?

—Quería acostarme con alguien.

—¿Y no querías echar un buen polvo?

—Claro. Pero no siempre se puede echar un buen polvo.

—¿Y un polvo bah es un sucedáneo aceptable?

—No —suspiro.

Kirk le trae a Neely su copa, me pregunta si quiero otra cerveza y luego le pregunta a alguien que tengo a la espalda qué es lo que va a tomar. Neely y yo nos giramos, y vemos a Lucky detrás de nosotras.

—Hablando del rey de Roma —digo.

Neely lleva sin verlo más de treinta años. Tarda un minuto en reconocer su cara. Él la conoce al instante.

—Doña importante —murmura con admiración, con una voz tan empalagosa como su pelo—. La princesa Neely. Iba tan de sobrada que ni me decía la hora; solo hacía apostillas a mala leche cuando su mamaíta estaba escuchando.

Neely se gira sobre el taburete.

—A mi madre ni la mientes.

—Hablaré de tu madre lo que me dé la gana. Fue el amor de mi vida y alguien la mató, y vais a decirme quién fue.

Neely se levanta del taburete y se pone cara a cara con él. Se ha echado tanta colonia que tiene que entornar los ojos por el olor.

—No te vamos a decir nada —dice con una voz lenta y tranquila—. Dice Dove que vas por ahí amenazándonos y diciendo que nos vas a demandar. Has molestado hasta a la abuela. No impresionas a nadie. No nos asustas, no puedes demostrar nada y no tienes huevos para intentar hacernos daño.

—Vamos, Dove —me dice.

Estoy segura de que lleva la misma camisa que cuando vino a verme hace cinco días, pero está lavada. Entremezclado con la pestilente colonia, detecto el aroma floral y dulzón de un suavizante de ropa.

No sé dónde se aloja ni cómo se las estará arreglando. La vida no es fácil para alguien que ha estado en la cárcel y mucho menos si tiene casi setenta años. Me lo imagino en una habitación alquilada y vacía, con un colchón desvencijado sobre un somier viejo, una cómoda y un cuadro de aficionado, comprado en algún mercadillo, con unos gatitos metidos en una cesta de mimbre sobre terciopelo negro, con nada más que una hebilla de cinturón y una camisa de domingo como únicas pertenencias.

Cuando empiezo a levantarme del taburete, me agarra con fuerza del brazo.

—Me habéis robado la vida. ¿Creéis que voy a dejarlo pasar sin más?

—No te queda otra.

Intento que las palabras suenen decididas y definitivas, pero suenan a derrota y arrepentimiento.

Neely le suelta la mano y se pone entre los dos.

—Voy a decírtelo una sola vez. No metas a Dove en esto. Yo la convencí para que mintiera. A mí se me ocurrió la idea.

Lucky le sonrío lascivamente, con una boca llena de fosas vacías y de dientes descoloridos a modo de lápidas mortuorias.

—Entonces, deberías invitarme a una copa.

—Vamos —ordena Neely.

Echo mano al monedero.

—Ni se te ocurra —me advierte.

—Voy a pagar lo nuestro.

Es la primera en marcharse. Dejo tres billetes de veinte en la barra y corro tras ella, sin esperar a ver la reacción de Lucky.

Me uno a mi hermana fuera del bar.

—Había que hacerlo —dice.

No estoy segura de a qué delito se refiere. Admito que el primero fue necesario pero puede que no hiciera falta acusar a Lucky. Se lo digo.

—Teníamos que culpar a alguien —razona—, y él era el mejor candidato. Si la policía hubiera seguido buscando, podrían haber descubierto la verdad.

Neely no es muy dada a las muestras físicas de cariño con otras personas. Podría contar con una mano las veces que nos hemos dado un abrazo. Ni siquiera ahora me abraza. Tiende las manos y me coge la cara entre ellas, como haría una madre que quisiera tranquilizar a su pequeña.

—Sé que piensas que fue egoísta, pero no es así —dice—. No lo hiciste por ti; lo hiciste por mí. No habría sobrevivido si te hubieran cogido.

La miro a los ojos, los ojos de nuestra madre, y me asombra hasta qué punto no puedo vivir sin una persona que tanto se parece a alguien a quien he matado.

23 En inglés *rusty nail* significa «clavo oxidado».

Capítulo 23

Consigo mantener mis emociones bajo control hasta que llego a casa y me quedo sola en mi habitación. Si estoy llorando, es porque la lealtad de mi hermana me ha desbordado una vez más. Nunca he podido llorar por lo que le hice a mi madre. Desde aquella noche, he sentido tristeza, rabia, vergüenza y repugnancia, pero nunca he podido derramar una lágrima ni he sentido un solo instante de arrepentimiento. No sé lo que eso dice de mí. Pero sí sé lo que dice de ella.

Me enteré de lo de Gil y Champ por pura casualidad; al recordar lo que sucedió aquel día, muchas veces he pensado en lo fácil que habría sido no haberme enterado de nada, y también que le había fallado a mi hermano por no haberlo descubierto antes. No sé qué ha sido peor, si el sentimiento de culpa por no haber cumplido con mi deber o las punzadas de autoprotección que me hacen desear no haberlo sabido nunca.

Llegué a casa cuando nadie me esperaba. Había ido al dentista en el centro y, en lugar de acudir a las clases que faltaban para terminar la mañana, decidí volver a casa dando un paseo. El plan era comer algo y convencer a mamá de que me dejara el coche para ir a baloncesto. Cuando llegué, ella había salido a hacer unas compras. Vi el enorme Buick color arándano de Gil en el camino de entrada, pero no le di mayor importancia. Entraba y salía de sus negocios cuando le venía en gana. Para eso era el jefe.

Champ debería haber estado en el cole. Gil lo había sacado por un «asunto familiar urgente».

No se había molestado en cerrar la puerta del todo: pensaba que estaban solos.

Todos pensamos que sabemos cómo actuaríamos en una situación extrema. Hemos visto un montón de tragedias en las noticias y pensamos: «Yo no habría hecho eso. Habría llamado a la policía», o «Habría cogido al chico y habría salido corriendo», o «Habría matado a ese hijo de puta ahí mismo; sabría que era lo correcto y podría pasar página después».

El problema es que esas reflexiones que se hacen desde el sofá de casa son pura imaginación, aunque nazcan de una indignación real. Nada hace saltar por los aires la realidad de nuestras buenas intenciones como la propia realidad.

Me encontré en una situación que no habría podido imaginar ni en mis peores pesadillas. Era algo inconcebible. No habría estado tan impactada si Gil hubiera resultado ser un hombre lobo o un alienígena de otro planeta, en lugar de un humano haciendo lo que le vi hacer al cruzar aquella puerta.

No entré en pánico. No grité. No amenacé. No vomité, ni eché a correr.

Giré la cabeza y volví a salir por la puerta.

—¡Champ! —llamé, intentando sonar fuerte y entera, sin mostrar que me había convertido en un montón de pedacitos temblorosos y agitados—. Ven aquí.

No hablé con Gil. Jamás volví a dirigirle la palabra. Se marchó. Esa noche, la policía lo encontró en Rankin's haciendo inventario con media docena de empleados que le brindaron una coartada impecable.

Llamé a la abuela y le dije que se llevara a Champ a su casa y se quedara con él. En lo que resultó ser una delirante ironía, le dije que le había organizado una sorpresa a mamá en la que solo Neely y yo estábamos en el ajo y que no quería que Champ estuviera por ahí.

La abuela nunca puso en duda lo que le conté y nunca le dije lo que le había pasado a Champ. Creo que no habría podido soportarlo; además, ella tampoco podía hacer nada. Después de una vida entera conociéndola, muchas veces he pensado que me equivoqué en las dos cosas.

Esperé a que mamá estuviera en la bañera. Sabía que así conseguiría toda su atención.

Cuando entré en el cuarto de baño para contárselo, estaba sumergida en un mar de burbujas, con el cabello dorado recogido sobre la cabeza y bebiendo

un vaso de vino.

No tenía ni idea de cómo empezar la conversación. Quería terminarla cuanto antes. Estaba convencida de que, en cuanto se lo dijera, ella lo arreglaría todo. Mientras estaba ahí de pie, mirándola, se me llenó el corazón de amor, porque veía en ella a nuestra salvadora. Por fin, iba a ser nuestra madre.

Respiré hondo y lo solté:

—Gil abusa de Champ.

Creo que esperaba que al principio se negara a creerlo. O que se echara a reír. O que dijera que siempre había sabido que pasaba algo raro. O que lo supiera inconscientemente. O que estallara de ira. O que se hundiera en sus burbujas entre sollozos. O que se pusiera el albornoz de un salto y corriera al teléfono para llamar a la policía.

Pero suspiró y me miró molesta.

—No es para tanto, Dove.

Pensé que no había oído bien o que ella no me había oído a mí. Pero sin darme tiempo a repetirlo, siguió explicándose; para ella todo estaba bien.

—Vive en una casa enorme y preciosa. Tiene todos los juguetes que quiere. El plato, lleno. Y por fin tiene padre. Además, Gil quiere adoptaros a todos.

«Lo sabe», gritó una voz dentro de mi cabeza. «Lo sabe todo y le da igual».

—Lo superará —me aseguró—. Es un niño.

«¿Fue un intercambio?», siguió gritando aquella voz. «¿Lo hablasteis como si fuera una compraventa delante de una cena? ¿Te tendió la cajita aterciopelada con un anillo de diamantes brillando dentro y te dijo que era tuyo si tú le dabas a tu hijo?».

Nunca supe las respuestas.

Esta vez tampoco me desmoroné. No me quedé para seguir hablando sobre la situación. No estallé. No perdí los nervios. Mantuve la calma y la cordura. En todo momento sabía lo que estaba haciendo. Fui al dormitorio de mi hermano y volví con su bate de béisbol sujeto con fuerza entre las manos. Estaba tan centrada que tuve cuidado de no hacerle nada en la cara por el bien de la abuela.

Neely es la única persona que conoce la verdad, y ni siquiera ella lo sabe

todo. Le conté lo de Champ y le conté lo que había hecho, pero nunca le conté lo que me dijo mamá en el baño antes de morir. Sabía que no hacía falta.

A Neely no le importaban los detalles, ni hasta dónde llegaba la depravación de nuestra madre. Lo único que necesitaba saber es que esa zorra no había protegido a sus cachorros.

Hay una nota pegada a la puerta.

Neely y Smoke se han marchado a casa. He dejado a Mason en la planta de abajo, delante del televisor. Me digo que está viendo demasiada televisión. Tengo que buscarle un campamento de día.

—Un momento —le digo y voy a buscar una caja de clínex.

Me sueno la nariz, me lavo los ojos y miro mi reflejo en el espejo. Además de CVM, tengo un episodio de CVT, cara vieja y triste. Tengo los párpados hinchados, la cara caída como la de Deputy Dawg y la piel de un pálido enfermizo con manchas rojas. De joven, al llorar parecía deliciosamente vulnerable e ingenua.

—Entra —le digo llamándolo.

Mason entra abrazado a su Trapper Keeper.

—Pareces triste, tía Dove —afirma nada más entrar.

—Es que estoy algo triste.

—¿Es por mi culpa?

—Claro que no. —Me dejo caer al borde de la cama y doy un golpecito a mi lado, para que se siente—. Ven aquí. Tenemos que hablar.

Se acerca pero se lo piensa mejor.

—Espera un minuto —dice.

Deja su carpeta y sale corriendo de la habitación.

Vuelve con un teléfono metido en una funda rosa con purpurina, y me lo da.

—Quería guardar esto y regalártelo cuando volviera papá para darte las gracias, pero igual quieres tenerlo ahora. Igual te alegra.

—¿De dónde lo has sacado? —pregunto.

—Me lo ha dado Derk. Me lo cambió por unos paraguas de papel y por unos palillos en forma de espada. Papá y yo los fuimos recogiendo en el viaje. También había unos palillos con banderas mexicanas, del Manny's.

Enciendo el teléfono y deslizo el dedo por la pantalla para abrirlo. Aparece una foto de Camio y de Zane.

Mason trepa a la cama a mi lado y mira por detrás de mí.

—Le pregunté por qué tenía un teléfono rosa con brillantina. —Se calla, coge la carpeta y empieza a hojear. Por fin, encuentra lo que buscaba—. Derk dijo que era «de un ángel que lo dejó caer desde el cielo» —lee en una página, y me sonrío—. Lo apunté. Oro puro.

Capítulo 24

Para mí, el arrepentimiento y la culpa son como la sal y la pimienta: el primero es una emoción limpia, directa y honesta que surge en circunstancias que están fuera de tu control o que no puedes arreglar; la segunda es una porquería turbia, enrevesada y egoísta que surge de la responsabilidad, real o imaginada, y que está alimentada por la sensación de ser indigno.

El arrepentimiento es espontáneo, pero creo que el sentimiento de culpa se elige. No tengo otra forma de explicar que haya buenas personas como Neely y Nolan que, aun reconociendo sus errores y asumiendo responsabilidad por ellos, son capaces de superarlos sin que repercutan en sus vidas.

No me tengo por alguien egoísta e intento no sentirme culpable; pero, a veces, no lo consigo. Hoy va a ser uno de esos días.

Eran otros tiempos, me digo mientras estoy delante del armario eligiendo qué ropa ponerme. La pedofilia no se debatía tan abiertamente como ahora. No se formaba a profesores, médicos ni orientadores para detectarla; ni siquiera a la policía. Nadie quería reconocer su existencia, sobre todo en ciudades pequeñas e idílicas. Y, si en algún momento se hacía presente, los hombres que cometían algo tan repugnante debían ser siempre escoria de la sociedad, fuera de nuestras vidas, fuera de nuestros patrones, fuera de nuestra vista.

Gil era rico, muy conocido, de buena familia y un miembro destacado de la comunidad. Nuestra madre era una mujer promiscua con tres hijos ilegítimos que se casó con él por dinero y acabó asesinada por un antiguo amante.

Sabíamos que nadie estaría dispuesto a creer lo que Gil le había hecho a Champ. Tampoco queríamos que Champ tuviera que contar lo que le había pasado. No era capaz de hablar de ello ni con nosotras. Éramos ingenuas y

pensamos que, si todos hacíamos como que no había pasado nada, él podría olvidarlo, y nosotras, también.

Ninguna de estas suposiciones me sirve para salir del pantano de culpa en el que estoy sumida esta mañana.

Advierto que he perdido una falda, una blusa, un vestido y un zapato en lo que va de investigación: se han echado a perder con tizne, sangre y tabaco de mascar. Solo habría faltado que me cayera por encima aceite de motor o algo de grasa de alitas de pollo para sentirme como uno de los chicos.

Sé que me la estoy jugando, pero me pongo uno de mis conjuntos favoritos de verano: un vestido de tirantes, entallado y de color azul turquesa, ceñido por la cintura, una chaqueta a juego y los zapatos de tacón, color gris topo, que llevaba puestos el día que encontramos a Camio.

Ya no tengo el teléfono; anoche, en cuanto llamé a Nolan y le hablé de lo que me había regalado Mason, lo pasó a recoger un agente de la Estatal que estaba por la zona.

También le conté que Jessy ya no tenía coartada.

Me han invitado al cuartel de la Estatal esta mañana, como espectadora; y desde que he entrado es justo así como me he sentido. Lo que están viendo mis ojos es incluso mejor que asistir a un encuentro deportivo o a un musical de Broadway. Nolan está interrogando a Derk, y verlo es un espectáculo sin parangón; empiezo a recuperar el ánimo.

Shawna está a mi lado, viendo las diligencias a través de una pantalla de ordenador. No está presente en la sala mientras Nolan habla con su hijo porque ha aceptado limitarse a observar en lugar de que acudiera un representante de asistencia de menores.

Veo cómo observa a su hijo e intento percibir en ella algo de angustia o de enfado. No manifiesta nada, quizá haya vuelto a parapetarse tras su titánica indiferencia.

Según cuentan los agentes que los han traído hasta aquí, la señora Truly cooperó con ellos en todo momento cuando se presentaron en su casa, aunque pasó casi media hora dando vueltas del porche de la entrada al de la parte de atrás y llamando a Derk a voces; cuando por fin apareció el chico, se entregó pacíficamente, no sin antes informar a los dos agentes de que los polis son un

atajo de chupapollas y de enseñarles cómo es capaz de lanzar su navaja tan fuerte que la deja clavada en el tronco de un árbol. Cuando los agentes le preguntaron a la señora Truly si quería bañar a su hijo y cambiarle de ropa antes de marcharse, ambos, madre e hijo, los miraron con la más absoluta incredulidad.

—¿Siempre ha tenido tanta energía? —le pregunto a Shawna.

Derk está subido a la mesa, dando saltos, con los puños cerrados, los pies (ahora descalzos) pateando la superficie con fuerza, la cabeza echada hacia atrás y gritando entre alaridos «¡Es secreto! ¡Es secreto! ¡Es secreto!», después de que Nolan le preguntara de dónde ha sacado el teléfono.

—Desde bebé —dice Shawna, sin apartar los ojos de la pantalla—. Era casi imposible hacerse con él.

»Pero es un buen chico —decide añadir.

—Desde luego.

Derk ha respondido a todas las preguntas de Nolan de forma parecida. Se ha metido debajo de la mesa. Ha hecho el pino en una esquina. Ha agarrado el respaldo de la silla, la ha puesto del revés y se ha puesto a jugar a las carretillas. Se ha quitado las zapatillas, ha empezado a arrancar trozos de la suela a bocados, los ha escupido a la pared, se ha puesto las zapatillas en las manos y ha echado a dar vueltas por la habitación a cuatro patas. También se ha puesto a correr a una velocidad asombrosa, gritando «polla» a todo pulmón.

No han encontrado huellas que puedan servir en el teléfono. Derk es la única pista.

Nolan se levanta de la silla sin molestarse en darle una explicación a Derk y camina hacia la puerta. Aunque se ha marchado, el chico sigue saltando y dando gritos.

La puerta de la pequeña oficina donde estamos nosotras con la única compañía de un portátil se abre y entra Nolan.

—Señora Truly —comienza mientras se pasa una mano por el pelo rapado—, ¿su hijo es retrasado?

—Disculpa el lenguaje políticamente incorrecto del cabo Greely. —Le echo una mano—. Lo que quiere preguntarte es si tu hijo es especial.

Shawna no nos responde a ninguno de los dos.

—No le gusta estar encerrado —dice—. Le pone nervioso.

—¿Qué quiere? ¿Que vaya a hablar con él a las montañas? —dice Nolan de mal humor.

—¿O a la luna? —sugiero.

Me mira con un cansancio y una frustración que no me esperaba.

No consiguió que Eddie hablara, y sé cuánto le pesa.

Aunque las huellas de Eddie estaban en el volante del coche de Adelaide y en algunas superficies de la casa, y aunque se ha confirmado que la sangre que había en el maletero, en la cocina y en el fondo de la sartén de hierro fundido era la de Camio, dice que visitó a su tía hace poco y que ella le dejó el coche. Nada más. Dice que no sabe nada del asesinato de Camio ni de la desaparición de su tía. Por ahora, se ciñe a esa historia.

—¿Quieres probar? —me pregunta.

No quiero eclipsar a Nolan, especialmente aquí, en su cuartel. Tampoco creo que yo fuera a tener más suerte.

—¿Qué tal si prueba su madre? —respondo.

—No me hace caso —dice Shawna automáticamente, sin que Nolan pueda objetar nada—. No puedo obligarle a que me diga nada.

—No lo obligues —digo—. Pídeselo amablemente. Dile que es una forma de ayudar a Camio. Cree que se ha convertido en un ángel.

Nolan y yo esperamos.

—Háblale con el corazón —insisto.

Vuelve a mirar hacia la pantalla, donde Derk sigue haciendo de las suyas. ¿Cuánto podría aguantar a ese ritmo?

Suelta un suspiro profundo que llena toda la habitación y se pone en pie, como si la hubiera levantado el aire que ha salido de sus pulmones.

Nolan me hace un gesto con la cabeza. La acompaño y él se queda atrás, para observar.

Derk ni nos mira cuando entramos en la sala.

Nos sentamos cada uno a un lado de la mesa, mientras él sigue subido encima, dando botes y gritando «¡Es secreto!».

—¿Y si le dices que pare? —le digo a Shawna.

—No es buena idea.

Me levanto y camino hasta el otro extremo de la mesa, meto el hombro por debajo y la levanto con todas mis fuerzas. La mesa se inclina y Derk cae rodando al suelo. Agarra la silla donde estaba yo sentada, le da la vuelta y, caminando hacia atrás, se atrinchera en un rincón. Cuando se siente protegido, se acuclilla y pone la silla delante de él, como si fuera la puerta de una celda.

—Tu madre va a decirte una cosa, Derk —le digo—. Ya sé que eres muy fuerte, pero hasta los chicos más fuertes del mundo hacen caso a su mamá.

Pone las manos en el respaldo de la silla y mira a Shawna a través de las barras de metal.

—Adelante —digo con dulzura, con la esperanza de que ella pueda sentir aunque sea un ápice del lazo que nos unió la última vez que hablamos juntas, y de que siga confiando en mí.

Los tres guardamos silencio, en lo que parece toda una tarde, pero que no ha debido de ser ni un minuto.

—Esto no es un juego —dice Shawna por fin. Habla en voz baja y calmada; casi no se la oye. No mira a Derk, no aparta la vista de las manos que tiene cruzadas entre las rodillas—. Tu hermana está muerta. Y te quería. ¿Sabes lo raro que es eso? ¿Sabes lo raro que es tener a alguien que te quiera de verdad? No pasa mucho. Ahora se ha ido. Para siempre.

Sé que dice que es Camio quien se ha marchado para siempre, pero no puedo dejar de preguntarme si también estará pensando en la que fue antes de conocer a Clark y a Miranda Truly, e incluso en Sugar, el «gato expiatorio».

Derk la observa, fascinado.

Shawna levanta la cabeza y lo mira fijamente.

—Derk, quiero que nos digas de dónde has sacado el teléfono. No voy a pedirte que lo hagas por Camio. Ella ahora es un ángel y está en el cielo, como te dijo la abuela. Es feliz. Quiero que lo hagas por mí. Por tu vieja mamá. Porque estoy muy muy triste.

Se mueve nervioso detrás de la silla, pero sigue agarrado a las barras del respaldo como si no pudiera soltarse.

—Me voy a meter en un lío —contesta—. Me van a dar matarile.

—No digas esas cosas —le dice Shawna—. No me enfadaré contigo; me da igual dónde hayas estado.

—Tú no.

—No dejaré que nadie te mate.

La promesa de su madre es como la llave que le abre las puertas de su rincón. Aparta la silla y se acerca a ella.

—¿Serás la reina buena y poderosa? —le pregunta con máxima solemnidad.

Es un renacuajo, nada más que huesos y músculos enjutos bajo unas ropas sucias y harapientas. Al verlo, parece que sería fácil dominarlo, pero creo que intentar obligarle físicamente a hacer algo que no quiera sería como agarrar a una comadreja rabiosa.

—Sí —le responde su madre.

—A veces voy a su casa, cojo cosas y luego se las devuelvo —confiesa—. Quiero que crea que está loca. Cierra las puertas con llave, pero yo sé entrar por una ventana del piso de arriba.

Al comprender, los ojos de Shawna se iluminan. Sabe de qué está hablando.

—¿Encontraste el teléfono de Camio en casa de la abuela? —le pregunta.

—En la mesita que tiene junto a la cama, con la biblia y la guía de televisión —confirma. Se acerca aún más a ella—. Ahora, ya me puedes hacer caballero.

Saca del bolsillo uno de los mondadientes de adorno que Mason fue acumulando en su viaje de carretera y que le cambió por el teléfono de Camio, y se lo entrega. Shawna lo coge y lo sujeta con delicadeza entre sus dedos orondos.

El chico se arrodilla delante de su madre e inclina la cabeza. Ella le da unos suaves toquecitos en los hombros huesudos y en la enorme carga que llevaba a cuestas ahí, con la diminuta espada de plástico.

Capítulo 25

Después de interrogar a Derk, prácticamente lo único que me dice Nolan es si quiero quedarme al interrogatorio de Miranda. Le digo que no me lo perdería por nada del mundo.

No tiene sentido que conduzca de vuelta hasta Buchanan y luego de nuevo al cuartel. Encuentro un Dunkin' Donuts cerca, me pido un café y un *cruller*, y me siento como un verdadero estereotipo.

Al regresar, encuentro a Nolan plantado como una estatua en el aparcamiento, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, las Ray Ban pegadas en la cara, y la pistolera y el arma asomando por debajo de la chaqueta del traje.

Al principio, no sé lo que significa; luego, creo que sí.

Quiero ver al asesino de Camio ante la justicia lo mismo que todos (a veces tengo la sensación de que incluso más que su propia familia), pero no estoy al cargo de la investigación oficial. Estoy haciendo todo lo que puedo para ayudar, pero cuando termine a mí solo me quedarán las quejas de los vecinos sobre la incompetencia del Departamento de Policía local y los blogs y las cartas al director para lamentar la pérdida de inocencia de una comunidad antes idílica; no dejará ninguna huella en mi carrera.

Nolan está al final de la suya, pero eso da igual: ha dado la misma importancia a todos sus casos. Ahora trabaja tan duro como lo hacía nada más empezar en la policía. En cierto modo, creo que incluso más. Ya no actúa buscando el ascenso ni el prestigio, sino en un ejercicio de la más estricta responsabilidad.

Una adolescente de una ciudad pequeña brutalmente asesinada a golpes y luego quemada es un asunto gravísimo. Debe cerrar este caso por su propia

tranquilidad y por la de todos aquellos a quienes ha jurado proteger.

Está nervioso.

Aparco, bajo del coche y me acerco a él.

—Ya está aquí —dice.

Espero a que se explique, aunque no me sorprendería que no añadiera nada más.

—No hace falta que te diga lo importante que es este interrogatorio — continúa—. Cuando ella hable, Eddie también hablará. No puedo fastidiarla.

—No lo harás.

—No me trates como si fuera tonto.

—No te estoy diciendo lo que quieres oír —salto en mi defensa—. No he dicho que vayas a conseguir una confesión; he dicho que no vas a fastidiarla. Es diferente.

Nos quedamos callados. Sé por experiencia que Nolan puede seguir así indefinidamente, hasta que decida marcharse sin dar ninguna explicación.

Cuando me dispongo a decir algo, vuelve a hablar.

—Hemos estado viendo el historial de llamadas de Eddie Truly. Justo alrededor de la hora en que murió Camio, recibió una llamada desde el hijo de su madre. Con lo que nos ha contado el chico, hemos podido ver también el historial de la madre y, antes de que llamara a Eddie, Jessyca la llamó desde su móvil. Ya teníamos el historial de la chica porque su número está dentro de un plan familiar, a nombre del padre. Al principio no prestamos mucha atención a sus llamadas.

Hace una pausa. Sé que está molesto por haberlo dejado pasar. Siente arrepentimiento, pero no culpa.

—Y ¿por qué os habríais tenido que fijar? —razono—. Una chica llama a su abuela, ¿y? Aunque haya sido a la hora en que asesinaron a su hermana, no había ningún motivo para sospechar de ninguna de las dos.

—Ahora sabemos qué buscar —continúa—. Hemos comprobado desde dónde se hizo la llamada. Su móvil se conectó con un repetidor cercano a la casa de Adelaide Bertolino.

Se me para el corazón. Hasta ahora no había comprendido cuánto deseaba que Jessyca no estuviera implicada.

—Jessy estaba en la escena del crimen a la hora de la muerte —digo con tristeza—. Llamó a la abuela. Y, luego, la abuela llamó al tío.

—Para ayudar a limpiar y deshacerse del cadáver —Nolan termina la frase.

—O tal vez no —respondo esperanzada—. ¿Cuándo vas a hablar con Jessy?

—Antes quiero oír a Miranda.

—¿Puedo traer yo a Jessy?

—Supongo que te lo has ganado, si quieres.

Vuelve a reinar el silencio. Esta vez no me doy cuenta, porque estoy ocupada ideando teorías alternativas para el crimen. Nolan es el primero en hablar.

—La última vez que estuviste con Miranda, la cabreaste. Fue a hacerte daño. ¿Se pasó de la raya? —pregunta.

Asiento.

—¿Por qué crees que lo hizo?

—En principio parece claro: para irritarme y sacarme de mis casillas —respondo—. Quizá también para impresionar a su familia. Para demostrarles que no tiene miedo de la policía. Pero, si lo pienso mejor, creo que me estaba poniendo a prueba. Quería saber si sería una adversaria digna.

—Cuando hablé con ella no pudo haber sido más amable —me dice—, el paradigma de pobre ancianita que debe afrontar una tragedia espantosa en la familia, y se sirvió de ella como excusa para no contar nada. —Se detiene—. Quiero que vayamos juntos a por ella.

Me recorre de arriba abajo una emoción de adolescente, sin poderlo evitar. Le he impresionado. Confía en mí.

—¿Poli bueno, poli malo? —bromeo, procurando sonar indiferente—. ¿O poli bueno, niñera venida arriba?

—Por lo que sabemos de ella, le gusta controlar las relaciones de los demás. Si hace falta, podemos distraerla con la nuestra.

—¿Con nuestra verdadera relación?

—No, por Dios.

Se da la vuelta y avanza hacia la comisaría. Lo acompaño, sabiendo muy bien que no interpretaremos ningún papel cuando estemos con nuestra sospechosa. Seremos nosotros mismos, y el único que no se dará cuenta será

Nolan. Es experto en interpretar a los demás, pero no tiene ni idea de quién es él.

—Le he pedido a la comisaria Carnahan que esté presente en esta conversación —le dice Nolan a Miranda.

Mantiene la compostura y me saluda con la cabeza, sin mostrar el más mínimo indicio de sorpresa o incomodidad.

Ahora que la he visto de joven en algunas fotos, sé que ha envejecido por dentro tanto como por fuera. La alegría, el placer y el optimismo la abandonaron hace mucho. No fue de golpe; como el aire que sale de una rueda de bicicleta pinchada, su compasión se le debió de ir escapando y atrofiando muy despacio.

Fuera de las inevitables arrugas y de las canas, tiene un aspecto extraordinariamente parecido al de la joven madre que vi posando con su hermana y sus bebés en la fotografía de la pared de Adelaide, pero la pétrea animadversión de su mirada y el desdén de su actitud brotan de una bilis milenaria.

—No le importa, ¿verdad? —pregunta al tiempo que me ofrece una silla en el lado de la mesa opuesto a Miranda.

Le sonrío, a él, no a ella, y tomo asiento, cruzo las piernas y me aseguro de hacer todo un alarde de femineidad.

He traído conmigo una pila de carpetas que no tienen nada que ver con este caso y un bloc de notas con un montón de tonterías que he anotado antes de entrar. Llevo puestas las gafas más sencillas que tengo y traigo una taza de café que le entrego a Nolan, a modo de atenta secretaria.

—En absoluto —dice ella.

Aunque hace este calor, va vestida con un vestido negro de manga larga que parece un saco y que le llega por debajo de las rodillas. Si no se le vieran la cabeza y un par de manos atrofiadas y llenas de venas, parecería que la ropa está colgada de una percha.

No lleva ninguna joya, ni siquiera una alianza o una cadena al cuello. Desde

que la vi hace unos días, se ha cortado el pelo. El corte es casi masculino, afeitado por los lados y decapado por arriba, como si le hubieran volcado sobre la cabeza una parrilla llena de ascuas blancas y cenicientas.

El rigor con el que lleva el luto casi resulta excesivo.

—Gracias por venir a hablar con nosotros —dice Nolan.

—No tenía mucha elección —replica Miranda.

Nolan se quita las gafas y sus ojos azul celeste la miran con preocupación.

—¿Y eso por qué? ¿No le han explicado nada los agentes? Les dije que respondieran a todas sus preguntas.

—Parece que no le hacen mucho caso —dice con sarcasmo.

Nolan se asegura de ignorarme.

Miranda ya nos está analizando.

—Me dijeron que era por el asesinato de mi nieta. Nada más —informa.

No sabe que hemos dado con la escena del crimen. No sabe que Eddie está retenido en un calabozo en el sótano de este mismo edificio. Le quitaron el teléfono cuando lo arrestaron y, desde entonces, no ha pedido llamar a nadie; tampoco a un abogado.

—¿Es cierto que han estado desapareciendo cosas de su casa? —le pregunta Nolan, desviándose del tema.

Los ojos de Miranda pasan como un rayo de Nolan a mí. Levanto el bolígrafo, lista para tomar notas.

—Sí. Digo, no —tartamudea—. He perdido algunas cosas. Pero luego las encuentro. Soy una anciana. Pero ¿cómo lo saben?

—Miente —digo con frialdad—. No ha perdido nada. Puede que sea vieja, pero no chochea.

—No le hables así a la señora Truly —ordena Nolan.

—No me hables tú a mí así —le respondo—. Fuiste mi superior hace siglos. Pero ya no lo eres. Sé cómo llevar un interrogatorio.

Se recuesta en la silla, se pone las manos tras la cabeza y estira las piernas.

—Vale. Adelante. Sigue tú.

—Señora Truly —empiezo de nuevo—. ¿Ha desaparecido últimamente de su casa algo de mucho valor?

Mira a Nolan, pero tiene la vista clavada en el techo.

—No tengo nada de mucho valor —me responde, con retintín.

—No digo algo caro. Me refiero a algo importante. El teléfono de su nieta muerta, por ejemplo.

Le he dado. Por un segundo, el pánico aparece en sus ojos; le sigue el instintivo «pelea o huye». Ahora mismo, la huida no es una opción. Decide pelear. No me decepciona.

—No sé de qué me habla.

—El teléfono de Camio ha aparecido en su casa. Está en nuestra posesión y tenemos el testimonio de la persona que se lo quitó.

La semilla está plantada. Nosotros sabemos quién entró en su casa y estuvo revolviéndole sus cosas, y jugando con su cordura. Le encantaría tener ese dato.

—Entonces tienen el testimonio de un ladrón —responde iracunda—. ¿De qué les sirve?

—Solo es ladrón si le robó a usted ese teléfono. Por lo que entiendo, ¿nos confirma que alguien se llevó el teléfono de su casa?

Mi razonamiento a la inversa la deja confundida por un momento.

Nolan entra en acción:

—Necesitamos saber cómo llegó el teléfono a sus manos —dice, con cercanía—. Hemos encontrado sus huellas —miente.

—Camio me enseñó cómo funcionaba. Por eso estarán mis huellas —miente ella también.

La tenemos cogida. Ha admitido haber manejado el teléfono.

—Son las huellas más frescas. Están por encima de las de Camio. —Nolan sigue cebando su cuento de hadas forense—. Son de la última persona que tocó el teléfono. Cuando la chica ya estaba muerta.

—Sí, pero... —lo interrumpo— quien tenía el teléfono lo usó para incriminar a Zane, el novio de Camio. Le enviaron unos mensajes fingiendo ser ella para ponerle un cebo y dejarle sin coartada a la hora de la muerte. Fue una jugada bastante inteligente. A Miranda no se le ocurriría algo así.

Nolan me frunce el ceño.

—No hay motivos para insultar a la señora Truly.

Se vuelve hacia ella. Está haciendo un esfuerzo por digerir todo y descifrar

hasta dónde sabemos y cuánto podemos usar en su contra.

—¿Ve mucho la televisión? —le pregunta—. ¿Le gustan las series policiacas?

Sin darle tiempo a responder, reanudo mis cavilaciones.

—Usted odiaba a Zane; eso lo tenemos claro. Quizá fue usted. Hace falta mucho odio para mandar a alguien a la cárcel por algo que no ha hecho. ¿O no tenía nada que ver con sus sentimientos por Zane? ¿Y si no fue más que un cabeza de turco que convencería a la policía? Puede que necesitara que culparan a otro para que dejaran de buscar al verdadero asesino, a quien intentaba proteger porque... —me interrumpo. Nolan me mira confundido— ... porque sigue queriendo a esa persona, a pesar de lo que hizo.

—Yo no tengo un teléfono de esos —prueba a decir—. No sé ni cómo funcionan.

—Acaba de decir que Camio le enseñó a manejarlo —la corrige Nolan.

—No he dicho eso.

—No hace falta ser ingeniero —intervengo—. ¿Sabe cuántos zoquetes tienen un *smartphone*?

Nolan sonrío al oírlo.

—No hace falta ser muy listo, señora Truly, pero sí hay que tener paciencia para escribir un mensaje si no se sabe usar bien el teléfono; la persona que envió esos mensajes tardó bastante tiempo en escribirlos —explica—. No estaba muy acostumbrado, o acostumbrada, a manejar uno.

—¿Quién les ha dado el teléfono? —le pregunta de repente.

Ha aguantado todo lo que ha podido. Los engranajes de su familia y la necesidad de mantener el control sobre todas las piezas vivientes que integran la maquinaria que ha creado son mucho más importantes para ella que intentar salir airosa de las preguntas de un par de polis. Quiere saber quién ha tenido la osadía de molestarla e invadir su casa, para empezar a planear un castigo adecuado.

—No estamos obligados a darle esa información —le informa Nolan.

—Pero podríamos hacerlo —añado—, si nos dice qué le sucedió a Camio.

—No lo sé.

—¿Por qué tenía su teléfono? —la presiona Nolan.

—La persona que se colaba en su casa sin ser advertida para llevarse sus pertenencias lo hacía con malas intenciones y creemos que seguirá molestándola —le digo.

Llegados a este punto, su conflicto interior debe de ser enorme, pero no lo manifiesta. Estoy segura de que, a cambio de saber quién entró en su casa, daría casi cualquier cosa, salvo su libertad y la de su hijo.

Nolan se inclina sobre la mesa.

—Señora Truly, hemos detenido a su hijo Edward por el asesinato de su nieta. Hemos encontrado el lugar donde fue asesinada y el vehículo con el que trasladaron el cadáver. Creemos que también puede haber hecho daño a su hermana Adelaide.

Se pone pálida y le aparece un tic en el labio. Evita mirar a Nolan a los ojos y se queda mirando un punto fijo a su espalda.

—Si tiene algo que decirnos, es mejor que lo haga ahora —añade—. Está metida hasta las cejas en esto.

—¿De verdad cree que soy capaz de matar a mi nieta? —pregunta, con la voz temblorosa—. ¿O que Eddie podría hacer algo así?

—Shawna nos contó lo que le hizo hace tiempo —le respondo—. Creo que es capaz de cualquier cosa.

Cruza las manos sobre la mesa, en una bola carnosita de dedos retorcidos y nudillos abultados.

—Es hora de que venga un abogado —dice—. Lo sé porque lo he visto en la tele.

Nolan se levanta y me hace un gesto con la cabeza. Recojo las carpetas y el bloc de notas. No hemos conseguido exactamente lo que queríamos, pero tenemos suficiente por ahora.

—Eso de Shawna... —dice Miranda.

Nos paramos junto a la puerta y nos volvemos a mirarla.

—... Solo hicimos lo que hizo falta para que se quedara. Fue por su propio bien. Nos necesitaba.

Salimos y Nolan cierra la puerta tras él. Nos miramos y no nos hace falta decir ni una palabra. A veces, en un interrogatorio, te adentras en la visión del mundo de la otra persona, y lo único que quieres es salir volando de ahí.

Se acerca otro inspector. Me saluda y le entrega a Nolan un informe. Nolan se aleja con él para conversar en privado. Cuando vuelve, me mira a los ojos por un solo segundo y después se queda con la mirada perdida hacia la sala de operaciones. El corazón me empieza a palpar a un ritmo preocupante.

—Hemos encontrado el coche de tu hermano. Parece que no llegó a salir del estado.

—¿Está bien?

—He dicho el coche. De él no hay ni rastro.

—¿Dónde?

—En el condado de Fayette. En un aparcamiento cerca de un embarcadero en el Monongahela. ¿Se te ocurre para qué querría ir ahí?

—Ni idea. ¿Tú qué crees? —le pregunto. Hago todo lo que puedo por parecer tranquila pero no lo consigo.

—Creo que no tiene sentido pensar nada —responde con brusquedad. Hace todo lo que puede por parecer amable pero no lo consigue—. Creo que deberías ir a buscar a Jessyca Truly. —Lo intenta de nuevo—. Y concentrarte en el trabajo. Eso lo controlas.

Al salir del cuartel, conduzco sin prestar mucha atención a la dirección y termino en el cementerio en el que está enterrado mi padre.

De niña, venía aquí el Día del Padre, pero al crecer me acostumbré a hacerlo en el aniversario de su muerte. Sobre todo lo hice porque en el Día del Padre había mucha más gente visitando las tumbas de sus padres y me hacían sentir como una impostora. Ellos acudían armados de dolor auténtico y de recuerdos agridulces. Yo solo traía la certeza de que nunca había conocido al hombre por quien lloraba. Lo único que sabía a ciencia cierta de él es que había tenido un coche sensacional y que en su semen había espermatozoides móviles.

En treinta años he sido absolutamente fiel a esta cita y, por ello, nunca había estado aquí en verano, cuando la hierba está verde, los pájaros cantan, los árboles están repletos de hojas susurrantes y los seres queridos han dejado

coloridos ramos de flores sobre las tumbas.

Siempre vengo arrebujaada con abrigo y guantes. Suele caer aguanieve. Las lápidas se mantienen fuertes y desatendidas, atravesadas por el viento gimiente que recorre las ramas negras y deshojadas.

El cementerio está en el terreno de la iglesia, pero lo bastante lejos de ella como para que las personas que acuden a rezarle al Señor no tengan que ver el lugar donde acabarán sus cuerpos cuando sus almas estén a las puertas del cielo para recordarles todo el tiempo que han pasado sentados en esas incómodas bancadas.

Mi madre está enterrada en el cementerio más grande y de más nivel de la ciudad, donde están enterrados muchos de nuestros ciudadanos más ricos y prominentes, junto con los miembros de la clase media que, incluso en la muerte, se esmeran en impresionar a otros con todo lo que pueden permitirse. Estatuas de ángeles, columnas de mármol talladas, enormes lápidas más altas que los hombres que yacen bajo ellas y esporádicos mausoleos salpican el paisaje junto con unas cuantas losas de roca, sencillas y sin adornos de personas humildes que fueron enterradas aquí cien años antes de que nadie supiera que esto sería una propiedad de ultratumba de primera categoría.

Neely fue quien habló con Gil para que le proporcionara a nuestra madre un jalón a la altura de su belleza. Lo hizo para hacer feliz a la abuela. Las negociaciones tuvieron lugar en una serie de llamadas de larga distancia. Gil ya se había marchado a Europa y no volvió para asistir al funeral de mamá, aunque sí lo hizo para asistir al juicio de Lucky. Su tumba es de mármol rosa, entreverado por vetas de plata y marfil, con su nombre tallado dentro de un corazón. Lo vi el día de su funeral. No he vuelto a ir.

La tumba de Donny es sencilla. Donald Allan McMahon. Amado hijo. Su fecha de nacimiento y la de su muerte, a veinte años de distancia.

Soy mucho mayor de lo que él llegó a ser. Por su edad, podría ser mi hijo. También soy mucho mayor que mi madre. Cuando miro sus fotos, me siento extraña, como si fuera una viajera en el tiempo. ¿Cómo voy a ver a mis padres en ese muchacho y en esa mujer joven? No puedo. No lo consigo. Me resulta más fácil pensar que he salido de la nada. La idea resulta en cierto modo liberadora, pero también va cargada de deber. Como no le debo lealtad

a nadie, me suelo sentir obligada a servir a todos.

Me quito los zapatos como hice en Run para ir hasta el cuerpo de Camio, y camino sobre la hierba.

Llego a la tumba de Donny. Sobre la lápida hay amontonados viejos cochecitos de Hot Wheels, como un desguace de coches en miniatura; muchos han perdido los brillantes colores de la pintura original, y las pegatinas se estropearon hace mucho tiempo. Algunos han desaparecido con los años. No sé si se los habrá llevado algún niño o si los quitarían los familiares de Donny.

Antes pensaba que su madre los vería cuando viniera a visitar la tumba, que sabría que los coches eran de su nieta bastarda no reconocida y que los dejaba ahí con sus bendiciones, pensando que quizá yo no era tan mala, después de todo.

La pena me golpea de nuevo, pero me doy cuenta de que no estoy llorando por mi padre, sino por mi hermano. ¿He acabado en el cementerio porque ya me estoy viendo metiéndolo en la tierra?

Veo a Champ de niño, vestido con un traje oscuro y con una rosa agarrada entre las manos, esperando a dejarla sobre el ataúd de nuestra madre. Veo a Mason de la misma manera, con unos calcetines naranjas asomando entre la pernera del pantalón y los zapatos, agarrado a su carpeta y esperando a dejar un vale o un mondadientes decorativo sobre el ataúd de Champ.

Me sacudo las dos imágenes de la cabeza.

Miro la tumba de mi padre, preguntándome qué hago aquí. No me puede brindar consuelo, fuerza ni guía. No puede inspirarme con el recuerdo del amor que compartimos, porque nunca lo hicimos. Lo único que tengo de él es la palabra de mi abuela asegurándome que me veía a escondidas cuando mamá había salido, que me cogía en brazos y que me decía que era lo más bonito del mundo.

Nunca perdonaré a mi madre. Me he reconciliado con esta idea. Pero sí he perdonado a mi padre por haberme dado la espalda y por estampar su Sunbird nuevecito contra un árbol. Era un niño, un muchacho descerebrado con una madre severa y sobreprotectora y, si se parecía en algo a Miranda, no podría culparlo por sus prejuicios y sus miedos.

—No pasa nada —le digo—. No fue culpa tuya.

Nunca lo había dicho en voz alta. Al hacerlo, comprendo que lo único que mi padre ha necesitado de mí en todo este tiempo es mi perdón. Quizá, al dárselo, aliviaré la pérdida de todo lo que yo he necesitado de él pero nunca pude tener.

Vuelvo al coche y voy a casa de los Truly.

Capítulo 26

Es Derk quien me abre la puerta, para mi sorpresa. No esperaba verlo entre cuatro paredes.

Lleva la cara y las manos cubiertas de un mejunje rojo y, por un segundo de pánico, se me pasa por la cabeza que tengamos que añadir otro Truly al recuento de víctimas.

Se me queda mirando, sin decir nada, y sale corriendo al cuarto de estar gritando «¡La jefa!».

Es salsa picante.

Shawna no ha hecho grandes progresos en cuanto a limpieza y cuidado del hogar desde la última vez, pero sí parece estar más en el mundo. Está entronizada en su lugar de siempre en el sofá, pero no está sola. Derk está sentado a su lado. Están comiendo alitas de pollo y nachos, y viendo una película de Disney, en lugar de los *talk-shows* de cotilleos y *realities* descerebrados que parecen ser su predilección. Parece que se ha lavado el pelo y lleva unos pendientes.

—Hola, Shawna —la saludo—. Disculpa que te moleste.

—¿Qué pasa ahora? ¿Otra vez necesitan a Derk?

Coge un rollo de papel. La mesa auxiliar es un revoltijo blanco y mugriento de papeles usados llenos de salsa picante.

Le da un trozo a Derk y se queda otro ella.

—Derk lo hizo muy bien. No lo necesitamos más. Deberías estar orgullosa de él.

—Entonces ¿no mentía? ¿Miranda admitió que tenía el teléfono de Camio?

—Aún estamos atando algunos cabos sueltos, pero Miranda y Eddie estuvieron implicados.

Espera a limpiarse la boca.

—No me lo puedo creer —dice, sacudiendo la cabeza y ahogando sus palabras tras el trozo de papel.

—No pasa nada, mamá —le dice Derk, agarrándola por el hombro.

—¿Ya nos la van a dar? —pregunta, con lágrimas en los ojos—. ¿Por fin podremos enterrarla?

—¿Que vamos a meterla en la tierra? —pregunta Derk, visiblemente molesto—. ¿La vamos a enterrar como si fuera un hueso?

Shawna extiende el brazo, tira del niño y se lo acerca. No me extrañaría si de repente él desapareciera entre los pliegues de carne, una especie de nacimiento al revés en el que la madre reabsorbiera a su hijo y vuelta a empezar.

—Ya te lo he dicho, Derk. En realidad ya no es ella —le asegura Shawna—. Ella está en el cielo. Solo son sus restos.

—¿Jessy está en casa?

—Anda por ahí arriba.

—Tengo que hablar con ella.

—Usted misma.

Solo debería llevar a Jessy con Nolan. No debería hablar sobre el caso ni revelarle ninguna de las pruebas que tenemos en su contra, poniendo así en peligro el interrogatorio oficial; pero Nolan sabe que no puedo volver a ver a la chica sin tener una charla con ella. Por eso me ha enviado a mí a recogerla. Lo difícil es saber cuánta información quiere él que reúna para utilizarla en su contra y cuánto de lo que sabemos puedo contarle a ella para conseguirlo sin obstaculizar nuestro objetivo principal. Como siempre, improvisaré sobre la marcha.

Me recorre un escalofrío cuando descubro que Jessy ya se ha trasladado a la habitación de su hermana muerta.

Está sentada en el escritorio de Camio, mensajeando. La superficie antes tan ordenada, casi estéril, está llena de maquillaje, bisutería, envoltorios de chicle y demás quincalla. Las paredes están cubiertas de pósteres de grupos y actores. La cama tiene una colcha roja atravesada por remolinos de llamas rojas, como cometas.

Desde un altavoz en forma de pelota de fútbol que hay sobre la cómoda retumba una música *country*, y una nauseabunda mezcla de olores, que van desde la canela con manzana y la galleta de azúcar al bosque de pinos y el coco tropical, emana de docenas de velas encendidas que ha puesto por las repisas de las ventanas e incluso sobre el suelo.

En un rincón junto a la pared, hay una cuna. Goldie está sobre el suelo, no muy lejos de un enchufe y de una bolsa de patatas fritas. Está chupando la tapa de un desodorante.

Sin decirle nada a Jessy, me acerco al bebé y le quito el desodorante de las manos. Empieza a llorar y me la echo a la cadera.

Jessy me mira de reojo, sin mostrar ninguna emoción, como si el que la comisaria de policía se cuele en su habitación y coja a su hija en brazos fuera el pan de cada día.

—Hola, Jessy —digo.

—¿Qué tal?

—¿Podemos hablar un minuto?

Goldie se agarra a mis solapas, luego me acerca un diminuto puñito pegajoso a la boca y me deja una mancha de grasa naranja en la chaqueta. No me había dado cuenta de que estaba comiendo patatas fritas y que son sabor barbacoa.

Le chupo los dedos y se echa a reír.

Jessy vuelve a su teléfono y aprovecho la oportunidad para mirarla más detenidamente, intentando ver si ha cambiado algo en ella desde la última vez que la vi.

Lleva unos *shorts* vaqueros y un top recortado muy escotado. Seguro que el trozo de canalillo que enseña le parece muy tentador, pero el top también deja a la vista los michelines de más que a Kirk, el camarero, no le parecieron atractivos en demasía, aunque sí lo suficiente.

Su cabello necesita desesperadamente un retoque y lleva las uñas más descascarilladas todavía. Tengo que controlarme para no salir corriendo al cuarto de baño a por un quitaesmalte y unas bolitas de algodón, y hacerle una manicura forzosa.

Camio era más bonita, más delgada, más lista, tenía un novio guapo y un

futuro brillante por delante. ¿Sería el móvil algo tan común y tan bíblico como la simple envidia?

Goldie sigue enganchada a mi chaqueta. Busco algo para distraerla que no suponga riesgo de muerte y avisto uno de sus juguetes para perros sin relleno, un conejo plano y gris. Se lo doy y me siento en la cama con ella a cuestas.

Jessy termina de escribir el mensaje y se vuelve a mirarnos. No me fulmina con la mirada, pero es evidente que la fastidio.

—¿Qué quiere?

Hasta cierto punto, siento lástima por Jessy, pero también creo que es bastante probable que asesinara a su hermana e incluso a su tía abuela.

No creo que con ella haya que ser dulce y amable. Tampoco creo que consiga nada siendo dura; ya tiene a Miranda para eso. No creo que sirva de nada fingir ni intentar manipularla. Creo que lo que necesita es que le demuestren interés por ella.

—¿Cuándo lo descubriste? —le pregunto.

—¿El qué?

—Quién es tu madre. Tu madre de verdad.

Me lanza una mirada ardiente. No estaba segura de que lo supiera, pero ahora lo tengo claro.

—No sé de qué me habla —responde.

—Entonces, eres la única que no lo sabe. Lo sé hasta yo, y ni siquiera soy de la familia. —Aprieto el conejito para que suene. Goldie sonrío y lo agarra—. ¿Quién te lo dijo? —continúo, dedicándole toda mi atención al bebé—. O no, no me respondas. ¿Con quién estás más enfadada? ¿Con tu abuela por mentirte todos estos años? ¿Con Adelaide por abandonarte? ¿Con tu padre por ser un depravado? ¿Con tu madrastra por aceptar?

—Cállese.

—¿O con Camio por averiguar la verdad? —termino.

—¿Con Camio? Pero si Camio no sabía nada.

Esta revelación me deja confundida por un momento. Había supuesto que Camio también había sabido la verdad sobre sus orígenes. Pensaba que por eso habría estado en casa de Adelaide con su hermana; ahora, me viene a la cabeza el proyecto de la mochila, un tratado sobre su familia, y la nota en la

que anunciaba su intención de visitar muy pronto a su tía abuela. Quizá, acudió en busca de información para el libro, y su hermana y Adelaide siguieron escondiéndole el gran secreto.

—¿Cómo te enteraste tú? —pruebo por otro camino.

Se queda un rato callada. Sé que está pensando cuánto puede decirme sin admitir nada que pueda meterla en un lío.

Le doy su tiempo. Al final, me lo acabará contando. Las personas como Kirk tienen que explicar lo que hacen porque necesitan que todo el mundo crea que siempre llevan razón. Jessy querrá explicarse porque nunca se lo pide nadie.

—Hace diez años o así, mi padre tuvo un accidente de *quad* bastante feo —empieza a responder—. Casi se mata.

No me molestó en preguntar si el alcohol tuvo algo que ver. Ir por ahí borracho conduciendo un todoterreno es una de las principales causas de espantosos accidentes en la región.

—Cuando estaba en el hospital y pensaba que se iba a morir, le contó a Shane la verdad. Una de esas confesiones en el lecho de muerte, solo que no se murió. Shane me lo contó a mí. No se lo dijimos a Cami porque aún era pequeña.

—¿Echas de menos a Shane?

Me mira entre sorprendida y orgullosa, como si la idea de Shane fuera algo mágico y que hubiera que proteger bien, como el saludo secreto de una hermandad.

—Sí, lo echo mucho de menos. Ni siquiera ha tenido a Goldie en brazos.

Miro al bebé que tengo en el regazo, chupeteando su juguete para perros. Le acaricio la cabeza suave y rizada.

—Si Cami no sabía quién era su madre, ¿para qué fue a casa de Adelaide? Sabemos que estuvo allí. —Estoy a punto de decir que sabemos que la mataron allí—. También sabemos que tú estuviste allí. Hemos localizado una llamada de teléfono que hiciste desde esa zona.

No sé qué le parecerá a Nolan que le haya revelado esta prueba crucial en su contra, pero lo considero necesario.

Este es el momento clave en el que o bien se dará cuenta de que no debe

decir ni una palabra más, o pensará que puede seguir contándome su historia sin empezar a cavar su propio agujero, cuando en realidad el agujero ya está cavado y es demasiado hondo para que pueda salir de él.

—Me pareció que ya era bastante mayor para saberlo —opta por explicarse—. Últimamente, le había estado haciendo preguntas a Miranda sobre tía Adelaide; y siempre la cabreaba de lo lindo. No quería que se armaran más líos, así que me llevé a Cami a ver a Addy, para contárselo. Pensé que la conocería, vería lo simpática que era y que se lo podríamos decir juntas.

—Entonces, ¿has estado en contacto con Adelaide todos estos años?

—Voy a verla siempre que puedo, pero no lo sabe nadie.

—¿Y cómo reaccionó Cami?

Ahora se calla. Espero, pero parece que no va a seguir.

—Enterarse del viejo secreto la dejó destrozada —pruebo a dar yo la respuesta—. La familia que Cami amaba tanto estaba completamente rota, tanto que el daño era irreparable. Descubrió que el veneno no estaba en vuestros corazones, ni en vuestras mentes, sino que lo llevabais en la sangre. Y de eso no puedes librarte.

Me mira con incredulidad.

—¿De qué está hablando? Parece una de esas novelas rosas empalagosas que lee mi madre.

—¿Tu madre lee?

—No somos tontos —dice en alto—. Sabemos leer. —Me señala acusadora con el dedo—. La abuela nos ha contado su historia.

—Estaba segura.

—Su madre era escoria.

—Una escoria que siempre tenía las uñas perfectamente pintadas.

Se mira las suyas, luego las mías, que normalmente van sin pintar pero que hoy están rosas y relucientes.

—No quería decir nada malo sobre tu madre —me disculpo—. Solo quería decir que parece gustarle mucho más la televisión.

—No es que lea mucho —dice, poco a poco menos enfadada—. Solo lee esas novelas de bolsillo, viejas y cutres. Tiene un montón de cuando se casó con papá, y otras que va encontrando en mercadillos de segunda mano. Solo

la he visto contenta de verdad cuando ha encontrado uno de esos libros, por 25 centavos, al fondo de una caja en el patio de alguien. —Por su cara, deduzco que es un buen recuerdo para ella, pero la sensación no le dura mucho y vuelve el enfado—. No fue como dice usted. Camio no nos quería. Estaba escribiendo un libro sobre nosotros. Una especie de perfiles psicológicos, eso decía, sobre lo disfuncionales que somos todos. Me lo contó en el coche, cuando íbamos a ver a Addy.

—No debería haberte molestado —le digo—. Tenía diecisiete años. No iba a escribir ningún libro.

—Lo escribiría algún día —insiste, cada vez más agitada—. O, aunque no lo hiciera, sí pensaba todas esas cosas malas de nosotros. Iba a irse y a contarle a todo el que conociera que su familia era una panda de barriobajeros de mierda.

Se calla de repente. La cabeza le va a mil por hora, otra vez, intentando saber si ha dicho algo que pueda incriminarla. Una cosa es hablar sobre el cadáver que tiene guardado la familia en un armario, y otra decir algo que pueda relacionarla con la muerte de su hermana. Debe de darse cuenta de que acaba de situarse con Camio y Adelaide en la casa donde mataron a Camio, y puede que también a Adelaide. También debe de darse cuenta que ha admitido haber estado muy enfadada con su hermana.

Me levanto de la cama. No tiene sentido intentar que me dé más información, porque podría negarlo todo más tarde. Tengo que llevarla con Nolan. Si siguiera sonsacándole información, solo lo haría para saciar mi propia curiosidad. Me siento tentada.

Miro a Goldie, que sigue en mis brazos, y observo una mancha por debajo de una de las orejas del conejo.

—¿Se ha hecho daño Goldie hace poco? —le pregunto a Jessy.

—No.

—¿Eso de ahí es sangre? —Le enseño el pegote seco, entre marrón y rojo, del pelo del conejo—. ¿Estaba Goldie contigo? Intentaste que Gina y Kirk se quedaran con ella, pero no lo hicieron.

Se queda estupefacta al oírme.

—¿Es eso sangre de Camio? —continúo—. ¿O de Adelaide? Si

descubrimos que es...

Cruza lentamente la habitación hacia mí, como en trance, con los ojos clavados en el conejo de felpa que llevo en la mano.

—No me di cuenta de que también manchó el juguete —dice con la mente en otro lado—. Le manchó un poco en la ropa y en el pelo.

»¡Camio la empujó! —grita de pronto—. A una pobre anciana. La empujó. Delante de mi hija. ¡Manchó de sangre a mi bebé! —Me arranca el juguete de la mano y lo sacude ante mi cara.

»Cuando Addy le contó la verdad, se puso como una loca. Empezó a gritarle, le dijo que era una paleta, y una deforme mutante, y luego le dio un empujón. —Se le rompe la voz y empieza a llorar.

»Cuando Addy se cayó contra el horno y se dio en la cabeza, Camio ni se inmutó. No intentó ayudarla. No creo que lo hiciera a propósito. No creo que quisiera matarla pero, cuando se dio cuenta de que lo había hecho, le dio completamente igual.

»Me puse furiosa con ella. ¿Cómo podía haber hecho algo así sin sentirse mal? Había matado a nuestra abuela. Manchó de sangre a mi bebé.

La desesperación que esconde esa pregunta me hiela la sangre. Conozco bien ese pánico, la caída al vacío. Veo sus manos agarradas al mango de la sartén, en busca de algo que pudiera salvarla, como las mías cuando estaban agarradas al bate de Champ.

—Todos pensaban que era perfecta y buena —dice, más calmada, con lágrimas cayéndole por las mejillas—. Pero no era perfecta, y tampoco buena.

Debería arrestarla, pero no puedo.

—Jessyca —digo en voz baja—. Tienes que acompañarme.

Asiente aturdida y se da la vuelta para mirar una foto que hay enmarcada sobre el escritorio. No la había visto antes porque está detrás de todos los demás trastos.

Se ve a una mujer joven, sentada en un sofá con un bebé en brazos, junto a ella, hay sentados un niño y una niña a cada lado. No me hace falta preguntar quién es. Seguramente, la hicieron unos meses o incluso unas semanas antes de que Layla muriera en el accidente de coche.

—La abuela Addy la tenía colgada en su casa —explica Jessy—. La cogí de

recuerdo. ¿Puedo quedármela?

—Sí —le digo.

Se vuelve y tiende los brazos a su hija. Me la quedaría para siempre, pero Goldie sonrío a su madre y le tiende también los suyos.

Capítulo 27

Me paso el resto del día y de la noche entre aturdida y entumecida. Lo único que recuerdo con claridad es la *fiesta*²⁴ que le he preparado a Mason. Quería comida mexicana, que resulta ser una de mis favoritas y, como no hay un buen restaurante mexicano en cien millas a la redonda, he aprendido a cocinarla yo misma.

Cocinar me ha distraído un rato, pero esta noche dormir resulta misión imposible. No consigo concentrarme para leer. Son casi las dos de la madrugada. Mason cayó dormido enseguida y yo estoy desconectando delante del televisor cuando oigo una llamada de poli en la puerta principal: tres golpes secos y cortos.

—Ya está —me dice.

Su frase expone un hecho desnudo; no hay rastro de alegría, ni de orgullo, ni tan siquiera de alivio.

Nadie sabe mejor que Nolan que resolver un caso como este no arregla nada. Se hablará de «cierre» y de «justicia», pero eso no son más que palabras.

Una vez me dijo que los policías insisten tanto en referirse a su profesión como «el trabajo» porque necesitan verlo como una sucesión de objetivos sencillos y alcanzables, como poner una multa, buscar testigos, arrestar a alguien, testificar en el tribunal, conseguir una confesión o archivar informes. Si empiezas a pensar demasiado en la condición humana y crees que puedes mejorar las cosas, me explicó, te parecerá todo tan estéril que acabarás rindiéndote.

—Enhorabuena —le digo.

Se frota los ojos y el puente de la nariz y, durante un momento

desacostumbradamente largo, se queda mirando una diminuta nube de polillas del color del polvo que revolotean alrededor de la lámpara del porche.

—Sí —dice.

Pasa a mi lado y entra en la sala de estar, se quita la chaqueta y también la corbata. Cuando veo que también se quita los zapatos, me pregunto si con este caso ha terminado de perder la cabeza y ha decidido venirse a vivir conmigo.

—¿Tienes algo de comer? —pregunta.

—Tacos de cerdo al chipotle con piña asada, chiles rellenos, arroz verde y salsa habanera. Mason quería comida mexicana. Tenemos una tonelada de sobras.

—Te sale bien la comida mexicana —dice.

Un cumplido y una botella de *bourbon* de primera. Está claro: ha perdido la cabeza.

Voy a la cocina.

—¿Cómo lo llevas? —me pregunta—. Lo de cuidar a tu sobrino.

—No podría hacerlo sin la ayuda de Neely. Se queda con él cuando tengo trabajo. Pero es un buen chico. No da ningún problema.

—Cuando empiecen las clases, será más fácil.

Dejo los preparativos y asomo la cabeza a la sala de estar, intentando parecer tranquila, aunque el corazón se me va a salir por la boca.

—¿Qué significa eso? —le pregunto—. ¿Por qué iba a seguir aquí cuando empiecen las clases?

—Tú misma dijiste que pensabas que tu hermano te había dejado al chico por una temporada, quizá para siempre.

—Entonces, ¿no has encontrado nada?

—No.

Me tranquilizo y termino de prepararle una fuente. La caliento en el microondas y vuelvo a la sala de estar. También saco unas patatas fritas, salsa y dos vasos con hielo.

Lo dejo todo en mi recién estrenada mesa auxiliar. Me la han entregado hoy.

—Llevo dieciséis horas interrogando a los Truly —me dice mientras ataca el plato.

Me siento a su lado y escondo las piernas bajo la camiseta *oversize* que llevo para dormir con unos bóxers de hombre desde que Mason está en casa. Tengo la costumbre de dormir desnuda y de ir por casa, antes de ir a la cama, con una bata muy corta, pero no quiero arriesgarme a que Mason pille a su tía de cincuenta años en bolas. No puedo ni imaginar el daño psicológico que le haría al chico. Ya tiene suficientes problemas.

—Te mereces una medalla —digo.

Me mira.

—Me merezco algo.

No hay ni rastro de insinuación sexual en su mirada, pero no me lo tomo como una ofensa ni me desanimo. Hemos acordado tácitamente que, mientras no quedemos, no flirteemos ni nos liemos antes, el sexo en sí no cuenta.

Le dejo comer y nos servimos un trago. Brindamos y nos recostamos en el sofá. No le pregunto nada. Sé que me lo contará todo cuando esté preparado.

Empieza cuando ya se ha bebido tres copas.

—Jessyca Truly llevó a su hermana Camio a conocer a su tía abuela biológica, Adelaide Bertolino, con la intención de contarle la verdad sobre sus orígenes. En casa de Adelaide estalló una discusión que acabó en enfrentamiento físico. Camio le dio un empujón a su abuela, y esta se cayó y se golpeó la cabeza. Según Jessyca, la herida le causó la muerte. Nadie puede confirmar su historia y por ahora no hay pruebas que la corroboren, pero vamos a ir con perros rastreadores a Campbell's Run en cuanto amanezca. Eddie Truly nos ha dicho dónde han enterrado el cuerpo de su tía.

—¿Cerca de la iglesia?

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he adivinado. ¿Ha admitido Jessy que mató a Camio?

—Alega enajenación mental. Dice que cuando su hermana mató a su abuela se volvió loca y perdió el control. Cogió lo que tenía más cerca y la golpeó.

—Pero la golpeó varias veces.

Deja el vaso vacío sobre la mesa y se inclina hacia adelante, con los codos sobre las rodillas.

—Está claro que no solo reaccionó a lo que acababa de ver. Ahí había muchas más cosas, pero también hay atenuantes. Si una abogada como Sandra Goldfarb cogiera el caso y fuera a juicio, podría conseguirle una sentencia más suave; aun así, acabará en la cárcel.

Me recorre un escalofrío, a pesar del calor de esta noche de verano y de lo picante de la salsa. Podría perfectamente estar hablando de mí y de la situación en la que habría estado hace treinta y cinco años, si Neely no me hubiera convencido para incriminar a Lucky.

Neely dijo que no debía sentirme culpable, porque acepté hacer lo que hice por ella, más que por mí misma. ¿Estaría Miranda pensando en Goldie cuando ayudó a Jessy a encubrir el asesinato de Camio?

—¿Y qué pasa con las quemaduras en las manos? —pregunto—. ¿Y con las marcas de quemado en la manta?

—Los tres cuentan la misma historia. Eddie y Miranda fueron cómplices *a posteriori*. Solo se enteraron de lo que había sucedido cuando Jessyca habló con ellos. Eddie se encargó de deshacerse de los cuerpos. Miranda y Jessyca se quedaron a limpiar.

—¿Jessy no estuvo allí?

—Eddie ha dicho que intentó apagar el fuego con la manta después de prenderlo. Dijo que era insoportable ver cómo se quemaba. Si las manos estaban muy quemadas, no creo que fuera algo intencionado. Seguramente fue por cómo cayó la gasolina sobre el cuerpo.

Me mira la mano con la que agarro el vaso.

Aún no ha dicho nada sobre mis uñas. Tampoco ahora. Solo añade:

—Aunque supongo que ese detalle, fuera por coincidencia o no, te sirvió para resolver el caso.

Aunque lo que dice es cierto y aunque Nolan sabe reconocer los méritos ajenos, no estoy preparada para este reconocimiento tan franco. Me pilla totalmente desprevenida. No sé qué decir ni qué hacer.

Cambio rápidamente de tema.

—¿Sandra ha cogido el caso? —pregunto, indiferente.

—Jessyca todavía no ha pedido un abogado. Si Sandra lo acepta, tendrá que hacerlo *pro bono*. Los Truly no pueden permitírsela, y dudo mucho que tu

hermana vaya a pagar la defensa de Jessyca Truly además de la de Tiri.

—¿Lo sabías?

—Lo sé todo.

Vuelve a lanzarme una mirada y se entretiene un momento viendo cómo se me marcan los pezones por debajo de la camiseta. Me bebo de un trago lo que queda en el vaso.

—¿Qué pasó con Lonnie Harris? —sigo, como si nada.

—Volvió arrastrándose a casa hace un par de días. Hablé con él sobre el encontronazo que tuvo con Camio en el Dairy Queen. Dijo que no fue nada personal. Solo es su forma de tirarle los tejos a una chica.

—Qué tío tan estupendo.

—Su mujer volvió a acogerlo. No le hizo ni una pregunta. No me extrañaría que alguno acabe muerto —añade.

—Pero tampoco que no —termino la frase, con una sonrisa.

Me besa y, sin dejarme responder, se pone en pie, se me echa al hombro, como un cavernícola, y empieza a subir por las escaleras hacia el dormitorio.

De la misma manera que está haciendo esto, podría haberme dado las gracias por la comida y haberse marchado mascullando algo sobre mañana por la mañana, y yo no me habría sorprendido ni molestado. Nunca sé cuándo va a quererme, y mucho menos por qué.

Nolan no tiene tacto ni recursos, pero no los quiere tener ni tiene la intención de fingirlo. He estado con muchos hombres que parecían haber memorizado un manual para llevarme a la cama; casi podía oírles contar cuántas veces debían masajearme el pezón. Luego están los que han aprendido el arte de amar viendo películas porno. Los que esperan que actúe como si estuviéramos en una. Y los parlanchines. Los típicos que lo narran todo. «Sí, me encanta. Oh, eso es. Oh, estás mojada».

Nolan es una máquina de guerra y yo soy su campo de batalla. Hace un reconocimiento exhaustivo, invade, penetra, se retira y me deja en ruinas. Cada vez.

Después, quiere quedarse, pero no se lo permite. Yo quiero que se quede, pero no lo admitiría.

Le oigo levantarse de la cama y buscar la ropa en la oscuridad. Hago como

que estoy dormida, para ponérselo más fácil.

Está extendiendo su imperio soberano sobre mi anárquica nación isleña.

²⁴ En castellano en el original.

Capítulo 28

Dos veranos seguidos, Singer fue la mascota de los Buchanan Flames, Milton Matchstick; iba corriendo por ahí con unos calzones rojos brillantes y una peluca de espumillón roja y con el pelo de punta. En cuanto asomaba por el campo, lo bombardeaban con latas de cerveza y pedazos de bollo para perritos calientes llenos de ketchup. Me pareció que eso demostraba su capacidad para aguantar el tipo bajo el fuego.

Desde entonces puede entrar gratis a los partidos y tiene una plaza de honor detrás del banquillo.

Me pareció que a Mason le divertiría ir a ver un partido de béisbol, después de pasar estos últimos días preocupado por su padre y prácticamente ignorado por las tías que se ocupan de él pero que también tienen otras muchas cosas de las que ocuparse.

La idea se me ocurrió ayer mismo e invité a todo el departamento a venir con nosotros. Karla tenía ya otros planes, y la esposa de Everhart le explicó que no era buena idea llevar a un bebé de veinticinco días a un bullicioso encuentro deportivo. Él no entendió bien por qué y discutió con ella por teléfono antes de ceder y pasar a discutir un poco más sobre por qué no podía ir él solo. Siguió quejándose aun después de colgar, hasta que Dewey le dijo que era un CACHIS.

Al volver a casa, invité a Dewey, a su esposa Angie y a los niños, a Singer y a Blonski a continuar la *fiesta* de la noche anterior con Mason y conmigo. Neely y Smoke se han acercado para comer.

En el patio trasero todo es animación y alboroto. Los hijos de Dewey están subidos a mi enorme manzano y le lanzan la pelota a Smoke.

Singer y Blonski están enzarzados en una conversación sobre una

controvertida jugada en la tercera base. Sin sus uniformes, vestidos con pantalones cortos, camisetas y gorras rojas, y llevando unas banderitas y unos vasos gigantes de Slurpee en la mano, no parecen mucho mayores que el hijo mayor de Dewey, que tiene once años.

Angie se ofrece a ayudar con la comida, pero Neely le dice que se espere fuera con una cerveza fresca.

Mason se entiende bastante bien con el clan de Dewey, pero asoma por la cocina de vez en cuando para ver qué hacemos.

Conseguí convencerlo para que dejara su Trapper Keeper en casa y no la llevara al partido. Desde que hemos vuelto, no ha ido a buscarla. Creo que es una buena señal.

Neely no me ha pedido que le explique en detalle los pocos datos que le he dado sobre cómo se ha resuelto el asesinato de Camio Truly. Le alegró saber que todo había terminado y comentó que sería una buena muesca en el cinturón que Nolan ya lleva bastante marcado. No le conté lo que me dijo anoche. Ni lo que me hizo. Hay secretos que sí le oculto a mi hermana.

Me sorprende cuando, al sacar un par de bandejas de enchilada de pollo del horno, levanta la vista para mirarme y me dice:

—Bueno, en definitiva, ¿cuál fue el móvil?

Si esta pregunta me la hiciera cualquier otra persona, le respondería que ya le había explicado lo sucedido: Jessyca Truly estalló al ver cómo su hermana mataba a su abuela y reaccionó con violencia, la golpeó con un objeto contundente y la mató de manera involuntaria.

Pero sé que hay algo más en esta historia y que Neely también lo presiente. Esta respuesta simplista no la satisfará más de lo que me satisface a mí.

Jessyca veía un lado de su hermana que nadie más atisbaba. Recuerdo cuánto se alteró al contarme que Camio no se mostró arrepentida por haber matado a Adelaide y que tenía la intención de traicionar a su familia poniendo sus trapos sucios psicológicos a la vista de todo el mundo.

Y cómo manchó de sangre a su bebé.

—La abuela dijo una cosa al poco tiempo de morir mamá —digo, mientras corto unos tomates para preparar un pico de gallo—. No sé si lo recordarás, pero estabas ahí. Champ también. Estábamos cenando en la cocina, cuando

ya nos habíamos mudado a vivir con ella.

Guardo silencio y recuerdo lo apretados que estábamos todos en la pequeña casa de la abuela después de todo el espacio que habíamos tenido en la de Gil, cuántas cosas nos faltaban después de los excesos de Gil, y lo locos de alegría y de agradecimiento que estábamos por estar ahí.

—Champ se estaba quejando porque los niños de la escuela no paraban de hacerle preguntas sobre el asesinato de mamá. Nos preguntó qué debía decir.

—Lo recuerdo —me interrumpe Neely—. Yo le dije que les dijera a los niños que no le gustaba hablar de ello. Tú le dijiste que les dijera que no podía hablar de ello. Ya eras una poli.

—Puede ser —digo—. La abuela estaba preparando algo en el horno y pensé que no estaba prestando atención a nuestra conversación, cuando de repente dijo... —Dejo de mirar el tomate e imito a la abuela lo mejor que puedo—... Si encuentras un pequeño fuego en una habitación, no dejas que se extienda y acabe quemando toda la casa. Lo apagas.

—Me acuerdo —confirma Neely.

—En aquel momento, no la entendí. Pensé que era una de esas frases raras que decía de vez en cuando, como lo de «voy a acabar hecha miajas», o que no nos había oído bien. Ahora creo que sé qué quería decir exactamente.

Nos miramos con complicidad.

—Jessyca estaba apagando un fuego pequeño —dice Neely.

La puerta de atrás se abre y se cierra de un portazo.

—Necesito mi carpeta —dice Mason sin aliento, y pasa como un rayo hacia la sala de estar.

Neely mira el reloj del microondas.

—Ha pasado cuatro horas sin ella. No está mal.

Vuelve casi al instante, con las manos vacías.

—Tía Dove —dice—. Hay un coche de policía delante de casa.

Neely y yo salimos con él de la cocina.

Miro por la ventana y veo un coche patrulla de la Estatal aparcado en la calle. Tras él, el coche de Nolan.

Le doy una mano a Mason. Neely le coge la otra. Salimos al porche, formando una cadena de carne y hueso.

A lo lejos, retumba un trueno de verano y yo levanto la vista para escudriñar el banco de amenazadoras nubes grises que se están reuniendo sobre los tejados de mis vecinos. Nuestro tiempo perfecto está llegando a su fin.

Nolan sale del coche. Baja la cabeza y se acerca lentamente hacia nosotros tres.

Sé lo que significa. Neely y yo tenemos un hijo.